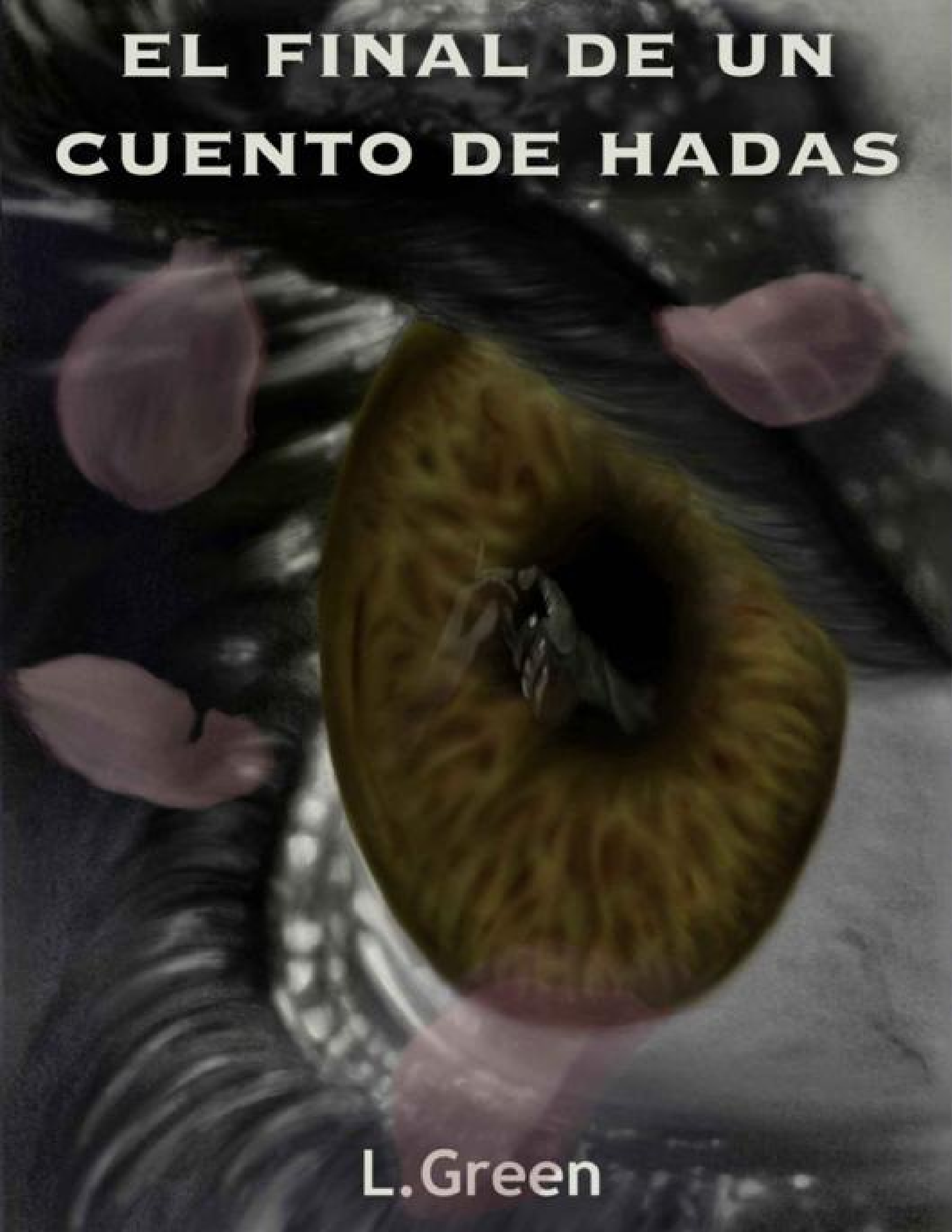
EL FINAL DE UN CUENTO DE HADAS
L. Green

El final de un cuento de hadas

© L. Green, 2023

© Mayssun Halah Bañón, por la portada.

© L. Green, por la maquetación.

© L. Green, por la corrección.

© Mayssun Halah Bañón por el prólogo.

1ª Edición. Noviembre de 2023. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

La publicación de esta obra ha sido realizada mediante Amazon Kindle Direct Publishing

TW: ESTE LIBRO CONTIENE ESCENAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO Y ERÓTICA EXPLÍCITA.

El final de un cuento de hadas

L. Green

Para mi madre por ser la luz más brillante de mi vida. Para Emma por confiar en mí y para May por ser mi medio limón en un mundo de naranjas.

PRÓLOGO

Por Mayssun Halah Bañón:

He de confesarte, que he comenzado esta carta infinidad de veces. No sabía cómo expresarte todos los pensamientos que se agolpaban en mi mente, pero allá voy.
Siempre has sido mi referente, esa madre que cualquiera desea tener. Perfecta madre y esposa. Elegante y distinguida, la perfecta muñeca de porcelana.

Recuerdo las miradas de admiración que te lanzaban discretamente en el club, también las de envidia y cómo olvidar aquellas de ira, de rabia contenida por el simple hecho de ser tú…

Recuerdo tu silencio, tu llanto a escondidas, ese juego al escondite que tán bien se te daba cuando querías protegerme. Ahora entiendo tus ausencias y también tus silencios. Ahora sé, que la venda a veces tarda en caer. Que es más fácil mirar a otro lado y juzgar con los ojos cerrados, haciendo prisionera a la víctima.

Llevo clavados tus ojos en mi alma, las lágrimas encerradas en tus pupilas gritando socorro.

A veces, trató de rebobinar la cinta de mi vida, buscando entre el mar de mis recuerdos aquella isla llamada familia. Busco entre sus aguas un momento de felicidad, una palabra de consuelo, el orgullo de un padre por el hecho de ser su hija. Pero sólo quedan los recuerdos del dolor y la soledad del alma en una habitación fría y el calor de unos brazos maestros que me acunaban cuando la tristeza me invadía. Tardé años en darme cuenta de por qué no eras tú quien lo hacía. Me puse del lado del castigador, blandiendo la espada de Damocles sobre tu cabeza, qué ingenua fui, mamá. Cuánto te hice sufrir, cuánto dolor te hice pasar, porque era más fácil juzgarte.

Hoy, te veo a través de otro cristal, un prisma distinto da color a tus ojos tristes. Hoy, queda atrás el huracán, la tormenta que durante años, desoló tu vida y encerró tu alma, escondiendo la llave de tu celda en las profundidades de un amor etéreo.

Hoy, veo en ti esa luz que me guiaba en la oscuridad, el sol que me daba calor en su regazo.

Tengo tanto que decirte y tan poco espacio entre estas hojas…

Gracias por no rendirte, por luchar cada día, por levantarte a pesar de la falta de fuerzas. Gracias por seguir adelante, por reñirme de día y defenderme de noche, por caminar siempre detrás de mí. Por estar atenta siempre que caía, por dar la cara por mi cuando yo no te veía.

Eres luz y vida, eres paz y alegría, eres la vía que siempre me puso a salvo, ese ángel que no veía.

La vida te vuelve a sonreír, mamá. Veo en Arturo, al compañero que siempre necesitaste. Recuerdo las noches de lasaña en el salón, las risas y las bromas absurdas, los momentos en los que os espiabamos descaradas, viendo como os mirabais en la cocina. Recuerdo vuestros bailes, las sonrisas disimuladas y las caricias furtivas cuando nos creíais despistadas.

El tiempo ha pasado para todos, pero el amor que os profesáis, sigue tan vivo como el primer día, ese brillo en vuestros ojos cuando se cruzan vuestras miradas, la simpleza de una sonrisa, convertida en fuegos artificiales en las pupilas de Arturo cuando escucha su melodía.

¡Qué afortunada me siento, mamá! Es tan grande la dicha, que incluso te estoy escribiendo esta carta con cierta rima…

Nunca he sido una romántica, a decir verdad, sabes que soy más bien fría. Hace poco que aprendí el arte de expresar los sentimientos, así que, por favor no te rías.

Por fin queda atrás el pasado, la vida te ha abierto un camino lleno de luz y alegría. Tómalo, camina, corre, ríe y baila. Este es tu momento, disfruta de la vida que tienes delante y déjate llevar por la felicidad que siempre mereciste. Sé feliz y nunca, jamás dejes de sonreír.

Te quiero mamá. Tu hija: Dolores Ortiz

CAPÍTULO 1

Todo estaba preparado y dispuesto para el mayor acontecimiento del año. Arturo Ortiz, el gran magnate de la moda, iba a casarse con Eva Puig. Era un hecho tan trascendental que ocupaba todos los artículos de actualidad en España, ya que el hombre más rico del país había encontrado la felicidad junto a aquella mujer que siempre fue una sombra junto a su exmarido.

A pesar de que la noticia se hizo hueco en todos los programas especializados en la prensa del corazón, ambos habían decidido de mutuo acuerdo que no deseaban una boda llena de pompa y falsedad, por lo que muy pocos fueron los invitados a participar de ese pasito en pos de seguir esa felicidad que habían construido con el paso del tiempo.

El jardín de la mansión Ortiz estaba preparado para acoger a sus familiares y amigos más íntimos, ya que era el lugar elegido para su enlace.

Eva miraba por la ventana con un nudo muy pequeño en el pecho y media sonrisa en los labios al reconocer todos los ramos de calas que adornaban el lugar. Siempre había su flor favorita y, aunque solo lo comentó en alguna ocasión de forma distraída, Arturo había inundado el jardín con ellas porque así era él y así conseguía hacer que todo su interior temblase de emoción.

Estaba muy nerviosa, quizás demasiado ya que no era una novia primeriza. Su prometido hizo gala de esa tontería que a veces sacaba a relucir y siempre le arrancaba carcajadas divertidas, por lo que había desaparecido la noche anterior para seguir la tradición de no ver a la novia hasta que esta se acercase a él en el altar. Ese hecho la tenía medio desquiciada, pues no estaba acostumbrada a pasar tanto tiempo sin que Arturo la enredase entre sus brazos. Le temblaban ligeramente las manos sin que apartase un solo instante la mirada de esas flores que tanto le gustaban y curiosamente simbolizaban un nuevo comienzo, lo mismo que era Arturo Ortiz para ella en todos los sentidos.

Su vestido la esperaba en la percha pertinente. Era tan sencillo que le parecía perfecto. Había optado por no usar el blanco virginal típico de esos acontecimientos y se había decantado por un color crema suave con pedrería plateada en el busto. Para acompañar dicha prenda decidió no usar tacón, pues al casarse en el jardín no tenía ganas de trastabillar con el césped o alguna piedra y acabar en el suelo. Los zapatos eran planos y cómodos sin perder una pizca de elegancia al combinar de forma perfecta con el color de su vestido.

Sabía que todas sus pequeñas demandas para su día habían sido escuchadas, también que Arturo se desvivía por cumplirlas y regalarle el recuerdo más bonito del momento en el que se uniría a él bajo la ley para que fuese su compañero de vida.

Lo amaba tantísimo que a veces, al despertar en medio de la madrugada con el aliento cortado, podía verlo a su lado sin llegar a creerse que no era el más hermoso de sus sueños. Él le

había regalado un año entero de sonrisas y paz, de momentos juntos donde cualquier cosa era una aventura repleta de alegría. Siempre cocinaban juntos y Arturo la arrastraba a bailar descalza en medio de la cocina, llenaba sus labios de besos cargados de esa pasión que los arrastraba y la elevaba entre sus brazos para que ella pudiese sentir la libertad que deseaba regalarle, por encima de todo.

Arturo Ortiz la había convertido en madre una vez más al compartir con ella el cariño desmedido de la joven Raquel, su adorada pequeña a la que no podía dejar de querer. No dudó un solo instante en convertirse en el padre que Dolores siempre había necesitado, le había dado su apellido y absolutamente todo sin hacer distinción entre sus dos niñas. Habían creado juntos una nueva familia que solo le había traído alegría.

Con un largo suspiro, apartó su mirada de la ventana y trató de serenar la velocidad de sus latidos. Era feliz con Arturo, más que nunca, pero un pequeño resquemor se había adherido a su pecho y, poco a poco, se estaba convirtiendo en terror absoluto. Iba a casarse una vez más, iba a entregarse por completo y ese hecho despertó sus recuerdos, sus heridas. Toda una vida junto a Esteban Matamoros había dejado una impronta difícil de borrar.

Cerró los ojos con fuerza mientras intentaba borrarlo de su mente, él estaba preso y no podía hacerles daño nunca más, debía dejarlo muy atrás y seguir adelante en ese camino que Arturo abría ante ella, pero sus manos empezaron a sudar, sus ojos avellana se cubrieron de lágrimas aterradas y, por un instante, el único deseo que se arremolinaba en su mente la empujaba a escapar, correr sin mirar atrás.

Cuando el reloj marcó la hora pactada para empezar a prepararse, levantó sus murallas una vez más mientras un regimiento de estilistas se presentaban en la mansión con el único objetivo de dejarla perfecta. Arturo le había asegurado que solo los mejores del país serían los encargados de arreglar sus cabellos y aplicarle el maquillaje para que se sintiera la mujer más hermosa del mundo, tal y como él la veía todos los días.

No pudo evitar sonreír al recordar sus palabras dulces, acompañadas de esa mirada que Ortiz solo le dirigía a ella, la misma que le gritaba que era la persona más importante y maravillosa de su mundo y hacía que se sintiera completamente amada.

Adoraba en silencio verse reflejada en los orbes de Arturo, ahí siempre conseguía ser fuerte y luchar contra cada fantasma que la asolaba, pero él se había marchado a prepararse en la sede de Industrias Ortiz junto a la joven Montero y Raquel, por lo que sus piernas flaquearon dominada por su miedo sin poder evitarlo.

Los estilistas que Arturo le había mandado la ayudaron a colocarse el vestido que le quedaba perfecto. Peinaron y trenzaron sus cabellos, los mismos que adornaron con flores frescas como si ella fuese una ninfa de los bosques o una diosa a la que su prometido deseaba adorar todos los días de su vida. Maquillaron su rostro con tonos suaves, tan diferentes a los que

solía utilizar cuando necesitaba esconder su tormento a ojos del mundo, realzaron su mirada y dibujaron sus mejillas para embellecer aún más sus rasgos. Finalmente, pintaron sus labios con un tono rosado suave que le otorgaba un brillo especial.

Cuando se sintieron satisfechos, ella miró su reflejo para cortar su aliento al reconocerse en el espejo, tan bella como Arturo siempre le juraba que la veía. No tardó mucho en quedarse sola una vez más en la habitación, por lo que su mente le jugó una nueva mala pasada al llenarse de recuerdos que intentaba enterrar bajo mil capas de hormigón armado.

De pronto, la quietud en la que se había sumido quedó quebrada por el sonido de risas alegres que llegaron a ella desde el pasillo. Al poco, unos golpes suaves sobre la puerta la alertaron de que alguien deseaba verla, por lo que permitió la entrada y dibujó una sonrisa alegre en el rostro al reconocer a Dolores traspasar dicha puerta junto a Gloria Ruiz.

Su hija estaba realmente magnífica en todos los sentidos, había optado por llevar un vestido azul eléctrico, creado por Arturo para la boda sin duda alguna, acompañado por unos zapatos de tacón negros. Llevaba los cabellos recogidos con gracia y el rostro perfectamente maquillado. Gloria también estaba preciosa, aunque la joven Ruiz había decidido vestir un esmoquin oscuro que le sentaba como un guante. Sonreía con picardía como acostumbraba a hacer siempre y llevaba entre las manos el ramo de novia para entregárselo.

Ambas se quedaron muy quietas al entrar a la habitación, con la mirada fija en ella y los labios abiertos en una mueca de asombro muy graciosa a la vez que sus ojos brillaban alegres.

—Mamá, estás magnífica —dijo Dolores con gran alegría—. Estoy segura de que nunca habrá una novia más hermosa que tú.

—Es cierto, Eva —intervino Gloria con la voz cargada de picardía—. Si no estuviese pilladita de tu hija seguro que te lanzaba fichas sin pensarlo, estás impresionante.

Eva empezó a reír con ganas al escucharla justo antes de que su hija dejase una sonora colleja en la nuca de Gloria y esta diese un respingo al no esperarla.

—Mira que eres idiota, barriobajera —dijo con una fingida molestia—. No puedes evitar ser una ligona estúpida ni siquiera conmigo delante.

—Es un acto reflejo, Barbie —respondió y ambas se miraron sonrientes—. No te enfades, sabes que solo te quiero a ti.

—¿Estás lista? —preguntó Dolores con su mirada fija en ella una vez más—. Arturo ya ha llegado y están todos los invitados. Cuando me digas nos vamos.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó con un hilo de voz.

—Pues en cuanto llegó vinimos a buscarte —respondió su hija sonriente—. No habrán pasado más de cinco minutos.

—Entonces esperemos un poquito más —dijo en un susurro—. No sería una novia si no le hago sufrir un poquito y que tenga que esperarme.

Tanto Dolores como Ruiz empezaron a reír en el acto, justo antes de que su hija rescatara el ramo de manos de su chica y se acercase a ella. Al llegar a su altura, depositó esas flores entre sus manos, la rodeó con los brazos para estrecharla y escondió el rostro en su hombro donde dejó un suspiro satisfecho.

—Estoy muy feliz, mamá —susurró en medio de su tierno abrazo—. Y muy emocionada, dentro de muy poquito voy a acompañarte hasta el altar donde vas a casarte con el hombre más bueno y maravilloso del mundo.

Eva no respondió, las palabras murieron en su garganta a la vez que cerraba sus ojos para retener las lágrimas. Estrechó con fuerza a su pequeña entre los brazos, ya que así sus manos dejaban de temblar mientras su mente se llenaba de recuerdos, se volvía a llenar de ese miedo que la mantiene presa y solo Arturo era capaz de paliar.

ꕥꕥꕥ

21 años antes:

Eva Puig tenía solo diecisiete años cuando sellaron su destino. Al despertar aquella fría mañana de diciembre no imaginaba que esa misma noche conocería a la persona con la que estaba destinada a descubrir los horrores del mundo.

Fuera llovía en abundancia, casi como un preludio del dolor que le esperaba y ella no podía ni siquiera intuir.

Desde que tenía uso de razón, sus padres le habían inculcado la idea de lo que significaba ser una Puig. Su familia se había ganado su puesto en la élite del país debido a que su abuelo había hecho gran fortuna con la industria en Barcelona. Era una de las familias más acaudaladas del país, pero carecían de algo que su padre estaba obsesionado por conseguir, ya que su apellido no provenía de una de las pocas casas nobles que aún tenían algo de prestigio entre la alta sociedad.

Cuando su única hija nació, no dudó en poner sobre sus hombros la tarea de elevar su apellido, aunque esta jamás lo supo pues sus intenciones quedaron escondidas en sus propios pensamientos mientras criaba a la pequeña Eva para que, de forma dócil, acatara todos sus deseos.

Ya cerca de la mayoría de edad, se había convertido en una muchacha hermosa y dulce, con esa mirada castaña llena de inocencia y sueños por cumplir.

Ajena a que su vida entera estaba a punto de cambiar para siempre, bajó a desayunar junto a sus padres, ya preparada para que el chófer la llevara a la escuela donde pronto se graduaría. Su padre, como cada mañana, leía el periódico de forma distraída y su madre hablaba sobre cualquier asunto de sociedad sin entrar en detalles. Eva los saludó con educación y tomó asiento en su lugar justo antes de que su padre bajase ese manojo de papeles con las notícias del día y clavase en ella su mirada con decisión.

—Hoy debes volver pronto, princesa —dijo y ella alzó la mirada curiosa—. Tendremos una visita especial esta noche y quiero que estés perfecta para impresionarlos.

—¿Quién va a venir, papá? —preguntó curiosa a la vez que untaba una capa generosa de mermelada en su tostada.

—Gabriel Matamoros y su hijo —respondió y tanto su madre como ella alzaron la ceja al escucharlo—. Esteban, creo que me dijo que se llama, es un muchacho muy apuesto y educado.

—¿Por qué vienen a casa los Matamoros? —preguntó Eva sin esconder su curiosidad—. Ellos son de la nobleza y escuché en el Club que no les gusta juntarse con gente a la que consideran inferior.

—Tengo algunos negocios que tratar con el señor Matamoros —dijo de forma distraída—. Me gustaría aprovechar la oportunidad y presentarle a mi familia. Además va a venir con su hijo y no deja de ser un gran partido para ti, princesa. Quiero que estés radiante, quizás sea tu príncipe azul.

Ella asintió de forma suave con media sonrisa en el rostro y dio cuenta de su desayuno sin percatarse del juego de miradas que sus padres compartían en silencio. Ambos sabían que Gabriel Matamoros solo conservaba un gran apellido, pero había dilapidado la fortuna familiar por lo que estaba buscando incansable a una mujer con la que casar a su hijo, una que pudiese aportar una dote cuantiosa que le ayudase a salir de la ruina. Su Eva tenía todo a favor para ser la elegida, por lo que sonrieron satisfechos. Sería una unión muy ventajosa para ambas familias.

Tal y como su padre le había pedido, aquella tarde no pasó por el Club de Campo y se dirigió a su casa con prisa. Se arregló a conciencia como él le había pedido y esperó paciente a que la llamaran para recibir a las visitas.

Sin duda alguna, jamás olvidaría el momento exacto en el que Esteban Matamoros entró en su vida. Una de las muchachas del servició la avisó de que debía presentarse en el comedor donde la estaban esperando y obedeció en el acto. Nada más entrar en la estancia, pudo ver a sus padres hablando con gran pompa con un hombre maduro al que reconoció como Gabriel Matamoros y junto a él estaba su hijo con el rostro serio, porte elegante, distinguido. Eva se hizo notar con un carraspeo suave y educado justo antes de acercarse sin borrar una pequeña sonrisa de su rostro. Su padre colocó la mano sobre su hombro en el acto para hacerle entender que estaba magnífica, tal y como él le había pedido.

—Gabriel —dijo su padre con el orgullo pintado en la voz—. Permíteme que te presente a nuestro mayor orgullo. Mi hija, Eva.

—Es un honor para mí conocerle, señor Matamoros —susurró educada y se ganó una helada sonrisa como respuesta, a pesar de que no se percató de la falsedad de esta.

—Sin duda es muy bonita —dijo ese hombre al analizar a conciencia—. ¿Verdad que sí, Esteban?

En ese momento, su mirada caramelo se cruzó con los ojos oscuros de Esteban Matamoros por primera vez. Su estómago se contrajo con fuerza al verlo un poco más de cerca ya que era un muchacho muy guapo, su mirada casi negra era penetrante, su rostro estaba adornado por una barba corta y cuidada, sus cabellos eran negros como una noche oscura y estaban perfectamente arreglados. Él le regaló una sonrisa educada y despertó un enjambre de mariposas violentas bajo su piel. Esa misma mañana su padre le había dicho que podía ser su príncipe azul y ella lo tomó como una de sus bromas, pero empezaba a creer que de verdad podría serlo.

—Princesa —dijo su padre y la sacó de su ensoñación—. Vamos a hablar de negocios algo aburridos para los jóvenes. ¿Por qué no le enseñas a Esteban la casa y dais un pequeño paseo hasta que sirvan la cena?

Ella asintió incapaz de pronunciar palabra, justo antes de que aquel muchacho que la ponía tan nerviosa se acercase con ese porte elegante y distinguido para ofrecerle su brazo, el mismo que no tardó ni un segundo en aceptar. Le guió en silencio fuera del salón para cumplir con lo que su padre le había pedido sin saber que esos famosos negocios no eran más que la dote que podían aportar, estaban a punto de usarla como moneda de cambio sin que ella lo pudiese siquiera imaginar.

Con las mejillas coloradas y gran timidez, ya que ese muchacho era bastante imponente, le condujo por diversas estancias de su hogar. Le enseñó la galería de arte mientras le explicaba en un susurro que su madre era coleccionista y siempre andaba detrás de cuadros de gran valor para colgarlos en ese lugar. Pasaron por la biblioteca y, algo más envalentonada, se atrevió a enseñarle cuáles eran sus ejemplares favoritos sin que él borrara esa sonrisa estudiada de su rostro y ella temblase levemente al encontrarla terriblemente atractiva.

Finalmente le condujo al exterior. El jardín siempre se iluminaba con un millón de farolillos y, a pesar del frío de diciembre, se aventuraron a pasear entre los rosales sin alejarse mucho de la casa por si tenían que volver pronto.

Al poco, Eva se arrepintió un poquito de su pésima idea de salir al jardín, ya que el viento helado estaba calando sus huesos mientras luchaba por no tiritar y delatar su propia estupidez frente a él.

Esteban la observaba en silencio, ya que en todo el tour apenas había pronunciado algún monosílabo educado. Despacio, se deshizo de la chaqueta de ese traje con pinta de ser escandalosamente caro y la colocó sobre sus hombros. Las mejillas de la joven Puig volvieron a colorearse de forma violenta en cuanto sintió el roce de la tela contra su piel.

—El jardín es muy bonito —dijo él de forma suave y la sorprendió al pronunciar una frase más allá de los monosílabos—. Pero no deberías coger frío.

—Gracias —susurró avergonzada al clavar sus ojos avellana en esa sonrisa que era incapaz de dejar de mirar—. No me acordé de ponerme la chaqueta antes de salir.

—¿No tienes ni idea de lo que están hablando en ese salón, verdad? —preguntó él sin apartar sus ojos negros de ella.

—Supongo que tu padre y el mío van a emprender algún negocio juntos —respondió con un encogimiento de hombros—. No suele contarme lo que hace con las fábricas, dice que no es asunto de señoritas.

—Están hablando de negocios, pero no de vuestras fábricas —dijo con la voz seria—. Mi padre desea saber qué puede ofrecerle el tuyo si él consiente en que me case contigo.

Al escucharlo, Eva volvió a enrojecer de forma violenta y abrió los ojos cargados de sorpresa. Miró fijamente el perfil sereno de Esteban, ya que este había perdido su mirada en ninguna parte en específico y sintió que el suelo temblaba un poco bajo sus pies.

—¿Y nosotros no podemos opinar en este asunto? —preguntó algo sobrepasada—. Casarse es algo serio y para toda la vida.

—Claro que podemos —respondió a la vez que volvía a mirarla—. Yo no voy a obligarte, Eva. Ellos pueden negociar lo que quieran porque si tú no lo deseas no habrá acuerdo alguno.

—¿Y qué pasa con lo que desees tú? —dijo alarmada—. ¿Vas a dejar que tu padre elija por ti?

—Yo tengo la última palabra —susurró con la voz endurecida—. Lleva meses buscando a la mujer perfecta y ninguna tuvo mi aprobación.

Tras sus palabras, ambos guardaron silencio unos instantes, hasta que Esteban colocó los dedos en su mentón despacio y elevó su mirada para clavarla en sus ojos oscuros.

—Te lo he dicho porque no me parece correcto que piensen en intercambiarte por un buen apellido sin que lo sepas —susurró de forma suave—. Te tratan como una niña y a la vez intentan concertar tu matrimonio, es de hipócritas.

—Yo no sé si quiero casarme —afirmó sincera—. Solo tengo diecisiete, ni siquiera me he enamorado aún.

—Yo tengo veintidós, aún estoy en la universidad —respondió con una nueva sonrisa—. Hagamos una cosa. Salgamos juntos, así podremos ver si va a funcionar o no. De todas las que me ha presentado mi padre en estas reuniones improvisadas tú eres la única que me parece interesante de verdad.

Al escucharlo, Eva sintió como su pulso enloquecía dentro de su pecho a la par que las mariposas llenaban de cosquillas su vientre y sus mejillas se coloreaban una vez más. Todas sus amigas hablaban incansablemente sobre la posibilidad de encontrar un hombre que provocase esas reacciones involuntarias en su interior, un buen partido con el que pasar el resto de tu vida.

Al final su padre, aunque de una manera errada, había acertado y quizás había encontrado al hombre perfecto, al príncipe azul de su cuento, pues no había mejor partido que Esteban Matamoros.

—Eso me gustaría —respondió al final con una sonrisa dulce en el rostro—. Vamos a conocernos.

Él la miró sonriente y pasó despacio su brazo sobre los hombros de la joven para encaminarse al interior de la mansión. Eva no podía dejar de pensar en esas mariposas que se volvían locas en su piel, ya que el chico más amable y guapo que había conocido tenía toda la intención de cortejarla mientras Esteban, algo más serio, suspiraba de forma casi imperceptible pues había cumplido diligente la orden de su padre: había engatusado a Eva Puig para que se creyera su interés genuino y terminase enamorada de él. Su destino estaba sellado, ella sería su esposa quisiera o no y para ello debía esforzarse y conquistarla si no deseaba contrariar a Gabriel. Su padre había sido tajante, su deber para con su familia y su apellido era casarse y la muchacha elegida para ocupar ese lugar era Eva. No había más opción.

CAPÍTULO II

Esteban permanecía tumbado en la cama, tenía las manos bajo la nuca y la mirada perdida en el techo. Con cada una de sus pausadas respiraciones, su pecho subía y bajaba despacio mientras dibujaba una sonrisa pequeña en los labios al notar como unos finos dedos se deslizaban por su piel, ya que la sábana solo cubría hasta su bajo vientre.

Cerró los ojos y dejó escapar un pequeño suspiro satisfecho en cuanto la muchacha que le acompañaba cesó sus caricias para apoyarse contra su hombro. No tardó en atraerla en un abrazo con el único objetivo de sentirla aún más cerca y vaciar su mente de todo cuanto se arremolinaba en esta, para dejarse envolver por la quietud y el silencio nada incómodo que bailaba entre ellos.

Ella lo miraba con esos ojos azul clarito que siempre le habían parecido los más bonitos del mundo, él le devolvió la mirada justo antes de que se buscaran casi a tientas para fundirse en un suave beso que apagase esas dudas y miedos que ambos sentían en su pecho.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó ella dudosa al separarse de sus labios—. No puede obligarte a casarte con ella, Esteban.

—No puedo hablar con él, Alba —respondió con un suspiro quebrado—. Nunca entrará en razón. Ya ha decidido y anoche me la presentó. Cuando la vi se me vino el mundo encima, es una niña tan inocente y dulce… no se merece que la empujen a esta locura sin sentido.

Ella se enderezó con una ráfaga de dolor pintado en sus ojos claros, él la miró y mil lágrimas inundaron su mirada oscura.

—Entonces vas a obecerle como un corderito —dijo dolida—. Vas a casarte con alguien a quien no amas solo porque él te lo ha pedido.

—No sé qué hacer —respondió sincero—. ¿Qué opciones tengo? Jamás dará su brazo a torcer, no va a permitir que estemos juntos, Alba.

—Podemos huir —dijo ella con las mejillas encharcadas—. Marcharnos fuera del país, donde no pueda encontrarnos y te liberes de su maldito yugo.

—¿Y de qué vamos a vivir? —contestó afligido—. Porque el amor no va a darnos de comer ni a pagar las facturas.

—Encontraríamos el modo, Esteban —continuó inquebrantable—. Será difícil, lo sé. Mi vida siempre ha sido difícil y supe salir adelante, juntos podemos conseguirlo y seremos felices. Por favor, piensalo. No deseas casarte con esa chica, no puede condenarte a un matrimonio que te va a hacer infeliz el resto de tu vida.

—Está bien, hagámoslo —respondió al final y ella sonrió emocionada al escucharlo—. Vamos a cualquier parte del mundo a empezar de cero, donde no importen nuestros apellidos solo que nos queramos como lo hacemos.

El silencio volvió entre ellos, ambos dibujaron una sonrisa luminosa en el rostro sin dejar

de mirarse, sus latidos se volvieron erráticos en su pecho y se fundieron un nuevo beso intenso cargado de promesas y esperanza.

—Voy a recoger algunas cosas en casa —informó al cortar su contacto—. Tengo algunos ahorros, así como las joyas de mi madre, con ello podemos llegar al menos hasta Francia y después ya veremos qué hacemos, pero tú y yo juntos.

—¿Nos vamos ya? —preguntó algo temblorosa, pero decidida—. Sin pensarlo más.

—En cuanto vuelva —aseguró convencido—. No le dejemos tiempo a que nos descubra y nos impida largarnos de aquí para ser felices.

ꕥꕥꕥ

En cuanto Esteban entró en la mansión que había pertenecido a su familia desde hacía generaciones, suspiró y calculó mentalmente cuánto podría tardar su padre en volver. Con mucha prisa, se precipitó dentro de su habitación donde llenó una maleta sin fijarse muy bien qué estaba metiendo. Si se dejaba alguna cosa ya buscaría el modo de reemplazarla en cuanto estuviesen fuera del país.

Cogió las joyas de su madre con un pinchazo de añoranza en el pecho, ya que seguramente tendría que venderlas, aunque estaba convencido de que ella lo entendería. Él solo deseaba ser feliz y en Madrid jamás podría serlo.

Con todo listo, sonrió satisfecho justo antes de coger el equipaje preparado y encaminarse a la puerta. Tenía los latidos desbocados y le sudaban las manos debido a los nervios que le atenazaban.

Justo en el momento en el que fue a tomar el pomo para salir de la habitación y escapar de aquel lugar, la puerta se abrió de golpe y él se quedó helado al reconocer la figura altiva a la par que aterradora de su padre al otro lado de la misma.

—¿A dónde crees que vas, Esteban? —preguntó con una calma mortífera que heló la sangre en sus venas—. ¿Qué llevas en esa maleta?

—Me marcho, padre —susurró envalentonado—. Voy a hacer mi vida fuera de Madrid, no pienso casarme con la joven Puig. Es una niña que no se merece convertirse en la esposa de un hombre que nunca podrá amarla.

—¿Y a dónde piensas ir? —preguntó con burla en la voz—. ¿Crees que no voy a encontrarte? Eres un iluso, Esteban. Por muy lejos que corras no vas a poder escaparte de mí, soy tu padre.

—Me dan igual tus amenazas —respondió a la par que apretaba con fuerza el asa de la maleta para darse valor—. No puedes obligarme a permanecer aquí.

—¿Crees que no sé con quién te vas? —volvió a preguntar y la amenaza en su voz consiguió paralizarlo—. Ya te he dicho que soy tu padre. Sé perfectamente con qué mujerzuela andas encamado, Esteban. Alba Lopez, su madre es enfermera y su padre mecánico, una fulana

que pensaba que meterse en tus pantalones le cambiaría la vida.

—No te consiento que hables así de ella —respondió con los ojos encendidos en ira—. Es una mujer maravillosa y la que yo he elegido para pasar el resto de mi vida.

Tras sus palabras, volvió a tomar valor y empujó a Gabriel para salir de la habitación. Sus pasos seguros lo llevaban hacia la puerta mientras solo podía pensar en la libertad que encontraría tras ella.

—Si sales por esa puerta serás el culpable de lo que le pase a esa chica —dijo su padre y provocó que se detuviera de golpe al escucharlo—. Solo tengo que levantar el teléfono y la pobre Alba tendrá un accidente horrible.

—No serás capaz —respondió con la voz teñida de miedo—. No eres tan cruel.

—He permitido que la veas porque entiendo que tengas necesidades, Esteban —dijo impasible—. Pero es tu puta, no tu mujer. Si te empeñas en mezclar ambos conceptos me obligarás a quitarla de la ecuación por el bien de nuestra familia.

Sus palabras enviaron una oleada de frío bajo su piel cargada del terror más absoluto. En seguida comprendió que su amenaza no era vana, que si se marchaba para intentar ser feliz con Alba, él encontraría la manera de arrebatarsela.

Derrotado, soltó la maleta como símbolo de rendición. El sonido de esta al golpear el suelo retumbó en su vientre y lo llenó de amargas espinas.

—¿Qué debo hacer? —preguntó con la voz quebrada sin atreverse a mirarlo—. Qué deseas que haga para mantener a Alba a salvo de ti.

—Eva Puig sale a las cinco de la escuela —sentenció firme—. Irás a buscarla como un auténtico caballero, puedes llevarla a cenar. Cortéjala para que te adore y no ponga oposición a vuestro enlace cuando llegue el momento. Su padre ansía el prestigio de nuestro apellido, pero es débil y si ella se echa atrás todos nuestros planes se irán por el retrete.

—Dirás tus planes —respondió en un susurro mortífero—. Nunca serán los míos, aunque me obligues a aceptarlos.

—No te pongas así, Esteban —dijo él para terminar la conversación—. Ni siquiera te he prohibido que veas a esa chica. Mientras te cases con Eva a mí me da igual si te sigues tirando a tu puta, siempre y cuando nadie se entere y no manches la reputación de nuestro apellido con ella.

Él no respondió. Las palabras de su padre resonaban en su mente y le provocaban una repulsión enfermiza. Sabía que obedecería su orden, ya que de no hacerlo Alba sufriría las consecuencias, pero nunca traicionaría a la joven Puig de esa manera, si le daba su palabra sería fiel.

Suspiró, se echó los cabellos hacia atrás nervioso y sus pies tomaron rumbo a la puerta una vez más mientras su corazón se hacía pequeño en su pecho.

—¿A dónde vas? —preguntó su padre con la voz marcada de amenaza—. Aún queda mucho para las cinco.

—Voy a terminar con esto —respondió de forma autómata—. Puede que Eva Puig no signifique nada para mí, pero si va a ser mi esposa al menos le debo ser fiel y no engañarla mientras construimos esta pantomima de relación.

ꕥꕥꕥ

Detuvo el motor del coche frente a ese edificio donde había encontrado un poquito de felicidad. Con las manos aún en el volante, cerró los ojos para serenarse y levantar una muralla entre el dolor agudo que sentía en su interior y lo que debía hacer.

En unas pocas horas todo había tomado un rumbo muy distinto. Cuando se había marchado del piso donde vivía Alba tenía el corazón cargado de promesas y ahora volvía dispuesto a quebrarlas todas. Su objetivo estaba fijado, hacerle tanto daño que ella no volviese jamás a buscarlo, de esta manera estaría a salvo de la crueldad mezquina de Gabriel y podría ser feliz en algún momento de su vida, lejos de él.

En cuanto se sintió preparado, bajó del vehículo para encaminarse a ese portal que tantas veces había cruzado en pos de su felicidad. Subió por la escalera para retrasar al máximo el momento que se presentaba ante él y, al llegar al piso correcto, tocó el timbre con la mirada endurecida y el gesto serio.

Alba no tardó en abrir, ya que lo estaba esperando. Su sonrisa traspasó su estómago como un rayo y reavivó esos pinchazos que sentía al pensar que estaba ante un adiós que no deseaba, pero era necesario aunque ella nunca lo supiera.

—Pasa, Esteban —dijo ella con tanta alegría que se estremeció—. Casi estoy lista, me falta muy poquito para terminar la maleta.

Él entró al apartamento en silencio y, nada más cerrar la puerta, sujetó la muñeca de Alba para que esta no desapareciera rumbo a la habitación donde tenía el equipaje a medio hacer. Ella lo miró a los ojos y su sonrisa fue desapareciendo muy despacio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin rodeos—. ¿Tú padre te ha descubierto?

—No, Alba —respondió con la voz endurecida—. En realidad no pensaba volver, pero ya he sido bastante capullo contigo y no mereces que desaparezca sin más.

—¿Qué dices, Esteban? —dijo ella sin dejar de mirarlo con los ojos cargados de dudas—. No te entiendo.

—No voy a marcharme contigo a ninguna parte —respondió una vez más de forma mecánica, sin sentimiento alguno en su voz—. Solo has sido una chica con la que pasarlo bien, pero te enamoraste y he permitido que llegáramos muy lejos, he venido a cortar de raíz.

—Tu padre te ha amenazado, ¿verdad? —continuó ella mientras trataba de entender—. No debes escucharlo, no tiene poder sobre ti si no se lo das.

—Mi padre no tiene nada que ver en esto —dijo él sin dejar salir ese dolor que lo estaba consumiendo al ver como su mirada azulada se iba cubriendo de lágrimas ante sus palabras—. No sé en qué momento pensaste que alguien como yo, con mi posición, me estabilizaría junto a alguien como tú. No eres nadie, jamás estarás a mi altura y cuanto antes te des cuenta, mejor para ti.

—No puedo creerte —respondió con las primeras lágrimas descendiendo por sus mejillas —. Estás soltando basura porque tienes miedo a enfrentarte a tu padre, pero nada de lo que has dicho lo sientes de verdad.

—No te confundas, Alba —dijo de forma mortífera—. Si he venido no ha sido por ti. Voy a prometerme y a casarme con Eva Puig. Ella sí está a mi altura y no me atrevería a engañarla con alguien de baja cuna como tú. No vas a volver a verme.

—Tú no la quieres, ni siquiera la conocías hasta ayer por la noche —respondió con la voz cada vez más elevada—. Puedes mentirte a ti mismo todo lo que quieras, pero no a mí.

—Puede que no lo haga, pero va a ser mi mujer —continuó sin que le temblara la voz—. A ti tampoco te quiero y lo he pasado muy bien contigo, eso no es un problema para mí.

—Eres una rata, Esteban —escupió furiosa con la mirada quebrada en lágrimas—. Y un maldito cobarde. No serás feliz nunca si sigues este camino.

—Por lo menos viviré junto a una mujer que merece la pena —sentenció con asco en la voz y ella lo miró. En ese instante supo que la había quebrado en mil pedazos—. En cambio tú seguirás siendo una don nadie. Solo me has servido para calentar la cama y ya no te necesito.

La tensión acumulada entre ambos se quebró en cuanto ella cruzó su rostro con una sonora bofetada. Esteban acarició su mejilla con parsimonia antes de mirarla con los ojos helados. Alba tenía el rostro encendido y la mirada rota. Todo se había acabado para ellos sin marcha atrás y lo supo, había conseguido destruirla.

—Vete de mi casa —susurró de forma mortífera—. Ojalá te vaya de puta madre junto a esa señorita de bien a la que nunca amarás. No quiero volver a verte jamás.

Esteban la miró por última vez sin que su rostro mutara un ápice, sin que ella supiera que la estaba memorizando al saber que no volvería a verla, que su pequeño pedazo de felicidad que había construido a su lado acababa de quebrarse para salvarla, para que ella fuese feliz pues se lo debía.

En el mismo instante en el que salió del apartamento, el sonoro portazo le revolvió las entrañas. Pudo escuchar como ella estallaba en sollozos dentro de su hogar y su mirada oscura se cubrió de lágrimas.

Ya no tenía nada que hacer ahí, por lo que se marchó con paso firme mientras su coraza caía y dejaba libre ese dolor que lo traspasó por entero. Sabía que había hecho lo correcto, pero sus manos temblaban con fuerza a la par que su pecho se quebraba en mil pedazos. Había sacado

la parte más oscura de su interior y no sabía cómo volver a esconderla, no sabía cómo podría continuar sin ella a su lado recordandole la mejor versión de sí mismo.

ꕥꕥꕥ

Cuando el timbre sonó a la cinco para indicar que las clases llegaban a su fin, Eva llenó su mochila con lo que necesitaba llevarse a casa y salió del aula en compañía de sus amigas sin dejar de reír.

Llevaba todo el día perdida en una nube y ellas lo habían notado en el acto, por lo que no dejaban de bromear con ella sobre su estado de ausencia notable, ya que se metía en sus propios pensamientos y sus mejillas se cubrían de rubor. No había podido sacar de su cabeza la imagen de Esteban Matamoros ya que este le había causado una honda impresión. No solo era el muchacho más apuesto que había conocido nunca, sino también el más amable y sincero, ya que no había dudado en prescindir de su chaqueta para colocarla sobre sus hombros en pleno diciembre y no contento con eso, había sido el único que le explicó la verdad que se cernía sobre ellos.

Mentiría si dijese que no se sentía traicionada por sus padres, ya que no habían sido capaces de contar con su opinión en un asunto tan trascendental como su propia boda, pero ese hecho quedó relegado a un rincón de su mente mientras la sonrisa de Esteban aparecía más de la cuenta en la misma y cubría de rubor sus mejillas.

Nada más salir del centro, tanto ella como sus amigas se quedaron quietas mientras la curiosidad crecía en ellas al ver el revuelo que estaba organizado a su alrededor, ya que todas sus compañeras parecían embelesadas y cuchicheaban entre risas nerviosas.

—¿Qué está pasando? —preguntó una de sus amigas para desvelar que las tenía tan alteradas.

—Hay un chico guapísimo en la entrada —susurró una de ellas y todas empezaron a reír—. Y tiene un cochazo, seguro que es adinerado.

—Parece que nunca habéis visto a un chico —intervino Eva con una leve carcajada—. Que estudiemos en un colegio solo para señoritas no es excusa para que no hagáis amigos.

—Pues está preguntando por ti, Puig —respondió otra de sus compañeras y ella enrojeció de forma violenta al escucharla—. Que calladito te lo tenías, por qué no has contado nada, es un hombre muy apuesto y distinguido.

Eva no respondió y se coló de forma descarada entre todas ellas con el vientre lleno de mariposas y media sonrisa en el rostro. Cuando consiguió llegar a la entrada, su mirada castaña se cruzó con los ojos negros de Esteban Matamoros y se quedó muy quieta, como si tratase de asimilar que él estaba ahí y había ido a buscarla.

Los cuchicheos a su alrededor se volvieron murmullos a la vez que una de sus amigas la empujaba levemente y ella daba unos pasos en dirección a Esteban que, al verla, había dibujado

esa sonrisa que no salía de sus pensamientos. El estaba apoyado contra su coche y llevaba una rosa entre las manos.

—Buenas tardes, señorita Puig —susurró en cuanto la tuvo enfrente y no tardó en coger su mano para dejar un beso en ella, por lo que Eva empezó a reír nerviosa—. Espero que no le moleste que me tomase la licencia de venir a buscarla.

—No me molesta —respondió de forma tímida tras aceptar la flor que él tenía en las manos ya que se la entregó sin dejar de sonreír—. Lo que sí me molesta es que me trates de usted, me hace sentir mayor de lo que soy.

—Como desees, Eva —dijo él tras enderezarse para abrirle la puerta—. He pensado llevarte a casa y pedirle permiso a tu padre para que vengas a cenar conmigo.

Ella llevó la flor a sus labios, como si intentase tapar con sus pétalos la timidez que él despertaba. Esteban le sonrió una vez más y la ayudó a descolgar la mochila de sus hombros para cargarla como gesto de caballerosidad mientras Eva entraba en el vehículo.

En cuanto él arrancó el coche, ella miró por la ventanilla con las mejillas encendidas al ver como todas sus compañeras seguían con sus ojos clavados en ese vehículo. Sabía que se convertiría en objeto de cuchicheos durante meses, ya que todas ellas querrían saber quién era ese muchacho y por qué había ido a recogerla.

—He pensado mucho en nuestra conversación de anoche —dijo él de pronto por lo que ella se sobresaltó ligeramente a su lado—. Quiero hacer las cosas bien contigo, Eva.

—¿A qué te refieres? —preguntó algo tímida—. Llegamos al acuerdo de ir despacio y conocernos.

—Lo sé —respondió y acarició de forma distraída el dorso de su mano—. La verdad es que no me esperaba que al conocerte me gustarías, ninguna lo había hecho. Por eso voy a cortejarte como mereces, para gustarte también. Nuestros padres han decidido por nosotros, pero no me parece tan mala idea ahora, solo espero que tú también desees ese futuro que nos están ofreciendo.

—No quiero casarme, Esteban —dijo ella con un hilo de voz—. Aún soy muy joven.

—Yo tampoco quiero casarme todavía, Eva —contestó de forma dulce—. Eso sería saltarse muchos pasos, primero debes enamorarte de mí y después ya hablaremos de matrimonio, cuando llegue el momento.

—Bueno —susurró ella a la par que sus mejillas volvían a encenderse—. La verdad es que gustarme ya me gustas un poquito.

—Ese es el primer paso para enamorarnos —respondió y su voz envió un nuevo río de cosquillas por todo su cuerpo a la par que el tomaba su mano y la llevaba a sus labios una vez más—. Creo que puede funcionar, Eva.

Ella ensanchó su sonrisa, sus ojos avellana lo miraban cargados de esa inocencia infinita de

la que hacía gala y él le devolvió su sonrisa estudiada mientras escondía tras una muralla como solo hacía unas horas se había quebrado por entero. Eva Puig no era más que una víctima en el juego que su padre había iniciado y no quería hacerle daño. Quizás si conseguía enamorarla, al menos ella sería feliz en esa vida falsa que le habían impuesto.

CAPÍTULO III

La mañana de sábado amaneció con un clima suave si se tenía en cuenta la fecha en la que estaban. Se acercaba Navidad y con ella sus ansiadas vacaciones, quince días enteros para no volver a las clases y poder disfrutar de sus amigas, su familia y sus ratos de lectura.

Con un pequeño bostezo, Eva se estiró en la cama justo antes de apartar las mantas para salir de esta, se calzó sus zapatillas, colocó el batín sobre sus hombros y salió en dirección al comedor donde se iniciaban todas sus rutinas con un copioso desayuno en compañía de sus padres.

Aún seguía molesta con ellos por sus intrigas con Gabriel Matamoros, pero un poquito menos ya que Esteban no dejaba de provocarle un millón de cosquillas con cada pequeño detalle que tenía con ella y le provocaba mil sonrisas.

Solo habían pasado dos semanas desde que le conoció en ese encontronazo a traición y Eva se sentía flotando en una nube prácticamente todo el tiempo sin poder borrarlo de su mente. Esteban solía aparecer a menudo en la puerta de su escuela para recogerla, con ese deportivo que llamaba tanto la atención en el que solía acompañarla a casa o al Club de Campo. Siempre que aparecía llevaba una rosa entre las manos, le regalaba esas sonrisas que se habían anclado en su mente con fuerza y provocaba que todas sus compañeras suspirasen llenas de envidia porque el hombre más apuesto del mundo venía a buscarla solo a ella.

En cuanto entró al comedor, metida en sus ensoñaciones con las mejillas sonrosadas, saludó de forma tímida a sus padres y estos le devolvieron un buenos días sin abandonar la lectura que cada uno tenía frente a sus ojos. Su padre ojeaba el diario como cada mañana y su madre suspiraba con los artículos de las revistas del corazón.

Ella tomó asiento en su lugar dispuesta a apagar su apetito cuando sus ojos se posaron en un sobre color crema junto a su plato y frunció el ceño levemente. No reconoció la caligrafía pero sí su nombre por lo que su curiosidad se acrecentó.

—Lo encontré esta mañana junto al periódico —dijo su padre de pronto—. Alguien debió venir temprano a dejarlo, hoy no hay correo.

—Luego le echo un vistazo —respondió con las manos algo temblorosas—. Es la primera vez que recibo una carta, no sé qué puede ser.

—¿Vas a ir al Club, cariño? —preguntó su madre de forma distraída—. Si no vas a venir a comer a casa avísame para que pueda comentarselo a la cocinera.

—Sí, he quedado con Pilar —dijo mientras comenzaba su desayuno—. Vamos a aprovechar el día en la sala de estudios y seguramente comeré ahí con ella. Quizás juguemos a tenis por la tarde.

El resto de la conversación fue banal y ella apenas intervino, ya que hablar de negocios,

joyas y dinero no solía interesarle demasiado. Nada más terminar de comer, pidió permiso para retirarse y sus padres asintieron sin abandonar su charla, por lo que recogió el sobre que había llegado a su nombre y se marchó hacia su habitación dispuesta a arreglarse mientras ojeaba qué podían haberle enviado.

Al entrar en su cuarto, se dejó caer pesadamente encima del colchón y rasgó algo impaciente ese sobre del cual sacó un papel en el que vislumbró un escudo de armas. Se preguntó entre risas quién usaba ese tipo de misivas marcadas con el escudo familiar hasta que empezó a leer y sus mejillas volvieron a encenderse de forma violenta al reconocer el emisor de dicha carta.

Mi querida Eva.

Cuando desperté esta mañana descubrí desolado que es fin de semana y no puedo escaparme para causar conmoción en tu escuela y que todas tus compañeras me miren como si fuese un Adonis inalcanzable. Decidí salir a dar un pequeño paseo para que este hecho tan injusto no causara una herida profunda en mi orgullo, pero antes de escapar pensé en escribirte estas palabras, así puedes acompañarme en mi amarga turbación.

Quizás mi querido orgullo herido no sea más que una excusa para decirte que no poder recogerte me parece una idea insoportable. Ojalá el destino me sea favorable y pueda verte, aunque sea solo un rato, durante este largo fin de semana. Si no, puedes guardar estas palabras y pensar que estoy contando los minutos para que llegue el lunes, sean las cinco de la tarde y aparezcas entre todas esas muchachas cotillas para regalarme una de tus sonrisas. No puedo esperar y en mi fuero interno deseo que tú tampoco puedas.

Esteban.

Terminó de leer con una sonrisa en los labios que derivó en una pequeña carcajada nerviosa a la par que las mariposas se volvían locas en su vientre.

Mordió su labio inferior antes de volver a clavar la mirada en esas palabras y beberlas una vez más, pues el hecho de saber que Esteban la echaba de menos, sin saber porqué, le causaba gran alegría. Ella también sentía que todo el fin de semana sin verse era demasiado tiempo.

De pronto, se levantó de la cama como si tuviera un resorte y se encaminó a su escritorio. Guardó con cuidado la carta dentro de su joyero para, justo después, alcanzar un folio junto a un bolígrafo para responder a esa misiva sin borrar un solo instante la sonrisa.

Mi querido Esteban

Mucho me temo que nada puedo hacer yo para curar tu orgullo herido. Solo enviarte mi apoyo incondicional en estos duros momentos que estás viviendo, al menos hasta que llegue el lunes y una veintena de adolescentes hormonadas suspiren a los cuatro vientos por ti.

Sé que es duro, pero conseguirás reponerte y, si no lo consigues, siempre puedes leer estas letras para recordar que yo también estoy contando cada minuto hasta que llegue el lunes

a las cinco. No miento si te aseguro que va a ser el día más largo de mi vida si no puedo verte antes.

Tu fuero interno puede estar tranquilo porque yo tampoco puedo esperar.

Eva.

Satisfecha con el resultado, dobló la carta para meterla dentro de un sobre y escribió el nombre de Esteban. Al terminar, suspiró sin dejar de sonreír y se metió al vestidor para elegir su atuendo del día.

Tras una larga ducha y ya arreglada, bajó al vestíbulo con su carta entre las manos y no tardó en pedirle a uno de sus empleados si podía hacerle el favor de entregarla al joven Matamoros en su nombre. Él asintió con una sonrisa justo antes de desaparecer en dirección a la calle para cumplir su pequeña demanda.

Ella dejó escapar un suspiro entre su sonrisa, se despidió de sus padres y se marchó pues su amiga Pilar la estaba esperando en el Club y no deseaba llegar tarde.

ꕥꕥꕥ

La mañana se había pasado en un suspiro mientras Eva se perdió entre sus apuntes y libros de texto sin prestarle la más mínima atención a las miradas inquisitivas de Pilar, ya que esta intentaba por todos los medios que le contase con detalle qué ocurría entre Esteban y su mejor amiga.

Cuando el cansancio hizo mella en su ánimo, recogieron en silencio todos sus enseres para abandonar la sala de estudios. Se encaminaron entre risas a la cafetería donde pensaban tomar un refrigerio antes del almuerzo y, nada más tomar asiento, Pilar volvió a mirarla inquisitiva.

—Por favor, Eva —suplicó de forma exagerada—. Cuéntame que hay entre Matamoros y tú.

—No tengo nada que contar —respondió sonrojada—. Él me está cortejando, es todo.

—¿Cómo que es todo? —preguntó con las cejas alzadas—. Eva, él es Esteban Matamoros, el hombre más guapo del mundo entero y encima viene de una de las mejores familias del país.

—Ya lo sé, Pilar —susurró de forma tímida—. Se podría decir que estamos empezando una relación, pero aún es todo muy reciente, no sé cómo catalogarlo.

—Vas a ser la envidia de todas nuestras compañeras, Eva —dijo asombrada—. Creo que no eres consciente de lo que significa estar con un Matamoros.

—A mí eso me da igual, la verdad —respondió despacio—. Él me gusta mucho, es divertido y muy amable conmigo. Su apellido me es indiferente, solo me importa que siga siendo tan bueno conmigo y me haga sonreír como lo hace.

El camarero dejó de pronto las consumiciones que habían solicitado y, sin querer, cortó de golpe la conversación que estaban manteniendo. Eva no tardó en llevar el vaso a sus labios para esconder de alguna manera esa sonrisa que siempre se le escapaba cuando hablaba de Esteban.

Pilar la miraba interrogante, hasta que su rostro se cubrió de picardía absoluta al clavar la vista en la entrada y se acercó a ella, como si deseara contarle una confidencia.

—Hablando del rey de Roma —susurró con varios alzamientos de cejas—. Acaba de llegar tu príncipe azul.

Al escucharla, ella se giró muy deprisa con el pulso desatado y se quedó congelada en su lugar al reconocer a Esteban, con ese porte tan distinguido acentuado por el traje que lucía, siempre impecable, elegante y guapo. Él caminaba despacio en su dirección y Eva suspiró para serenarse antes de que la alcanzara.

—Buenos días, Eva —dijo al llegar a su altura, con sus ojos negros clavados en ella—. Recibí tu llamada de socorro y aquí estoy.

—Creo que yo me voy a casa —intervino Pilar de forma divertida al alternar la mirada en ambos—. Estoy algo cansada. Nos vemos en clase, Eva.

Antes de que su amiga pudiese reaccionar, ella ya se había marchado como un torbellino y Esteban no tardó en ocupar el asiento que había dejado vacío.

—Hola, Esteban —susurró cohibida—. ¿Cómo es eso de que te he pedido socorro? Me he perdido un poquito.

—En tu carta —respondió con media sonrisa en el rostro—. En cuanto la recibí y la leí solo podía pensar que no sería caballeroso por mi parte someterte a la tortura de un lunes eterno, así que fui a buscarte a casa, pero tu madre me dijo que estabas aquí.

—Idiota —dijo ella entre risas con las mejillas encendidas—. ¿No tiene nada que ver que me echabas de menos?

—Solo un poco —susurró él y le desbocó una vez más los latidos—. ¿Puedo acompañarte durante el almuerzo? Tu madre me dijo que te quedarías con tu amiga, pero ella se escapó.

Eva asintió con esa sonrisa que él le provocaba y no podía borrar. Esteban le devolvió el gesto a la par que alcanzaba su mano sobre la mesa y enredaba sus dedos. En ese momento ella sintió que no deseaba estar en ningún otro lugar del mundo que aquel, junto a ese muchacho que tantas cosquillas le provocaba por dentro.

—¿Ya estás un poco mejor? —preguntó para picarle—. De tu orgullo herido.

—Mucho mejor, Eva —respondió con la voz suave—. Cómo no voy a estar orgulloso si solo me miras a mí.

ꕥꕥꕥ

El almuerzo junto a Esteban transcurrió entre risas, conversaciones y silencios nada incómodos cuando Eva se perdía en su muda observación de esos rasgos señoriales que tanto le gustaban.

Tenía que reconocer que había adorado cada segundo desde que él se había presentado en el Club con aquella excusa barata solo para verla.

Cuando terminaron de comer, ninguno de los dos parecía querer despedirse, por lo que

acabaron paseando por las instalaciones del lugar mientras charlaban de forma amena de cualquier cosa. Esteban le había ofrecido su brazo y Eva no dudo en aceptarlo, caminaban de un lado a otro sin detenerse mientras ella se sentía como la princesa de un cuento, sujeta al hombre más maravilloso de su mundo. De vez en cuando, él se detenía para saludar de forma educada a cualquier persona que le había reconocido. En esos momentos, colocaba la mano sobre la de ella y sonreía para mostrar orgulloso cómo disfrutaba de su compañía. Eva no podía evitar sentirse la mujer más importante del Club porque estaba junto a Esteban.

Finalmente sus pasos les guiaron de forma distraída a un mirador que daba directamente a la sierra de Madrid donde se detuvieron para tomar asiento en uno de los bancos de piedra que adornaban el lugar.

—¿Cómo te va en la universidad? —preguntó ella para sacar un nuevo tema de conversación—. ¿Te gusta?

—Me gusta mucho, la verdad —respondió sincero—. La carrera de derecho siempre me ha parecido interesante y la estoy disfrutando.

—¿Vas a quedarte en abogacía? —continuó curiosa—. O prefieres llegar a juez, o incluso a fiscal.

—La verdad es que no lo sé —dijo pensativo—. Cuando termine miraré qué especialización me gusta más, aunque la política también me llama mucho, creo que es ahí donde está mi futuro.

—Quieres arreglar el país —contestó con media sonrisa—. Sin duda eres todo un príncipe azul.

—¿Eso quieres, Eva? —preguntó con una leve risa—. Que sea tu príncipe.

—Eso y convertirme en la mujer más envidiada de todas en mi escuela —respondió entre risas—. Pilar ya me lo ha dejado claro. Qué suerte la mía de tenerte, mi príncipe.

Esteban empezó a reír una vez más justo antes de clavar en ella su mirada oscura. Eva lo miró interrogante con algo de vergüenza por si se había extralimitado con sus palabras.

—Señorita Puig —susurró y se ganó un golpe en el hombro junto a una mirada fulminante como respuesta—. Creo que si usted me lo permite voy a besarla.

—Y yo creo que te tengo dicho que no me llames así —respondió con los ojos entrecerrados—. No me gusta ni un poquito.

—Entonces déjame llamarte ángel —dijo él y cortó su aliento de forma violenta—. Ya que tú has decidido que soy tu príncipe, para mi serás un ángel, tan inocente y dulce que solo siento deseos de hacerte feliz.

Al escucharlo, su mirada castaña se cubrió de emoción a la par que volvían a encenderse sus mejillas. Él se acercó para tantearla y Eva tragó el nudo de su garganta con sus latidos enloquecidos.

—Entonces —susurró bajito, aunque pudo escucharlo con claridad debido a la cercanía impuesta—. ¿Me dejas besarte, mi ángel?

—Creía que no lo decías en serio —tartamudeó nerviosa—. Ni siquiera creo que te guste hacerlo, yo nunca…

Esteban no le permitió terminar su frase susurrada entre dudas, cortó en un rápido movimiento la distancia que aún existía entre ellos y calló sus palabras con un suave beso en sus labios.

Eva se quedó muy quieta, casi congelada en su lugar mientras él la acariciaba despacio al besar su labio inferior, separarse solo unos milímetros y volver a rozar el superior. Abrió la boca para dejar escapar un suspiro, justo después sintió como él la invadía. Jadeó sin poder contenerse al sentir el choque de sus labios y atraparlos entre los suyos casi en un acto reflejo. Sus ojos se cerraron a la par que su estómago estallaba en un millón de sensaciones que no sabía catalogar. Sintió sus dedos deslizarse por su mejilla, la calidez de su boca al regalarle cada caricia y devolvió todos sus roces de forma tímida, aunque no parecía que a él le importase en absoluto su torpeza e inexperiencia.

Cuando se separaron, tan despacio que su aliento terminó de enredarse entre sus labios entreabiertos, Eva creyó que jamás volvería a respirar con normalidad.

—Yo nunca había besado a nadie —susurró para quebrar el silencio, retomando algo nerviosa la frase que él había quebrado con sus labios.

—Entonces soy muy afortunado —respondió también entre susurros sin que su mano se apartase de su mejilla enrojecida—. Gracias por dejarme ser el primero.

ꕥꕥꕥ

Decir que tenía una severa adicción a los labios de Esteban Matamoros era quedarse muy corto. Desde el momento en el que le había regalado su primer beso, cientos vinieron detrás y cada uno de ellos le provocaba el mismo cosquilleo alucinante en su vientre, dibujaba las sonrisas más luminosas en sus labios y encendían su mirada caramelo con un brillo completamente distinto.

Él seguía presentándose en la puerta de la escuela para buscarla, seguía provocando el revuelo de todas sus compañeras a la par que despertaba la envidia de todas ellas cuando la atrapaba por la cintura y buscaba sus labios, como si intentase gritar sin palabras que, de todas ellas, solo tenía ojos para Eva.

Vivía en una constante espiral de felicidad absoluta que la envolvía. Su pequeña burbuja crecía con cada rosa que Esteban depositaba en sus manos antes de besarla, con cada carta que aparecía en su buzón y le arrancaba la risa. Con todas esas veces que él aparecía en el Club de Campo para sorprenderla o en su casa con excusas estúpidas para robarle cinco minutos a su rutina y regalarle una nueva dosis de ese chute de alegría infinita que él le regalaba.

Esteban conseguía enloquecer sus latidos solo con colarse en su mente. Sabía que se estaba

enamorando de él sin poder frenarlo, ni siquiera lo intentaba y el plan de sus padres de concertar ese matrimonio ya no le parecía ni la mitad de aterrador, pues si miraba su futuro no podía ni imaginarse cómo sería sin Esteban a su lado.

Pero las dudas y los miedos seguían colándose en su interior sin ser invitadas. Ella no era estúpida y sabía perfectamente que, aunque él fuese su primera vez en absolutamente todo, no era igual para Esteban y la idea de no estar a la altura de sus expectativas o ser demasiado niña para cumplir sus deseos solía atacar con fuerza. Cuando aparecía, provocaba tantísimo miedo en sus entrañas que le dolía a la vez que quebraba su aliento.

Sus compañeras de clase no ayudaban en ese sentido, pues su cantinela eterna en cada recreo, cuando ella suspiraba sin poder evitarlo al pensar en su príncipe, era siempre la misma, tenía que acostarse con él para demostrarle que le quería.

A pesar de haberles informado por activa y por pasiva que no estaba lista y que su deseo era esperar al matrimonio para dar ese paso, no dejaban de presionarla y acrecentar sus miedos. Le juraban de forma solemne que si ella no se entregaba a Esteban él se marcharía con otra.

Esa misma noche, su príncipe iba a llevarla a cenar y no podía soportar la espera hasta que apareciese en su puerta a buscarla. Se había arreglado a conciencia para que Esteban no pudiese apartar de ella su mirada oscura. Temblaba por dentro sin poder evitarlo, atenazada por el miedo y la inseguridad que se había acrecentado por culpa de las cotillas de sus compañeras.

Cuando Esteban llegó, tan absolutamente perfecto como siempre, su estómago se contrajo. No podía perderlo. Él dedicó algunos minutos de cortesía a saludar a sus padres con educación y ella se serenó antes de que tomase su mano para acompañarla al coche sin borrar la sonrisa de su rostro.

Una vez dentro del vehículo, sus nervios crecieron y se hicieron presentes en el leve tembleque de sus manos. Esteban arrancó y se alejó a una velocidad prudente de su casa mientras ella se iba quebrando despacio por dentro. De pronto, aterrizó en la realidad al sentir la mano de su príncipe atrapar la suya propia y darle un apretón.

—¿Qué ocurre, mi ángel? —preguntó de forma suave sin apartar su mirada de la carretera —. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—He pensado que a lo mejor… —susurró a trompicones, delatando la inseguridad en su voz—. Quizás después de cenar te gustaría que vayamos al mirador.

—¿Al mirador? —dijo él con el ceño fruncido—. ¿Quién te ha dicho de ir ahí? ¿Tus compañeras?

—Es que —continuó con un hilo de voz y, al escucharla, Esteban se apartó del tráfico hasta aparcar el coche para mirarla en silencio—. He pensado que como somos novios querrías, ya sabes…querrías que hiciéramos lo que se hace en el mirador.

—Osea acostarnos —dijo él y Eva enrojeció de forma violenta a la par que empezaba a

temblar una vez más—. Te lo repito, ¿quién te ha dicho de ir ahí?

—Mis compañeras —respondió avergonzada—. No dejan de decirme que debo complacerte, Esteban. Si no lo hago buscarás a otra y yo no puedo imaginarme que te pierdo por no querer dar ese paso. Me da mucho miedo.

Él no respondió de inmediato. Con cuidado tomó su mentón para elevar su mirada y que ambas se cruzasen.

—Eva —susurró de forma suave—. Escúchame bien. Me debo a ti, en todos los sentidos, jamás te traicionaría buscando en otro lado lo que solo deseo tener contigo.

—No sé si estoy lista —respondió y él colocó su dedo índice contra sus labios para pedirle sin palabras que guardara silencio.

—Quiero que olvides la inseguridad que las estúpidas de tus compañeras han sembrado en ti, mi ángel —dijo con la voz algo endurecida—. El día que te conviertas en mi esposa voy a aceptar que te entregues a mí, no antes. Sé que deseas esperar y yo te respeto por encima de todo.

—¿No vas a dejarme por querer esperar? —preguntó con un hilo de voz.

—No, Eva, no voy a hacerlo —respondió dulcificando su voz al ver el miedo que aún permanecía en su mirada avellana—. Y tampoco me iré con otras mujeres, ya sabes que solo puedo mirarte a ti.

Esteban la miró fijamente con media sonrisa en el rostro y ella sintió que podía derretirse si seguía aguantando su mirada. Si alguien le preguntara en el futuro cuál fue el momento exacto en el que supo con certeza que se había enamorado de Esteban Matamoros, su mente siempre viajaría a ese lugar, ese coche, a sus ojos oscuros mirándola con ternura. Ese momento en el que él no era ese monstruo cruel que la quebraría sino simplemente su príncipe, jurando que iba a respetar sus deseos y curando sus miedos.

CAPÍTULO IV

Poco después del amanecer, Eva saltó de la cama con una enorme sonrisa en el rostro. No era un día cualquiera para ella y podía notar como la emoción crecía en su vientre, ya que había llegado su cumpleaños y, con él, esa mayoría de edad que abría las puertas a una nueva etapa de su vida que deseaba atesorar.

No se sentía muy diferente, aún le quedaban unos meses para graduarse en la escuela y un cambio de cifra en su edad solo le otorgaba la ilusión de sentirse un poco más adulta de lo que ya era.

Tardó muy poco en calzarse sus zapatillas y dejar la habitación, con pasos apresurados, en dirección al comedor para reunirse con sus padres para recibir su felicitación y los regalos que seguramente tendrían para ella. No estaba muy errada, puesto que nada más entrar a dicha estancia, su sonrisa se ensanchó al reconocer en su lugar de la mesa los paquetes que ya la estaban esperando junto a las miradas de sus padres clavadas en ella sonrientes.

—Feliz cumpleaños, princesa —dijo su padre al acercarse a ella y dejar un beso en su mejilla—. Ya no eres mi niña, estás hecha toda una mujer.

—Está todo dispuesto para esta noche, cariño —intervino su madre a la vez que la apremiaba a acercarse a esos regalos que la estaban llamando a gritos—. Va a ser la fiesta más comentada en todos los círculos de influencias.

—Estoy un poco nerviosa —susurró tímida con uno de los paquetes ya en sus manos—. ¿Vendrá mucha gente?

—Nadie quiere perderse tu fiesta de cumpleaños, princesa —respondió su padre mientras tomaban asiento sin dejar de mirarla—. Abre los regalos y podremos desayunar.

Eva asintió a la par que rasgaba el papel de los paquetes e iba descubriendo nuevas joyas, zapatos, un vestido del color del vino tinto realmente bonito y un set nuevo de maquillaje.

Agradeció con una enorme sonrisa cada obsequio justo antes de tomar asiento. En ese momento, el servicio de su hogar se puso en marcha para hacer desaparecer cada objeto y llevarlo a su lugar dentro de su habitación. Justo después sirvieron el desayuno y ella suspiró de forma tenue.

—¿Por qué ha de venir tanta gente? —preguntó entre susurros—. Yo prefiero celebrarlo con vosotros, algunas amigas y Esteban, no necesito nada más.

—Eres una Puig, Eva —respondió su padre con la voz algo endurecida—. Tu mayoría de edad es un gran acontecimiento, mereces ser el centro de atención de todo nuestro mundo. Las familias más importantes del país van a presentarse ante ti para adorarte, debes estar orgullosa.

Ella no respondió. Con el tiempo había aprendido que intentar contradecir a su padre era una lucha en vano. Asintió con las mejillas sonrosadas y dio cuenta de su desayuno con los

nervios anclados a su vientre una vez más. Por lo menos Esteban estaría con ella, ya que su príncipe nunca la dejaría sola contra esa marabunta de personas a las que no conocía y tan nerviosa la ponían.

El día fue pasando demasiado deprisa para su gusto. Cuando llegó el momento, decidió estrenar su vestido color vino, ya que este se adhería de forma perfecta a sus curvas y, con él, el reflejo que el espejo le devolvió le resultó realmente espléndido. Sus cabellos caían con gracia sobre sus hombros y espalda mientras su rostro realzado con el maquillaje lucía demasiado bello. Sonrió al mirarse pues estaba segura de que su príncipe no podía apartar sus ojos negros de ella y ese hecho acrecentaba sus nervios junto a esas cosquillas que aún atacaban con fuerza cada vez que aparecía en su mente.

Le había resultado imposible no enamorarse de Esteban Matamoros, sus latidos enloquecían en su pecho solo con su mera presencia y cada vez que él buscaba sus labios ella se juraba que jamás podría besar a alguien que no fuese su príncipe.

Unos golpes suaves sobre su puerta la arrancaron de su ensoñación en el acto. Eva carraspeó para dar paso a quien deseaba hablar con ella y sonrió de forma sincera al ver como Catalina abría dicha puerta. Desde que tenía uso de razón, aquella mujer había estado en su vida, trabajaba en su hogar y se había ocupado de sus cuidados cuando era una niña.

—Los invitados ya llegaron, señorita —susurró ella con el orgullo desmedido pintado en sus ojos al verla—. La están esperando en el salón.

—Gracias, Catalina —respondió algo cohibida—. Ya mismo voy.

Ella respondió con una educada reverencia, ya que nunca olvidaba que, a pesar de haber criado a esa joven a la que adoraba, no dejaba de ser una simple doncella de los Puig.

Eva dejó atrás la habitación para encaminarse a la gran escalera que separaba la zona de los dormitorios de la recepción.

Con suavidad, se agarró al pasamanos a la vez que elevaba de forma sutil su vestido para no tropezar, justo antes de descender por aquellos escalones y encontrarse de frente con miradas curiosas que, al verla, callaron todas sus conversaciones en el acto sin apartar sus ojos de ella. Estaba tan magnífica que realmente parecía una princesa dentro de uno de esos cuentos de hadas que Catalina siempre le contaba cuando era una niña.

Todos los nervios, que pinzan su mente al sentirse observada por tantas personas, se esfumaron en el mismo momento en el que Esteban Matamoros salió de la multitud para recibirla al final de esa escalera. Él estaba completamente arrebatador, vestía un traje oscuro a medida, su cabello negro estaba perfectamente colocado y se había arreglado esa barba corta que siempre lucía perfecta en sus rasgos. Esteban le tendió con gracia la mano, ella tardó solo un segundo en aceptarla, con una sonrisa en los labios al sentir como él dejaba un beso sobre ella sin dejar de lado esos modales de caballero perfecto que tanto le fascinaban.

—Estás preciosa, mi ángel —susurró a la vez que Eva se aferraba a su brazo con una leve risa—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, mi príncipe —respondió sin que sus ojos se apartasen de él mientras la conducía hacia el interior del salón—. Tú también estás muy guapo, como siempre.

—Te he traído un regalo —susurró de forma misteriosa y le provocó una nueva risa—. Pero te lo voy a dar solo si bailas conmigo, toda la noche.

—Esteban —dijo ella con las mejillas sonrosadas y una honda emoción en la voz—. Yo quiero bailar contigo toda mi vida.

—Me alegra mucho escuchar eso —respondió sonriente a la par que se colocaba frente a ella para iniciar el primero de los bailes que acababa de prometer—. Porque es también mi deseo.

La música los envolvió, Esteban inició los pasos que Eva siguió bajo su guía. Sus ojos oscuros no se apartaban de ella mientras sentía que era el momento más especial de toda su vida. De pronto estar rodeada de tanta gente ya no importaba, el ahogo que podía albergar por ser una Puig quedó relegado al olvido, pues su único pensamiento era lo increíblemente feliz que se sentía entre sus brazos sin que él apartase la mirada.

Él buscó sus labios y ella volvió a entregarse por entero a cada caricia con los latidos despiertos. Su suave balanceo se detuvo despacio, en medio de ese beso que había despertado todas sus cosquillas una vez más. Cuando Esteban se apartó, Eva lo miró y sus ojos volvieron a cruzarse.

—Te quiero, mi príncipe —susurró sin poder contener sus palabras.

Él le regaló una de esas sonrisas expertas en provocarle un tembleque violento interior. Se apartó despacio de ella justo antes de coger dos copas de una bandeja que varios camareros paseaban por la estancia y entregarle una con solemnidad.

Eva bebió un sorbo pequeño, el sabor amargo y burbujeante estalló en su boca por lo que intentó reprimir un gesto de asco entre sus labios para no parecer una idiota ante Esteban mientras él seguía mirándola sin borrar la sonrisa.

—Voy a darte ahora tu regalo, mi ángel —susurró junto a una leve caricia sobre su mejilla —. Pero primero quiero hacer un brindis en un día tan especial para ti.

Ella volvió a enrojecer al escucharlo, justo antes de que él se apartara y alzase la voz para hacerse escuchar entre todos los presentes que volvieron a guardar silencio en el acto.

—Damas y caballeros —dijo con la voz elevada sin dejar de mirarla—. Levantemos las copas para honrar a Eva Puig, la mujer más importante de mi vida que hoy cumple su mayoría de edad.

Ante sus palabras, todos los presentes imitaron su gesto, ya que él había elevado la copa en su dirección mientras ella reía nerviosa, ya que de pronto volvía a sentirse rodeada de demasiada gente. Las manos le temblaban de forma leve, pues escucharle decir que ella era la mujer de su

vida había vuelto a removerla por entero.

Esteban bebió despacio, los invitados le siguieron y, justo después, él dejó la copa con gracilidad sobre una bandeja sin dejar de sonreír un solo instante. llevó la mano a su bolsillo de forma distraída, sus miradas volvieron a quedar ancladas y todo el mundo guardó silencio sin dejar de observarlos, por lo que Eva empezó a sentir mucha vergüenza y sus mejillas se colorearon una vez más.

—Hace tiempo que dejé de dudar, Eva —dijo al final. Sus palabras dispararon sus latidos de forma violenta y se quedó congelada en su lugar al ver como clavaba su rodilla en el suelo ante ella—. Quiero que seas mi compañera de vida, que seas mi mujer. Sería el hombre más afortunado del mundo si me dices que sí y te casas conmigo.

La joven Puig abrió los labios debido a la impresión, ya que no se esperaba en absoluto que él le haría tal proposición ante tanta gente. Esteban sacó un anillo del bolsillo y sus ojos caramelo se cubrieron de lágrimas cargadas de emoción.

Incapaz de pronunciar palabra, asintió despacio con la cabeza y, al comprender que le estaba diciendo que sí, Esteban se levantó para tomar su mano deslizar ese anillo en su lugar. Eva buscó sus labios de forma tímida al sentir esa joya que sellaría su destino, él la recibió entre los vítores de todos los presentes, ya que acababan de presenciar como esos dos jóvenes de origen tan influyente acababan de comprometerse.

En cuanto cortaron ese beso suave, los gritos de sus amigas sacaron a Eva de su burbuja de absoluta perfección. Estas no tardaron en arrastrala demasiado emocionadas, todas deseaban abrazarla y cotillear con ojos codiciosos la joya que adornaba su anular. Ella reía feliz, con la mirada fija en Esteban, ya que este recibía también la enhorabuena a su manera. Su padre no tardó en estrechar con fuerza su mano, su madre lo abrazó feliz y Eva suspiró, preparada para iniciar junto a Esteban un nuevo camino que ya no la aterraba como al principio, pues la idea de no compartir su vida junto a él se había convertido en la peor de sus pesadillas.

ꕥꕥꕥ

Al llegar a casa tras la fiesta donde Eva Puig había aceptado dar ese paso y casarse con él, Esteban suspiró pues su trabajo había dado fruto. La joven había caído rendida a sus encantos, se había enamorado de él y había apartado de un plumazo ese miedo al matrimonio para lanzarse sin pensar a sus brazos.

—Parece que al final conseguiste dominar a la joven Puig —dijo su padre de pronto, invadiendo de forma abrupta su línea de pensamientos—. Buen trabajo, Esteban. Ahora es tu prometida y, en cuanto te cases, su fortuna nos sacará de la ruina.

—Supongo que te sientes orgulloso —respondió de forma mecánica—. Has conseguido condenar a esa niña a una vida junto a un hombre que nunca podrá quererla.

—El amor está muy sobrevalorado, Esteban —dijo él con hastío—. Podría haber sido

mucho peor. Escogí una muchacha joven y realmente bonita, no será desagradable para ti continuar nuestro legado.

—Ella merece más —susurró con la voz dura—. Merece que la quieran, yo no voy a poder dárselo.

—Ella ha ganado convertirse en tu mujer —respondió cortante—. No es más que una herramienta para perpetuar nuestro apellido y sacarnos de esta situación económica desastrosa. Cuanto antes te deshagas de esas ideas sentimentales y estúpidas te irá mejor. Eva Puig nunca será más que la madre de una nueva generación de Matamoros, ese es su cometido y para ello no necesita esa estupidez de amor.

Esteban guardó silencio, aunque en su mente le gritase que era despreciable, que no debía referirse hacia Eva de ese modo ni quitarle su identidad con sus palabras. Su miedo fue más fuerte que el buen juicio que aún podía tener. Apretó los labios con fuerza y se alejó de Gabriel. No había marcha atrás, ella estaba enamorada y él había prometido ante toda la alta sociedad que la convertiría en su mujer.

Al entrar en su habitación, cerró los ojos y suspiró. Estaba hecho, tenían una boda que organizar y ataría su vida a la de Eva sin freno alguno. Por lo menos estaba seguro de que ella sí le quería y quizás eso bastaría para que funcionasen.

ꕥꕥꕥ

Dieron las cinco y, como cada tarde, apareció en la puerta de su escuela a buscarla. Ya apenas le costaba dibujar sus máscaras para que Eva no descubriese la ausencia de amor en sus actos.

Las compañeras de la joven Puig parecían haber perdido todo interés en él desde el momento en el que colocó ese anillo en su dedo, por lo que pasaron a su lado sin pena ni gloria mientras la esperaba. Eva no tardó mucho en aparecer, nada más verle su sonrisa se ensanchó y aceleró sus pasos para poder refugiarse entre sus brazos y regalarle un suave beso en los labios como saludo.

Él le entregó una nueva rosa justo antes de abrirle la puerta para que entrase al vehículo, su suave risa acompañó cada gesto y estrechó un poco más su pecho al sentir que, en cierto modo, no estaba tomando la decisión correcta.

Una vez dentro del coche, arrancó para acompañarla a casa mientras ella cerraba los ojos y suspiraba, algo arrastrada.

—Te juro que mi madre me va a volver loca, mi príncipe —susurró para romper el silencio mientras él ponía toda la atención en sus palabras—. Ha movido cielo y tierra para conseguir una fecha en la Catedral y no me escucha cuando le digo que es demasiado pronto.

—¿Cuándo nos ha conseguido fecha, mi ángel? —preguntó curioso, ya que su suegra parecía haber tomado el mando en el asunto de la boda sin dejar que nadie se interpusiera.

—De aquí a un año —respondió con un resoplido—. Dice que sinó tendremos que esperar

demasiado, que es un lugar muy demandado y no me hace caso cuando le digo que me da igual no casarme en la Catedral, encuentro muy precipitado dar ese paso con solo diecinueve.

—A mí me parece bien —dijo él de forma distraída—. Te mereces una boda por todo lo alto y no creo que sea demasiado pronto, ya me habré graduado y podré darte lo mejor.

—Pero yo quiero estudiar, Esteban —susurró algo nerviosa—. ¿No crees que es pronto?

—Puedes estudiar casada, mi ángel —respondió con un encogimiento de hombros—. No creo que sea pronto. Deja que tu madre se encargue de todo y céntrate en disfrutar, será nuestro gran día, juntos vamos a construir un futuro, no le des más vueltas.

—Está bien —dijo al final con un hilo de voz—. ¿En un año entonces?

—En un año serás mi mujer —respondió sonriente—. Me parece demasiado tiempo, pero habrá que esperar.

—A veces eres muy tonto, Esteban —susurró con el rostro escarlata—. Yo también tengo muchas ganas, pero no quiero que nos precipitemos tanto ¿es raro que desee esperar?

Él detuvo el coche, ya que había llegado frente a su puerta. Apagó el motor, suspiró de forma suave y acarició su mejilla para que ella lo mirase sin dejar de sonreír.

—No es raro, mi ángel, es sensato —respondió de forma suave—. Debes graduarte, sacar el bachillerato, aún queda mucho camino por delante hasta esa fecha que ha conseguido tu madre. Céntrate en estudiar y nosotros nos encargamos de todo lo demás. Te aseguro que cuando llegue el momento te dará exactamente igual tener solo diecinueve años porque será el día más especial de tu vida.

—Ya está con la lista de invitados —susurró una vez más con la voz cargada de hastío—. Hay más de quinientos, no conozco ni a la mitad. No deseo algo tan grande, Esteban. No entiendo porqué no me escucha nadie, se supone que soy yo la que se casa.

—Todos esos detalles solo sirven para que nuestros padres sean felices de algún modo en nuestro día especial —respondió con una nueva caricia en su mejilla—. Solo desean compartir su felicidad con todo el mundo. Dales el gusto y piensa que da igual cuánta gente esté presente porque solo importaremos tú y yo.

—Está bien —dijo ella con un nuevo suspiro—. Entonces que haga lo que quiera. Tienes razón, mi príncipe, solo importamos tú y yo.

Eva le obsequió una nueva sonrisa y Esteban cortó la distancia entre ambos para besarla. Ella lo recibió con una caricia en su mejilla, suspiros suaves entre cada pequeña colisión de sus labios y los latidos serenos, ya que él había conseguido calmar cada tormenta.

—Te quiero muchísimo, mi príncipe —susurró al romper el contacto—. De verdad, me haces muy feliz.

Esteban no respondió, volvió a besarla para que ella no descubriese su tormento al no poder ser sincero si repetía esas palabras que le había regalado.

—Eso pretendo, mi ángel —respondió al final, en el mismo momento en el que volvieron a separarse—. Hacerte feliz y quitarte de encima todas esas preocupaciones que te agobian.

Su sonrisa se ensanchó, sus ojos caramelo brillaban con tanta luz que sintió como ardían en sus entrañas.

Quizás si se esforzaba lo suficiente podría llegar a quererla, quizás no estaba cometiendo el peor de sus errores. Quizás, después de todo, Eva Puig podría convertirse en su luz y enseñarle a ser un hombre mejor. Tenía un año entero para intentarlo y darle el sí quiero sin guardar en su interior esa mentira que lo estaba consumiendo.

CAPÍTULO V

El tiempo había pasado tan rápido que sintió vértigo con cada día arrancado impunemente del calendario. Eva intentó con todas sus fuerzas disfrutar de sus últimos meses en la escuela como una alumna más y no como la afortunada prometida de Esteban Matamoros. Nadie se lo puso fácil, pues desde el mismo momento en el que él había puesto ese anillo en su dedo, la boda se había convertido en el único tema de conversación tanto en casa como con sus amigas.

Estaba tan eclipsada con los preparativos que su madre llevaba con mano de hierro, que no pudo simplemente abandonarse a los nervios de graduarse y ser admitida en la universidad. Ni siquiera fue capaz de formalizar la matrícula, ya que sus padres la presionaron a que esperase a ser una mujer casada para iniciar ese camino, por lo que sus días se tiñeron de aburrimiento extremo y agobios innecesarios con cada detalle de ese enlace. Solo deseaba que llegara por fin el día pactado para unirse a Esteban y poner fin a esa parafernalia sin sentido, ya que cada vez que intentaba ser escuchada o que se tomase en cuenta su opinión cada palabra caía en saco roto.

Estaba convencida que de no ser por su príncipe habría enloquecido. Esteban parecía tan seguro y tranquilo que conseguía apaciguar sus ánimos con cada sonrisa que guardaba para ella. Sus ratitos junto a él eran sus favoritos de toda esa locura en la que había convertido su vida.

Cuando se probó el vestido lo odió. Era demasiado ostentoso y el velo se clavaba en su cabellera de forma molesta, pero no se atrevió a contradecir los deseos de su madre al verla llorar de emoción ya que aseguraba que estaba espléndida, como una auténtica princesa de cuento.

Cuando llegó el gran día, amaneció muy nerviosa y algo asustada. Sabía que su vida iba a cambiar de forma drástica, iba a dejar la casa de sus padres que la había visto crecer, iba a empezar de cero como una mujer casada y al pensarlo sus manos temblaban con fuerza. Una parte de ella seguía sin sentirse preparada, pero no podía frenarlo.

Un regimiento de estilistas la ayudaron a prepararse mientras ella pensaba en si sería demasiado escandaloso que se escapase muy lejos sin mirar atrás debido al pánico que se había alojado en su vientre.

Una vez preparada, cerró los ojos, suspiró de forma pausada para calmar sus latidos y llenó cada pensamiento con todos los momentos que su príncipe le había regalado para recordarse a sí misma que solo importaba él. Esteban le había prometido que todo saldría bien, que iban a ser felices cada día de su vida juntos y ella le creyó.

Llegaron a la Catedral sin saltarse un solo paso del protocolo marcado. Su padre la llevaba del brazo orgulloso, con una sonrisa enorme en el rostro mientras ella luchaba incansable por aparentar que los zapatos no estaban destrozando sus pies y ese vestido no oprimía su pecho impidiendo que respirase con normalidad.

El lugar estaba completamente abarrotado. Nada más entrar y escuchar la marcha nupcial sintió como empequeñecía al dejarse guíar por su padre por el pasillo central en dirección al altar

donde Esteban la esperaba. En cuanto pudo verle, ese miedo que la había acompañado todo el día fue desapareciendo junto a las pocas dudas que aún albergaba. Él estaba magnífico, tan perfecto que luchó por no liberar sus lágrimas cargadas de emoción cuando tendió su mano hacia ella y la aceptó sonriente mientras borraba de un plumazo cualquier otro pensamiento menos el que gritaba con fuerza en su mente: iba a casarse con el amor de su vida.

No prestó mucha atención a la ceremonia, solía aburrirse bastante en la iglesia cuando acudía casi por obligación ya que una señorita de bien como ella había recibido una educación católica estricta y jamás faltaba a la misa del domingo. En esos instantes, las palabras del sacerdote le importaban muy poquito, ya que estaba centrada en intentar disimular que su mirada deseaba clavarse en el rostro de Esteban y memorizar cada una de sus facciones que tantísimo le gustaban.

Él pronunció los votos sin perder la compostura, ella le siguió un poco más nerviosa. En cuanto deslizó la alianza en su dedo, sintió como sus latidos enloquecían al ver su mirada oscura clavada en sus ojos avellana y notar la caricia que dejó en sus manos para recordarle que solo ellos importaban, que era el momento más especial y emocionante de toda su vida.

Todo siguió su curso hasta finalizar con un suave beso que Esteban dejó en sus labios como sello de la promesa que ambos habían realizado y, de pronto, volvió el caos.

Salir de la iglesia fue demasiado difícil, pues se vio atrapada entre abrazos y palabras alegres sin que él soltara su mano, quizás igual de abrumado que ella por esa avalancha imposible de detener.

Ya en la calle, una lluvia de arroz y pétalos de flores la sobresaltó. Esteban la rodeó con los brazos y la guió entre el gentío camino al coche que les llevaría a su sesión de fotos y, posteriormente,a la fiesta donde celebrarían tal acontecimiento, pues acababa de convertirse en la afortunada esposa del joven más codiciado del país.

En el mismo momento en el que el vehículo arrancó, tanto Eva como Esteban empezaron a reír casi al unísono sin que él soltara su mano donde dejaba pequeñas caricias con el pulgar. De pronto, sus miradas se cruzaron y ella ensanchó su sonrisa al ver como él cortaba la distancia para regalarle un nuevo beso sobre los labios.

—Ahora eres solo mía, Eva —susurró al cortar el contacto y ella se estremeció de forma violenta al escucharlo mientras sus latidos volvían a enloquecer, completamente arrastrada por ese amor apasionado que él despertaba en sus entrañas.

—Solo tuya, mi amor —respondió en un susurro, con la mano sobre la mejilla de ese hombre que giraba todo su mundo solo con mirarla—. Ahora y siempre.

ꕥꕥꕥ

Al llegar al convite, apretó con demasiada fuerza la mano de su marido algo asustada. Esteban no tardó en rodear sus hombros con el brazo para atraerla y calmar, una vez más, su tormenta con un

suave beso en su sien junto a palabras de aliento.

Tal como se temía, había demasiada gente. Todos se acercaban a ellos para felicitarles por su enlace, alababan con pompa y seguramente de forma falsa lo preciosa que se encontraba y ella devolvía cada cumplido con una sonrisa educada. No conocía ni a una cuarta parte de los setecientos invitados, se sentía abrumada y bastante incómoda ya que el vestido no ayudaba a calmar sus nervios al notarlo tan apretado, los pies le dolían demasiado y mantenerse de pie la estaba torturando mientras Esteban no soltaba sus hombros en un ademán protector. Ese hecho era lo único que arrojaba un poco de luz en medio de su caos.

La cena elegida constaba de platos que no sabía ni pronunciar y comió más por educación que por gusto. Las conversaciones a su alrededor solo se centraban en negocios que ella no entendía o en política donde no se atrevía a pronunciarse, por lo que guardaba silencio mientras se lamentaba con fuerza internamente, ya que todo el lugar estaba adornado con rosas de distintos colores cuando ella había pedido con bastante insistencia que pusieran calas, ya que esa era su flor favorita, pero tampoco en esa sencilla demanda le habían hecho caso.

De pronto, sintió como Esteban apretaba su mano por lo que miró esos ojos oscuros que tanto la cautivaban. Él se acercó para dejar un beso suave en su mejilla y acercó los labios a su oído, hecho que le provocó un ligero escalofrío al sentir su voz susurrante junto a su cálido aliento.

—Sonríe, mi ángel —susurró para que solo ella pudiese escucharlo—. Es tu noche de brillar, no deberías estar tan seria.

—Es que estoy un poco abrumada, mi príncipe —respondió también entre susurros con las mejillas encendidas—. Hay demasiada gente a la que no conozco de nada y no entiendo por qué deben estar aquí en nuestro momento especial.

—Lo sé, Eva —dijo él una vez más—. Pero toda esta gente ha venido para honrarnos y nos están mirando con lupa. ¿Qué van a pensar de mí si mi esposa no está radiante de felicidad? No deseas que pase por la vergüenza de sus habladurías, ¿verdad que no, mi ángel?

—Por supuesto que no, mi amor —susurró alarmada sin apartar su mirada de él—. Estoy muy feliz, de verdad.

—Entonces sonríe —respondió mientras se apartaba unos centímetros de ella para mirarla a los ojos—. No me prives de tu luz, mi ángel.

Ella asintió despacio a la vez que dibujaba en el rostro ese gesto que él le había pedido. Esteban acarició su mejilla con la punta de los dedos y juntó despacio sus frentes.

—Solo importamos tú y yo —susurró una vez más y Eva suspiró al escucharlo—. Recuérdalo, toda esta gente es irrelevante. Lo único que importa es que vas a estar conmigo toda la vida. ¿No te hace feliz pensar en ello?

—Mucho, mi príncipe —respondió ensanchando la sonrisa—. Solo tú y yo, nadie más

importa.

Esteban atrapó sus labios en un nuevo beso que provocó los vítores de todos a su alrededor, como cada vez que los recién casados unían sus labios sin dejar de sonreirse el uno al otro. El resto de la cena, Eva no borró ese gesto en ningún momento y su marido se dedicó a acariciar su mano mientras debatía acaloradamente con su padre sobre asuntos que no terminaba de comprender.

Cuando llegó el momento de abrir el baile con su vals nupcial, pensó durante unos segundos si sería prudente quitarse los zapatos para disfrutar, ya que adoraba bailar, pero los pies le dolían demasiado. Descartó la idea de inmediato, puesto que no quedaría muy bien visto que se presentase en medio del lugar descalza. Esteban la guió hacia el centro de la pista y no tardó en colocarse para que, una vez iniciada la música, él iniciase cada paso para poder seguirlo. Ambos se deslizaron con suavidad y perfectamente coordinados. Su mirada castaña estaba cubierta de emoción al cruzarse con esos ojos negros que tanto amaba, por un instante todo desapareció, incluso su molesto dolor de pies.

Poco a poco, varias parejas se unieron a su danza y sintió como Esteban se detenía sin borrar la sonrisa. Él rompió el contacto junto a la burbuja de perfección donde ella se había refugiado, debían seguir interpretando su papel, por lo que su marido sacó a bailar a su madre mientras Eva permanecía quieta hasta que su suegro Gabriel la atrapó para iniciar un nuevo baile.

Ella le regaló una sonrisa educada al comenzar a seguir sus pasos y él la miró por lo que volvió a sentir como crecían los nervios. Su mirada siempre conseguía provocarle desagradables escalofríos.

—Está usted deslumbrante esta noche, señora Puig —dijo él mientras acentuaba su agarre sobre su cintura.

—Puedes llamarme Eva, Gabriel —respondió algo incómoda—. Ahora somos familia.

—Espero que sea consciente de lo que significa el honor que se le ha otorgado —susurró, sin hacer caso a su humilde petición y acrecentando su incomodidad—. Esteban proviene de una de las familias nobles más antiguas del país y ahora usted también, tiene altas expectativas sobre sus hombros.

Ella no respondió, su vientre se llenó de pinchazos nerviosos mientras luchaba por no delatar su perturbación al sentir como él la sujetaba. La canción terminó y ella suspiró hondo en cuanto Gabriel la soltó. Él la miró con una sonrisa helada en el rostro nada más separarse de ella.

—Espero recibir pronto buenas noticias, señora Puig —susurró él una vez más y Eva le regaló una sonrisa forzada—. No sabe las ganas que tengo de que me obsequie con un nieto que pueda continuar mi legado.

Ella enrojeció de forma violenta justo antes de ser rescatada por su padre, ya que este deseaba compartir con ella el siguiente baile por lo que la alejó de ese hombre que no dejaba de

darle mala espina. Nunca le había gustado cómo la miraba y esperaba que, con el tiempo, esas sensaciones tan desagradables que Gabriel le provocaba desaparecieran para evitarle posibles enfrentamientos con su príncipe.

ꕥꕥꕥ

Decir que estaba aterrorizada era quedarse muy corto. El convite había terminado para ellos en cuanto Esteban la agarró por la cintura y se despidieron camino al coche. Para sus invitados la fiesta continuaría hasta el amanecer, pero su príncipe se la había llevado del lugar para poder estar solos y pasar su primera noche juntos. Sabía perfectamente lo que se esperaba de ella, pero el pánico no abandonaba su mirada castaña en ningún momento. La idea de poder defraudar a Esteban estaba anclada en su mente y no podía deshacerse de ella por mucho que lo intentaba, ese pensamiento acrecentó su miedo a la par que sus nervios.

El coche se detuvo frente a ese lujoso hotel que había sido el elegido para alojarlos en su primera noche. Esteban agarró su mano y la condujo a la recepción donde no tardó en recibir las llaves de la habitación. Ella temblaba de forma imperceptible, aunque él supo verlo y al llegar al ascensor, la atrapó entre sus brazos elevándola tras pulsar el botón indicado. Eva empezó a reír al aferrarse a su cuello con los nervios bailando en su vientre.

—Creía que la tradición dictaba que me llevarías en brazos al cruzar el umbral de nuestra casa —dijo entre risas.

—Y así será, mi ángel —respondió él de forma suave—. Solo estoy practicando ¿se me da bien?

—Muy bien —susurró con un beso en su mejilla—. Eres todo un caballero.

Las puertas se abrieron y Esteban la llevó hasta la habitación sin soltarla. Nada más entrar, Eva observó ese lugar con un pequeño nudo en el estómago. Era realmente bonita, con una gran cama en el centro, ventanales enormes con vistas a todo Madrid y estaba decorada con un buen gusto exquisito. Él la dejó con cuidado en el suelo y ambos guardaron silencio unos instantes.

—¿Quieres una copa de champán? —preguntó Esteban tras descubrir que les habían dejado un carro con algunas botellas de esa bebida y varias cosas para picar—. También tenemos fresas y algo de chocolate.

Ella negó despacio con la cabeza, sin atreverse a alzar la voz por si esta salía entrecortada de sus labios. Él se sirvió despacio y llevó la copa a sus labios sin dejar de mirarla. Tras unos pocos sorbos, volvió a dejarla sobre el carro para acercarse a ella despacio.

—¿Tienes miedo, mi ángel? —preguntó una vez más, con sus manos sobre las mejillas de Eva donde dejó una pequeña caricia.

—Un poco —respondió sincera—. Sé que no soy la primera para ti, mi príncipe. Me aterroriza no saber cómo complacerte.

—No eres la primera —susurró mientras se acercaba a sus labios—. Pero serás la última,

Eva. Eso te hace la más importante. No temas, deja que sea yo quien cuide de ti.

Tras sus palabras, Esteban tomó su mano y la giró para pegar su pecho contra la espalda de su mujer. Sus dedos se aventuraron a acariciar su cintura mientras acariciaba su cuello con los labios y ella se estremecía bajo su contacto.

—No tengas miedo —susurró contra su oído, ella no pudo evitar gemir muy bajito al escucharlo—. Yo voy a enseñarte.

El silencio volvió a bailar entre ellos, roto por el deslizar de la cremallera del vestido cuando Esteban empezó a bajarla despacio. En cuanto esa prenda que tanto había oprimido su pecho se deslizó hasta el suelo, Eva enrojeció una vez más al sentirse expuesta. Él volvió a girarla para que quedasen uno frente al otro y acarició su boca entreabierta con los labios justo antes de iniciar un beso. Ella se aferró a sus hombros y él deslizó las manos por su cintura para atraerla.

—Quiero que me desnudes, Eva —ordenó de forma suave a la par que ella temblaba entre sus brazos—. Despacio.

La joven Puig obedeció su demanda sin borrar sus nervios. Deshizo el nudo de su corbata, quitó la chaqueta oscura y se peleó con el temblor de sus manos para desabrochar cada botón de su camisa. El no apartaba los labios de su piel, besaba su cuello para provocarle escalofríos.

Cuando quedaba solo el pantalón, Esteban se separó de ella y, con un suave empujón le indicó que se tumbara en la cama. Eva entendió, por lo que no tardó mucho en obedecer. Desde su nueva posición lo observó embelesada mientras él se deshacía del cinturón justo antes de tumbarse sobre ella para atrapar sus labios una vez más.

Las manos de Esteban recorrían su cuerpo, la acariciaban por encima de la ropa interior mientras ella sentía que los nervios terminarían desquiciándola. Él no tardó mucho en quitarle el sujetador, hecho que cortó su aliento de forma violenta y provocó que intentara taparse como un acto reflejo, ya que era la primera vez que se exponía de esa manera.

Él sujetó su mano y la apartó para descubrirla. Ella volvió a ruborizarse atenazada por su miedo.

—No debes cubrirte, mi ángel —susurró hambriento—. Eres magnifica.

Eva no respondió, demasiado sobrepasada por todas las sensaciones nuevas que él le regalaba con sus caricias. Esteban no tardó en arrancar con algo de impaciencia la última prenda que quedaba sobre su piel, desnudándola por completo.

Ella cerró los ojos para controlar el tembleque de sus manos. Pudo escuchar cómo bajaba la cremallera de su pantalón y maldecía bajito mientras se lo quitaba. En cuanto volvió a tumbarse sobre ella sintió su piel cálida y suspiró.

—Mírame, Eva —susurró muy cerca justo antes de chocar despacio contra su boca—. No dejes de mirarme.

Al escucharlo, abrió los ojos para leer en esa mirada oscura el deseo que le estaba consumiendo. Él se colocó sobre ella tras abrir sus piernas, ella se aferró a sus hombros y su mirada volvió a llenarse de ese miedo que no podía contener.

—Esteban —susurró con la voz temblorosa—. Yo no sé cómo… no sé qué hacer.

—Déjame a mí, Eva —respondió mientras ella se estremecía al sentir como acariciaba su entrada—. Voy a hacerlo despacio, no quiero hacerte daño.

Ella asintió, él suspiró y movió su cadera para empujar contra su sexo y robarle a aquella joven un pedacito de esa inocencia que la caracterizaba al convertirla en su mujer. La invadió despacio, tal y como había prometido, mientras ella luchaba por retener los pequeños gemidos de dolor entre sus labios debido a los pinchazos que sentía al no estar acostumbrada a semejante intrusión.

—¿Estás bien, mi angel? —susurro contra sus labios al escuchar sus quejidos.

—Sí, estoy bien —respondió con la voz algo quebrada.

—Sujétate a mí —dijo él con un pequeño gemido al sentir su calor—. Voy a ir un poco más rápido ahora, si te duele me frenas.

Eva obedeció y se aferró a sus hombros mientras él empezaba a moverse entre jadeos casi susurrados. Esa pequeña molestia que había sentido al principio fue desapareciendo y cambió de pronto en una oleada de cosquillas muy intensas que jamás había sentido antes. Sin poder contener cada sonido que escapaba de sus labios, le dio a Esteban el valor de acelerar cada embestida al ver que estaba disfrutando.

La habitación no tardó en llenarse de sus gritos y jadeos ahogados. Él movía su cadera cada vez más rápido para provocar esa penetración profunda que arrancaba oleadas de gemidos mientras ella se aferraba con fuerza a sus hombros para no desvanecerse.

Cuando Eva empezó a temblar de forma violenta, él supo que no tardaría mucho en explotar. Se aferró a su cintura para acelerar sus movimientos casi frenéticos hasta que ella arqueó su espalda con un grito entre sus labios mientras empapaba su miembro y lo atrapaba con el espasmo del primer orgasmo que había experimentado en su vida.

Él no detuvo sus embestidas hasta que se unió a ella entre gemidos sordos, corriendose salvaje en su interior con varias sacudidas que minaron un poquito sus fuerzas, por lo que terminó sobre Eva sin aliento, con jadeos ahogados mientras recuperaba el control de su respiración.

—Dilo, Eva —susurró de pronto, con su nariz acariciando despacio la mejilla de su mujer y sin separarse de ella—. Dime que eres solo mía.

—Soy solo tuya, mi príncipe —respondió jadeante y arrastrada por los estragos que él le había provocado mientras temblaba entre sus brazos—. Hoy y siempre.

CAPÍTULO VI

La risa cristalina de Eva llegaba nítida a sus oídos. Solo llevaban cuatro días en Mallorca de los quince que iba a durar su luna de miel y su mujer ya mostraba los estragos que había provocado el sol sobre su piel, ya que esta se mostraba con un tono más bronceado que le daba una belleza exótica muy peculiar.

Había elegido su destino para el viaje de novios con una sola idea en mente: lucirse ante su mujer al mostrarle su morada vacacional al noreste de esa isla paradisíaca. La mansión de los Matamoros en Mallorca estaba construida entera de piedra, al estilo tan característico de ese lugar, constaba de dos pisos, un jardín inmenso con piscina y una entrada directa a su cala particular, donde podían disfrutar del mar sin renunciar a la intimidad que ameritaba el motivo de su viaje.

En esos instantes Esteban permanecía tumbado sobre la arena con uno de los manuales de derecho constitucional entre las manos mientras su mujer bailaba con las olas sin dejar de reír un solo instante.

De vez en cuando, alzaba la mirada de ese libro y la clavaba en la figura de Eva con una sonrisa pequeña en el rostro, ya que ella estaba magnífica. El bañador negro se adhería a cada curva de su cuerpo con gracia, sus cabellos empapados dejaban pequeñas gotas de agua sobre su piel que brillaban con los rayos del sol y su sonrisa luminosa se llenaba de carcajadas con cada nuevo embiste del mar que la removía.

Él habría preferido quedarse en el interior de la mansión para centrarse en sus estudios, ya que estaba muy cerca de terminarlos y graduarse, pero Eva había rogado su compañía sin dejar de mirarlo con esos ojazos castaños que siempre se iluminaban en su presencia, por lo que se vio incapaz de no concederle su petición. Empezaba a pensar que la idea de casarse con ella, a pesar de no amarla, no había sido tan desacertada. Eva era magnífica en todos los sentidos. Conseguía removerle un poquito por dentro, sobre todo en sus momentos de intimidad cuando ella lo buscaba entre las sábanas y él la complacía de forma salvaje por el mero placer de escuchar cómo se deshacía en gemidos.

Todos los nervios de su mujer habían desaparecido tras su primera noche, los miedos también se habían esfumado y él había descubierto una faceta de Eva que empezaba a gustarle demasiado. Seguía siendo esa niña dulce y tímida que había conocido hacía dos años, pero cuando la metía en la cama se volvía una pequeña fiera apasionada a la que, en ocasiones, llegaba a costarle seguirle el ritmo.

Quizás su padre tenía algo de razón entre sus palabras envenenadas y la juventud de su esposa sería un aliciente para concebir ese niño que portaría orgulloso su apellido y continuaría su legado.

Alzó la mirada una vez más para contemplarla, metido en sus propios pensamientos. Eva se cruzó con sus ojos oscuros y le regaló una sonrisa a la vez que dejaba atrás las olas. Se encaminó de forma pausada por la arena en su dirección, por lo que cerró el libro que tenía entre las manos y lo dejó con cuidado a su lado para recibirla. Ella se deslizó con gracia sobre esa toalla inmensa que separaba su cuerpo de la arena y no tardó mucho en apoyarse sobre su hombro a la par que deslizaba la mano por su pecho descubierto tras liberar un suspiro.

—No sabes cómo detesto que tengas que estudiar, mi amor —susurró con una mueca en los labios—. El agua está maravillosa, ojalá vinieras conmigo un ratito.

—A la vuelta tengo los exámenes, mi ángel —respondió mientras la atraía entre sus brazos —. Tengo que sacar una buena media para que me cojan en el máster, ya lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo hastiada—. Pero eso no significa que me guste que tengas que estudiar.

Tras su última afirmación, suspiró y volvió a acompañarlos el silencio. Eva se acomodó entre sus brazos mientras, de forma distraída, deslizaba sus dedos por su pecho. Dibujaban su piel, iban bajando hacia su vientre musculado donde terminó por posar su mano y el calor que esta le otorgó le provocó un ligero escalofrío a la par que empezó a excitarse sin poder evitarlo.

Intentó frenar, pero Eva se incorporó despacio, abandonó su abrazo a la par que deslizaba su mano más al sur, por lo que cortó su aliento. Cuando sus ojos se encontraron, pudo leer en esa laguna castaña el fuego que solo aparecía cuando su mujer dejaba libre esa pequeña fiera que tan loco le volvía. Su sonrisa se volvió depredadora y consiguió que su excitación creciese hasta el punto de ser incapaz de esconder el bulto dentro de su bañador.

—Creo que vas a tomarte ahora mismo un descanso, mi príncipe —susurró ella con un ronroneo seductor en la voz—. Vas a dejar ese libro tan aburrido y a llevarme a la cama, ¿verdad que sí?

—Eva tenías que llamarte —respondió con su labio inferior entre los dientes—. Mujer, eres la peor de todas las tentaciones.

Ella empezó a reír, él apagó su carcajada con un beso sediento a la par que atrapaba su cintura para tumbarla sobre la toalla en un movimiento tan acelerado que no pudo poner oposición.

Sin abandonar sus labios, donde su beso se había vuelto furioso en el mismo instante en que ella se entregó al abrir la boca y permitirle invadirla, arrancó sin miramiento alguno ese bañador oscuro que cubría su cuerpo para dejarla desnuda bajo su piel. Eva gemía casi enloquecida mientras buscaba su contacto, él abandonó sus labios para morder su cuello donde el sabor a sal estalló en su boca.

Arrancó su propio bañador con impaciencia y abrió sus piernas sin apartar los labios de su piel. Empujó salvaje y Eva gritó al sentirlo. Ya en su interior, Esteban se incorporó para poder mirar su rostro y empezó a penetrarla con movimientos certeros de la cadera. Eva se sujetó a su

cintura mientras se dejaba hacer, consumida por esas cosquillas tan placenteras que adoraba. Ella le enloquecía, no podía evitarlo y tampoco deseaba hacerlo. No detuvo sus embestidas hasta estallar con un gemido sordo en su interior y arrancarle sus propios gritos cuando ella llegó a su clímax al sentirlo.

Tras el último espasmo de su orgasmo, se dejó caer de forma suave sobre ella y Eva lo recibió con un río de besos en su rostro sin borrar la sonrisa en ningún momento. Sus ojos estaban nublados por el placer que le había regalado, no los apartaba de ella, deseaba memorizar cada una de sus facciones con el sol golpeándola, estaba realmente preciosa.

—La cama estaba muy lejos —susurró y le arrancó una vez más la risa—. Creo que voy a dejar el libro y voy a acompañarte al agua un ratito.

—Te quiero, mi príncipe —respondió con tanta ternura que volvió a removerle por dentro —. Gracias por hacerme tan feliz.

ꕥꕥꕥ

Los quince días terminaron demasiado rápido para su gusto. En cuanto volvieron a Madrid y su paraíso particular quedó atrás, Eva se vio envuelta en una rutina que no tardó demasiado en hastiarla.

Esteban había retomado sus clases en la universidad, ya que estaba muy centrado en entrar en ese máster de política con el que pensaba impulsar su carrera por un camino muy distinto a la abogacía, mientras ella se dedicaba a aprender cómo ser la señora de la casa.

Tras la boda y su pequeño paréntesis en Mallorca, se había mudado a la mansión familiar de los Matamoros, su nuevo hogar. Su suegro, Gabriel, había decidido marcharse para dejarles su espacio como recién casados, hecho que agradeció con creces pues no tenía muchas ganas de compartir sus días en compañía de ese hombre que siempre le daba escalofríos.

Su príncipe le había dicho que su deber como la nueva señora de la mansión era procurar que todo estuviese perfecto por tanto, los primeros meses en esa casa, se dedicó a redecorar cada lugar a su gusto para paliar el aburrimiento extremo que sentía.

El servicio se encargaba diligentemente de que todo estuviese impecable, servían la comida y la cena, limpiaban y ordenaban mientras ella resoplaba un millón de veces al día y echaba de menos a Esteban, ya que solo compartían pequeños ratos cuando no estaba en clase o en su estudio encerrado para repasar sus libros y apuntes.

Se arrepentía con creces haberle hecho caso a su padre y no haberse matriculado en la universidad. Estaba perdiendo un tiempo valioso por haber priorizado su boda a sus estudios, pero ya no podía hacer más que esperar a que se abriese la nueva convocatoria y solicitar su plaza. El único entretenimiento que aún le quedaba era su visita diaria al Club de Campo, aunque empezaba a sentir que tampoco encajaba en ese lugar. Sus amigas de toda la vida estaban en la universidad, sus temas de conversación se centraban en sus estudios o los chicos del campus

mientras ella solo podía hablar de cuberterías, vajillas, jarrones y asuntos de mujer casada que ellas no comprenderían.

Solo se sentía cómoda en ese lugar cuando Esteban la acompañaba. En esas escasas ocasiones su sonrisa se iluminaba y se le hinchaba el pecho de orgullo, ya que sus amigas los miraban con auténtica envidia y ella podía presumir al estar casada con el chico más apuesto del mundo.

Casi sin darse cuenta su vida entera había empezado a girar en torno a Esteban. Se preguntaba mil veces al día qué podría hacerle feliz, qué podía hacer ella para que él le regalase su sonrisa. Estar junto a su príncipe era lo único que compensaba todas sus horas de aburrimiento en su hogar o los ratos de incomodidad en el club.

Adoraba sus noches más que nada en el mundo. Cuando se escurría entre las sábanas y encontraba su calor. Él siempre la abrazaba antes de dormirse, ella sentía que en medio de ese abrazo siempre estaría protegida. Algunas veces solía quedarse despierta y sus ojos se clavaban en el rostro de Esteban con media sonrisa. Entonces su pecho enloquecía, su vientre se llenaba de cosquillas y se sentía una mujer afortunada porque él la había elegido, él la quería solo a ella.

Tras dos meses de rutina incesante, amaneció y ella supo que ese día no iba a ser diferente a los anteriores. Se levantó muy temprano para acompañar a su marido durante el desayuno. Este solía darse en silencio, ya que Esteban acostumbraba a tomar su café ojeando el periódico del día y ella lo observaba sin pronunciar palabra para no desconcentrarle, ya que lo encontraba demasiado guapo cuando mantenía sus ojos fijos en ese diario y se le escapaban muecas graciosas al leer alguna cosa que no fuese de su agrado. Cuando terminaban, Esteban se preparaba para marcharse y nunca se olvidaba de besarla lento al despedirse, hecho que siempre dibujaba la mejor de sus sonrisas.

Esa mañana no parecía diferente, él empezó a leer y Eva lo observaba con algunas palabras que se acumulaban en sus labios hasta que decidió romper el silencio tras un pequeño suspiro.

—Quiero ir a la universidad, mi príncipe —susurró justo antes de que él alzase la mirada en su dirección—. Solo llevo dos meses encerrada en casa y siento que voy a enloquecer de aburrimiento.

—En unos meses se abrirá el período de matriculación —dijo él con media sonrisa—. En cuanto se abra puedes pedir plaza. ¿Qué quieres estudiar?

—Quiero hacer arquitectura —respondió sonriente—. Es mi primera opción, sino miraré de entrar en ingeniería civil que también me gusta.

—Está bien —contestó con las cejas alzadas como síntoma de sorpresa—. Pues esperamos a que abran las convocatorias entonces.

Tras sus palabras, Esteban miró el reloj y terminó su café con prisa a la par que cerraba el periódico, ya que debía prepararse para marcharse. Eva lo acompañó a la entrada donde colocó la

chaqueta sobre sus hombros y esperó paciente su beso de despedida. Él no se hizo de rogar, juntó sus labios despacio y acarició su mejilla en el proceso.

—Ojalá pudiera pasar más tiempo contigo, mi ángel —susurró al separarse sin apartar la mano de su rostro—. ¿Por qué no buscas algo que te guste y puedas hacer? Para matar el tiempo y no aburrirte tanto.

—Pensaré en algo, mi príncipe —respondió con una nueva sonrisa—. Vete, no llegues tarde.

Esteban volvió a buscar sus labios para dejar un nuevo beso, corto y rápido, justo antes de desaparecer por la puerta camino a la universidad. Eva permaneció algunos minutos en la entrada sin borrar su sonrisa mientras pensaba en las palabras de su príncipe e imaginaba qué ocupación podría encontrar para llenar esos huecos de su rutina donde no tenía nada que hacer y se desquiciaba.

ꕥꕥꕥ

Esteban pasaba mucho más tiempo del que realmente necesitaba fuera de casa. Solía alargar su estancia en la facultad más allá de las clases, metido en la biblioteca o en el bar con sus amigos con el único objetivo de no estar en casa y alejarse un poquito de Eva para que no le consumiese la culpa.

Su mujer no lo merecía y era completamente consciente de ese hecho. Ella era magnífica en todos los sentidos Tanto que ni siquiera parecía ser consciente de la mujer tan increíble y maravillosa que era. Pero Esteban sí y había luchado con todas sus fuerzas con el objetivo de amarla como merecía sin lograrlo.

La mayor parte del tiempo se sentía un intruso, un embustero que no podía decirle que la quería sin que fuese una vil mentira. Callaba ese sentimiento de culpa con cada beso que solía dibujarle sonrisas o al arrancar sus gemidos entre las sábanas.

Le dedicaba muy poco tiempo y ella jamás profería una sola queja, realmente era una mujer demasiado buena para él. Procuraba consentir cada uno de sus deseos con el único fin de que no descubriese su cruel mentira y no lo abandonase, pues aunque no la quería como debería hacer un esposo, no era estúpido y sabía de sobra que jamás encontraría a otra como ella, tenía la inmensa suerte de que fuese su esposa.

Solía aferrarse a un clavo ardiendo y pensar que cuando llegasen sus hijos todo sería diferente, les unirían de una forma única y con el tiempo la ternura que la joven Puig le provocaba podría transformarse en ese amor que ella merecía.

Esa mañana, por primera vez en dos meses, Eva había verbalizado en parte su incomodidad al sentirse encerrada en la casa familiar y un pinchazo de culpa se había alojado en su vientre. Ella se sentía sola, por lo que tomó la pequeña decisión de terminar su jornada un poco antes y sorprenderla. Necesitaba ser un marido mejor si no quería perderla.

De camino a su hogar, paró en una floristería, pues desde que se habían casado no le había regalado ninguna rosa. Compró la flor y volvió al coche con media sonrisa en el rostro, aún convencido de que si se esforzaba lo suficiente podrían funcionar.

En cuanto llegó, aparcó en la cochera y entró al recibidor donde no tardó en fruncir el ceño, ya que el lugar parecía mucho más silencioso que de costumbre. Pronto se dio cuenta de que la ausencia de ruidos se debía a la falta del servicio, hecho que incrementó su incertidumbre, por lo que se encaminó por el pasillo en busca de su mujer para que Eva solucionase su incógnita al explicarle por qué había prescindido de sus empleados.

Cuando por fin la encontró metida en la cocina, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no estallar en sonoras carcajadas al verla. Toda la estancia estaba patas arriba, con cacharros sucios en el fregadero y la encimera llena de harina. Eva llevaba un delantal rojo con manchurrones blancos, tenía los cabellos recogidos en una cola con algunos mechones sueltos y las mejillas también llenas de harina, como si hubiese tenido una batalla campal con esos polvos blanquecinos dentro de la cocina.

Ella lo miró y sus labios se abrieron en una mueca de sorpresa que, en conjunto con el desastre de la estancia, provocaron que no pudiese retener más la risa.

—Mi príncipe, qué pronto has llegado —dijo ella con un hilo de voz—. No me ha dado tiempo a recoger todo esto.

—¿Dónde está el servicio, mi ángel? —preguntó entre risas—. Se supone que les pagamos para que sean ellos los que se encarguen de la cocina y no tú.

—Me dijiste que buscase algo con lo que entretenerme —respondió con las mejillas encendidas—. Así que les pedí que se marchasen para poder hacerte la cena. Encontré un libro de cocina en la biblioteca.

—¿Qué has preparado? —preguntó curioso sin dejar de sonreír ya que en esos instantes su mujer le parecía demasiado adorable—. Huele muy bien.

—Lasaña —dijo ella con la voz cargada de orgullo—. Seguí la receta al pie de la letra, espero que esté rica.

—Ve a cambiarte y la probamos, mi ángel —respondió de forma tierna—. No te preocupes por los cacharros, luego los limpiamos.

Ella le regaló una sonrisa justo antes de quitarse el delantal y salir de la cocina como un huracán, sin olvidarse de dejar un beso sobre sus labios. Él suspiró mientras se llevaba la mano a los cabellos y negaba con la cabeza de forma divertida.

Cuando Eva volvió sin restos de harina en su ropa ni en su cara, Esteban esperó paciente a que esta sacara del horno muy orgullosa la bandeja con la lasaña. No tardó mucho en servirle un plato que le entregó con los ojillos llenos de emoción. Ella se sentó frente a él, Esteban cogió el tenedor con mucha ceremonia y se llevó un buen pedazo a la boca. En ese momento, tuvo que

usar una vez más toda su fuerza de voluntad para no toser y escupir, ya que su mujer lo estaba mirando demasiado emocionada y no tuvo el valor de romperle la ilusión con el sabor asquerosamente salado de la comida.

—¿Está rica? —preguntó ella sonriente y esperanzada.

—Mucho —respondió con una nueva cucharada camino a sus labios.

En el momento en el que tragó el segundo pedazo, Eva se sirvió un plato y puso una cara demasiado graciosa al probarlo ya que constató que estaba incomestible.

—Eres un mentiroso —gritó justo antes de arrancarle el tenedor de la mano y apartar la comida frente a él de un manotazo—. Está asqueroso, no se puede comer.

—Solo tiene un poco más de sal de la que debería, mi ángel —dijo él y sujetó el mentón de su mujer para alzar su rostro, ya que lo había bajado avergonzada y demasiado triste—. La próxima vez te saldrá riquísima, ya lo verás.

—¿Pensabas comértelo con lo malo que está? —preguntó entre susurros—. Siempre quise aprender a cocinar, pero se me da muy mal.

—Lo has hecho para mí, claro que iba a comermelo todo, incluso a repetir —respondió y se ganó una sonrisa muy pequeña por su parte—. No se te da mal, solo necesitas practicar un poco más, seguro que al final harás la lasaña más rica del mundo, mi ángel.

—¿Vamos a cenar al Club? —susurró ruborizada.

Él asintió justo antes de atraparla en un abrazo donde Eva suspiró. Esteban besó su frente a la par que estrechaba sus brazos y ella se dejó envolver por su príncipe sin dejar de sonreír.

—Te quiero, Eva —dijo él provocándole un pequeño escalofrío—. No te sientas mal por no haberlo conseguido a la primera, muchas ni siquiera lo intentan. Si quieres aprender a cocinar lo conseguirás.

—Yo también te quiero, mi príncipe —susurró entre sus brazos—. Conseguiré hacer la mejor lasaña del mundo, te lo prometo.

CAPÍTULO VII

Tras ese pequeño incidente de Eva en la cocina, Esteban se había prometido a sí mismo ser un marido mejor para ella. Desde entonces volvía temprano a casa y, en lugar de encerrarse en su estudio para enfrascarse en los apuntes, solía desperdigarse sobre la mesa del comedor donde Eva siempre lo acompañaba sin romper el silencio, con un libro entre las manos.

De vez en cuando alzaba la mirada para poder observar su perfil sereno. Si sus ojos se cruzaban, podía leer en los orbes castaños de Eva su alegría muda por sentirlo cerquita y se hinchaba su pecho al pensar que por fin estaba encauzando sus actos en la dirección más acertada.

Había buscado incansable sin que su mujer se percatase cómo ayudarle a paliar su aburrimiento y por fin sus investigaciones dieron fruto. Volvía a casa con una sonrisa en los labios pues estaba seguro de que Eva sonreiría como nunca antes en cuanto supiese que la había inscrito en un curso de cocina con el que podría entretenerse a la par que aprendía algo que siempre había deseado y le habían negado.

En cuanto llegó a su hogar, dejó atrás el coche con ese sobre dónde tenía metido el resguardo de la matrícula en ese curso para sorprender a su mujer. No dejaba de sonreír emocionado al imaginar la alegría de Eva en cuanto recibiese su pequeña sorpresa.

Entró a la mansión con paso decidido y no tardó en ser atendido por una de sus empleadas, hecho que le hizo fruncir levemente el ceño ya que Eva solía ser la primera en recibirlo nada más llegar.

—Buenas tardes, señor Matamoros —dijo ella al recibir su chaqueta y maletín.

—Buenas tardes —respondió algo serio—. ¿Dónde está mi mujer? ¿Ha salido?

—La señora se encuentra indispuesta —contestó educada—. Hace algunas horas que se acostó y no ha salido de la habitación.

—¿Por qué no se me ha dado aviso? —preguntó una vez más preocupado—. Habría vuelto de inmediato.

—Ella solicitó que no fuese usted molestado, señor —dijo entre susurros—. No debe preocuparse, la hemos atendido en todo momento y asegura que no es grave.

Esteban asintió sin borrar la seriedad de sus gestos. Sus ojos negros no tardaron en cubrirse de preocupación al encaminarse con el paso apresurado hacia su habitación donde su doncella le había informado que se encontraba Eva.

Una vez dentro del lugar, fue recibido por una tenue oscuridad, ya que las persianas estaban bajadas, por lo que tuvo que esperar algunos segundos para poder vislumbrar a su mujer, dentro de la cama y envuelta con las sábanas. Se acercó a ella despacio, aunque ni se inmutó hasta que sintió su peso sobre el colchón. Eva se giró en su dirección despacio, ya que al

escuchar la puerta pensó que sería alguien del servicio que iba a comprobar su estado, pero estos jamás se habrían encaramado a la cama junto a ella. Su mirada se cubrió de ternura al verla, ya que su esposa tenía una mueca de disgusto demasiado adorable en el rostro.

—Hola, mi ángel —susurró con una leve caricia sobre su mejilla—. Me han dicho que estás indispuesta ¿cómo te encuentras?

—Hola, mi príncipe —respondió con la voz chiquitita—. Me encuentro fatal. Seguro que me he envenenado con la lasaña tan asquerosa que te hice la otra noche.

—No creo que sea por eso —dijo él al dejar un suave beso sobre sus labios como saludo—. Sino yo también estaría como tú.

—También te vas a poner malito, seguro —murmuró entre suspiros—. No sé cómo se me ocurrió que cocinar podía ser una buena idea.

—Fue una idea fantástica, mi ángel —respondió tras sentarse contra el cabecero de la cama y atraerla sobre sus piernas donde ella apoyó la cabeza para recibir un río de caricias por su parte en los cabellos—, De otra manera jamás se me habría ocurrido que deseabas aprender a cocinar y no te habría inscrito en uno de los mejores cursos de Madrid.

Al escucharlo, Eva giró sobre sí misma para mirarle a los ojos sin abandonar su posición. Esteban no separó la mano de sus cabellos y le regaló una sonrisa que ella correspondió en el acto.

—¿Voy a aprender a cocinar? —preguntó con un timbre de voz entre sorprendida y feliz —. ¿De verdad has hecho eso por mí?

—De verdad, mi ángel —respondió entre leves caricias en sus cabellos—. Y te prometo que probaré todos los platos que hagas, sin mentir esta vez, para que practiques y te conviertas en la mejor.

—Seré la mejor de todo el mundo, mi príncipe —aseguró con la mirada cargada de lágrimas felices—. Te quiero muchísimo, eres maravilloso.

—Ahora tienes que ponerte bien —respondió sonriente—. Voy a quedarme contigo y a cuidarte hasta que te sientas mejor.

ꕥꕥꕥ

Tal y como había prometido, no se movió de su lado en ningún momento. Los únicos minutos en los que se apartó de Eva fueron para solicitar de forma firme a su servicio que preparasen cualquier cosa que pudiese ayudar a que su esposa se encontrara mejor. Para la cena no solicitó más que una infusión que pudiese asentar su estómago, ya que Eva estaba siendo atacada por violentas náuseas y él solicitó lo mismo para acompañarla sin provocarle ningún tipo de malestar al verle comer algo más contundente. Si se pasaba toda la noche con el estómago rugiendo le traía sin cuidado pues solo importaba que Eva se sintiera mejor en todos los sentidos.

Cada vez que, durante la noche, su esposa temblaba entre sueños, él la abrazaba un poquito

más fuerte, como si ese gesto pudiera espantar todos los males de su mundo.

Al día siguiente, Eva amaneció antes de tiempo con una nueva oleada de náuseas que la precipitó sin freno dentro del baño. Esteban suspiró y se restregó el rostro ojeroso con una sola idea en mente: las clases podían esperar.

Se levantó de la cama para seguir a su esposa, la encontró encogida, pálida y con lágrimas amargas en sus mejillas entre pequeños espasmos debido a las arcadas. No tardó en sujetarla entre sus brazos donde la acunó con varios besos suaves en su frente, hasta que Eva dejó de temblar y se acomodó contra su pecho en silencio.

—Voy a ayudarte a vestirte, mi ángel —informó entre susurros—. Vamos a ir al médico.

—Tienes que ir a la universidad —respondió con un sollozo pequeñito—. No quiero que pierdas clases por mi culpa.

—Las clases ahora mismo me importan muy poquito —dijo él justo al estrechar su abrazo —. No voy a poder concentrarme si no sé que estás mejor, Eva. Vamos a ir al médico para que te revisen y me voy a quedar contigo hasta que sepa que estás bien.

Ella sollozó una vez más y Esteban la ayudó a levantarse con infinito cuidado. Sin soltarla, la condujo a la habitación donde estuvo pendiente en todo momento mientras ella se deshacía de su camisón y se arreglaba para salir, por si pudiese necesitarle. En cuanto estuvo lista, él también se vistió algo más deprisa justo antes de ofrecerle su apoyo. Eva lo aceptó con una sonrisa y cargó su peso sobre los hombros para acompañarla hasta el coche.

Ya en la carretera, condujo despacito para que Eva no se mareas, camino a la clínica privada donde sabía que les atenderían sin demora, debido al renombre de su apellido y a que no les importaría firmar un cuantioso cheque para costear la consulta.

En el momento en el que llamaron a Eva para entrar a la sala de observaciones, esta lo miró con ojillos de cordero y le pidió que esperase fuera pues le daba un poco de vergüenza parecer completamente dependiente de su marido. Esteban asintió con una pequeña sonrisa y la vio desaparecer tras el médico sin borrar la preocupación que sentía de su mirada oscura.

En cuanto la puerta se cerró, suspiró y cogió una revista dispuesto a esperar a que ella saliera y apagar las incógnitas que bailaban en su mente sobre su inesperado malestar.

Dentro de la consulta, Eva explicó a grandes rasgos que desde la tarde anterior había sido atacada por terribles náuseas y que estas no cesaban, a pesar de haber sido precavida con los alimentos ingeridos. También explicó entre susurros que llevaba varios días mucho más cansada de lo normal mientras el médico la escuchaba en silencio, justo antes de empezar a preguntar algunas cosas que ella respondió sin reparo para buscar el origen de su dolencia.

—Señora Puig —susurró el médico tras su exhaustivo cuestionario—. Creo que su dolencia es más bien una pequeña bendición.

—Me intoxiqué con la comida, no sé como puede ser eso una bendición —respondió

huraña—. Ya se lo he dicho, doctor. Esteban debe tener un estómago más fuerte que el mío y por eso está bien, pero todo indica que fue la lasaña, créame, estaba incomestible.

—Una comida con exceso de sal no provoca los síntomas que usted presenta —dijo él con media sonrisa en el rostro—. Voy a mandarle algunas pruebas para salir de dudas, pero por todo lo que me ha comentado y las conclusiones a las que he llegado tras mi cuestionario, creo que el diagnóstico es que está usted en cinta.

Eva guardó silencio unos instantes, con los ojos demasiado abiertos al tratar de procesar dicha noticia.

—¿Estoy embarazada? —preguntó temblorosa, para comprobar que había entendido de forma correcta las palabras del doctor.

—Hasta que no vea el resultado de las pruebas no puedo decírselo con certeza —respondió él de forma suave—. Pero todo indica que sí, muestra los síntomas del inicio de un embarazo. Seguramente tenga solo tres o cuatro semanas. Por eso aún no ha notado la falta de su período.

—¿Puede no decirle nada a Esteban? —preguntó con el rostro muy pálido debido a la impresión—. Él desea con todas sus fuerzas un hijo, no me gustaría que se ilusione hasta que salga el resultado de las pruebas.

—Por supuesto, señora Puig —dijo sonriente—. La consulta es privada entre médico y paciente. Ahora mi enfermera extraerá un poco de sangre y en unos días recibirá en su domicilio el resultado. mientras tanto intente descansar y no se sobreesfuerce. Voy a recetarle algo para las náuseas.

Cuando salió del lugar, vio a Esteban sentado frente a ella visiblemente nervioso y le regaló una suave sonrisa. Él se levantó para recibirla y tardó muy poquito en refugiarse en su abrazo.

—¿Qué te ha dicho el doctor, mi ángel? —preguntó preocupado.

—Me ha mandado algunas pruebas para descartar que no sea más que una indigestión —respondió mientras intentaba ocultar la emoción en su voz—. También me ha dado una receta de un jarabe para las náuseas y me ha ordenado que descanse mucho.

—Pues nos vamos ahora mismo a casa y vas a meterte en la cama —dijo con un beso sobre su cabeza—. Iré a comprarte el jarabe para que te sientas mejor. no pienso separarme de ti hasta que lleguen esas pruebas y sepa que estás bien.

ꕥꕥꕥ

Los dos días que tardó en llegar ese sobre fueron agónicos para Eva. Por un lado se debatía casi cada segundo por verbalizar los nervios que la consumían ante la posibilidad de estar esperando un hijo de su príncipe, pero por otro no deseaba que Esteban se cargase de ilusión para recibir una respuesta negativa que conllevase con ella una terrible decepción.

Él no se apartó de su lado como le había prometido, cuidaba tanto de ella que sus latidos se

volvían locos con cada una de sus caricias, con los besos que le regalaba para borrar el mohín aburrido de sus labios al permanecer dentro de la cama tanto tiempo. Solía pasar sus horas apoyada contra su pecho mientras él estudiaba sus manuales sin dejar de acariciarle el pelo, para decirle sin palabras que estaba con ella y no pensaba moverse.

Llegó a usar sus armas más infalibles en más de una ocasión para que Esteban abandonase sus libros y la amase como ella necesitaba, ya que el jarabe había hecho efecto y se encontraba mucho mejor. En esos momentos en los que su príncipe se colocaba con mucho cuidado sobre su cuerpo y la llevaba al delirio al entrar en ella con movimientos suaves y lentos sin dejar de mirarla, sentía que su burbuja de infinita perfección jamás se rompería, lo amaba tantísimo que no encontraba otra manera de decírselo que no fuese gimiendo muy bajito su nombre en su oído, arrastrada por el placer que él le regalaba.

Cuando por fin llegó el cartero con el sobre procedente de la clínica. Esteban se lo trajo con el gesto serio para demostrar una vez más cómo se desvivía de preocupación por ella.

Eva le solicitó entre susurros que la dejase sola para mirar los resultados y él muy a regañadientes le concedió su pequeña petición.

En cuanto vio la puerta de la habitación cerrarse, suspiró mientras rasgaba el lateral de ese sobre con las manos temblorosas. Deseaba con cada centímetro de su ser que este portase tan buena noticia.

Sacó muy despacio el papel de su interior, demasiado asustada y nerviosa. Lo abrió, ya que este venía doblado, clavó su mirada castaña en todas esas anotaciones que no terminaba de entender debido a la jerga médica, hasta que encontró lo que buscaba y sus ojos se inundaron en lágrimas al leer ese positivo junto a la prueba de embarazo, estaba esperando un hijo de su príncipe.

Su sonrisa se ensanchó a la vez que estallaba en llanto sin poder contenerse. Al escuchar sus sollozos, Esteban entró en la habitación como un rayo, ya que había esperado impaciente tras la puerta a que su mujer le permitiese la entrada y no soportó un segundo más en cuanto descubrió que ella estaba llorando.

—¿Qué ha pasado, mi ángel? —preguntó alarmado—. ¿Eran malas noticias? ¿Estás enferma? ¿Qué ocurre?

Al ver que Eva no respondía y su llanto no cesaba, empezó a asustarse demasiado por lo que cruzó toda la habitación muy deprisa para alcanzarla. Ella lo atrapó por los hombros y se enganchó a estos en un abrazo que Esteban no tardó en corresponder, ya que su mujer estaba temblando.

De pronto, en medio de sus sollozos, ella empezó a reír y él la estrechó aún más fuerte con el miedo que se hacía cada vez más real en su vientre.

—¿Qué ocurre, Eva? —preguntó asustado—. ¿Por qué estás llorando?

En lugar de responder, ella le entregó ese papel que había sido el causante de su estado. Él lo recibió sin borrar el gesto de pánico en sus rasgos y lo abrió sin entender nada, hasta que se quedó muy quieto, con la mirada oscura fija en esa bomba de información inesperada que tardó muy poquito en aliviar cada uno de sus miedos y en llenarle por entero de alegría genuina.

—Vamos a tener un bebé, mi príncipe —susurró demasiado alegre entre lágrimas y sollozos—. Estoy embarazada.

—Estás embarazada —dijo él, mientras procesaba la noticia y su pecho enloquecía—. Vamos a tener un hijo. Nuestro primer hijo, un nuevo Matamoros.

El silencio bailó unos instantes entre ellos sin que se rompiese ese abrazo, hasta que ambos estallaron en alegres carcajadas y los ojos de Esteban se cubrieron de lágrimas al secar las que su mujer portaba en las mejillas. No se contuvo a la hora de liberarlas, aunque su padre siempre le había dicho con palabras cargadas de odio que un hombre de verdad no lloraba nunca, en ese momento poco le importaba. lloró entre risas, besó con ganas los labios de su esposa, esa sonrisa luminosa que ella le estaba regalando, fue tan feliz que nada podía interponerse pues lo habían logrado, iban a formar su familia.

Tras su estallido de alegría genuina, tanto Eva como él quedaron tumbados sobre el colchón sin dejar de mirarse. Las lágrimas se habían secado y solo quedaban sonrisas en sus rostros mientras Esteban no podía contenerse y dejó su mano muy despacio en el vientre de su mujer dónde estaba creciendo su primogénito.

—Será maravilloso, Eva, estoy seguro —susurró sonriente—. Tendrá mis ojos y tu sonrisa, voy a enseñarle muchas cosas, ganará todos los torneos de pádel del Club, será nuestro mayor orgullo, nuestro niño perfecto.

—¿Sabes que también puede ser una niña, verdad? —preguntó ella entre risas—. Hay un cincuenta por ciento de probabilidades.

—Si es una niña espero que sea igualita a ti —respondió sin dejar de mirarla—. Será la más bonita del mundo y pienso enseñarte muchas cosas también, para que sea la mejor, el orgullo de nuestra familia y la más especial de todas por ser la primera.

—No sé cuántos hijos tienes en mente, mi príncipe —susurró Eva despacio—. Pero ya te aviso que yo quiero muchos, mínimo cinco o seis y que todos se parezcan a ti para volverme loca con sus ojitos negros.

—Cinco o seis me parece bien, mi ángel —respondió con una leve carcajada—. Quiero llenar nuestra casa de pequeños Matamoros, nada me haría más feliz.

—Ojalá este pequeñito sea un niño —dijo ella al apoyarse contra su pecho para buscar un nuevo abrazo de su marido—. Se que es lo que más deseas, mi príncipe.

—Me da igual que sea un niño o una niña —respondió muy sincero—. Será mi mayor tesoro porque me habrá convertido en padre.

Eva suspiró una vez más, Esteban la estrechó en sus brazos sin borrar la sonrisa. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas cargadas de felicidad. Estaba un poco más cerca de conseguir su objetivo, de convertirse en el padre orgulloso de una nueva generación de Matamoros que solo podía traerle alegrías y también un pasito más cerca de cesar esa lucha contra sus fantasmas. Eva y él podrían ser tan felices como en ese instante durante el resto de su vida.

CAPÍTULO VIII

Eva estaba realmente nerviosa, tanto que ni siquiera el abrazo protector de Esteban sobre sus hombros podía paliar el temblor incesante de sus piernas.

Ambos esperaban con mucha impaciencia fuera de la consulta del ginecólogo, ya que tenían cita para esa primera ecografía donde verían a su hijo, aunque este aún era diminuto.

Ninguno de los dos se había atrevido a compartir la noticia hasta que fuese del todo seguro que ese pequeño crecía sano en el vientre de su madre. Habían vivido esas semanas en una constante de nervios y alegría sin fin. Esteban pasaba mucho más tiempo en casa junto a su mujer, incapaz de separarse de ella ya que no quería perderse ni un solo instante de esa etapa tan bonita que estaban empezando juntos.

Solía llevar su mano al vientre de Eva demasiadas veces al día, ella lo recibía sonriente y los ojos de ambos se cubrían de emoción desmedida a la par que se acrecentaban sus nervios al ser el primer hijo que esperaban.

Su mujer siempre se reía de él, pues desde el mismo momento en el que supo de su embarazo, había arrasado con todas las librerías para adquirir cada manual sobre el estado de Eva y cómo afrontar la espera de ese bebé que vendría a cambiarles la vida. Cuando se enfrascaba en la lectura, muy concentrado, Eva siempre besaba su mejilla con infinito cariño justo antes de susurrarle al oído cuánto lo quería al sentirse inmensamente acompañada en ese proceso que, en el fondo, la tenía bastante asustada al no saber cómo afrontarlo.

Cuando la puerta de la consulta se abrió y la enfermera la llamó por su nombre, Eva volvió de sus pensamientos más profundos justo antes de levantarse con prisa y entrar al lugar. Esteban enredó sus manos mientras se sentaban y el médico explicaba el procedimiento que iban a seguir. Ambos sonrieron nerviosos, su marido no soltaba su mano y ese hecho conseguía tranquilizarla al menos un poquito.

Siguieron al médico hacia la camilla donde ella se tumbó, Esteban no se separó ni un solo segundo casi tan nervioso y emocionado como Eva. Los dos guardaron silencio con el aliento retenido en sus gargantas mientras se encendía la máquina. El ginecólogo esparció un gel bastante frío sobre su vientre al comenzar la ecografía, a los pocos minutos la sala se llenó con el sonido de un latido frenético provocandoles un río de lágrimas sin que pudiesen apartar la mirada de esa pantalla donde se vislumbraba a duras penas su pequeño bebé.

Aunque ni Esteban ni ella fueron capaces de verbalizarlo, ambos sintieron que era el momento más especial y bonito de toda su vida.

***

Los meses pasaban muy deprisa, Eva ya estaba entrando en el tercero de su embarazo y todo marchaba tan bien que a Esteban le costaba muchísimo borrar la sonrisa de su rostro. Había

conseguido graduarse con unas calificaciones impecables, le habían concedido la plaza en el máster que deseaba y hacía unos días que había empezado a trabajar para el presidente del partido político líder de la oposición al que conocía de primera mano gracias a la influencia de su familia.

Se sentía cada vez más realizado en su vida profesional, pero ese hecho no eclipsaba su alegría genuina ya que, al llegar a casa, Eva lo esperaba sonriente y podía disfrutar de su compañía mientras se deleitaba con su vientre que empezaba a abultarse para dejar ver que su pequeñín crecía sano y fuerte.

Su mujer ya no se sentía atrapada en la mansión, estaba mucho más viva y alegre que en esos primeros meses de su matrimonio, en gran parte gracias a las clases de cocina que había iniciado y estaba disfrutando con creces.

Tras una nueva jornada de trabajo muy satisfactoria, Esteban llegó a casa y no tardó en notar la ausencia de Eva en la entrada para recibirlo. Ese hecho, en lugar de sorprenderle o alarmarle, dibujó una pequeña sonrisa en su rostro ya que intuía dónde estaba metida. Sus pasos serenos lo llevaron a la cocina tras deshacerse de su maletín y desabrochar la corbata. No estaba equivocado al imaginar que ella estaría ahí. En cuanto la vio, se apoyó con cuidado contra el umbral de la puerta y la observó en silencio, puesto que ella estaba terminado de preparar la cena con el rostro sereno.

—Eso huele de maravilla, mi ángel —dijo de pronto de forma suave y ella dio un pequeño salto al no esperarlo—. ¿Qué me has preparado hoy?

—Pollo al limón —respondió orgullosa—. Nos enseñaron a hacerlo en clase y creo que va a gustarte mucho, mi príncipe.

—No lo dudo —susurró mientras entraba a la cocina y la buscaba para encerrarla en un abrazo—. Cada plato te sale mejor que el anterior.

—Eres un exagerado, mi amor —dijo ella entre risas—. Aún no me sale la lasaña y mira que lo intento.

—La última que hiciste estaba rica —respondió sin soltarla—. No te rindas, verás que al final te saldrá la mejor del mundo entero, tendrás a un montón de italianos enfadados por haberlos superado.

—Me conformo con que te guste a ti —susurró con un pequeño suspiro—. Bueno, a ti y a nuestro bebé cuando crezca lo suficiente para poder comerla.

Esteban no respondió con palabras, llevó la mano a su vientre y dejó una pequeña caricia a la vez que Eva buscaba despacio sus labios para regalarle un beso suave y lento sobre ellos.

—Pronto nos dirán qué es —dijo él al cortar el contacto—. ¿Estás nerviosa?

—No mucho —respondió sincera—. Me da igual, ya lo amo con todo mi ser, sea lo que sea eso no va a cambiar.

—A mi me gustaría mucho que sea un niño —comentó sonriente—. Pero si es una niña también seré el papá más feliz del mundo entero.

—Puestos a elegir yo prefiero una niña —dijo ella para picarle—. Así no tendremos a Leónidas Matamoros, o peor aún, Aquiles.

—Esos son nombres de grandes héroes —respondió con una pequeña carcajada—. Nuestro hijo merece un nombre así, imponente.

—Que sepas que Esteban es un nombre precioso y lo prefiero mil veces a Hércules —continuó ella y se unió a su risa—. Pero como sé que no vas a dar tu brazo a torcer, prefiero una niña, una pequeña Aurora Matamoros, queda mucho mejor.

ꕥꕥꕥ

El reloj de la mesita auxiliar junto a la cama marcaba las cuatro de la mañana. Eva resopló por enésima vez sin ser capaz de dormirse. Su piel ardía levemente y no porque estuviese enferma con algunas décimas de fiebre, su dolencia era muy distinta y no sabía cómo aplacarla sin despertar a Esteban que dormía profundamente.

Había leído junto a su marido todos los libros que este había comprado, en ellos se hablaba largo y tendido sobre los antojos de las mujeres embarazadas. Estos se solían manifestar a horas intempestivas, pero en esas páginas llenas de información sobre su estado solo se hablaba de una necesidad imperiosa de ingerir algún alimento en específico, normalmente fruta, chocolate o encurtidos.

Su antojo, o lo que fuese que la estaba atacando, era muy diferente y que no sentía deseos por comer nada sino un fuego ardiente que la consumía. Estaba completamente desesperada pues no sabía cómo apagar ese calor ardiente que nacía entre sus piernas y le provocaba un deseo desquiciante. Necesitaba calmarse o no sería capaz de dormir, por lo que miró fijamente el perfil de Esteban mientras se debatía consigo misma, ya que no se decía por la idea de despertarle o escabullirse bajo la ducha.

Finalmente, tras un suspiro sonoro, se escurrió bajo las sábanas hasta alcanzar a su marido para dejar una serie de besos en su mejilla y su cuello que le provocaron algún que otro quejido entre sueños.

Impaciente al ver que este no despertaba, mordió su oreja antes de susurrar insistente su nombre, por lo que Esteban empezó a removerse mientras parpadeaba de forma lenta, algo desorientado.

—Eva ¿qué sucede? —preguntó más dormido que despierto—. ¿Estás bien?

—No mucho —respondió con un susurro, él se enderezó de golpe al escucharla.

—¿Te encuentras mal? —preguntó alarmado—. En seguida me visto y te llevo al hospital.

—No es eso, mi príncipe —dijo ella avergonzada—. Es solo que no puedo dormir.

—¿Tienes antojos? —preguntó una vez más tras tranquilizarse un poco al escucharla—.

Leímos sobre ellos en los libros, dime lo que quieres y te lo traigo.

—Lo que quiero es que lo hagamos, ahora mismo a ser posible —respondió muy deprisa y se mordió el labio inferior—. Me están matando las ganas, no sabes cuánto.

Él la miró unos instantes con los ojos muy abiertos debido al asombro, ella enrojeció de forma violenta mientras el deseo que sentía la iba consumiendo de forma lenta.

—Por favor, Esteban —susurró con ese ronroneo excitado que conseguía enloquecerlo—. No te habría despertado si no fuese realmente urgente.

Él empezó a reír nervioso, hasta que esa pequeña carcajada murió en sus labios al sentir como Eva colaba de forma bastante insolente la mano sobre su vientre y la bajaba provocando un escalofrío demasiado agradable en su espalda y despertando de golpe su erección. Al notar bajo su mano como se abultaba su pantalón, ella sonrió depredadora y él perdió la razón por completo con un solo deseo en mente: complacer a su mujer y escucharla deshacerse entre gemidos.

Esteban buscó sus labios para besarla, Eva lo recibió con la piel ardiendo. Colisionó contra ella y utilizó ese beso sediento para tumbarla sobre el colchón a la vez que colaba las manos bajo el camisón para deshacerse de dicha prenda. Eva no tardó en pelearse con los botones de la camisa de su pijama para desabrocharlos y arrancarla impaciente. Podía sentir sus manos recorrerlo, sus ganas crecían, le sobraba el pantalón por lo que se lo quitó mientras Eva se bajaba las braguitas para quedar ambos desnudos, con la sábana enredada en sus cinturas sin que sus labios se separasen de ese beso que se acrecentaba por momentos.

Él se colocó entre sus piernas, ella gimió contra su boca al sentir como acariciaba su entrada. Esteban rompió el beso para jadear despacio en cuanto notó lo húmeda que estaba debido a ese deseo que no podía contener. Resbaló en su interior sin dificultad, ya que estaba más que dispuesta para recibirlo. Eva dejó escapar un largo gemido mientras se agarraba a su cintura para ayudarle con ese suave contoneo que él había iniciado para saciarla con cada caricia en su interior.

Cada gemido que su mujer era incapaz de contener le daba valor para acelerar sus embestidas hasta que estos se tornaron gritos. Ella suplicaba que no se detuviese, él obedecía y se deleitaba con el sonido de sus cuerpos al chocar. Como cada vez que se enredaba con Eva entre las sábanas y esta liberaba sus deseos, Esteban no fue capaz de dejar de mirarla. Su rostro se contraía, cerraba los ojos para dejarse arrastrar, gritaba, gemía, jadeaba y suspiraba con su nombre entre los labios.

Cuando supo que no podría contenerse un segundo más, se aferró a ella y aceleró sus movimientos casi hasta el delirio. Eva agarró con fuerza su espalda, mordió el lóbulo de su oreja donde dejó varios susurros entre gemidos ahogados en los que le suplicaba que terminase y él, incapaz de negarse a sus deseos, obedeció. Estalló con un grito ahogado, empezó a llenarla por entero mientras ella se arqueaba para correrse de forma salvaje. Cayeron agotados y jadeantes,

sin que Eva soltase su abrazo, sin que Esteban se viese capaz de separarse un solo milímetro.

—¿Te sientes mejor, mi ángel? —susurró aún entre jadeos.

—Mucho mejor, mi príncipe —respondió con un ronroneo de placer y sonrisas.

—Creo que adoro tus antojos —dijo él con una leve risa en los labios—. Son mucho mejores que los que salen en esos manuales.

Cuando sus respiraciones volvieron a un ritmo normal y sus latidos se calmaron, él abandonó despacio su posición sobre ella y terminó tumbado en el colchón. Eva no tardó mucho en buscar su calor una vez más al apoyarse sobre su pecho, Esteban la rodeó con su brazo y ambos guardaron silencio unos instantes.

—¿Puedo hacerte una pregunta, mi príncipe? —dijo de pronto con una pizca de inseguridad en la voz.

—Claro, Eva —respondió y dejó un beso en su frente—. Puedes preguntarme lo que quieras.

—Es que ya sabes que yo no tengo mucha experiencia en este asunto —dijo ella suspirando—. ¿Te complace acostarte conmigo?

—Claro que me complace, mi ángel —contestó al estrecharla entre sus brazos—. Si hasta me cuesta seguirte el ritmo, eres una pequeña salvaje y me encanta. ¿Por qué lo preguntas? ¿Han vuelto a molestarte tus amigas en el Club?

—No, ellas solo hablan de la universidad, ya no les interesa nada mi vida sexual —respondió con una leve risa—. Supongo que al no ser la primera en tu vida siento un poco de inseguridad porque tú sí eres el primero para mí en todos los sentidos.

—No debes preocuparte tanto por eso, Eva —dijo él de forma tierna—. Tampoco pienses que antes de ti hubo muchas.

—Nunca hemos hablado de ello —respondió curiosa—. ¿Puedo saber cuántas?

—La verdad es que no sé qué te han ido contando por ahí, mi ángel —contestó algo serio —. Pero antes de ti solo hubo una mujer en mi vida, no más. No te creas que yo sea un gran experto en estos asuntos, sigo aprendiendo a tu lado.

—¿Quién es ella? —preguntó justo antes de alzarse de su posición para mirarlo con los ojillos cubiertos de genuina curiosidad—. ¿La conozco?

—No, no la conoces —respondió con un suspiro—. Ella no pertenece a nuestro grupo social, no se mueve en los mismos círculos que tú.

—¿La querías mucho? —volvió a preguntar en un susurro, sin restos de ninguna emoción negativa en su voz.

—La verdad es que sí —respondió tan sincero que se sorprendió a sí mismo en cuanto las palabras escaparon de sus labios—. Pero no podía funcionar.

—Te rompió el corazón —dijo ella mientras dibujaba su perfil con los dedos despacio.

—No lo hizo —contestó sin apartar su mirada de ella—. Yo se lo rompí. Mi padre jamás habría permitido que nuestra relación perdurase, empezó a buscarme esposa, eso ya lo sabes. Tuve que tomar una decisión y eso la destrozó, aún me culpo por ello.

—Tu padre no me cae muy bien, mi príncipe —respondió airada y le provocó una nueva risa—. Siento mucho que te hiciese pasar por algo así, no me gusta saber que has sufrido.

—No lo sientas, mi ángel —dijo con una pequeña sonrisa en los labios—. Es pasado y ahora te tengo a ti, a nuestro bebé que viene en camino, soy muy feliz.

—Conmigo tu corazón puede estar tranquilo —respondió y le provocó una vez más una oleada de ternura desmedida—. No pienso romperlo. Tuve la inmensa suerte de casarme con el único hombre del que me enamoré.

—Yo también tengo muchísima suerte, mi ángel —dijo él tras dejar un beso suave sobre sus labios—. Cómo no voy a tenerla si tú me quieres.

ꕥꕥꕥ

El tiempo iba pasando sin que pudiesen detenerlo, pero aún así les parecía demasiado lento. Al finalizar el tercer trimestre, anunciaron por todo lo alto la gran noticia y recibieron elogios por doquier, ya que todos aquellos que les rodeaban celebraron con ahínco que en unos meses hubiese un nuevo Matamoros en el mundo.

Esteban sentía que, poco a poco, su mujer y él se habían acercado tanto que el único secreto que aún existía entre ambos era el que guardaba con celo. Le había contado todo, incluso lo más oscuro de su vida, pero no fue capaz de confesar que no la amaba como ella merecía por miedo a romper el equilibrio que habían creado y tanta paz le otorgaba. Eva se había convertido en la mujer más importante de su mundo, no solo porque llevaba a su hijo, sino porque no había otra persona en la que confiase más, era su mejor amiga, su confidente, su luz en medio del caos. Sin ella se sentía completamente perdido y el miedo a que una mañana se despertase sin Eva en su vida se volvió la peor de sus pesadillas.

En la ecografía en la que por fin les dijeron el sexo del bebé, descubrieron que Eva esperaba una niña y ese hecho, en lugar de entrsitecerlo ya que no sería su ansiado varón, llenó su pecho de calor junto a la mayor alegría que había experimentado en su vida. Desde entonces ni las palabras llenas de veneno de su padre, asegurándole que era un inútil incluso a la hora de procrear ya que tendría una mujer como primogénita, conseguían enturbiar su ánimo ni un solo ápice.

Podía pasarse horas enteras con las manos en el vientre abultado de Eva mientras hablaba con su pequeña pitufina como solía llamarla. Su mujer reía al escucharlo y él se llenaba de calor, solo deseaba que llegase por fin el momento de sujetarla en sus brazos y jurarle que la querría hasta el último de sus días.

A medida que se acercaba ese gran momento, los nervios crecían. Juntos habían preparado

con mucha alegría la habitación para su hijita y no les importó lo más mínimo que el servicio escuchase sus risas alegres cuando Eva decidió que era mucho más divertido mancharle entero de pintura mientras él pasaba la brocha por las paredes sin saber bien qué estaba haciendo.

Tuvieron que contratar a un profesional que arreglase el desastre que ambos habían provocado, pero no cambiaría esos momentos por nada del mundo, estaban construyendo sus recuerdos como familia.

Estaba todo listo para recibir a su pequeña. Eva había salido de cuentas por lo que era inminente y Esteban vivía nervioso las veinticuatro horas del día, siempre alerta por si ella lo llamaba con la feliz noticia de que su hijita quería salir al mundo.

Cuando por fin recibió el aviso de que Eva se había puesto de parto, salió corriendo para reunirse con ella. Tenía el corazón enloquecido, no podía borrar la sonrisa, por fin iba a ser padre.

Cogió el coche y puso rumbo a su hogar para llevar a su mujer al hospital, más que dispuesto a acompañarla en todo momento, con tantas ganas de conocer a su hijita que su estómago se contraía de impaciencia y anticipación.

Ni él ni Eva podían intuir ni por un instante que su vida estaba a punto de cambiar para siempre, que estaban a punto de romperse. No podían saber que ese parto, ese milagro que tanto habían esperado, sería el inicio de su propio infierno.

CAPÍTULO IX

Cuando Esteban llegó a la mansión, ni siquiera apagó el motor del coche. Salió disparado del mismo hacia la puerta de su casa y la abrió con prisa, sin poder detener el tembleque de sus manos debido a los nervios que sentía. Eva lo estaba esperando en la entrada junto a parte del servicio que no le quitaba ojo de encima. Junto a ella, en el suelo, tenía una maleta con algunas cosas que había preparado para su paso por el hospital. Sus miradas se cruzaron y ambos sonrieron demasiado felices pues tras nueve meses larguísimos, su pequeña hijita estaba lista para nacer.

Esteban se acercó a su mujer con prisa, tardó solo unos segundos en coger la maleta del suelo justo antes de sujetar a Eva por la cintura. Ella se aferró a sus hombros y juntos se encaminaron al coche para poner rumbo al hospital con celeridad.

Durante el camino, Eva luchaba para mantener un ritmo constante en su respiración, ya que no deseaba entrar en pánico, mientras su marido conducía medio desquiciado y reía de vez en cuando, como claro síntoma de que sus nervios se iban acrecentando.

Cuando llegaron, él volvió a salir disparado del coche para ayudar a su mujer a bajar del mismo y conducirla al interior del edificio donde no tardaron en ser atendidos en cuanto anunció que Eva estaba de parto. No se separó de ella en ningún momento camino a la habitación donde ingresó para esperar al momento propicio en el que la conducirían al paritorio donde daría a luz a su hijita.

El tiempo pasaba demasiado lento para el gusto de Esteban que caminaba de un lado a otro muy nervioso. De vez en cuando removía sus cabellos y frenaba para regalarle a Eva palabras de aliento, ya que su mujer yacía bastante asustada sobre la cama. Él le aseguraba que todo saldría bien y ella le creía. Ambos sonreían con los ojos cargados de ilusión.

Tras varias horas que se hicieron eternas, la matrona certificó que Eva estaba lista para dar a luz. En ese mismo momento, una legión de enfermeras se la llevaron hacia la sala de partos y él las siguió sin dejar de temblar emocionado. Le dieron todo lo que necesitaba para prepararse y entrar junto a su mujer y él tardó muy poquito en colocarse todas las medidas de protección. Entró a la sala en compañía de una de las enfermeras, su mirada se cruzó con la de Eva y se acercó a ella muy deprisa. Sujetó su mano con fuerza, su mujer la estrechó asustada justo antes de que ambos se preparasen para el nacimiento de esa pequeña que tanto habían esperado.

Esteban no podía dejar de mirarla mientras Eva se mostraba una vez más completamente magnífica ante sus ojos. Su mujer seguía las instrucciones del doctor mientras dibujaba una mueca de dolor y esfuerzo desmedido en sus rasgos. Su frente estaba perlada de sudor, apretaba su mano con fuerza con cada contracción, intentaba ocultar el miedo que sentía pero él sabía verlo, por lo que se juró que permanecería a su lado hasta el último segundo.

De pronto, una sensación helada y desagradable se alojó en su estómago. Había leído todos

los libros que encontró para comprender a qué se iban a enfrentar, sabía que un parto era algo complicado, que podría alargarse e incluso durar horas, pero el rostro demasiado serio de los médicos lo alertó, Su miedo se transformó en terror cuando la mano de Eva perdió fuerza a la hora de agarrarse, su pulso se disparó al mirarla y descubrir su rostro demasiado pálido, su aliento algo errático y sus ojos avellana cubiertos de pavor.

Tras unos segundos donde trató de serenarse para regalarle fortaleza, Eva se desvaneció y él perdió la capacidad de respirar mientras su pecho se llenaba de pánico. Perdió el contacto con su mujer en cuanto el médico pidió a gritos que lo sacaran del lugar. No pudo objetar mientras las enfermeras lo empujaban fuera del paritorio sin que pudiese comprender qué estaba sucediendo, porqué Eva había perdido el sentido.

Esteban se quedó como una estatua de piedra en el pasillo donde temblaba de forma violenta completamente aterrado. Cuando reaccionó e intentó volver junto a Eva una enfermera lo frenó con delicadeza. En sus ojos pudo ver seriedad por lo que terminó de quebrarse sin poder evitarlo.

—Señor Matamoros, es mejor que espere aquí —dijo la enfermera con delicadeza—. Hay complicaciones con el parto, los doctores se encargarán y pronto recibirá noticias.

—¿Qué complicaciones? —preguntó con la voz teñida de pánico—. Mi mujer se ha desmayado, necesito estar a su lado.

—Ahora mismo no puede entrar —respondió imperativa—. Espere aquí, el médico saldrá en cuanto pueda para informarle sobre el estado de su mujer y su hija.

Tras sus palabras, ella desapareció dentro del paritorio. Esteban se quedó solo en el pasillo, completamente aterrado. Sus piernas temblaban, apenas podían sujetarlo por lo que se dejó caer sobre una silla con las manos en los cabellos y los ojos llenos de lágrimas. Mientras esperaba a que alguien se dignase a salir para contarle qué estaba ocurriendo con su esposa y su pequeña, oraba incansable entre sollozos, pedía desde el fondo de sus entrañas que el destino no fuese tan cruel, que no le arrebatara a su familia de esa manera.

El tiempo pasaba, cada hora más agónica que la anterior, hasta que esa puerta del infierno se abrió y por ella salió el médico que había ordenado que lo sacasen del paritorio. Llevaba el rostro tan serio que Esteban, al verlo, se hundió en su asiento con las mejillas encharcadas por sus lágrimas.

—Señor Matamoros —dijo para llamar su atención al llegar a él—. La niña ha nacido y está perfecta. Se la llevaron para hacerle las pruebas rutinarias, limpiarla y vestirla. En breves estará en la sala de maternidad donde podrá pasar a verla.

—¿Y Eva? —preguntó asustado, a pesar de que una enorme losa había desaparecido de sus hombros al saber que su pequeña había nacido y estaba bien—. ¿Cuándo podré ver a mi mujer?

—Me temo que eso tendrá que esperar un poco más —respondió muy serio—. No voy a

andarme con rodeos, señor Matamoros. El parto se complicó demasiado y nos fue completamente imposible detener el sangrado. He mandado a su esposa a quirófano para una intervención de urgencia.

—¿Qué tipo de intervención? —preguntó pálido como la muerte—. ¿Qué le ha ocurrido a mi mujer?

—Ha sufrido un desgarro severo en el útero durante el proceso —respondió de forma mecánica—. Por eso no se detuvo el sangrado y, en estos casos, solo hay una solución posible para salvar su vida. Como médico es mi obligación tomar la decisión que he tomado al mandarla a quirófano, pero debe saber que la única manera de que sobreviva es que se le extirpe. Su esposa no podrá concebir otro hijo.

—Eso me trae sin cuidado —dijo él entre gritos muy nervioso—. Me da igual lo que tengan que hacer para salvarla, haganlo, no puedo perderla.

—Ella está en las mejores manos, se lo aseguro —intervino el médico con un pequeño suspiro cansado—. Harán todo lo posible para salvarla. Mientras tanto debería ir a maternidad, su pequeña le necesita ahora.

Esteban estalló en sollozos, demasiado nervioso e incapaz de procesar toda la información que había recibido. Aquel doctor le regaló un gesto junto a un apretón en su hombro justo antes de marcharse, pues aún tenía por delante varias horas en su jornada. Él se dejó caer en su asiento una vez más, llevó las manos a su rostro para dejar libre su llanto ya que sentía tanto miedo que no fue capaz de frenarlo, por mucho que su padre siempre le hubiese enseñado que un hombre no es hombre si derrama lágrimas.

No se movió ni un solo centímetro, como una estatua de hielo que temblaba de forma violenta entre espasmos mientras trataba de serenarse y recuperar la compostura para no desfallecer.

En cuanto consiguió calmar su tormenta lo suficiente para poder reaccionar, se levantó despacio en busca de un teléfono. No sabía si Eva había dado aviso a sus padres al ponerse de parto, pero él sí debía contactar con ellos para informarles que su hija estaba en quirófano ya que merecían saberlo.

La conversación fue corta y escueta, en cuanto su suegro le escuchó colgó en el acto y él supo que no tardarían mucho en aparecer en el hospital para seguir de cerca el estado de su única hija y conocer a su nieta, a pesar de las terribles circunstancias que rodeaban el nacimiento de la misma.

Una vez cumplido su deber, sus pasos le guiaron hacia la sala de maternidad donde su pequeña le estaba esperando. Su pitufina necesitaba que se mantuviera fuerte ya que mientras Eva luchaba en quirófano solo le tenía a él.

ꕥꕥꕥ

Ella era completamente magnífica en todos los sentidos. En cuanto la vio, tan absolutamente pequeña dentro de esa cunita de plástico donde podía leerse con claridad el apellido Matamoros, su corazón enloqueció en su pecho y se dedicó unos instantes a memorizarla por entero. Tenía la piel sonrosada, una naricita minúscula, los ojos cerrados y una mata de cabellos oscuros en forma de pequeños caracolitos. Dormía tranquila, ajena al revuelo que había causado su llegada al mundo, tenía los puños cerrados y estaba envuelta en una mantita que ocultaba su cuerpecito.

Esteban no podía ni quería dejar de mirarla. Aún era demasiado pronto para que se apreciasen rasgos distintivos en su rostro, pero él estaba seguro de que sería la copia exacta de Eva, tan bonita y perfecta como su madre.

Sentía tantísimo miedo cada vez que la intrusiva idea de perder a su mujer se colaba en su mente que sus manos temblaban, por lo que las colocó sobre el cristal que le separaba de su hija para mantenerlas quietas y suspiró. Eva no podía morir, no podía dejarle solo. No sería capaz de enfrentarse a ese nuevo camino sin su apoyo, su inocencia y dulzura desmedidas. No podía ni imaginar cómo sería no tenerla a su lado. Ella era su luz, lo único bueno que tenía en la vida junto a ese ser diminuto que dormía al otro lado del cristal.

Se apoyó con cuidado sobre esa superficie transparente y fría donde dejó caer una vez más algunas lágrimas esquivas, producto de su miedo, cuando unos pasos firmes lo sacaron de sus pensamientos. Alzó la mirada para descubrir quién podía ser su visitante, ya que en maternidad solo estaba su hijita, y se cruzó con la mirada helada de su padre por lo que todo su interior se removió. Imaginó que el señor Puig le habría avisado de la noticia, ya que él había evitado a toda costa llamarlo. Sabía perfectamente que se avecinaba una tormenta pues su hija sería a ciencia cierta la última Matamoros.

Gabriel llegó a su altura, él no rompió el silencio ni siquiera con un saludo educado. Su padre clavó la mirada en la pequeña con una mueca muy desagradable en los labios que provocó un destello de ira en sus ojos oscuros.

—Ya puedes rezar para que no salga viva del quirófano, Esteban —susurró de forma mortífera—. Si sobrevive estarás atado el resto de tu vida a una mujer inútil que no podrá darte nunca un varón. Mejor viudo que casado con una estéril.

—¿Cómo puedes decir algo así? —preguntó entre dientes, con la ira que bailaba en sus venas cada vez más pronunciada—. ¿Es que no tienes ni una pizca de decencia? Es mi mujer de la que estás hablando.

—Una mujer a la que no querías y que ni siquiera ha sido capaz de engendrar un hijo —escupió con veneno—, Ahora no te sirve para nada más que para ser tu mayor vergüenza.

—Puede que no esté enamorado, padre —susurró y su voz se llenó de rabia—. Pero no te consiento que hables así de ella, es mi esposa y la madre de mi hija, la única que voy a tener.

—Me esforcé muchísimo para encontrar a la mujer perfecta —dijo él mientras miraba a su

pequeña con desprecio en sus ojos—. Y solo ha sido capaz de darme esto.

—Esto, como tú dices, es mi hija —respondió de forma violenta—. Ya te he dicho que es la única que voy a tener y te aseguro que va a ser el mayor orgullo de toda mi vida.

—¿Orgullo? —preguntó con burla—. No, Esteban, ella no va a traerte orgullo, no es más que una amarga decepción. Y como intuyo que vas a comportarte como un pelele y no vas a moverte de aquí hasta tener noticias de esa inútil con la que estás casado iré yo al registro por ti para inscribir a tu niñita.

—Se llama Aurora —dijo con un susurro, sin fuerzas para seguir enfrentando cada palabra envenenada de su padre—. Aurora Matamoros Puig.

—Es la única nieta que vas a darme, Esteban —respondió Gabriel con sorna—. Ni en mil años permitiría que le des un nombre tan estúpido como ese. Se llama Dolores, como mi madre y no hay discusión posible.

—Eva le puso Aurora —dijo Esteban airado—. Y no está aquí para rebatirte, no le vas a cambiar el nombre a mi hija en contra de sus deseos.

—Me trae sin cuidado lo que esa mujer piense o decida —continuó con la mirada endurecida fija en él—. Ha destruido nuestro legado, ha engendrado una niña con la que va a morir mi apellido, lo más justo es que yo decida cómo va a llamarse y ya te he dicho que no pienso discutirlo contigo y si no está conforme más te vale hacer que entre en razón porque si he de hacerlo yo te aseguro que no será nada agradable. Se llama Dolores, fin de la conversación.

—Haz lo que quieras —dijo al final demasiado sobrepasado para seguir con esa discusión —. Ponle el nombre que te dé la gana, pero márchate. Quiero estar solo.

—Voy a hacerte un favor y a inscribir a eso que llamas hija en el registro —respondió con la clara intención de marcharse—. Solo espero que en cuanto vuelva sea para descubrir que la inútil de tu esposa ha decidido hacernos un favor y morirse en el quirófano. Si no lo hace te habrá destrozado la vida.

En el mismo instante en el que su padre desapareció de su vista, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no estallar. La ira desmedida recorría sus venas y lo consumía de forma lenta al no ser capaz de gestionarla. Cada una de sus palabras cargadas de veneno quemaban en sus entrañas. No gritó aunque ganas no le faltaban. Se quedó solo una vez más frente a su hija mientras temblaba para retener las lágrimas en su mirada oscura y se preguntaba cómo podía ser tan cruel y mezquino, como había podido ni siquiera pensar que estaría mejor si Eva perdía la vida en ese quirófano.

De pronto, en medio de su estallido interno, un movimiento leve por parte de la pequeña en la cuna captó toda su atención. Al parecer su hija estaba despertando y él contuvo el aliento sin dejar de mirarla un solo instante. Ella abrió los ojillos, esa laguna completamente oscura que aún no era capaz de vislumbrar nada con claridad mientras llevaba una de sus pequeñas manos a su

mejilla y bostezaba. Esteban sintió como toda la ira acumulada iba desvaneciendo al llenar su pecho de un calor desconocido que abrasaba su interior.

Metido en ese escrutinio intenso sobre cada gesto casi imperceptible de su hija, no escuchó el sonido de pisadas, por lo que se sobresaltó levemente cuando una de las enfermeras de maternidad se materializó a su lado y lo llamó para captar su atención.

—Señor Matamoros —dijo ella y él la miró directamente a los ojos—. Si lo desea ya puede entrar, estoy seguro de que la pequeña apreciará que usted la tome en sus brazos, ya que su madre no ha podido hacerlo.

Él asintió a la par que su mirada se cargaba de una emoción desconocida. La siguió en silencio al interior de esa sala donde tardó muy poquito en alcanzar la cuna de su hijita. Su mano no dejaba de temblar cuando la acercó despacio para acariciar con el dedo índice esa mano tan minúscula. Su piel era muy suave y ella no tardó en cerrar su puño para atrapar su dedo con bastante fuerza mientras soltaba un gorgorito suave entre los labios. Esteban dibujó despacio una sonrisa al sentirla justo antes de que la enfermera sacase a la pequeña de la cuna con mucha ternura y la depositó entre sus brazos. En ese momento, su aliento se cortó de forma violenta al sentir su peso tan tenue, al verla tan absolutamente perfecta. La sujetó contra su pecho con infinito cuidado, volvió a acariciar su mano y ella atrapó su dedo una vez más justo antes de que él sonriera al dejar un beso muy suave sobre su frente.

—Hola, mi pitufina —susurró completamente abstraído con el diminuto rostro de su hija —. Ya verás cuando te conozca tu madre, va a pensar que eres lo más bonito del mundo entero.

Al escucharlo, la pequeña soltó un nuevo gorgorito antes de cerrar los ojillos, como si estuviese comodísima entre sus brazos y Esteban la estrechó con mucho cuidado mientras acariciaba su frente con la nariz.

—Mi pequeña, vas a ser la última Matamoros —dijo una vez más, con un deje de dolor en su mirada oscura—. Pero estoy seguro de que serás el orgullo de nuestro apellido, nada conseguirá frenarte. Serás tan absolutamente perfecta y fuerte como tu madre. Serás mi única hija y el mayor de mis tesoros.

Completamente ajena al dolor que se vislumbraba en las palabras de su padre, la pequeña volvió a dormirse mientras Esteban rezaba una vez más en silencio, rogaba con todas sus fuerzas que Eva saliera del quirófano sana, que no los abandonara.

No podría conseguirlo sin ella, la necesitaba para que su pequeña familia pudiese funcionar. Sabía que iba a doler, Eva sufriría al saber que su sueño de formar una familia numerosa se había truncado sin remedio alguno, que de todos esos niños con los que quería llenar la mansión solo tendrían a su pequeña pitufina, pero aún podrían ser felices. Podían superar ese bache nefasto del destino, o al menos ese era su mayor deseo mientras, poco a poco, una nueva grieta nacía en su pecho avivada por el miedo que sentía emponzoñado por el veneno

que Gabriel seguía regando en su interior. Había fracasado, su apellido moriría con él y con ese bebé que dormía en sus brazos, ajena al peso que ya portaba en sus diminutos hombros al haberse convertido en la última Matamoros.

CAPÍTULO X

Poco a poco, Eva fue despertando con gran dificultad. Lo primero que pensó cuando sus párpados se abrieron de forma pesada fue que debía estar tumbada sobre una nube de algodón ya que no era capaz de sentir ni un solo centímetro de su cuerpo, aún adormecido por los calmantes que le habían proporcionado tras su operación.

A medida que iba tomando conciencia de dónde se encontraba, su mente se llenó de miedo en un solo instante al aferrarse a su último recuerdo antes de desvanecerse, estaba en el paritorio donde su pequeña parecía no tener mucha prisa por salir al mundo.

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente ni qué había ocurrido con su hija. Si esta había nacido y cómo se encontraba, por lo que intentó incorporarse en esa cama, ya con los ojos muy abiertos, antes de sentir el peso de una mano en su hombro que la obligó a tumbarse una vez más y fijar su mirada en el rostro serio de su madre a su lado.

Parpadeo un par de veces para acostumbrarse a la lucidez de su despertar justo antes de observar su alrededor. Descubrió que estaba en la habitación del hospital y notó enseguida la clara ausencia de Esteban junto a la de su bebé a la que aún no había visto. Junto a ella solo estaba su madre, visiblemente afectada, mientras su padre permanecía en pie, algo más apartado y con un gesto indescifrable en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con gran dificultad—. ¿Dónde está mi pequeña? ¿Y Esteban?

—Esteban está en maternidad con la niña, cariño —respondió su madre muy seria—. No creo que tarde mucho en traerla, en cuanto se le avise de que has despertado.

—¿Está bien? —susurró asustada—. Me desmayé, no sé si mi niña está bien.

—No hables, princesa —dijo su padre de forma imperativa—. Acabas de salir del quirófano, debes descansar y ahorrar fuerzas.

Al escuchar sus palabras, Eva frunció el ceño unos instantes mientras trataba de entender por qué salía de quirófano si lo último que recordaba era haber entrado en el paritorio. Un escalofrío muy desagradable recorrió su espalda al ver pequeñas lágrimas en los ojos de su madre junto a la seriedad excesiva de su padre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó temblorosa—. ¿Por qué me llevaron al quirófano? ¿Ha pasado algo con mi bebé?

—Cuando nació provocó un desgarro irreparable —informó su madre—. Casi te perdemos, cariño. Te metieron a quirófano para salvarte la vida, pero…

—¿Pero qué? —dijo ella cada vez más asustada—. Mamá, qué le ha pasado a mi niña, dime que está bien.

—Ella está bien —respondió su padre en un susurro endurecido—. Ya te hemos dicho que

la tiene Esteban en maternidad. Es por ti por quien deberías preocuparte, tuvieron que extirpar el útero para salvarte, no podrás volver a concebir.

En cuanto fue capaz de procesar las palabras de su padre, Eva sintió como si una lanza desgarrase su pecho con fuerza. Solo unos segundos le bastaron para que cada uno de sus sueños, los mismos que había expresado tantas veces junto a Esteban con los ojillos cargados de vida, empezasen a quebrarse en millones de pedazos dentro de su mente. Había perdido para siempre la posibilidad de llenar su hogar con las risas y los juegos de todos esos niños que deseaba tener. Su pequeña hijita a la que aún no conocía sería la única, Esteban jamás podría sujetar entre sus brazos orgulloso a ese varón que continuaría su linaje, el mayor deseo de su príncipe nunca podría cumplirse.

De pronto, sintió que perdía la capacidad de respirar a la par que un millón de lágrimas se acumulaban en su mirada avellana. El dolor más intenso que había sentido en toda su vida se extendió desde su vientre hasta su pecho por lo que guardó silencio, incapaz de pronunciar una sola palabra mientras clavaba su mirada en un punto inexacto del techo. ni siquiera se inmutó cuando su madre avisó a las enfermeras de que ella había despertado. Todo su mundo se había resquebrajado y no sabía cómo volver a su cauce, como respirar sin que su pecho enviase oleadas de dolor hacia sus entrañas.

El tiempo pasaba realmente lento, su padre deambulaba en silencio por la habitación, su madre apenas pronunciaba palabra, sentada al lado de su cama sin atreverse a tocarla y Eva retenía las lágrimas como podía con mil pensamientos inconexos en su mente. Lo único que aún enviaba alivio bajo su piel era saber que su hija había nacido sana y fuerte. Esperaba algo impaciente a que Esteban apareciese para poder conocerla por fin, sentirla entre sus brazos, ver su carita tras tantísimos meses esperándola con ilusión.

Cuando la puerta de la habitación se abrió, Eva miró en esa dirección esperanzada, pero todas sus ilusiones volvieron a quebrarse al ver que no era su príncipe quien entraba sino Gabriel. Su suegro mostraba evidentes signos de ira en sus rasgos, aunque trataba de ocultarla bajo falsa educación. Ni siquiera la miró al entrar en la estancia y ella lo agradeció pues no se sentía con fuerzas para enfrentar algún reproche por su parte, sabía que no estaría nada feliz con esa inesperada y tan injusta situación.

—Traigo el libro de familia —dijo con un tono monótono y estudiado—. Señor Puig, me gustaría tener unas palabras con usted en privado, de inmediato a ser posible.

Su padre asintió, Gabriel dejó ese documento que portaba sobre la mesita con una mueca de asco imperceptible justo antes de que su mirada helada se clavase en ella. Eva no se atrevió a agachar la suya, por lo que se enfrentó a su suegro en silencio algunos segundos. En su rostro pudo leer el desprecio que sentía hacia ella en esos instantes y se estremeció levemente. Él nunca le había gustado, pero en esos momentos le pareció el hombre más insensible y mezquino del

mundo.

Suspiró de forma pausada en cuanto su padre siguió a Gabriel fuera de la habitación. La puerta se cerró junto a sus ojos, ya que sus párpados cayeron demasiado sobre pasada mientras un sentimiento de feroz culpabilidad se alojaba en su interior. La idea de no volver a concebir había destruido del todo cada una de sus ilusiones junto a las de Esteban.

En el pasillo, Gabriel observaba a su padre con el rostro marcado de hastío. Sin andarse con rodeos, sacó de un maletín que llevaba una serie de documentos que el señor Puig observó con el ceño fruncido.

—Supongo que no debo explicarte lo incómodo de este maldito inconveniente, señor Puig —dijo él con el veneno característico que siempre acompañaba sus palabras—. Cuando di mi consentimiento para que su hija fuese la esposa de mi Esteban esperaba que ella cumpliese su papel para perpetuar mi apellido. Ha dado a luz una niña que será la única, por lo tanto con ella morirá mi legado y tanto mi hijo como yo merecemos una compensación.

—Nadie podía imaginar que se daría esta situación, señor Matamoros —respondió serio—. Eva es una mujer joven, lo sucedido ha sido una desgracia terrible e imprevisible.

—Me trae sin cuidado su desgracia —escupió con rabia—. Mi hijo está atrapado en un matrimonio con una mujer estéril. Vamos a ahorrarnos el escándalo de un divorcio ya que mi Esteban es un pelele que no va a osar repudiarla por su situación y usted nos va a compensar como merecemos por haber destruido mi legado.

—¿Qué es lo que desea para zanjar aquí este asunto? —preguntó algo nervioso—. Ya obtuvo una dote bastante elevada, qué más podría ofrecer.

—Lo quiero todo, señor Puig —susurró de forma mortífera—. Mis abogados redactaron los documentos, solo debe firmarlos y todo cuanto pertenezca a su hija por derecho pasará a mis manos hasta el día de mi muerte, entonces será Esteban quien los herede, como compensación por negarle un varón. Ha perdido la oportunidad de traspasar su herencia por lo tanto me parece justo hacer suya la de Eva.

Él lo miró con los ojos muy abiertos, Gabriel aguantó estoico su mirada mientras empezaba a impacientarse.

—No me mire así, señor Puig —Dijo con sorna—. Ya le he dicho que Esteban es demasiado idiota, no va a romper sus votos y continuará casado por lo que a su querida hija nunca le faltará de nada. Lo único que va a conseguir si firma es que el honor de mi familia quede intacto tras esta desagradable circunstancia, seré yo quién posea los bienes de Eva y a mi muerte pasarán a manos de Esteban. Si se niega a firmar, mis abogados pondrán en marcha un requerimiento por daños y perjuicios con el que podrá perder todo cuanto posee, le aseguro que no pienso quedarme de brazos cruzados ante esta lamentable afrenta.

Al escucharlo, sus manos empezaron a temblar de forma leve, pues sabía perfectamente

que enfrentarse a Gabriel Matamoros no era una opción. Él podía destruir en un abrir y cerrar de ojos todo cuanto poseía. Tras unos segundos de incómodo silencio, simplemente asintió y aceptó la pluma que él le tendía para dibujar su firma en esos documentos. En solo un segundo acababa de despojar a su hija de todo cuanto le pertenecía por derecho sin que le temblase el pulso, acababa de sellar una vez más su destino al atarlo de forma definitiva a Esteban Matamoros.

ꕥꕥꕥ

Desde el mismo momento en el que había sentido el peso de su hija entre los brazos no había sido capaz de soltarla. Paseaba despacio de un lado a otro de esa sala de maternidad sin apartar sus ojos oscuros de ella en ningún momento. De vez en cuando, detenía sus pisadas con una pequeña sonrisa y dejaba un beso en su frente junto a un río de palabras susurradas donde no dejaba de repetirle lo perfecta que era en todos los sentidos.

Hacía ya algunos minutos que le habían informado del estado de Eva. Su mujer había salido de quirófano y la habían trasladado a una habitación. La operación fue un éxito, ella estaba sana y fuera de peligro, por lo que el alivió recorrió todo su cuerpo en un solo instante al saber que no iba a perderla, no iba a abandonarlos.

Esteban solicitó bastante impaciente reunirse con Eva. Su mayor deseo en esos instantes era entregarle a su hija, abrazarla y jurarle que podrían superar cualquier bache si seguían unidos. La enfermera lo miró con algo de compasión en sus ojos justo antes de decirle que debía esperar. Su mujer estaba bien, pero la sedación que habían utilizado aún tardaría en retirarse para que ella despertara. Tras asegurarse de que sus suegros la estaban acompañando, se relajó una pizca y se dedicó a memorizar cada uno de los gestos que su hija dibujaba en medio de sus sueños, ese era su lugar por el momento.

—Ya verás, pitufina —susurró sonriente—. Dentro de muy poquito vas a conocer a tu mamá. Te dije que era la mujer más valiente y fuerte del mundo y no iba a dejarnos.

Su pequeña se removió de forma suave al escucharlo, abrió los ojillos una vez más y, de pronto, toda la sala se llenó con el estridente sonido de su llanto. Esteban dibujó un gesto de terror en sus rasgos mientras pensaba demasiado deprisa qué había hecho mal para que empezase a llorar de esa manera. Empezó a acunarla asustado unos segundos, los que necesitó la enfermera para aparecer a su lado con media sonrisa conciliadora en el rostro.

—No debe preocuparse, señor Matamoros —dijo ella a la vez que lo guiaba hacia un rincón de la sala donde había un sillón—. Estábamos esperando que la pequeña pidiese su primera toma.

—Pero mi mujer aún no ha despertado —respondió nervioso—. ¿Cómo podemos aliviar a mi niña?

—Tendrá que ser usted quién la alimente, al menos hasta que su madre esté lista para la lactancia —informó ella con delicadeza—. No se preocupe, tome asiento que enseguida le traigo

el biberón.

—¿Y no supondrá un problema que su primera toma sea con el biberón? —preguntó entre susurros—. Mi mujer desea ser ella la que alimente a nuestra hija.

—No vamos a usar leche de fórmula, si es lo que le preocupa —respondió de forma suave —. Tenemos reservas para este tipo de situaciones, cuando la madre es incapaz de alimentar su bebé en las primeras horas.

Él asintió en silencio justo antes de tomar asiento como la enfermera le había indicado. Su hijita seguía llorando con fuerza, pero tras saber que no se debía a ningún fallo por su parte se sentía un poco más tranquilo. No dejó de acunarla hasta que esa mujer volvió con el biberón y se lo entregó. Esteban lo acercó a los labios de su pequeña, ella tardó unos segundos en atraparlo y cesar su llanto. Él contuvo el aliento demasiado emocionado mientras atesoraba ese pequeño momento en el que podía aliviar las necesidades de su hijita.

A los pocos minutos, otra enfermera distinta apareció para informarle de que Eva había despertado y Esteban suspiró algo frustrado, se moría de ganas por volver junto a su esposa, pero esta tendría que esperar un poquito más ya que la pequeña aún no había terminado de tomar su alimento.

Una pequeña espina de dolor se alojó en su vientre sin apartar su mirada del rostro de su hija mientras succionaba ese biberón con ganas. No tenía que haber sido así. Era Eva quien tenía que disfrutar de ese momento y no él. En cuanto su pitufina soltó esa tetina como síntoma de que estaba satisfecha, él volvió a besar su frente emocionado con algunas lágrimas en su mirada oscura. Había llegado el momento de dejar esa sala para reunirse con Eva, sabía que su mujer estaría impaciente por conocer a su hija.

Con paso seguro y decidido, se encaminó por esos pasillos en dirección a la habitación donde le habían dicho que estaba Eva. Sujetaba a la pequeña con ambos brazos con la firme intención de protegerla de todos los males del mundo si era necesario.

Cuando llegó, su mirada se cubrió de piedra al reconocer a su padre y a su suegro frente a la puerta. No sabía qué estaba maquinando Gabriel y, en el fondo de su ser, no deseaba saberlo. Se acercó despacio, se hizo notar con un pequeño carraspeo y ambos lo miraron en silencio. Su padre dibujó esa mueca de hastío a la par que su suegro clavaba su mirada en el rostro del bebé antes de sonreír emocionado al ver por primera vez a su nieta.

No se entretuvo demasiado, tras un saludo educado apartó a su suegro para entrar en la habitación. Eva había esperado demasiado.

En cuanto sus miradas se cruzaron, Esteban supo que su esposa estaba completamente rota por dentro. Pudo leerlo con claridad en sus orbes castaños que se inundaron en lágrimas al verlo. Su suegra se levantó para saludarlo, pero él apenas le prestó atención ya que sus pasos le llevaban con algo de prisa a esa cama donde yacía Eva, tan triste que removió todo su interior

por entero.

—Lo siento mucho, mi ángel —susurró al alcanzarla—. Deseaba con todas mis fuerzas estar a tu lado cuando despertaras, pero esta chiquitina es algo insistente y bastante inoportuna. Le entraron ganas de comer.

Ante sus palabras, la mirada de Eva volvió a cubrirse con un relámpago de dolor agudo. Se había perdido ver como su hijita venía al mundo y no estuvo con ella cuando la necesitaba. Una lágrima amarga descendió por su mejilla, Esteban no dudó en recogerla en sus dedos con el gesto serio justo antes de acercarse para dejar con cuidado al bebé entre sus brazos.

Eva estalló en sollozos en cuanto sintió ese peso tan leve y acercó a su hijita contra su pecho. Sus ojos se clavaron en ese rostro diminuto que había imaginado incansable y lo encontró demasiado perfecto. Tanto ella como Esteban se habían metido sin darse cuenta en su propia burbuja al observar juntos a su hija, por lo que no se percataron cuando la puerta volvió a abrirse y El señor Puig entró seguido por Gabriel.

—Hola, mi niña, soy tu mamá —susurró ella mientras acariciaba con mucha delicadeza su mejilla y esta se giraba despacio al buscar su voz tras reconocerla, ya que había hablado incansable durante nueve meses con ella—. Tenía tantas ganas de verte que no sé cómo he podido aguantar tanto tiempo sin ti.

—Ella es perfecta, mi ángel —dijo Esteban con la emoción pintada en su voz.

—Sí que lo es —respondió ella incapaz de dejar de mirarla—. Mi pequeña Aurora.

Ante sus palabras, Esteban se tensó de forma violenta mientras la risa cínica de Gabriel quebraba su burbuja de perfección en el acto.

—Ese no es su nombre, es demasiado ridículo para la única nieta que vas a darme —dijo con burla. Eva alzó la mirada cargada de duda para mirar a su suegro, el mismo que seguía despreciándola con una mueca de asco en los labios—. Se llama Dolores, igual que mi madre.

—Con todo mi respeto, Gabriel —dijo ella en un susurro mortífero—. Esteban y yo decidimos llamarla Aurora y como padres es nuestro cometido elegir el nombre de nuestra hija.

—Se llama Dolores —respondió con la voz endurecida—. Ya está registrada. Se lo dije a Esteban y te lo repito a ti, es la única nieta que vais a darme y se llama como mi madre, no hay discusión posible.

Eva guardó silencio a la vez que giraba el rostro demasiado deprisa para clavar su mirada quebrada en los ojos oscuros de Esteban. En ellos pudo ver que él se sentía tan violentado como ella y las lágrimas aparecieron una vez más mientras estrechaba a su pequeña entre los brazos.

Iba a responder con furia a su suegro que él no tenía voz ni voto en los asuntos de su familia, pero Esteban acarició su mano para decirle sin palabras que mantuviese el silencio. La tensión crecía hasta hacerse insoportable en la habitación y Eva empezó a agobiarse, le costaba respirar mientras temblaba de forma suave. Solo su marido comprendió sus deseos, por lo que

alzó la voz a la par que alternaba la mirada entre su padre y sus suegros.

—Dejadnos solos —ordenó sin ocultar la furia en sus palabras—. Eva necesita descansar.

Ninguno de los tres respondió, sus suegros se marcharon tras despedirse de él con un gesto y su padre permaneció quieto unos instantes, por lo que sus miradas chocaron.

—Márchate —dijo en un susurro cargado de odio—. Ya has hecho bastante para jodernos por hoy.

—No soy yo quien te ha jodido la vida, Esteban —respondió mientras se dirigía a la puerta para desaparecer—. Eso se lo debes a tu querida mujercita, la misma que ya no te sirve para nada. Espero que estés feliz con esa niñita con la que va a morir tu legado.

En cuanto Gabriel desapareció, él llevó las manos a su rostro y resopló frustrado. Eva no pronunció palabra ya que las palabras de su suegro habían dejado un grieta profunda en su interior, por lo que no podía evitar temblar con los ojos fijos en el rostro de Dolores, ya que su hija estaba completamente dormida contra su pecho, ajena al dolor que su madre no podía contener.

—No te haces una idea de cuánto lo siento, mi ángel —dijo Esteban con la voz cargada de ira contenida—. Te juro que intenté que entrase en razón, pero tenía tanto miedo de que pudiera pasarte cualquier cosa horrible que no me vi con fuerzas para enfrentarlo.

—Lo sé —susurró ella despacio—. Sé que lo has intentado, mi príncipe. Dolores es un nombre bonito también.

—Es mejor que Sansón —respondió y al escucharlo, Eva dibujó una sonrisa pequeña en sus rasgos—. ¿Cómo te encuentras? Realmente han sido las peores horas de toda mi vida sin saber cómo estabas, casi entro en colapso y lo habría hecho de no ser por nuestra pitufina.

—Estoy cansada —susurró de forma suave—. Lo siento muchísimo, mi principe.

—¿Por qué? —preguntó mientras se tumbaba despacio a su lado y acariciaba con delicadeza los cabellos oscuros del bebé—. Has vivido una situación terrorífica, no tienes que disculparte.

—Por mi culpa ya no tendrás ese niño que tanto deseabas —respondió con las mejillas encharcadas en lágrimas—. He destruido nuestros sueños, Esteban.

Tras escucharla, él guardó un silencio mortal. Ese dolor cargado de desilusión que sentía fue más fuerte que su buen juicio, no supo cómo responder a las palabras de Eva sin dejar caer sus máscaras y romperse ante ella. Ni siquiera fue consciente, mientras la abrazaba y besaba despacio su mejilla, de que la ausencia de palabras de consuelo solo acrecentó la ponzoña que Gabriel había arrojado en el pecho de su esposa. No podría concebir más hijos, era una inútil, una mujer estéril que ya no servía para nada y solo traería dolor a su querido príncipe. Por su culpa moriría su apellido.

CAPÍTULO XI

Tras varios días en el hospital donde guardó el reposo pertinente para recuperarse físicamente de ese parto tan difícil, por fin llegó el momento en el que podía volver a casa. En el coche, Eva guardaba reverencial silencio con la mirada perdida más allá de la ventanilla, Esteban conducía a una velocidad más que prudente y el único sonido que quebraba la quietud del ambiente era algún que otro gorgorito que escapaba de la silla adaptada de bebé donde viajaba su pequeña hija.

Poco a poco se encaminaban a su hogar y, tras dejar el hospital donde de una forma u otra se había sentido segura, empezó a atenazarle el miedo. Toda la ayuda que había recibido por parte de las enfermeras para atender a su niña quedaba atrás, debía enfrentarse ella sola a una situación para la que no se sentía preparada mientras la idea de no ser suficiente crecía con fuerza en su interior.

Dolores era un bebé muy tranquilo, dormía la mayor parte del tiempo y ni se inmutaba de todo cuanto acontecía a su alrededor, pero en ocasiones mostraba un genio endiablado que Eva no sabía cómo paliar. Le costaba muchísimo engancharse a su pecho para alimentarse, seguramente por la falta que le hizo nada más nacer. Lloraba de forma estridente e incansable mientras su madre se rompía en pedacitos por dentro al no ser capaz de aliviar las necesidades de su hijita por sí misma. Se sentía tan perdida y tan inútil que lo único que era capaz de sentir era una profunda tristeza que la consumía hasta el punto que el mero hecho de mirar a su pequeña llenaba sus ojos de amargas lágrimas.

Los comentarios de sus padres no la ayudaban, a pesar de que estaban llenos de buenas intenciones. Aseguraban que lo mejor para la niña era que se olvidase de la lactancia y le ofreciera biberón, por lo que se sentía completamente invalidada ante ellos ya que también parecían pensar que era una madre nefasta, incapaz de alimentar a su bebé. Solo Esteban tenía palabras de aliento en todo momento. Su príncipe era el único que no había perdido la fe en ella y seguía sonriéndole mientras aguantaba como todo un caballero cada una de sus lágrimas sin dejar de ayudarla hasta que Dolores conseguía colocarse como debía y cesaba su llanto agónico. Siempre guardaba para ella un río de besos que conseguían paliar las tormentas que la asolaban, sin él estaría completamente perdida.

En cuanto llegaron y Esteban metió el coche en el garaje, Eva salió de su propia ensoñación con un largo suspiro. Su marido apagó el motor, dibujó una sonrisa suave en los labios y llevó la mano a esa sillita donde estaba la pequeña para acariciarla de forma tierna.

—Llegamos, pitufina —susurró sonriente—. Bienvenida a casa.

Ella sonrió demasiado triste al escucharlo. Por lo menos Esteban era capaz de mostrar la felicidad que sentía sin quebrarse, era mucho más fuerte y seguro de sí mismo. Ninguno de los dos había vuelto a mencionar el asunto de su infertilidad, por lo que Eva se guardaba sus miedos

para no romper el frágil equilibrio que su príncipe estaba protegiendo de forma estoica.

Al dejar atrás el vehículo, Esteban sacó con cuidado a Dolores de la silla para dejarla en sus brazos. Eva la estrechó algo asustada y sus latidos enloquecieron al sentir como enredaba su mano diminuta en el cuello de su camisa antes de suspirar satisfecha. El pánico más absoluto que había sentido se alojó en sus ojos avellana mientras seguía a su marido dentro de su hogar y rogaba con todas sus fuerzas por que su niña siguiese segura entre sus brazos, que nada malo le sucediese.

El brazo de su marido sobre sus hombros le otorga la pizca de valor que le faltaba para encauzar sus pasos. Nada más llegar al vestíbulo de la mansión, se encontraron al servicio por completo preparados para recibirlos y, al verlos, Esteban sonrió cargado de felicidad, justo antes de tomar con cuidado a Dolores. Con la pequeña dormida en sus brazos, la presentó orgulloso por lo que no tardaron en recibir palabras de enhorabuena educadas y sinceras por parte de cada una de esas personas que trabajaban bajo su techo.

En medio del pequeño revuelo cargado de felicidad genuina ante esa pequeña bendición, Eva se sintió empequeñecer una vez más. Colocó despacio la mano en el hombro de Esteban y este clavó en ella su mirada oscura en un instante.

—Voy a acostarme, mi príncipe —susurró sin poder ocultar el dolor que sentía en sus palabras—. Estoy demasiado cansada.

—Está bien, mi ángel —respondió de forma suave—. Ve tranquila, yo me encargo.

Ambos se miraron a los ojos unos instantes, Eva le regaló un mudo agradecimiento y Esteban una sonrisa conciliadora, como si le dijese sin palabras que comprendía sus miedos y no iba a dejarla sola mientras los enfrentaba con aplomo.

Dejó un beso muy suave en sus labios justo antes de atreverse, temblorosa y asustada, a besar la frente de su hija aún en brazos de Esteban. Tras ese gesto, desapareció despacio, como si cada uno de sus pasos fuese el mayor de sus esfuerzos, camino a la habitación donde no tardó en escurrirse entre las sábanas. Una vez a solas, con la oscuridad como aliada, estalló en llanto contra la almohada para apagar sus sollozos. No podía dejar de sentir que era la madre más despreciable del mundo y su pequeña no la merecía, no sería capaz de darle lo que necesitaba.

ꕥꕥꕥ

Esteban suspiró despacio frente a sus libros. Llevaba más de dos horas encerrado en su estudio, ya que a pesar de contar con su permiso de paternidad en el trabajo, el máster no se detenía por el hecho de haber traído un bebé al mundo.

De vez en cuando, sin poder evitarlo, levantaba la mirada de sus apuntes para clavarla en su hija, ya que esta permanecía bastante tranquila dentro de una hamaca portabebés que había colocado a su lado encima del escritorio para tenerla muy cerquita. Parecía mentira que ya hubiesen pasado dos meses, su pitufina crecía muy deprisa y en tan poco tiempo empezaban a

notarse de forma muy sutil sus rasgos, sobre todo cuando sonreía y él sentía que podría derretirse por entero. Siempre que se encerraba a estudiar, ella parecía comprender que no debía molestarlo en exceso, por lo que solía dormir o entretenerse con sus manos a las que miraba fijamente antes de llevarlas a la boca con algún que otro sonido suave que escapaba de sus labios.

En esos instantes, Dolores le estaba mirando con sus ojillos oscuros que había heredado de él, mientras hacía muecas muy graciosas que siempre derivaban en esa sonrisa de bebé, por lo que no se vio con fuerzas para volver a sus libros y llevó su mano hacia ella para acariciarla. La posó con cuidado sobre su vientre y Dolores tardó menos de un segundo en atrapar sus dedos entre sus pequeños puños para apretarlos.

—Estudiar es un poco aburrido, pitufina —susurró y ella siguió muy despacio el sonido de su voz—. Pero ya verás como papá se convierte en el mejor político de todos, estarás muy orgullosa de ser mi hija.

Al escucharlo, apretó aún más sus dedos a la par que soltaba algún gorgorito alegre, como si realmente entendiese sus palabras y respondiese a su monólogo. Esteban sonrió sin dejar de mirarla pues la encontraba demasiado perfecta en todos los sentidos.

De pronto, ella empezó a inquietarse y Esteban, que se había aprendido con el paso de los días cada uno de sus gestos, supo enseguida que no tardaría mucho en estallar en llanto. Miró el reloj y suspiró despacio, era la hora de hacer un pequeño descanso y atender las necesidades de su pequeña.

—Puntual como un reloj, pitufina —susurró mientras desabrochaba las correas que la mantenían segura en la hamaquita para tomarla en sus brazos—. Vamos a buscar a mamá.

Con cuidado la acunó para calmar su inquietud a la par que encaminaba sus pasos para dirigirse a la habitación donde Eva permanecía acostada. Su mirada se cubrió una vez más de preocupación, ya que su mujer no lograba levantar cabeza desde que Dolores nació y apenas salía de la cama. Él se esforzaba todo lo que podía, intentaba llegar a ella y aliviar ese dolor agudo que parecía haberse anclado a su mirada avellana sin conseguirlo. La luz que su ángel solía desprender se había apagado, solo mostraba sombras, cansancio y lágrimas que ahogaba contra la almohada cuando pensaba que no la estaba escuchando. Ya no sabía qué más podía hacer para volver a iluminarla.

Nada más llegar, entró despacio y no tardó en vislumbrar la figura de Eva bajo las sábanas. Ella se giró en su dirección por lo que sus miradas chocaron. Esteban le regaló una sonrisa que pretendía aliviar su tormenta, por lo que ella le devolvió el gesto sin perder la tristeza de sus rasgos.

—¿Ya es su hora? —preguntó entre susurros al enderezarse.

—Sí, ya empieza a estar inquieta —respondió justo antes de acercarse a la cama para entregarle con cuidado a la pequeña.

Eva se acomodó contra el cabecero mientras Esteban tomó asiento a su lado. Tal y como llevaba haciendo desde hacía dos meses, ayudó a su mujer a colocar a su hija para que esta se enganchara a su pecho antes de perder la paciencia y estallar en ese llanto estridente que provocaba las lágrimas de Eva.

Dolores empezó a comer, su madre suspiró aliviada y Esteban besó su frente con tanta ternura que volvió a removerla por entero.

—Lo estás haciendo muy bien, mi ángel —susurró a la par que pasaba el brazo por sus hombros y la colocaba sobre su pecho para abrazarla—. Sé que está siendo muy difícil para ti, pero eres una buena madre, te lo prometo.

—No podría sin ti —respondió con la voz rota—. De verdad, mi príncipe, no sé qué sería de mí sin ti.

—No tendrás que averiguarlo —dijo con un nuevo beso sobre su cabeza—. No voy a ninguna parte.

—Cada día que pasa tengo más miedo, Esteban —susurró con los ojos cargados de lágrimas—. Me aterroriza que decidas dejarme por no saber cómo ser una buena madre, por no poder darte más hijos. Yo no soy nada sin ti.

—Eres una buena madre, Eva —respondió despacio sin soltarla—. Solo necesitas un poco más de tiempo para recomponerse, salir de este agujero que te ha arrastrado y entonces descubrirás que eres maravillosa y nuestra pequeña tiene la inmensa suerte de tenerte como su mamá.

—No me dejes, por favor —rogó con un sollozo que él apagó con un suave beso sobre sus labios—. Intentaré hacerte feliz aunque esté rota.

—No voy a dejarte —prometió sincero—. Solo te quiero a ti. Te lo prometí una vez, Eva. Solo importamos tú y yo. Nosotros y Dolores, nuestra familia.

—Ella es lo que más quiero en este mundo —susurró despacio mientras miraba el rostro de su hija aún aferrada a su pecho—. Y no soy capaz de sostenerla sin que me atenaze el miedo.

—Lo lograrás, mi ángel —respondió tras suspirar—. Tiempo al tiempo.

ꕥꕥꕥ

Cerca de las cuatro de la mañana, Eva despertó con un ligero sobresalto. Tenía el aliento cortado y sudor frío caía por su frente mientras las imágenes de una nueva pesadilla desaparecían despacio de su mente a la par que alcanzaba la conciencia al dejar atrás el mundo de los sueños.

Desde que había dado a luz eran frecuentes esas pesadillas que desbarataban sus latidos, ya que en todas ellas su niña sufría auténticos horrores mientras ella solo podía permanecer congelada sin alcanzarla, sin ayudarla.

Cuando por fin fue consciente de dónde se encontraba y de que su pánico se debía a uno más de sus malos sueños, se giró despacio para buscar a Esteban, ya que este siempre la abrazaba

con fuerza para espantar todos sus miedos, pero él no estaba en la cama a su lado por lo que frunció levemente el ceño.

Algo temblorosa, se levantó con la firme intención de encontrarlo, ya que necesitaba con urgencia que su príncipe volviese a recomponerla al haberse quebrado por entero.

Lo buscó incansablemente en cada estancia de la mansión sin éxito, hasta que sus pasos la llevaron a la habitación de la pequeña, ya que era la única que le quedaba por mirar. Entró en silencio para no perturbar la quietud que se respiraba y no despertar a su hija. No tuvo que parpadear ni acostumbrarse a la oscuridad del lugar, ya que la lamparita de estrellas estaba encendida y dibujaba esas figuras por el techo y las paredes de la habitación. Eva se quedó muy quieta, sin atreverse a dar un solo paso desde la puerta, ya que Esteban estaba completamente dormido en el sillón con Dolores sobre su pecho, también sumida en un profundo sueño. Él la sujetaba con la mano en un ademán protector y ella tenía firmemente sujeta su camisa con el puño. En cuanto los vio, una ola de calor se alojó en su vientre a la par que su mirada volvía a cubrirse de lágrimas. Les quería tantísimo que no sabía cómo expresarlo. Llevaba cuatro meses metida en un pozo oscuro que la ahogaba, se había encerrado en sí misma para lidiar con el dolor y les había alejado, casi sin darse cuenta. Cuando su mente alcanzó a comprender cuánto echaba de menos volver a sonreír junto a Esteban y cuánto anhelaba llenar a su pequeña con todo ese amor que sentía por ella y la desbordaba, se estremeció. Entonces entendió que no podía permitirse seguir en medio de esa oscuridad, que necesitaba a su familia, se estaba perdiendo demasiados momentos junto a ellos, no podía dejarse consumir de esa manera.

Despacio, cruzó la distancia que aún existía entre su posición y su familia. Suspiró decidida justo antes de acariciar los cabellos de su marido para despertarlo. Esteban parpadeó cansado al sentirla, fijó sus ojos negros en ella y dibujó una adormilada sonrisa.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz algo pastosa—. Lo siento, mi ángel. Me he quedado dormido mientras intentaba que nuestra pitufina se durmiese, creo que caí antes que ella.

—Es muy tarde, mi amor —susurró sin cesar sus caricias—. ¿Por qué no venís a la cama? Podemos dormir los tres juntos.

Al escucharla, Esteban la miró asombrado mientras dibujaba en sus rasgos una pizca de ilusión. Asintió sin quebrar el silencio y se levantó con cuidado para no perturbar el sueño de la pequeña. Sujetó a Dolores para que esta no resbalase, ya que se había erguido y Eva se apoyó contra su hombro mientras enredaba entre sus dedos uno de los bucles oscuros de su hija sin dejar de mirarla. Esteban no se atrevió a moverse ni a quebrar el momento, ya que tras cuatro meses su mujer se había acercado a la pequeña por propia voluntad, era un paso enorme que lo llenó por entero de felicidad, estaba sanando despacio.

ꕥꕥꕥ

El permiso que Esteban había recibido por paternidad finalizó y ese hecho consiguió despertar una vez más todos sus miedos.

Desde aquella madrugada en la que Eva se enfrentó de lleno con sus fantasmas al contemplar a su pequeña familia dormida en el sillón, habían convertido en rutina que Dolores pasara con ellos sus noches. Esteban había conseguido una cunita que iba adherida al colchón y Eva había descubierto que podía pasarse horas observando cómo su pequeña dormía a su lado con el vientre lleno de cosquillas.

Poco a poco iba acercándose más a ella, se atrevía a dar pequeños pasos como tomarla en sus brazos cuando necesitaba su pecho sin la ayuda de Esteban que observaba orgulloso cada uno de sus logros. Empezaba a sonreír al contemplar el rostro alegre de su niña, las lágrimas estaban desapareciendo y ella sentía como iba sanando esa herida que durante meses la había alejado de su hija.

Sabía que jamás lo habría conseguido si su príncipe no hubiese sido el hombre más paciente y atento del mundo, por lo tanto la idea de continuar ese camino que había emprendido para enamorarse de Dolores se le antojaba muy difícil sin él.

Muchas tardes, Esteban volvía a casa para encontrarla temblorosa con las mejillas encharcadas, ya que no había sido capaz de calmar el llanto de su hija y ese hecho despertaba sus peores miedos. Él siempre tomaba el control de la situación y conseguía calmarla. Sus palabras jamás pintaron un solo reproche, ya que la animaba con ahínco a no darse por vencida y le aseguraba que ella podía conseguirlo.

Esa mañana no parecía ser diferente a las anteriores. Se levantó temprano para acompañar a Esteban durante su desayuno, ya que había descubierto que si se obligaba a hacerle compañía en el inicio de su rutina como solía hacer antaño, le costaba mucho menos mantenerse fuera de la cama donde se consumía. Nada más abandonar el colchón, los sonidos de Dolores al demandar atención la incitaban a sacarla de su cunita, por lo que cargaba con ella hasta la cocina donde acompañaban a Esteban y él sonreía abiertamente ya que adoraba esos pequeños momentos junto a su familia.

Eva luchaba contra todos sus miedos al no soltar a su hija. La pequeña solía engancharse a su cuello y tenía que ir con mil ojos porque había descubierto que adoraba enredar su mano en los mechones castaños de su madre donde dejaba más de un tirón acompañado de carcajadas alegres. Eva aprendió despacio a sonreír con sinceridad cada vez que escuchaba la risa de su hija, aunque esta fuese producto de certeros tirones en su cabello.

En cuanto Esteban terminó su café, lo acompañó a la entrada donde recibió un beso suave sobre los labios, justo antes de que su marido resolviese los bucles oscuros de Dolores y dejase un besito en su frente para despedirse también de ella. Ambas lo vieron marcharse y volvió a quedarse sola, una nueva jornada donde debía seguir luchando para ser la madre que su hijita

necesitaba.

La mañana fue pasando sin gran inconveniente. Eva se enfrascó en sus tareas mientras su hija descansaba en la hamaca de bebé. Durante unos instantes pensó si sería buena idea marcharse al club con ella sin la compañía de Esteban, pero descartó ese pensamiento en el acto al sentir auténtico pavor, ya que fuera de la seguridad de su hogar aún no se veía con fuerzas para ocuparse de su pequeña sin ayuda.

De pronto todas sus alarmas se dispararon, ya que Dolores empezó a removerse en la hamaca a la par que gimoteaba de forma lastimera como indicio de que no tardaría en romper a llorar. Al verla, Eva cesó todo cuanto estaba haciendo para sacarla de esa hamaca y acunarla mientras su mente funcionaba demasiado deprisa para buscar qué podría haber originado su molestia. Comprobó su pañal, pero este estaba seco y limpio. Intentó que se enganchara a su pecho sin éxito alguno, ya que su hija se removía sin ninguna intención de ingerir alimento y tardó solo unos segundos en liberar ese llanto agudo que provocaba su miedo absoluto.

Desesperada, empezó a caminar de un lado a otro sin dejar de mecerla en sus brazos para tratar de calmarla sin comprender qué la había alterado, hasta que posó los labios en su frente y la notó demasiado caliente, por lo que el pánico que sentía se acrecentó. Todo indicaba que su niña había enfermado y ella no sabía cómo enfrentarse sola a esa situación.

Una parte de ella deseaba llamar a Esteban al despacho para que él se encargase de solucionarlo, pero un rayo agudo de lucidez nació en sus entrañas por lo que frenó en seco, tomó aire para calmarse, abrazó su cuerpecito contra su pecho y su mirada castaña se cubrió de determinación. Dolores era su hija, su responsabilidad. No podía dejar que la venciera el miedo si ella la necesitaba, tenía que ser fuerte y aliviar todos los males que la asolaran.

—Mamá está contigo, mi amor —susurró con fuerza mientras la abrazaba entre lágrimas —. Nada malo puede pasarte mientras mamá esté aquí contigo.

Decidida, se encaminó con paso firme al teléfono, marcó el número de su médico y le solicitó que se presentara en la mansión de forma urgente, ya que Esteban se había llevado el coche y no podía acercarse al hospital. Tras colgar, dio aviso al servicio para que estuvieran atentos y la buscaran en cuanto el médico se presentase, justo después desapareció dentro de la habitación donde se tumbó con cuidado en la cama y dejó a Dolores a su lado. Una canción dulce empezó a sonar entre sus labios mientras se dedicaba a regar a la pequeña con suaves caricias que, poco a poco, la fueron calmando. Su llanto se volvió un quejido a medida que la voz de su madre se colaba en su turbación como un pequeño bálsamo. Al cabo de unos minutos, la respiración pausada de Dolores le indicó que se había dormido, por lo que se dedicó a vigilar su temperatura sin dejar de cantarle y sin apartarse un solo centímetro de ella.

—Eres el mayor regalo que me ha dado la vida —susurró con su mirada clavada en ella, cubierta de la férrea determinación de protegerla—. No más miedo, mi amor, no más fantasmas.

Nada malo va a pasarte, no voy a permitirlo. Eres y siempre serás lo que más quiero en este mundo.

Dejó un beso suave en los cabellos oscuros de su hija tras su pequeña promesa. Todo su cuerpo empezó a temblar al sentir el cosquilleo de sus bucles negros bajo sus labios y se llenó de una fuerza antes desconocida para ella. Continuó con esas melodías que le estaba regalando y se llenó de valor al dejar que el amor que sentía por su hija la invadiera por entero. Fue entonces cuando supo que, de algún modo que no alcanzaba a comprender, había dejado atrás ese foso en el que se había hundido, había resurgido y estaba lista para destruir el mundo entero si hacía falta para proteger a esa pequeña que dormía a su lado, tranquila y serena porque su madre le estaba cantando.

CAPÍTULO XII

El tiempo había pasado muy deprisa, demasiado para su gusto, ya que su pequeño bebé había crecido hasta el punto de convertirse en un terremoto que corría incansable por toda la casa y al que debían vigilar con mil ojos tras demostrar en más de una ocasión que no tenía ni una sola idea buena.

Esteban no podía dejar de admirar como Eva era capaz de anticiparse a cada diablura de su pitufina. Su mujer parecía haber desarrollado un sexto sentido para estar en el momento indicado y en el lugar correcto siempre que Dolores estaba a solo unos segundos de acometer una trastada.

Eva volvía a brillar con esa fuerza arrolladora que siempre le había dado paz. Lejos había quedado el pozo en el que se había sumido en cuanto consiguió conectar con la pequeña tras una crisis febril que no fue nada más que el inicio de su dentición. Desde entonces, ambas habían generado un vínculo muy estrecho, verlas juntas conseguía dibujar sus mejores sonrisas, ya que unidos habían disfrutado de cada cambio que había dado Dolores a medida que iba creciendo.

Habían llorado entre risas de emoción al verla dar sus primeros pasos, los mismos que no tardaron en convertirse en ese correteo incesante y acelerado que los enloquecía, Eva estalló de orgullo desmedido y se estuvo metiendo con él durante semanas cuando su pitufina dijo su primera palabra y esta fue *mamá.*

Esteban volvía a casa más temprano que de costumbre. Tenía el gesto serio junto al ceño fruncido, ya que su padre le había llamado al despacho para anunciarle, siempre con esa voz imperativa que no le dejaba espacio para la discusión, que tenía un asunto que tratar con él, por lo que se iba a presentar en la mansión para cenar.

No tenía ni pizca de ganas de compartir su momento en familia favorito con Gabriel y sabía que Eva tampoco iba a alegrarse con la noticia, pero él no le había dejado negarse.

En cuanto llegó, tardó muy poquito en entrar al vestíbulo donde su gesto serio se transformó en una sonrisa, ya que su pequeño torbellino había escuchado la puerta y sus gritos alegres llegaron a él que se preparó para recibirla con el pecho enloquecido.

Como cada vez que llegaba a casa, Dolores tardó solo unos segundos en aparecer con la velocidad de un rayo. Corría sin dejar de gritar *papá* con los bracitos extendidos para que Esteban pudiese alzarla, entonces se aferraba con mucha fuerza a su cuello sin dejar de reír mientras él sonreía y clavaba la mirada en el fondo del pasillo por donde Eva se acercaba para recibirlo.

Ella no se hizo esperar, andaba hacia su marido sonriente y siempre le regalaba un beso lento como bienvenida.

—Llegas pronto, mi príncipe —susurró al separarse de sus labios—. No sabes lo bien que me viene, tengo que ir al Club y pensaba llevarme a Dolores, pero si se queda contigo podré

mantener una conversación con Pilar que dure más de cinco minutos si no tengo que salir corriendo detrás de nuestro torbellino.

—No te preocupes, te tomo el relevo —respondió con una pequeña risa—. ¿Cómo se ha portado hoy?

—Ha sido un día tranquilo —dijo ella sonriente a la par que le ayudaba a deshacerse de su maletín sin que Esteban tuviese que soltar a la pequeña enganchada a su cuello—. Solo tuve que sacarla tres veces de la cocina y conseguí que no abriese la nevera para comerse cualquier cosa que estuviese a su alcance. Estaba a punto de sentarla para darle la merienda ya que se ha puesto muy insistente.

—Es una pitufina muy glotona —respondió con un suave beso en la mejilla de su niña siempre sonriente, justo antes de que ambos se encaminasen al interior de su hogar—. Ve tranquila al Club, yo se la doy. ¿Crees que llegarás a tiempo para hacer la cena?

—Es mi intención —dijo de forma suave—. ¿Te apetece algún plato en concreto?

—Lo que sea que hagas será perfecto, como siempre —dijo orgulloso—. Es solo que va a venir mi padre y quería saberlo por si tenía que entregárselo al servicio. No quiero que renuncies a tus momentos de ocio por su culpa.

Tal y como se temía, el rostro de Eva mutó en solo un segundo ante la idea de tener a Gabriel compartiendo su velada. Desde que Dolores había nacido existía una brecha inmensa entre ambos ya que su padre no era capaz de disimular el odio enfermizo que había generado hacia la joven Puig y este era completamente correspondido.

—No has podido escaquearte, ¿verdad? —preguntó con la voz cargada de amargura—. Siempre igual con él, se hace lo que dice sin oportunidad de negarse. Te juro que lo detesto, mi príncipe.

—Lo sé, mi ángel —respondió a la vez que dejaba a su hija en la sillita alta preparada para poder darle su merienda—. Tú no le hagas caso, deja que hable solo y no le escuches, solo sabe soltar veneno.

Eva le regaló una pequeña sonrisa que vino seguida de un nuevo beso en sus labios. Esteban acarició su mejilla con cuidado justo antes de separarse de ella.

—Me marcho que Pilar me está esperando —dijo al final para despedirse—. Espero que no se te ocurra dejar que Dolores haga lo que le dé la gana, tienes que aprender a decirle de vez en cuando que no.

—Ve tranquila —respondió decidido—. No te preocupes, lo tengo todo bajo control.

ꕥꕥꕥ

Tras solo media hora, Esteban empezó a arrepentirse un poquito de haber asegurado con tanto aplomo que podía encargarse solo de Dolores. Eva se había marchado bastante a regañadientes y, al quedar a cargo de su pitufina, esta no tardó nada en hacerse dueña de la situación ya que,

como su mujer le había recordado antes de marcharse, era incapaz de decirle que no a nada y ella parecía saberlo.

Intentó con todas sus fuerzas darle la merienda sin que la mitad terminase por el suelo o en su camisa, sin éxito alguno pues Dolores quería comer ella solita y metía ambas manos dentro de la fruta. La estrujaba con ganas justo antes de lanzarla por todas partes, ya que encontraba demasiado divertido ver como caía al suelo.

Tenía que andar con mucho cuidado, ya que la fruta no era lo único que su pitufina solía lanzar por los aires. Vigilaba muy atento tanto el plato como el vaso donde tenía su agua para que estos no terminasen en la otra punta de la cocina si Dolores conseguía aferrarlos entre sus manos.

Ella no dejaba de parlotear entre gritos y risas. Lo único que se podía entender de su balbuceo incesante era *papá* y *masanita*, ya que su hijita llamaba con ese nombre a todas las frutas al ser su favorita.

En cuanto Dolores terminó de merendar, recogió todo el estropicio para no delatar ante Eva que no había sido capaz de evitar que la mitad terminase volando por toda la cocina y no tardó en bajar a la pequeña al suelo, ya que esta daba saltitos en la silla bastante impaciente.

En cuanto tocó tierra, su pitufina enredó la mano en uno de sus dedos para tirar de él insistente. La siguió sin borrar su sonrisa y se relajó al ver que su pequeña pedía a su manera salir al jardín. Nada malo podía pasar ahí, ya que tenía esa gran extensión de césped por donde correr como una loca hasta cansarse.

Le abrió la puerta sonriente, ya que ella estaba dando pequeños saltitos sin llegar al picaporte. No pudo evitar reírse al verla salir como un torbellino mientras la escuchaba liberar sus infantiles carcajadas.

Tal y como se había imaginado, Dolores empezó a corretear por el lugar siempre bajo su mirada ya que no la apartaba de ella. De vez en cuando, frenaba sus carreras para buscarlo, sus ojos se encontraban, ella sonreía y seguía jugando al sentirse protegida porque él estaba muy cerquita.

Esteban adoraba memorizar cada uno de sus gestos, ya que con el paso del tiempo sus rasgos se habían definido y su hija se había convertido en el calco de Eva. Era como ver a su mujer, pero en miniatura, con algunas diferencias muy poco notables, ya que Dolores tenía los cabellos negros al igual que los ojos y no caramelo como su madre.

De pronto, se le cortó el aliento alarmado ya que, en medio de su correteo, su pitufina tropezó y terminó en el suelo. Su primer instinto fue salir escopeteado hacia ella para sostenerla, pero se quedó muy quieto ya que Dolores se había sentado y lo miró en el acto con los ojillos cargados de lágrimas. Fue ella misma la que se levantó justo antes de caminar en su dirección para pedirle que la sujetase en sus brazos.

—Papá —dijo de forma extremadamente lastimera—. *pupa.*

—¿Te has hecho daño, pitufina? —preguntó de forma tierna al sentarla en sus rodillas.

—*No* —respondió a la vez que asentía de forma frenética, por lo que le provocó una sonrisa enorme ya que su hijita usaba esa palabra para todo. Estaba en la época en la que solo sabía decir no.

—Claro, es que has batido el récord de velocidad —dijo mientras acariciaba sus manos, ya que había aterrizado sobre estas—. Al final vas a ganar todas las carreras.

—*Pupa* —repitió insistente con las manos alzadas, para demostrar la gravedad del asunto.

Esteban la sujetó con mucho cuidado, la estrechó contra su pecho con uno de sus brazos y llevó sus pequeñas manos a los labios donde dejó un suave beso.

—Ya está, pitufina —susurró por lo que se ganó su enorme sonrisa—. Papá no va a dejar que te hagas daño.

Ella empezó a reír de forma suave justo antes de colocar las palmas contra las mejillas de Esteban. Él suspiró y se levantó sin soltarla, se había terminado jugar en el jardín, al menos por el momento.

Ambos entraron una vez más a la mansión donde dejó a la pequeña en el suelo mientras pensaba con qué entretenerla a continuación. Al fijarse mejor en ella, descubrió que su caída en el césped había dejado un rastro de manchones verdes y marrones en su ropa, por lo que removió sus cabellos algo nervioso justo antes de tomar la peor de las decisiones: ir a buscar una muda.

Con la firme idea de cambiarla para que Eva al regresar la encontrase perfecta, se ausentó del salón ya que estaba convencido que en los pocos minutos que tardaría en volver nada malo podía suceder.

Al ausentarse, se mantuvo atento por si acaso Dolores lo llamaba, pero esta permanecía en silencio absoluto por lo que se relajó al imaginar que estaría tranquila en el salón. Esteban no era capaz de comprender que el hecho de que su hija estuviese callada solo vaticinaba una catástrofe, ya que esta había encontrado un juguete nuevo y maravilloso que había captado toda su atención: el maletín de su padre.

Con gran curiosidad, la pequeña empezó a manipular el cierre dorado hasta que consiguió abrirlo, por lo que tardó menos de un segundo en meter sus diminutas manos en el interior para sacar todo su contenido. El salón empezó a llenarse de papeles por doquier, ya que nada más cogerlos los lanzaba con fuerza por todas partes por el mero placer de verlos volar hasta caer al suelo. Cuando había sacado todo el papeleo que su padre guardaba en esa maleta, siguió investigando hasta que encontró nuevos objetos que captaron su atención. Manipuló durante algunos segundos la cartera de su padre, de la que extrajo cada tarjeta con el mismo destino que los papeles, ya que también las lanzó en todas las direcciones mientras observaba asombrada como estas tardaban mucho menos en tocar el suelo debido a su peso. Los billetes y las monedas

corrieron la misma suerte, aunque el sonido del metal al rebotar cuando lo lanzaba consiguió sacarle una risa divertida.

Finalmente, sacó el último objeto que aún permanecía en el maletín y este resultó ser el más curioso de todos. Era cilíndrico, plateado y brillaba ante sus ojos. Empezó a investigarlo muy curiosa, por lo que no se inmutó cuando su padre entró al salón con la ropa en las manos. Esteban se quedó muy quieto unos segundos, con el rostro cargado de horror al comprobar el desastre absoluto que se había apoderado del lugar. En cuanto clavó la mirada en su hija, su terror se acrecentó al reconocer la pluma estilográfica que tenía en las manos.

Corrió hacia ella como un loco para arrebatarsela mientras Dolores manipulaba ese objeto demasiado concentrada. En cuanto la alcanzó, su hija alzó la mirada con una sonrisa y arrancó sin darse cuenta la tapa de la pluma, con tanta fuerza, que esta estalló. Un río de tinta se desparramó salpicando sus ropas, el suelo y la pared del salón. Su pitufina empezó a reír con una sonora carcajada, ya que su descubrimiento le había parecido demasiado divertido, Esteban se quedó horrorizado, ya que ese incidente si que no podía hacerlo desaparecer antes de que Eva volviese a casa, le iba a caer una buena regañina por parte de su esposa. Suspiró de forma pesada antes de dejarse caer en el suelo frente a su hija y que esta tirase la pluma para saltar a sus brazos. Sin duda había sido la peor de sus ideas asegurarle a su mujer que podía lidiar con ese terremoto él solo.

—Menudo desastre has armado, pitufina —susurró sin que ella dejase de reír—. ¿Querías jugar a trabajar como papá? La próxima vez te llevo al despacho para que te encargues del papeleo.

ꕥꕥꕥ

Eva llegó a casa tras algunas horas de bastante desahogo junto a su amiga Pilar en el Club de Campo. Sonreía abiertamente, ya que a pesar de que cada centímetro de su ser se desvivía de amor por su pequeña, poder descansar un poco de su energía desmedida le había sentado bastante bien. Solo deseaba que no hubiese vuelto muy loco a Esteban, ya que en ocasiones era un auténtico diablillo sin una sola idea buena en mente.

En cuanto entró, lo primero que escuchó fue la risa suave de su hija junto a su balbuceo incesante mezclado con las pocas palabras que conocía y solía repetir a menudo como un pequeño lorito. Se encaminó sin borrar la sonrisa de su rostro en dirección al salón de donde provenía la voz de Dolores y, en cuanto entró, sus ojos se abrieron desmesuradamente de forma muy cómica al igual que sus labios mientras hacía acopio de toda su fuerza de voluntad para no estallar en sonoras carcajadas.

El lugar estaba patas arriba, con una pila de papeles desperdigada por todas partes. La pared al igual que el suelo y, al parecer, la camisa de su marido estaban llenos de tinta. Dolores permanecía de pie frente a Esteban que estaba sentado en el parqué. Su hija llevaba uno de sus

pintalabios en la mano y con él estaba pintarrajeando el rostro de su marido sin dejar de reír.

Él la miró al notar su presencia, sus ojos no tardaron en cubrirse con una disculpa genuina mientras dibujaba una sonrisa muy pequeña en sus labios y ella negaba con la cabeza, aún analizando la surrealista situación.

—Mejor no preguntes —dijo él a la par que Dolores se giraba muy rápido y chillaba al verla—. No puedo explicarte qué ha ocurrido sin parecer un idiota.

Eva empezó a reír de forma suave con Dolores sujeta a su falda. La pequeña daba pequeños saltitos para demandar con bastante urgencia su atención, por lo que la tomó en sus brazos y beso su mejilla con inmenso cariño.

—¿Qué ha pasado aquí, diablillo? —preguntó de forma tierna con la mirada fija en el rostro sonriente de su niña.

—Papá —respondió con el dedo alzado para señalar en dirección a Esteban.

—Estabas jugando con papá y habéis convertido el salón en este desastre —dijo con una leve risa al ver como ella asentía ante sus palabras—. Vaya dos desastres tengo en casa.

—No te burles, mi ángel —dijo Esteban de forma lastimera—. De verdad que solo me despisté un minuto. Nuestra pitufa es un terremoto demasiado curioso y encontró muy interesante todo el contenido de mi maletín.

—¿Y el pintalabios? ¿También estaba en tu maletín? —preguntó sin poder dejar de reír mientras Esteban se acercaba a ella para besarla—. Te ha dejado guapísimo, mi príncipe.

—Te compraré otro —respondió en un susurro—. Pensé que era mejor que nuestra pequeña artista atentase contra mí y no contra toda la casa.

—¿Crees que puedes darle un baño mientras cocino? —dijo ella con un retintín burlesco que le provocó un resoplido divertido—. O vais a destrozar el baño también.

—Deja que recoja todo esto y la meto en la bañera —contestó mientras rodaba los ojos de forma exagerada—. No será peor que ver todas las actas del partido como alfombra.

Eva empezó a reír con una sonora carcajada, Esteban no tardó mucho en relajarse ante su presencia, Ella siempre conseguía traer paz con esa luz que desprendía. Con diligencia, recogió el salón mientras su mujer se dedicaba a cantar con Dolores en sus brazos ya que escucharla solía calmar a la pequeña, que no tardó en acomodarse en su hombro desde donde jugaba con los cabellos de su adorada mamá.

En cuanto terminó, liberó a Eva del peso de su hija entre los brazos al cogerla. Su esposa le dio un nuevo beso antes de desaparecer en la cocina, él se encaminó al baño para asear a su hija y, de paso, limpiarse la cara que aún tenía llena de carmín.

Dolores parecía haberse relajado tras su estallido de energía infinita, por tanto no le puso problemas mientras la bañaba y la vestía con su pijama. Una vez lista, la dejó en la cuna para entrar al vestidor, Eva tardó algunos minutos en aparecer y le informó que la cena ya estaba en el

horno, por lo que ambos se prepararon en silencio para la velada, sin muchas esperanza ya que Gabriel siempre encontraría algo que criticar, sobre todo si se trataba del atuendo de Eva, ya que solía humillarla con sus hirientes palabras en cuanto se le presentaba la ocasión.

El tiempo iba pasando pero ellos no podían detenerse. Su mujer no tardó en darle la cena a la pequeña, ya que esta empezaba a solicitarla con insistencia, con bastante más maestría que Esteban ya que había desarrollado unos reflejos increíbles para evitar que las manos de Dolores terminasen dentro del plato.

Cuando llegó la hora que Gabriel había pactado, ambos se dirigieron al vestíbulo para esperarlo con la pequeña en brazos de Eva, algo curiosa ya que su mamá no la había llevado a la cama al terminar de cenar. Esperaron algunos minutos, pues su padre solía ser muy puntual y fue Esteban el que abrió la puerta en cuanto sonó el timbre.

Gabriel apareció ante él con el mismo gesto cargado de desprecio que siempre portaba. Su hijo se apartó para que entrase en la casa y él no tardó en clavar su mirada helada en Eva con una mueca de asco que se acentuó al ver a la niña en sus brazos.

—Buenas noches, Gabriel —saludó ella de forma educada mientras Esteban recibía su abrigo para colgarlo en el perchero.

—Señora Puig —respondió con sorna—. Ya sabe que detesto que me tutee.

—Y tú ya sabes que yo detesto que me trates de usted —dijo ella con la voz dura—. No podemos tener todo cuanto deseamos.

—Papá, no empieces —intervinó Esteban ya que ambos se estaban mirando con desprecio —. Acabas de llegar, espera al menos al postre para molestar a mi esposa.

—Tu mujercita se molesta demasiado deprisa —respondió burlesco—. Supongo que como no puede engendrar has dejado de darle lo que necesita para estar calladita y relajada.

Eva endureció su mirada, Esteban resopló enfadado y Gabriel dibujó en su rostro una sonrisa de victoria ya que sabía que sus palabras la habían herido.

Sin responder a su clara insinuación para empezar un acalorado debate, su mujer se giró sin perder una pizca de dignidad y se dirigió al comedor donde ya estaba todo dispuesto para la cena.

—Podrías cortarte un poco con tus comentarios —dijo Esteban airado—. No me gusta nada que le faltes al respeto así.

—Y a mí no me gusta que sigas casado con una puta estéril como ella —ladró con odio en sus palabras—. Puedes repudiarla, estás en tu derecho.

Esteban no respondió, estaba harto de que cada vez que podía su padre le insinuase que debía abandonar a Eva. Él nunca entendería que sin su mujer estaba completamente perdido. Se avecinaba una velada demasiado larga que le daría jaqueca sin duda alguna.

En silencio, ambos entraron al comedor donde Eva estaba colocando a Dolores en la trona justo a su lado en la mesa. Ella no pronunció palabra, su gesto permanecía duro como el mármol

mientras desaparecía en la cocina y ellos se sentaban en sus respectivos asientos.

Cuando volvió, llevaba una bandeja en las manos con el plato que había preparado. No tardó en servir pues cuanto antes acabasen antes se marcharía su suegro de casa.

El silencio en esa mesa habría sido insoportable de no ser por la pequeña Dolores que de vez en cuando balbuceaba para llamar la atención de su madre. En esos momentos, Eva la miraba sonriente y no dudaba en contestar bajo la mirada cargada de odio de Gabriel.

—He venido para informarte de que nos vamos a ir a Granada la semana que viene, Esteban —dijo de pronto para anunciar el motivo de su visita impuesta—. Tú y yo solos, tenemos mucho de lo que hablar.

—¿Y no podemos hablarlo aquí? —preguntó airado—. No tengo tiempo ni ganas de irme a ninguna parte contigo.

—Ya está pagado —respondió de forma dura—. No podemos hablar aquí, siempre está tu mujercita rondando y no son asuntos de su incumbencia.

—Está bien, padre —dijo él de forma dura—. Iré, pero con la condición de que nos dejes en paz cuando volvamos de ese estúpido viaje. Dejarás de molestar a Eva con tus comentarios hirientes.

—Como quieras, Esteban —contestó con una sonrisa despreciable en el rostro.

El silencio volvió a instaurarse entre ellos, roto únicamente por Dolores al balbucear o por Esteban cuando comentaba en voz alta que la cena estaba exquisita para ganarse una sonrisa de su mujer.

De pronto, su pequeña hija empezó a aburrirse ya que no le gustaba pasar demasiado rato en la trona y la velada se estaba alargando. Sus balbuceos se volvieron pequeños gritos para solicitar atención, por lo que Eva abandonó su plato para enredar sus dedos en la cabellera oscura de Dolores ya que sus caricias solían calmarla.

—¿Por qué permites que tu mujer siente a esa maldita niña en la mesa? —preguntó Gabriel, malhumorado debido a los gritos de la pequeña—. Este no es su lugar.

—Ella está en su casa, Gabriel —respondió Eva en el acto, con evidentes signos de enfado —. Si tanto te molesta ya sabes dónde está la puerta.

—Y para colmo le dejas que me falte al respeto así —dijo él en dirección a su hijo, con el rostro enrojecido debido a la ira que empezaba a sentir—. Tendrías que domar a tu putita, Esteban, Parece que olvida cuál es su lugar.

Al escucharlo, Eva reaccionó de forma violenta y dejó los cubiertos con fuerza sobre el plato. Su mirada escupía fuego, pues él solía despreciarla con sus palabras pero jamás había cruzado la línea de los insultos hasta ese momento en su presencia.

—Una sola palabra más y te marchas de mi casa —gritó sin poder contenerse—. No te consiento que me insultes, Gabriel. Tampoco te consiento que intentes aleccionar a Esteban

sobre cómo tratarme, él es mucho más hombre que tú y sabe perfectamente cómo hacerlo.

Al presenciar su estallido de ira, Dolores se sobresaltó asustada ya que nunca había escuchado a su mamá gritar tan alterada. Sus ojos negros se llenaron de lágrimas y no tardó en estallar en sollozos. Su llanto inundó el lugar por lo que Gabriel terminó de perder la poca paciencia que albergaba, completamente furioso con esa mujer que había osado enfrentarlo.

—Haz que se calle —ordenó de forma mortífera.

—Márchate de mi casa —respondió envalentonada—. Si tanto te molesta que mi niña grite o llore vete y no la tendrás que escuchar.

—Si tú no la callas lo haré yo —amenazó y Eva se tensó de forma violenta en el acto.

De pronto los acontecimientos se dieron tan deprisa que Esteban no tuvo tiempo a reaccionar. Gabriel se levantó de su asiento con la clara intención de acercarse a Dolores, Eva cubrió a la pequeña con su propio cuerpo y, cuando su suegro alzó la mano en su dirección con la clara intención de ponerla sobre su pequeña, una sonora bofetada resonó en la estancia.

Esteban se quedó congelado, su mujer respiraba agitada con las mejillas encendidas y los ojos cargados de ira mientras su padre llevaba la mano a su mejilla donde ella lo había golpeado con tanta rabia que había girado toda su cara debido al impacto.

—Nunca más en toda tu vida se te ocurra intentar tocarla —susurró de forma mortífera—. Si lo vuelves a intentar, si vuelves a mirarla una sola vez más con desprecio no será solo una bofetada, Gabriel.

Tras sus palabras, Esteban pareció despertar de su letargo. Se levantó tan deprisa que la silla terminó en el suelo para sujetar a su padre y alejarlo de Eva, ya que este había enloquecido de furia y sabía que si llegaba a alcanzar a su mujer esta saldría muy malparada de ese enfrentamiento.

—Eva —dijo sin mirarla, ya que estaba muy centrado en mantener a su padre lejos de ella —. Llévate a la pequeña, hazme el favor. Está asustada.

Ella reaccionó ante la voz de su marido, como si despertase de golpe de una ensoñación y volviese a la realidad que la rodeaba. Dolores lloraba aterrada, por lo que la sujetó con cuidado en sus brazos y salió del comedor mientras cantaba de forma suave en su oído para calmarla.

Cuando se quedó a solas con su padre, clavó en su rostro la mirada endurecida. Estaba temblando de forma violenta por dentro, pues nunca en toda su vida había visto a Gabriel tan enfadado.

—Más te vale enseñarle a esa maldita zorra cuál es su lugar —ladró entre gritos—. Si no lo haces, lo haré yo y creeme, soy capaz de dejarte viudo.

—¿Ibas a golpear a mi hija? —preguntó también entre gritos—. ¿Te das cuenta de que has perdido la cabeza por completo? Ella ha reaccionado para defenderla, como cualquier madre habría hecho.

—Este es mi último aviso, Esteban —sentenció con la clara intención de marcharse—. Si la próxima vez que me encuentre con esa puta vuelve a contrariarme ni siquiera tú podrás frenarme porque voy a matarla.

Gabriel le empujó para liberarse de su agarre, salió como un huracán y no tardó mucho en escuchar el sonoro portazo que indicaba que se había marchado. Las manos le temblaban tanto que no podía detenerlas.

Un remolino de miedo mezclado con ira y rabia recorrió todo su cuerpo en el mismo momento en el que, tan enfadado que no era capaz de razonar, abandonaba el lugar en busca de Eva. Necesitaba hacerle entender de una vez que enfrentarse a Gabriel no era un juego y siempre traía terribles consecuencias.

CAPÍTULO XIII

Eva suspiró algo aliviada en cuanto Dolores se durmió profundamente entre sus brazos. No había tardado más de dos minutos desde que la había sacado del comedor, seguramente demasiado cansada debido a su ataque de llanto y a que, de normal, a esas horas ya solía estar acostada.

Con infinito cuidado para no despertarla, la acomodó en la cuna supletoria que tenía encajada en su lado del colchón y la arropó para que no pasara ni una pizca de frío durante sus horas de sueño.

Durante algunos minutos se dedicó a contemplar el rostro de su hija mientras todo su cuerpo temblaba, su interior ardía y sus ojos avellana seguían cubiertos de ira y rabia desmedidas. Notaba como la palma de su mano quemaba ya que no había podido controlar su fuerza al estrellarla contra el rostro de Gabriel pues su suegro había cruzado todas las líneas para terminar con su paciencia.

Desde que tenía uso de razón había sabido controlar demasiado bien sus impulsos, nunca perdía las formas, ni siquiera cuando él la insultaba y la humillaba con esas palabras hirientes siempre cargadas de veneno. Pero ver como se acercaba a Dolores con la firme intención de golpear a su pequeño bebé fue demasiado para ella. Nunca en toda su vida había sentido tantísima rabia y odio estallar en su ser, no pudo contenerse y lo frenó con furia, con ese bofetón que aún ardía en su mano pues se veía capaz de soportar prácticamente cualquier cosa menos que dañaran a su hija.

De pronto el sonido de un portazo retumbó por toda la casa. Dolores se removió algunos segundos sin llegar a despertar, por lo que suspiró aliviada. Él se había marchado y ella ya podía respirar tranquila, por lo que trató de calmar esa ira que se estaba acumulando en sus entrañas mientras salía de la habitación para buscar a Esteban. Sabía que su príncipe estaría tan enfadado como ella y no quería retrasar lo inevitable, debían hablar y él tendría que entender que su padre ya no sería bienvenido en esa casa nunca más tras haber cruzado una línea demasiado peligrosa.

No tardó demasiado en encontrarlo, ya que al parecer la estaba esperando en el salón. Durante algunos segundos ambos se miraron en silencio y en el choque de sus ojos podía leerse la tensión que crecía entre ellos. Eva mantenía ese fuego ardiente en su mirada avellana mientras los orbes negros de Esteban se habían cubierto de hielo.

—Tenemos que hablar seriamente, Esteban —dijo ella de forma mortífera—. Tu padre ha cruzado todas las líneas.

—Tú también las has cruzado, Eva —respondió cortante—. ¿Cómo se te ocurre abofetearlo? ¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Defender a nuestra hija —gritó sin poder contener la rabia—. Mientras tu te quedabas como un pasmarote mientras tu padre intentaba golpearla.

A medida que su discusión iba subiendo de tono, ambos cruzaron la distancia que les separaba sin que la ira que sentían disminuyese un ápice.

—No la habría tocado, Eva —dijo él también entre gritos—. Jamás lo habría permitido.

—Pues yo no tenía tiempo para esperar a que te decidieses a actuar —respondió alterada —. Él siempre me humilla sin que reacciones y yo soy muy paciente, puedo aguantar prácticamente cualquier cosa, incluso que me insulte. Pero si vuelve a acercarse a nuestra hija no respondo, Esteban.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —susurró entre dientes de forma mortífera—. Yo sé perfectamente cómo manejar a mi padre, pero me lo has puesto demasiado difícil. Si ya te odiaba ahora mismo quiere destruirte.

—¿Sabes cómo manejarlo? —respondió con una carcajada nerviosa entre los labios—. Claro que sabes, por eso mismo dejaste que te empujase a romper con tu novia porque él te estaba buscando esposa. O lo manejaste a la perfección cuando decidió cambiarle el nombre a nuestra hija mientras yo estaba en el quirófano. No te engañes, Esteban, si se trata de tu padre te vuelves un maldito cobarde.

Ante su río de palabras marcadas por esa rabia que Eva no podía contener, Esteban se quedó paralizado unos segundos. De pronto, como una oleada mortífera y helada, todo el odio y la ira que llevaba en su interior, estalló con fuerza y le empujó a perder por completo el control.

Apretó el puño, completamente fuera de sí. La palabra *cobarde* resonaba en su mente como el detonante de un estallido imposible de frenar. Antes de que Eva pudiera reaccionar de ningún modo, estrelló los nudillos contra su mejilla con tanta fuerza que su mujer resbaló y perdió el equilibrio, por lo que terminó en el suelo ante él. En solo un segundo, su mundo se detuvo para tambalearse con fuerza, todo quedó congelado mientras volvía a anclarse a la realidad y sus ojos se cubrían del horror más absoluto al posarse sobre la mirada castaña de Eva y verla llenarse de miedo.

Su mujer lo miraba desde el suelo, tenía una de sus manos sobre la mejilla donde la había golpeado y la otra se aferraba con fuerza al sillón. Todo su rostro estaba contraído en una mueca de asombro cargada de pánico a la par que su mirada se cubría de lágrimas.

En el mismo instante en el que su mente fue capaz de comprender lo que acababa de hacer, una oleada de culpa y desesperación se apoderó de él. Esteban no fue capaz de mantenerse en pie, cayó frente a ella de rodillas con las manos temblorosas. Elevó una de ellas en su dirección y Eva, al verlo, se alejó de forma violenta, tan asustada que él sintió como si desgarrasen su interior en un millón de pedazos. Era el ser más despreciable del mundo, había dañado a la mujer más maravillosa que había conocido nunca y el dolor que se había alojado en sus ojos avellana sería imposible borrarlo.

—Dios, Eva —susurró aterrado—. Lo siento muchísimo. Yo no quería… no sé qué me ha

pasado.

Al ver que el miedo no desaparecía del rostro de su mujer. Esteban se sentó en el suelo a una distancia prudente, ya que ella le había hecho entender con sus gestos que no le quería cerca. Llevó las manos a sus cabellos desesperado y escondió el rostro entre los brazos mientras luchaba con todas sus fuerzas para no estallar en llanto, no podía quebrarse más de lo que estaba, tenía que permanecer fuerte y luchar por arreglar lo que acababa de romper sin reparo alguno.

—Yo nunca te haría daño —dijo con la voz quebrada—. Eres mi ángel, Eva, la única luz que tengo. Tú y Dolores sois lo más importante de mi vida, no sé qué me ha ocurrido para perder el control así. El veneno de mi padre está más dentro de mí de lo que creía.

Ella seguía congelada en su lugar sin moverse, él empezó a temblar al contener las lágrimas. Por mucho que buscase en su mente las palabras adecuadas, en el fondo sabía que estas no existían, que no había justificación posible para sus actos.

De pronto, como un pequeño rayo de luz entre las sombras donde se había perdido, pudo sentir una caricia muy suave en sus cabellos. Apartó las manos y clavó su mirada oscura completamente quebrada en el rostro serio y asustado de Eva. Ella se había acercado despacio sin quebrar el silencio para volver a ser calma en sus tormentas. No se atrevió a tocarla cuando sus ojos se encontraron y ella dejó escapar un suspiro muy largo a la par que sus mejillas se encharcaron por sus lágrimas.

—Gabriel nos ha llevado al límite —susurró temblorosa—. No podemos dejar que nos rompa así, Esteban.

—Lo siento, Eva —respondió al bajar la mirada ya que no se atrevía a enfrentarse al dolor que ella desprendía—. Te lo juro.

—No vuelvas a hacer algo así nunca más —suplicó entre susurros—. Prométeme que no volverás a herirme así.

—Nunca más —respondió angustiado—. Te lo prometo.

Al escucharlo, Eva colocó de forma suave la cabeza sobre su hombro, él se atrevió a rodearla con sus brazos al sentirla temblar y ambos se quedaron unos instantes en el suelo, sin atreverse a moverse un solo centímetro al tratar de recomponer los pedacitos que se habían esparcido en su interior.

—Necesitamos alejar a tu padre de nuestras vidas, mi príncipe —susurró de pronto para quebrar el silencio—. Él solo nos hace daño, mira a lo que nos ha llevado.

—No es tan fácil, mi ángel —respondió despacio—. No puedo impedirle la entrada en casa, y no es por cobardía sino porque ya sabes que vivimos aquí de prestado, en realidad la casa es suya.

—Entonces vamos a vivir a otro sitio —dijo ella sin dar su brazo a torcer—. Yo tengo de sobra para comprar otra casa. Puede ser más bonita incluso que esta y él no podría molestarnos

cuando le dé la gana. Puedes deshacerte de su yugo y así lo mantendríamos lejos de Dolores, no soporto pensar que puede llegar a tocarla.

—No podemos hacer eso —susurró él con un deje de dolor en sus palabras—. Es más complicado de lo que piensas.

—No lo es —afirmó decidida—. Tienes mi dote, con eso podemos dar una señal y yo hablaré con mi padre. Estoy segura de que si le explico los motivos por los que no quiero a Gabriel en nuestras vidas lo va a entender y me va a dejar acceder a mi herencia.

—Ese es el problema, mi ángel —dijo él y ella apartó el rostro de su hombro para mirarlo con el ceño fruncido—. Tu padre no puede darte acceso a tu herencia porque ya no te pertenece.

—¿Qué quieres decir con que no me pertenece? —preguntó confundida—. Soy su única hija, por supuesto que me pertenece.

—Cuando nació Dolores mi padre llegó a un acuerdo con él —continuó tras un suspiro mientras Eva mutaba su rostro de confusión al dolor en un solo instante—. Tu padre le cedió tu herencia como compensación por no haberme dado un varón y no poder dármelo en el futuro.

—Eso es imposible —dijo ella con nuevas lágrimas en su mirada—. Mi padre jamás haría algo así, no me desheredaría solo porque Gabriel se lo pidiese.

—Pues fue exactamente lo que hizo —respondió con ira en sus palabras—. No quise decírtelo precisamente para evitarte que sufrieras al saber que tu padre había vuelto a venderte sin que le temblara el pulso. No creí necesario que lo supieras pues cuando mi padre ya no esté todo pasará a mis manos y por tanto volverá a ser tuyo, pero no podemos contar con ello ahora mismo.

—Estamos en sus manos —susurró con la voz rota y aterrada—. Me lo ha quitado todo y sigue despreciandome. Le odio, Esteban.

—Tú solo intenta ser fuerte como hasta ahora, mi ángel —dijo él mientras volvía a envolverla en un abrazo—. No le escuches, no dejes que te hiera con sus palabras y no te preocupes por Dolores porque soy capaz de romperle las manos antes de que las ponga sobre nuestra niña. Iré a ese estúpido viaje con él y le pondré las cartas sobre la mesa, no voy a dejar que vuelva a hacerte daño nunca más, te lo prometo.

ꙮꙮꙮ

Cuando llegó con su padre a Granada, descubrió que Gabriel había decidido llevarlo a Sierra Nevada para esquiar. Ese hecho le tenía perturbado pues muy importante debía ser la conversación que quería mantener con él si usaba como reclamo o chantaje ese deporte que siempre le había fascinado.

Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Eva ni un solo instante y su mente, como si intentase castigar sus actos mezquinos, viajaba una y otra vez a ese salón donde dejó salir la furia que le consumía y su mujer había pagado las consecuencias sin merecerlo.

Ella no volvió a mencionar el tema, ni siquiera cuando al día siguiente, aún desquiciado por la culpa, le había mandado por lo menos media docena de ramos de lirios a casa para hacerse perdonar. En un primer momento pensó en enviarle rosas, como al principio de su relación, pero recordó que tenían un pequeño terremoto curioso que podría hacerse daño con las espinas, por lo que los lirios le parecieron una buena opción.

No se equivocó al cambiar de flor, ya que al llegar a su hogar por la tarde, Eva le contó entre risas que Dolores había disfrutado demasiado explorando ese nuevo juguete que había aparecido en el salón y más de una terminó machacada entre sus diminutas manos que habían terminado naranjas al igual que toda su ropa.

Una semana entera lejos de su familia y, para colmo, en compañía de su padre, se le antojaba el castigo más mezquino, pero debía enfrentarse a ello y ser fuerte. Le había prometido a Eva que él no volvería a dañarla, se lo debía por haber osado romperla de esa manera y no pensaba dar su brazo a torcer. Volvería a Madrid con la firme promesa de que Gabriel no volvería a ser un problema para su pequeña familia.

El único consuelo al que se aferraba era que por lo menos podía disfrutar de la nieve, ya que siempre había sido un apasionado del deporte, pero en sus visitas al Club de Campo junto a Eva solo podía disfrutar del pádel o del golf.

En las pistas más difíciles, sentía como liberaba sus miedos mientras a su padre le costaba seguirle el ritmo, aunque ese hecho le traía sin cuidado, ya que él había elegido tener una semana de esquí y debía aguantarse pues no pensaba bajar de categoría solo por darle el gusto.

Los días iban pasando y con ellos crecía su impaciencia, ya que Gabriel parecía una caja fuerte hermética y no soltaba ni una sola palabra de esa conversación tan importante que debían mantener, mientras él rumiaba como conseguir que dejase en paz a su familia para siempre.

Ya habían pasado tres de los cinco que tenían contratados. Esa mañana Gabriel se mostraba serio y taciturno, más que de costumbre. Esteban decidió no prestarle la más mínima atención para que no arruinase su jornada mientras decidía que quería bajar la pista negra que estaba situada muy cerca de la Fuente del tesoro para apreciar las vistas. Sabía que era un lugar peligroso, pero le apasionaba.

Estaba emocionado, casi podía sentir la adrenalina que recorrería su cuerpo en cuanto iniciase su descenso mientras se imaginaba cómo sería enseñarle a Dolores a navegar sobre la nieve en cuanto creciera un poquito más, convencido de que su pequeño terremoto adoraría esquiar sin duda alguna.

Una sonrisa suave cruzó su rostro al pensar en su hija, la echaba muchísimo de menos y esperaba que no estuviese desquiciando a Eva, aunque no le preocupaba en exceso ya que su mujer sabía manejarla mucho mejor que él.

En cuanto llegaron, se dispuso a prepararse cuando su padre, sin mutar el gesto taciturno,

empezó a alejarse de la guía marcada hacia fuera de pista, una zona demasiado peligrosa incluso para esquiadores expertos, por lo que resopló algo enfadado y le siguió para frenar cualquier idea absurda que tuviese en su mente.

—Eso es fuera de pista, papá —dijo con autoridad—. Si ya te cuesta seguirme en los descensos normales, ahí vas a matarte.

—Aquí hay menos gente, Esteban —respondió seco—. Tú y yo tenemos que hablar y espero que estos días se te hayan bajado un poco los humos para escucharme y entender que solo pienso en lo mejor para nuestra familia.

—Dirás que solo piensas en lo mejor para ti mismo —dijo hastiado—. Pero tienes razón, tenemos que hablar. Quiero que dejes en paz a Eva, estoy cansado de esta guerra absurda a la que arrastras a mi mujer, ella no te ha hecho nada para que la trates así.

—Deja de preocuparte por ella —contestó mientras giraba los ojos ante sus palabras—. Precisamente de tu mujer es de quien tenemos que hablar. He hablado con mis abogados y está todo dispuesto para que la repudies y conseguir que anulen tu matrimonio debido a su infertilidad.

—Te lo repito una vez más —dijo airado—. No pienso abandonar a Eva. Es mi mujer, la madre de mi hija y es la mujer más maravillosa que he conocido nunca, estaría loco si renuncio a ella.

—No seas idiota, Esteban —dijo él con la voz elevada—. Es un lastre, una inútil que solo va a provocar la muerte de nuestro apellido, no pienso consentirlo. Vas a dejarla, anularemos ese error de matrimonio y te librarás de esa zorra y su niñita. Empezarás de cero con una mujer que pueda darnos lo que merecemos, la continuidad de nuestro linaje.

—Quítate esa idea de la cabeza porque no va a pasar —gritó rabioso—. Me das asco, como puedes ni siquiera pensar que voy a abandonar a mi familia, que voy a repudiar a la mujer que solo me ha traído paz y a mi hija que es lo que más quiero en este mundo.

—Siempre con esa idea estúpida de amor —continuó Gabriel mientras Esteban perdía poco a poco la compostura—. Me hiciste una rabieta estúpida porque no estabas enamorado de la joven Puig y ahora te niegas a cortar tus lazos con esa basura que llamas familia. Te estoy dando la oportunidad de solucionarlo por las buenas, con una firma sobre un papel.

—Ya le robaste su herencia —chilló fuera de sí—. ¿Qué más quieres? No voy a abandonarlas solo por tus deseos mezquinos. Un apellido jamás será más importante que mi familia, tenlo claro.

—Esteban, voy a ser muy claro contigo —susurró con odio en sus palabras—. O firmas ese papel o me encargaré yo mismo de hacer que Eva desaparezca de tu vida, pero seré mucho menos clemente si me obligas a deshacerme de tu zorra por las malas.

—Ni en un millón de años te permitiría que toques un solo pelo de su cabeza —respondió

con la mirada cubierta de hielo—. Me importa una mierda tu apellido, tus deseos absurdos y todos los motivos estúpidos para que me separe de Eva, no va a suceder y tú no te vas a acercar a ella ni a mi hija nunca más.

—No me obligues a dejarte viudo —gritó él con rabia—. Porque te juro que no me va a temblar el pulso si tengo que mancharme las manos y después de que esa maldita zorra me girase la cara creeme que tengo muchas ganas.

—Inténtalo si de verdad te atreves —respondió mientras sentía como la ira volvía a estallar bajo su piel—. Tendrás que pasar por encima de mí para acercarte a ella y ya te aviso que no pienso consentir que la toques.

—No me das miedo —dijo con burla—. Siempre has sido un pelele, no vas a poder protegerla de mí y si tanto te importan esa zorra y su bastarda firmarás ese papel para que no tenga que hacerlas desaparecer por un camino menos legal.

Incapaz de seguir escuchando esas palabras llenas de veneno y amenazas, Esteban se abalanzó sobre él completamente consumido por el odio que le despertaba. No pensó dónde se encontraban, el peligro que acarreaba una pelea física en un lugar donde eran comunes las avalanchas y con una pendiente mortal bajo sus pisadas.

Lo empujó con fuerza mientras le gritaba que era un monstruo despreciable y que jamás pondría una sola mano sobre su mujer y su pequeña hija. Gabriel trastabilló al no esperar una reacción tan violenta y visceral por su parte, en un segundo sus ojos se cubrieron de horror al perder el equilibrio y Esteban no supo ver lo que su arrebato había provocado.

En cuanto su padre se precipitó al vacío, su reacción inmediata fue intentar agarrarlo sin éxito alguno. Él cayó montaña abajo sin poder frenar mientras su hijo observaba horrorizado las consecuencias de no poder contener la ira que lo consumía. Descendió tan deprisa que un solo fallo en sus movimientos podría haberle matado, para encontrar al final de esa pista una ola de curiosos junto a su padre que yacía sobre la nieve. Esta empezó a llenarse de sangre mientras él gritaba que llamasen a emergencias demasiado asustado. La culpa empezó a asolar su interior una vez más pues, si Gabriel moría sería él quien le había matado.

De pronto, un único pensamiento se alojó en su mente donde dejó su ponzoña sin freno. Se había convertido en lo que juró que nunca sería, había despertado una parte de sí mismo que le aterraba, se había transformado en un monstruo.

CAPÍTULO XIV

Esteban volvió a Madrid tan roto y arrastrado por dentro que creía a ciencia cierta que jamás podría volver a ser el mismo. En Sierra nevada, los servicios de emergencias habían trasladado a su padre al hospital y él gestionó todo el papeleo pertinente para que lo llevasen a la capital en helicóptero, ya que ahí estaban sus médicos de confianza y deseaba que este fuese tratado en casa y no en una provincia ajena.

En su mente repetía una y otra vez el mismo pensamiento, casi como un deseo enfermizo, enquistado en todo su ser: Gabriel no podía morir. Si lo hacía le convertiría en un asesino ya que por su culpa se encontraba en ese estado.

Cuando llegaron a Madrid, esperó durante horas en el hospital a que le dieran nuevas noticias, ya que su padre había entrado directo a quirófano y, en cuanto los doctores salieron del mismo, su rostro serio no vaticinó nada bueno. La caída había causado daños de extrema gravedad y existía una posibilidad muy alta de que no despertase del coma en el que estaba sumido, solo el tiempo podría desvelar esa incógnita, aunque despertar significaría efectos secundarios terribles.

Si su padre vivía, no podría valerse por sí mismo nunca más ya que quedaría en estado vegetal.

Con el sentimiento de culpa cada vez mayor en sus entrañas, abandonó el lugar ya que no tenía más que hacer ahí. Cogió un taxi que le llevase a su casa sin modificar un ápice los gestos de su rostro, completamente congelado en una mueca de horror con la mirada perdida en ninguna parte y su mente llena de pensamientos que le estaban destrozando.

Al llegar, tuvo que llamar al timbre pues sus llaves seguían en una maleta en Granada, ya que ni siquiera había pasado a recoger el equipaje y se encargaría más tarde de coordinar con el hotel un envío urgente de todas sus pertenencias a Madrid.

Tras algunos minutos, la puerta se abrió para dar paso a su mayordomo. Este mutó sus gestos casi de forma imperceptible al reconocerlo, debido a la sorpresa puesto que no le esperaba hasta dentro de dos días. Él se apartó con una leve reverencia y Esteban entró al vestíbulo en silencio.

—Bienvenido a casa, señor Matamoros —saludó con educación—. No le esperábamos tan pronto.

Él se quedó muy quieto en medio de la entrada mientras intentaba calmar el temblor violento que sentía en las entrañas. Su mayordomo ni se inmuto de la lucha interna que estaba librando cuando recibió su abrigo y lo colgó en el perchero pertinente.

—La señora está en el salón junto a la pequeña —informó al terminar de recibirlo—. No sabía que era usted quien llamó, de ser así ella misma habría deseado recibirlo.

Esteban no se molestó en responder. Sus pasos le guiaron en la dirección que él le había indicado y no tardó en penetrar en la estancia donde se quedó parado, en silencio absoluto, mientras contempló a Eva sentada en el suelo, al parecer jugando con Dolores que no dejaba de reír un solo instante. Una vez más el aguijón de la culpa lo asaltó pues, por defender a su pequeña familia, su padre peleaba contra la muerte en ese mismo momento.

De pronto, su mujer alzó la mirada y esta se quedó clavada en su rostro a la par que dibujaba sorpresa en sus rasgos al verlo en casa mucho antes de lo previsto. Dicha sorpresa

cambió hacia una genuina preocupación al reconocer su gesto serio y su mirada perdida.

—Hola, mi príncipe —susurró para saludarlo—. Menuda sorpresa, creía que volvías pasado mañana.

Al escuchar a su madre, Dolores se giró muy deprisa con un grito agudo porque su papá estaba en casa. Tardó muy poquito en salir disparada a sus piernas para aferrarse a ellas sin dejar de saltar un solo segundo demasiado feliz y alterada.

Esteban no varió su rostro blanquecino, no pronunció palabra al apartar la mirada de Eva y posarla en el rostro sonrosado de su hija.

Se agachó muy despacio, con movimientos mecánicos, quedó a la altura de la pequeña para que esta enredase los brazos en su cuello, la alzó y la pegó con fuerza contra su pecho.

Con su hija en brazos, cruzó el salón hasta uno de los sillones donde se dejó caer con la mirada fija en ninguna parte. Coló los dedos en medio de los bucles oscuros de Dolores para atraerla aún más en su abrazo y Eva, que no le había quitado ojo de encima, se acercó muy despacio para acariciar su brazo con el fin de captar su atención.

—¿Qué ha pasado, Esteban? —preguntó con delicadeza—. ¿Qué te ha hecho? Llegas a casa dos días antes sin apenas pronunciar palabra y sujetas a nuestra hija como si alguien fuese a arrancarla de tu lado.

—No me ha hecho nada, Eva —susurró dolido y asustado—. Tuvo un accidente. Cayó montaña abajo y ahora está en el hospital.

Al ver como su mirada se quebraba ante ella, Eva tomó asiento a su lado muy deprisa y le rodeó con los brazos mientras dejaba un beso suave en su frente. Esteban empezó a temblar arrastrado, era un asesino, un monstruo que jamás merecería que Eva lo amara como lo hacía.

—Lo siento mucho, mi amor —respondió ella al estrechar su abrazo—. ¿Es muy grave?

—No saben si va a despertar —dijo derrotado—. Es muy posible que no lo haga.

—Pase lo que pase estoy contigo, mi príncipe —susurró ella entre pequeños besos suaves con los que intentaba aliviar su tormenta—. No voy a dejarte solo con esto, lo prometo.

Solo. Esa palabra volvió a resquebrajarle por entero. No podía quedarse solo, no podía perder a Eva pues sin ella no era nadie, no podría enfrentarse a todo lo que le venía encima sin su mujer, su única luz, lo único bueno de su mundo junto a esa pequeña que estrechaba contra su pecho.

De pronto, la idea de perderla se volvió tan insoportable que desgarró su mirada. Eva era magnífica, era tan maravillosa que él no la merecía. Si descubría su terrible secreto, si comprendiese que era el culpable del estado de Gabriel ella se marcharía y no podía permitirlo.

—Dímelo, Eva —suplicó para colocar una vez más el suelo bajo sus pies—. Dime que eres solo mía.

—Solo tuya, mi amor —respondió dulce y serena—. Ahora y siempre.

ꕥꕥꕥ

Contra todo pronóstico, tras seis meses en coma y ya sin esperanzas, Gabriel despertó. Durante todo ese tiempo, Esteban no había fallado ni un solo día en sus visitas al hospital para verificar su estado, incapaz de firmar los papeles que otorgarían el permiso de desconectar las máquinas que aún mantenían a su padre con vida.

Cuando salió milagrosamente del coma, los pronósticos de los médicos fueron tan horribles como le habían vaticinado. Él nunca volvería a ser capaz de valerse por sí mismo y necesitaría atención constante, por lo que Esteban no dudó un solo instante en habilitar una de las habitaciones de la mansión para instalar a su padre y hacerse cargo de él. Por su culpa se encontraba en esa situación y era su deber cuidarlo en tan terribles circunstancias.

Por supuesto Eva no estuvo de acuerdo con él. Su mujer había sugerido dejarlo en una residencia con profesionales que le hiciesen la vida más sencilla, ya que no le apetecía nada tener a su suegro en casa. El odio profundo que le profesaba no había desaparecido a pesar de que él ya no podía proferir una sola palabra, ella no podía olvidar que ese hombre se había dedicado a insultarla y humillarla incluso tras haberle robado su herencia de forma tan mezquina.

El hecho de no ponerse de acuerdo con el destino de Gabriel, provocó más de una discusión acalorado entre ambos sin que ninguno de los dos fuese consciente de la brecha que se estaba abriendo y de como, de una manera u otra, se estaban alejando de forma irreversible. Siempre habían coincidido en sus planes, se habían apoyado incondicionalmente, pero esta vez Eva no quería dar su brazo a torcer y Esteban no podía sincerarse para explicarle sus motivos al tomar dicha decisión. Terminó recurriendo a su autoridad como dueño legítimo de la mansión, por lo que Eva tuvo que callar y soportar que metiese bajo su techo al hombre que más despreciaba del mundo.

Los meses iban pasando sin detenerse. Por más que lo intentaba, Eva era incapaz de llegar a su marido ya que este se había encerrado en sí mismo de forma hermética en el mismo momento en el que instalaron a Gabriel en casa.

La culpa que Esteban sentía lo estaba consumiendo de forma lenta. Era incapaz de entrar en casa sin que esta lo desbordase por lo que había instaurado la rutina de volver cada vez más tarde con la excusa de su trabajo. Incluso en más de una ocasión llegaba con Dolores ya dormida, por lo que no podía pasar tiempo junto a su pequeña que era la única que aún arrojaba un poquito de luz en medio de sus sombras. Esta no comprendía qué sucedía a su alrededor, iba creciendo sin dejar de notar la ausencia de su padre, preguntaba por él tan a menudo que Eva se quebraba en pedacitos por dentro al no saber cómo explicarle por qué él se había alejado ya que ni ella misma lo sabía.

Tal y como se temía cuando Esteban le impuso la presencia de Gabriel, los cuidados de su suegro habían recaído sobre sus hombros al ser ella quien permanecía en casa. Se encargaba de

mantener cubiertas todas sus necesidades sin borrar el odio en sus pupilas, ya que él seguía regalándole esas miradas cargadas de asco a pesar de no poder moverse o pronunciar palabra.

Las discusiones, con el paso del tiempo, se volvieron mucho más acaloradas. Eva se desesperaba por completo ante su mutismo, al sentir que se estaban quebrando sin que Esteban pusiera de su parte para recomponerse y, más de una vez, se había apartado asustada en medio de sus gritos al reconocer como los ojos negros de su marido se cubrían con ese hielo que ella jamás había olvidado ya que era el mismo que apareció cuando él la golpeó en el salón. Cuando podía intuir esa bestia que Esteban ocultaba en su interior llegaba a pensar que él rompería su promesa y volvería a agredirla.

No estaba errada. El segundo golpe llegó tan de improviso como el primero cuando ella le había gritado que quería empezar a estudiar, que había dejado de lado sus aspiraciones profesionales para ser madre y para encargarse de su suegro cuando esa no era su obligación. Esteban calló sus palabras con un bofetón y ella volvió a quebrarse. Esa noche durmieron separados por primera vez, ya que Eva no perdonó tan deprisa como tras el primer golpe y terminó derramando un río de lágrimas en la almohada pues cada día le costaba más reconocer en Esteban al hombre que la había enamorado.

No dejaba de repetirse una y otra vez que era culpa de Gabriel. Su suegro al final se las había arreglado para destrozarle la vida. Él había tenido ese maldito accidente que tenía a su príncipe tan preocupado y asustado que no sabía gestionarlo.

Pero, a pesar de las lágrimas derramadas, de los gritos desesperados y el miedo que aparecía en su mirada avellana cuando Esteban perdía el control, siempre perdonaba porque solo imaginar que podía perderlo provocaba un temblor incontrolable en sus manos. Era el amor de su vida y debía luchar por superar cada bache para que volviesen a reír juntos.

Tras cada discusión, Esteban volvía a ella asustado. Suplicaba perdón, juraba que jamás le haría daño porque ella era lo mejor que tenía en la vida. Prometía que todo pasaría y Eva le creía, perdonaba porque era incapaz de no hacerlo, porque sentía que en parte era culpa suya enfadarlo y no saber entenderlo.

ꕥꕥꕥ

Tras mirarse unos instantes en el espejo, Eva suspiró de forma pausada con las yemas de los dedos en una de esas marcas casi invisibles, producto de esos ataques de ira desmedida que, aunque escasos, provocaban que Esteban perdiese el control. Dos años habían pasado desde que Gabriel vivía bajo su techo y apenas conseguía reconocerse, su mirada se había apagado, sus gestos solo mostraban la máscara de perfección que había aprendido a dibujar para que nadie descubriese que Esteban y ella se estaban quebrando sin freno.

Despacio, cogió los cosméticos para maquillar sus facciones y esconder esas huellas de una realidad que ella misma ocultaba en el rincón más oscuro de su mente para no desfallecer, ya que

una parte de sí misma seguía aferrada con fuerza a la idea de que Esteban volvería a ser el hombre que recordaba, tan dulce y atento, tan maravilloso en todos los sentidos.

Cuando terminó de maquillarse, su máscara le devolvió el reflejo justo antes de alcanzar ese folleto que había recogido y quemaba en sus manos, pues tras mucho meditarlo había tomado la decisión más difícil a la que se había enfrentado hasta el momento: proteger a su hija de la situación cada vez más inestable que estaban viviendo en su hogar.

Con paso decidido, la cabeza alta y la mirada cubierta de determinación, salió de la habitación para dirigirse a la salita donde Dolores estaba entretenida con Catalina. Hacía ya un año que había contactado con su antigua niñera para rogarle que se trasladara a la mansión, ya que estaba tan absorbida por toda la atención que su suegro requería que no era capaz de centrarse en su pequeña hija y necesitaba su ayuda. Ella no dudó un solo instante en aceptar su propuesta y, desde ese momento, pudo vivir un pequeño desahogo ya que Catalina sabía cómo manejar a su terremoto.

Dolores había cumplido los cuatro años y, aunque había frenado un poquito su tendencia a destruir todo a su paso en medio de sus curiosas investigaciones, seguía siendo una niña muy intranquila con demasiada energía que siempre sacaba sus mejores sonrisas. Ella era toda su vida y como madre era su deber velar porque nada malo pudiera pasarle, aunque eso significase alejarla de ella.

Entró al salón y el sonido de sus tacones arrancó a la pequeña de su concentración, ya que estaba construyendo un castillo inmenso con piezas de madera bajo la mirada atenta de Catalina.

—Mamá va a salir un ratito, cariño —susurró tras acercarse a ella y dejar un beso largo sobre su mejilla—. Pórtate muy bien con Catalina y no le hagas muchos desastres, que nos conocemos, diablillo.

—Vale, mamá —respondió risueña—. Yo me porto súper bien.

Tras dejar un río de besos en su mejilla y recibir como respuesta un abrazo de su pequeña, removió sus cabellos oscuros con una sonrisa dulce en los labios y se marchó, con la misma elegancia que portaba al haber aparecido en el lugar solo para poder colmar a su hija con ese amor desmedido que le profesaba.

No tardó mucho más en convocar al chófer y pedirle amablemente que la acercase a la sede del partido de Esteban donde él se encontraba, ya que estaba en plena jornada de trabajo.

El viaje se hizo en silencio, ella miraba más allá de la ventanilla y ponía en orden sus pensamientos mientras memorizaba en su mente las palabras que deseaba compartir con su marido para que él cediese a sus deseos, no iba a ser fácil y lo sabía, pero al estar en su despacho él tendría que escucharla sin perder las formas, cosa que en la mansión estaba casi segura que no ocurriría.

Cuando llegó, nadie le puso freno al dirigirse al despacho de Esteban pues no era una

desconocida sino su esposa y él había dado orden expresa de que Eva siempre era bienvenida en el lugar, aunque no solía visitarlo mientras estaba trabajando.

Frente a la puerta, golpeó un par de veces hasta escuchar su voz y comprobar que tenía permiso para penetrar en sus dominios. No se hizo de rogar, dejó atrás el pasillo justo antes de que Esteban alzase la mirada sorprendido al reconocerla.

—Hola, mi príncipe —susurró sonriente—. ¿Te molesto?

—Hola, Eva —respondió con ambas cejas alzadas—. No molestas, pasa y siéntate ¿quieres que pida que te traigan un café?

—No es necesario, mi amor —dijo ella al tomar asiento frente a él—. He venido porque quiero hablar contigo y como sé que vas a llegar tarde con el cansancio que eso conlleva para ti, pensé que sería mejor venir a verte.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó con el ceño medio fruncido—. ¿Dolores está bien?

—Sí, ella está bien —respondió de forma suave—. Y antes de que preguntes, Gabriel también. No ha ocurrido nada importante en casa, es solo que necesito que hablemos.

—Está bien, mi ángel —dijo con la voz algo más suave—. ¿De qué quieres hablar?

—He estado pensando mucho durante un tiempo y creo que ya es hora de que Dolores vaya al colegio —susurró demasiado deprisa y él la miró con asombro en sus rasgos—. Por eso he venido, creo que he encontrado el lugar perfecto para escolarizar a nuestra hija y quería que lo mirásemos juntos.

—Creí que no deseabas escolarizar hasta que fuese obligatorio —contestó algo perdido—. Ya lo habíamos decidido, Eva. Tú le has estado enseñando en casa todo lo que necesita y cuando vaya a empezar la primaria la matricularemos en tu antigua escuela.

—Ese era mi deseo, mi príncipe —intervino ella sin perder los nervios—. Pero con Gabriel en casa apenas tengo tiempo y deseo que nuestra pequeña tenga lo mejor, incluida la mejor educación, por eso pensé que podríamos matricularla en el María Lucia ya que es el colegio más prestigioso del país.

Tras sus palabras, guardó silencio mientras sacaba de su bolso ese folleto que ya conocía de memoria, ya que lo había leído demasiadas veces para convencerse a sí misma que ese lugar era el más indicado para su pequeña. No tardó en entregárselo a Esteban y esperó algo asustada a que él lo ojease con el gesto serio.

—Pero, Eva —dijo al final, tras mirarla asombrado—. Es un internado.

—Lo sé, mi príncipe —respondió mientras temblaba por dentro—. Un internado de élite, solo las mejores familias del país se lo pueden permitir. Es lo que deseo para nuestra hija, se merece estudiar en el colegio más prestigioso de España. He estado investigando y la edad mínima de ingreso es la de nuestra pequeña, creo que va a ser lo mejor para su educación y su futuro.

—No sé si meter a nuestra hija de cuatro años en un internado es lo mejor, Eva —dijo algo inquieto—. Ella debe estar en casa, con nosotros que somos su familia.

—Piénsalo, Esteban —suplicó algo nerviosa—. Es nuestra única hija. Se merece que nos volquemos en darle la mejor educación posible aunque eso signifique matricularla en el María Lucía. Es un internado, pero es el mejor colegio del país y está entre los diez mejores del mundo, ¿no deseas eso para ella?

—Visto así —susurró con sus ojos fijos en ese folleto una vez más—. Creo que tienes razón, mi ángel. Es solo que voy a echarla de menos a rabiar si no está en casa.

—Yo también, Esteban —respondió sincera—. Pero lo hacemos por su bien.

—Sí —dijo al final y envió una oleada de alivio a su pecho—. Es por su bien, por su futuro. Está bien, Eva. Gestiona la matrícula y me la mandas, no voy a consentir que mi pequeña no tenga siempre lo mejor.

ꕥꕥꕥ

Septiembre llegó y con él trajo el primer inicio de curso al que Dolores se enfrentaría. Eva estaba demasiado nerviosa con el peso de su hija en brazos, ya que no se sentía capaz de soltarla, no todavía. El chófer las había dejado a las puertas del María Lucía y sus ojos se agrandaron de asombro una vez más ya que el edificio era mucho más impresionante que en el folleto, siempre conseguía sobrecogerla.

Dolores observaba curiosa todo el despliegue de personas que se arremolinaban por los alrededores mientras su madre se encaminaba al interior del lugar y arrastraba a duras penas una maleta con todo lo que iba a necesitar durante la semana, ya que las alumnas de infantil aún no llevaban el uniforme protocolario de la institución.

Estaba ella sola pues Esteban había sido un auténtico cobarde y había huido a su puesto de trabajo, incapaz de enfrentarse a decirle adiós a su pitufina hasta que llegara el viernes y volviese a casa para pasar el fin de semana. Suspiró algo sobrepasada, su pecho tronaba con fuerza y sentía un desgarro enorme en sus entrañas, pues por primera vez en cuatro años iba a separarse de su hijita, no la tendría a su lado durante las noches cuando se pegaba a su cuerpo para sentirse inmensamente protegida, no la perseguiría incansable por toda la casa ni escucharía el dulce sonido de su risa.

Con pasos más seguros de lo que en realidad sentía en su interior, se encaminó a la habitación para acomodar a Dolores y hacerle entender que debía quedarse en ese lugar mientras ella iba a marcharse, solo de pensarlo se le inundaban los ojos en lágrimas, pero sabía que había hecho lo correcto. Su hija estaría a salvo en ese lugar donde recibiría toda la atención que necesitaba a la par que una educación de prestigio, lejos de su hogar que se caía a pedazos y su madre luchaba a manos desnudas para repararlo.

Debido a la corta edad de las alumnas pertenecientes a la línea educativa infantil, la ratio

de admisiones era muy baja, por lo que todas compartían el mismo dormitorio junto a la profesora asignada al grupo que no las dejaría solas ni durante las horas nocturnas. Eva entró a la habitación y la barrió con la mirada para buscar la cama que le habían asignado a su pequeña. Cuando la encontró, cruzó con pasos pequeños la estancia en esa dirección y, al llegar, bajó a Dolores de sus brazos para sentarla sobre el colchón. Su hija la miró unos instantes con un gesto muy serio, como si tratase de comprender qué era ese lugar y porqué estaban ahí, Eva se arrodilló frente a ella sonriente justo antes de dibujar despacio su mejilla con los dedos.

—Ya verás que estarás genial aquí, mi amor —dijo con tiento—. Este colegio es muy bonito y te va a encantar.

—No quiero un colegio —respondió rebelde—. Quiero ir a casita, con papá y con mamá.

—Ya lo sé, cariño —dijo una vez más sin perder la ternura de su voz—. Pero lo hemos hablado estos días ¿recuerdas? te has hecho muy mayor y tienes que venir al cole para aprender muchas cosas.

—Quiero ir a casita —respondió y sus ojos negros se llenaron de lágrimas—. En el cole no está mamá, yo quiero estar con mamá.

La habitación donde se encontraban empezó a llenarse de gente, ya que las otras familias iban llegando para instalar a sus pequeñas en el lugar. Eva no prestó la más mínima atención a nadie pues Dolores estalló en sollozos y se aferró a su camisa con fuerza para que no se marchase. Con cuidado, abrió la maleta que había preparado para ella y sacó de la misma un peluche de un gato pardo que había comprado especialmente para la ocasión y había embadurnado de su perfume. Sin borrar la sonrisa, a pesar de sentir como se rompía en mil pedacitos, le entregó su regalo a Dolores que no tardó en apretarlo en su pequeña mano.

—Mamá siempre va a estar contigo, mi amor —dijo despacio con un beso suave en su frente—. Aunque no puedas verme, si me echas mucho de menos, puedes abrazar a tu gatito y pensar que mamá está contigo.

—Yo no quiero —respondió entre lágrimas—. Quiero ir a casita, con mamá y con papá.

En el momento en el que Eva hizo amago de moverse, Dolores entendió que su mamá iba a marcharse y estalló en un llanto histérico que llenó la habitación con sus gritos. Ella no tardó en estrecharla con fuerza entre sus brazos para intentar calmarla mientras sentía que el suelo temblaba bajo sus pies al ver el dolor que le estaba provocando a su hijita.

Sin soltarla, alzó la mirada algo avergonzada al ver como casi todos los presentes las observaban con el ceño fruncido y un claro juicio en sus rasgos, como si el llanto de su pequeña fuese la peor de las molestias. La mayoría de ellos cuchicheaban, seguramente tachandola de ser una madre nefasta al no poder controlar a su hija.

Suspiró sobrepasada, su mente se llenó con la idea de coger a Dolores y marcharse de ahí, cuando sus ojos se clavaron en la cama contigua a la de su hija donde una pareja joven estaba

mirando en su dirección. Lo primero que captó su atención fue la ausencia de juicio o caras amargas por el pequeño espectáculo que su hija estaba montando. La mujer la miraba con entendimiento y el que suponía que era su marido, sonreía de forma tierna con una niña adorable y risueña sentada en sus rodillas.

—Creo que tenemos una pequeña emergencia por aquí, princesa —dijo el hombre, en dirección a la niña que tenía en brazos y esta le regaló una mirada muy curiosa—. Parece que tu compañera no sabe todavía lo chulo que es este sitio ¿se lo contamos?

La pequeña le regaló un asentimiento muy efusivo, él ensanchó su sonrisa justo antes de levantarse de esa cama sin soltarla y encaminarse con tiento en su dirección. Su mujer lo siguió mientras dibujaba una mueca divertida y negaba con la cabeza, al parecer comprendiendo sus intenciones y apoyándolo en silencio.

Ella apoyó su mano con cuidado en el hombro de Eva para apartarla despacio de Dolores que sollozaba de forma sonora. Ambas se miraron y la joven Puig sintió un alivio desmedido al comprender que estaban ahí para ayudarla.

—Deja que haga su magia —susurró esa mujer sonriente mientras señalaba de forma sutil con la cabeza a su marido—. Mi Arturo es muy niñero, se le da genial, ya verás.

Eva asintió sin saber cómo responder, se alejó despacio y su pecho se cubrió de alivio desmedido al ver que Dolores se había quedado sentada en el colchón con la mirada cargada de curiosidad ya que ese hombre que parecía el príncipe de un cuento había sentado a su hija justo a su lado antes de caer de rodillas frente a las dos.

—¿Cómo te llamas, princesa? —preguntó sonriente y Dolores lo miró aún entre sollozos —. ¿Me lo quieres decir? O te gustaría que nos inventásemos un nombre en clave para ti, como los superhéroes.

—Dolores —respondió ella tras una risa chiquitita ya que ese hombre le pareció muy gracioso—. Dolores Matamoros. Ya tengo casi cinco años.

—Cinco años, ya —dijo él con una mueca de asombro exagerada—. Eres una niña muy mayor, Dolores. Igual que Raquel, ella también tiene casi cinco años.

—Sí —gritó la pequeña sonriente al escuchar su nombre—. Soy Raquel Ortiz, papi me ha contado un cuento de este cole, no tiene que darte miedo porque es muy chulo.

—Dolores, yo soy Arturo —dijo él y le tendió la mano para estrecharla como solían hacer los adultos, por lo que volvió a reír divertida—. Como el rey Arturo, ¿lo conoces?

—Sí, mamá me ha contado el cuento —respondió con una afirmación de su cabeza—. Tiene a *calibur.*

—Es que tu mamá te cuenta los cuentos más bonitos ¿verdad? —preguntó de forma dulce —. ¿Crees que puedo intentar contarte uno tan bonito como los que te cuenta ella?

Eva no pudo evitar ensanchar su sonrisa al ver como Dolores asentía una vez más, sin

restos de su llantina anterior ya que ese hombre había captado toda su atención y la estaba distrayendo del miedo que había sentido al pensar que su mamá iba a dejarla sola en ese colegio.

Podía notar el brazo de aquella mujer sobre sus hombros, como si esta comprendiese su tormento ya que, al fin y al cabo, las dos eran madres y ambas estaban dejando a sus pequeñas en ese internado.

—Te lo dije, tiene un don —dijo ella y le regaló una nueva sonrisa cálida—. Soy Inés, por cierto. Inés Aguilar.

—Eva Puig —respondió algo tímida—. No sé cómo agradecer vuestra ayuda, mi niña a veces es un poco difícil.

—Siempre es difícil dejarlos, Eva —dijo ella estrechando el agarre sobre sus hombros—. Pero ella estará bien, ya lo verás. Es el mejor colegio del país.

Ella agradeció con un mudo gesto y ambas se centraron en escuchar esa historia inventada que Arturo estaba contando con tanta pasión que tanto Dolores como Raquel lo escuchaban con los ojos cargados de emoción desmedida.

Cuando terminó, les regaló a las dos pequeñas una tierna sonrisa, justo antes de besar con mucho cariño la frente de Raquel ante la mirada atenta de esa pequeña de ojos negros y cabellos azabache.

—Ese es mi beso mágico para que se vayan muy lejos todos los miedos —dijo él entre susurros sin apartar sus ojos castaños de ella—. ¿Me dejas que te de uno también, Dolores? Solo si tú quieres.

La pequeña asintió con mucha fuerza, él se acercó a su frente y dejó un nuevo beso que le arrancó una sonrisa brillante.

—Ahora estoy seguro de que este cole te gusta mucho más —susurró como si le contara un secreto—. Tu mamá te quiere tanto que te ha traído al cole más chulo del mundo, pero estoy convencido de que te va a echar muchísimo de menos porque yo voy a echar muchísimo de menos a Raquel.

Dolores lo miró fijamente unos instantes, con el gesto un poco más serio pues no quería que su mamá estuviese triste por ella ahora que ya no tenía tanto apuro por quedarse en ese colegio.

—Tengo una idea —dijo él para captar por completo su atención—. ¿Por qué no le das un abrazo super fuerte? Para que sepa que te gusta un poquito más este cole y se ponga muy contenta.

La pequeña no tardó en dibujar una vez más esa luminosa sonrisa infantil y asintió justo antes de saltar del colchón para encaminarse, casi corriendo a los brazos de su madre. Eva se agachó para recibirla y la estrechó contra su pecho, visiblemente más tranquila.

Sus ojos castaños se clavaron en la mirada de aquel hombre que, como un caballero de

brillante armadura, había salido de la nada para espantar los fantasmas de su adorada hija. Susurró un *gracias* sincero y él le respondió con un gesto que indicaba que no había sido nada. Su sonrisa cristalina consiguió traspasarla. Ese fue el día en el que conoció a Arturo Ortiz, sin poder llegar a imaginar que, en un futuro, él daría un vuelco a todo su mundo.

CAPÍTULO XV

Cerca de las dos y media de la mañana, Dolores despertó agitada con los ojillos llenos de lágrimas. Se incorporó en el colchón algo desorientada hasta que se despejó lo suficiente como para recordar que estaba en el colegio y no en casa con su madre. Solo llevaba tres días en el internado y le estaba costando demasiado adaptarse a esa nueva vida en la que no podía ver a su mamá y a su papá, ya no dormía calentita con ellos en la cama ni estaban a su lado cuando atacaban los terrores nocturnos.

No pudo retener sus sollozos al echarse a llorar mientras buscaba casi desesperada el gatito que Eva le había regalado y lo abrazaba con fuerza para que el olor a su perfume aliviase un poco ese miedo que sentía al sentirla tan lejos.

En medio de su llanto, descubrió con horror y vergüenza el motivo por el cual había despertado ya que su cama estaba empapada, había tenido un pequeño accidente, cosa que no le había pasado jamás desde que ya no usaba pañal, o al menos ella no lo recordaba. Convencida de que su profesora iba a enfadarse mucho con ella, empezó a temblar agitada entre sollozos aún con su peluche bien protegido entre los brazos. Ni se inmutó de que había hecho el ruido suficiente para que Raquel despertase y se enderezara curiosa para mirarla, ya que dormía justo a su lado.

La pequeña Ortiz tardó muy poquito en salir de la cama y caminar con pasos cortitos en su dirección, pues su nueva amiga parecía muy asustada. Quizás ya se había olvidado de que no tenía que tener miedo en ese cole como su papá les había contado.

—Dolores, ¿tienes miedo? —preguntó son sus ojos avellana fijos en ella y las manos sobre el colchón—. ¿Quieres que contemos el cuento de mi papi otra vez?

—Quiero irme con mi mamá —respondió de forma lastimera—. Este cole no me gusta de noche.

—Yo también quiero ir con mi mamá —susurró Raquel al encaramarse con cuidado a la cama de su compañera—. Pero la profe ha dicho que quedan pocos días, solo dos.

Para hacer aún más contundente su afirmación, la pequeña Ortiz levantó dos dedos y se los mostró a su compañera que había dejado de sollozar y la miraba con el rostro triste.

—Dos son muy poquitos —dijo al final, algo más calmada—. Pero en este cole tengo sueños feos. Me he hecho pipí y ahora tengo frío, quiero irme con mamá y con papá a mi casita.

Raquel la miró algo seria, como si analizase a conciencia la gravedad del asunto. No tardó mucho en regalarle una sonrisa enorme y cogió su mano temblorosa con firmeza.

—No pasa nada, Dolores —respondió de forma suave—. A veces también se me ha escapado un poco de pipí cuando mi papá me lleva con él en avión a otros sitios que no conozco y me dan un poco de miedo.

Fue a responder a la confesión de su amiga, cuando las dos se quedaron en silencio muy quietas ya que, al parecer, no habían sido todo lo silenciosas que pensaban y su profesora se estaba acercando a ellas pues había despertado al escucharlas.

Dolores empezó a temblar una vez más, completamente convencida de que le iba a caer una regañina por haber mojado la cama, mientras Raquel abría mucho los ojos al sentirse pillada en una fechoría en cuanto su maestra se arrodilló despacio frente a ellas con media sonrisa cansada en los labios.

—A ver, par de bichitos —susurró ella de forma tierna—. ¿Qué hacéis despiertas? Es muy tarde.

—Es que me he despertado porque tenía miedo —dijo Raquel de forma atropellada y su profesora ensanchó la sonrisa al descubrir su mentira—. Dolores no ha sido.

—Anda, ve a tu cama —respondió con una negación suave de la cabeza al escucharla—. Ahora mismo voy a arroparte para que no tengas más miedo.

Raquel asintió con fuerza y saltó del colchón justo antes de regalarle a la pequeña Matamoros una mirada cómplice, convencida de que su maestra se había tragado su vil mentira y no la regañaría.

Con Ortiz ya metida en su camita, la joven miró una vez más el rostro de Dolores y no tardó en acariciarlo para secar las lágrimas que aún tenía en las mejillas. Tenía bastante experiencia como maestra de infantil en el internado y sabía que los primeros días eran difíciles para sus pequeñas alumnas.

—¿Has tenido una pesadilla, mi vida? —preguntó de forma dulce—. ¿Me la quieres contar?

—No quiero —respondió mientras bajaba la voz y dibujaba en sus ojos oscuros el miedo a ser regañada por su pequeño accidente—. Es que me he despertado porque me he hecho pipí, pero ha sido sin querer, porfa no te enfades.

—Entiendo —susurró sin borrar esa dulce sonrisa de su rostro—. Entonces vamos a cambiar el pijama ahora mismo, no queremos que cojas un constipado ¿verdad que no?

Dolores negó repetidas veces con la cabeza y ella no tardó en sacarla de la cama. Sin perder un solo instante la ternura de sus actos, ayudó a la pequeña a deshacerse del pijama que llevaba y ponerse uno seco. Durante el proceso, se dedicó a regalarle su sonrisa y algunas cosquillas en su barriga que consiguieron relajarla, ya que su maestra no parecía enfadada con ella por haber mojado la cama.

—Ahora voy a cambiarte las sábanas para que duermas super calentita —informó ella sonriente—. ¿Me esperas aquí un minuto? Tengo que ir al armario del pasillo a buscarlas.

—¿Puedo esperar con Raquel? —preguntó muy bajito, con sus ojos oscuros fijos en el rostro de su profesora.

Esta asintió justo antes de tomar su pequeña mano y acompañarla a la cama de su compañera que seguía despierta, ya que estaba esperando a que ella la arropara como le había prometido al pillarla levantada. Dolores no tardó en encaramarse a esa cama y escurrirse entre las sábanas junto a su amiga, su profesora le entregó con cariño ese gatito del que era incapaz de prescindir porque olía como su mamá y dejó un beso suave en su frente.

—Vuelvo en seguida, bichitos —dijo mientras colocaba la sábana y las mantas con maestría para envolverlas a ambas—. No os levantéis porque sino ya no estaréis así de arropaditas.

En cuanto se marchó, Raquel se giró sobre el colchón sonriente y envolvió a su amiga en un abrazo. Dolores empezó a sentir que su miedo se hacía pequeñito en su pecho, bostezó contagiando a la pequeña Ortiz por lo que ambas rieron bajito. No tardaron ni un minuto en caer las dos y quedarse dormidas.

Ni se inmutaron cuando su profesora volvió con las sábanas limpias, preparó la cama de Dolores y, al verlas a las dos enredadas en un abrazo, fue completamente incapaz de separarlas. Por una noche podía hacer la vista gorda y dejar que la pequeña Matamoros no durmiera sola, ya que de todas sus alumnas era la que más sufría la separación de su madre con creces.

ꕥꕥꕥ

Cuando llegó por fin el viernes, Eva fue de las primeras en llegar al María Lucía para recoger a su hija. La semana se le había hecho insoportable y eterna, pues la falta de su pequeña se notaba con creces en casa. Esteban estaba mucho más huraño que de costumbre mientras ella se ahogaba en el silencio que se había adueñado de su hogar. Sus tareas se le hacían un poquito cuesta arriba si no podía frenar algunos minutos su rutina para buscar a su hija y colmarla de abrazos.

Con pasos seguros, recorría los pasillos de ese lugar camino a la sala donde esperaban las pequeñas a ser recogidas. La semana había finalizado y volvían a casa para pasar dos días fuera de ese colegio. Su sonrisa se ensanchó a la par que se llenaba de luz en el mismo instante en el que entró a la salita llena de juguetes, donde las risas y el parloteo de las pequeñas resonaban en cada rincón. No tardó mucho en encontrar el rostro de Dolores, muy concentrada frente a un folio con una cera entre las manos.

Tras unos segundos de muda contemplación en los que se dedicó a memorizar los minúsculos cambios que había dado su pequeña en esos cinco días lejos de ella, cruzó la sala en su dirección. Sus latidos se volvieron medio locos ante la cercanía de ese abrazo que había necesitado regalarle durante toda la semana.

—Hola, mi amor —dijo al alcanzarla, con la voz marcada de alegría—. Mamá te ha echado mucho de menos.

Al escucharla, Dolores alzó la mirada muy deprisa y todo su rostro se iluminó. Soltó la cera que tenía en la mano demasiado deprisa y saltó a sus brazos con un grito alegre. Eva no

tardó en recibirla, la estrechó con fuerza a la par que llenaba sus mejillas de besos y sonrisas.

—Mamá —gritó alegre—. He hecho dibujo para Raquel. ¿Quieres verlo?

—Claro que quiero, mi amor —respondió alegre—. ¿Raquel es tu amiga?

—Sí —afirmó sonriente—. Raquel me gusta y mi profe también.

Durante algunos minutos, su hija le enseñó muy orgullosa su obra de arte. Eva no podía dejar de abrazarla pues necesitaba sentirla muy cerquita tras una semana en la que casi había terminado desquiciada sin ella. No muy lejos de su posición pudo reconocer a Inés por lo que le regaló un saludo en forma de sonrisa que esta correspondió, también muy centrada en colmar a su propia hija de abrazos y cariñosos besos.

De pronto, su momento de ansiado reencuentro con Dolores se vio truncado, ya que la directora del centro apareció frente a ella con el gesto algo serio. Eva suspiró nerviosa mientras dejaba a la pequeña en el suelo y esta salió disparada en dirección a Raquel para hacerle entrega de su dibujo.

—Señora Puig —saludó formal aquella mujer—. Me gustaría tener unas palabras con usted en el despacho.

Ella no respondió de inmediato, los engranajes de su mente empezaron a girar muy deprisa pues no le apetecía nada dejar sola a Dolores en ese momento. Sus ojos buscaron casi como acto reflejo el rostro de su hija y se toparon con la mirada de Inés que volvió a regalarle una sonrisa, ya que debido a la cercanía entre ambas no había podido evitar escuchar la petición de la directora y creía entender qué miedos asolaban a Eva en ese instante.

—Ve tranquila, Eva —dijo ella con una de sus manos en los bucles oscuros de Dolores, ya que estaba justo a su lado y reía de forma suave con Raquel—. Yo me quedo un ratito más, así Dolores y Raquel pueden seguir jugando.

Ella asintió demasiado agradecida, justo antes de seguir a la directora hacia su despacho. Al entrar, pudo reconocer, sentada en una de las sillas, a la joven profesora de infantil a la que había conocido en la presentación inicial.

—Tome asiento, por favor —indicó la directora mientras se dejaba caer en su propia silla —. Supongo que recuerda a la señorita Blasco, es la maestra de su hija.

—Sí, la recuerdo —respondió algo tímida—. Buenas tardes, señorita Blasco.

—Buenas tardes, señora Puig —dijo esta de forma suave—. La señora Ríos ha decidido que tengamos esta pequeña reunión debido a que Dolores no se está adaptando como el resto de sus compañeras a la escuela.

—Ha mojado la cama dos veces —intervino la directora, con la voz endurecida—. No es capaz de dormir sola y darle de comer es una pelea constante.

—Señora Ríos —dijo la maestra de forma contundente—. Si no le molesta, me gustaría ser yo la que tratase con la señora Puig la situación, ya que soy la figura de apego de la pequeña en

la institución.

—Está bien —respondió algo cortante—. Le dejo el despacho entonces, avísame cuando haya terminado.

Tras sus palabras, aquella mujer desapareció del lugar para dejarlas solas. Eva sentía que el mundo entero se le venía encima, pues solo una semana de su hija en el internado ya había sido motivo para que la llamasen a dirección, era la peor madre del planeta entero.

—Perdone a la señora Ríos —dijo la joven sonriente para intentar relajar el ambiente—. No está acostumbrada a tener alumnas rebeldes, como ella las llama.

—¿Qué ha ocurrido con Dolores? —preguntó algo asustada—. ¿Es tan grave como dijo ella?

—No es grave, es algo bueno incluso —respondió de forma dulce—. Lo que pasa es que en este lugar no están acostumbrados a que una niña muestre el comportamiento de su hija, ella es especial, al igual que la joven Ortiz. Aún así, es necesario que mantengamos esta conversación, incluso me gustaría poder hablar con su marido, si es posible. Necesito que nos coordinemos para ayudar a Dolores en su adaptación a la escuela.

—¿Por qué cree usted que mi pequeña no se adapta como el resto? —preguntó una vez más temblorosa—. ¿Hay algo mal en ella?

—Su hija tiene un vínculo de apego muy fuerte con usted y su marido —dijo ella para aliviar sus miedos—. En esta institución no están acostumbrados a tratar con un vínculo de este calibre, ya que la mayoría de las niñas que ingresan han sido criadas por niñeras y no por sus padres. He hablado mucho con Dolores esta semana, quería entender porque era más difícil para ella y, por lo que he entendido, ustedes practican el colecho en casa ¿es correcto?

—Sí, hasta el momento así ha sido —susurró Eva con las mejillas coloreadas—. Esteban y yo leímos que era bueno para el desarrollo de los niños.

—Y lo es, señora Puig, no debe sentir vergüenza por procurar lo mejor para su hija —dijo ella con el fin de calmarla—. Simplemente ha sufrido un cambio muy brusco y eso ha alterado un poco sus hábitos de sueño. Por eso moja la cama. Ella está acostumbrada a dormir con sus padres y le cuesta hacerlo sola, se frustra, no descansa lo que debería y eso afecta a su rutina. Se enfada con más facilidad y se rebela, no quiere comer como acto de protesta.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla? —preguntó con la mirada cubierta de dolor al saber que su pequeña estaba sufriendo.

—Solo necesitamos buscar una estrategia para que Dolores comprenda que su estancia en el internado no significa que va a perder el vínculo que tiene con ustedes —respondió serena—. De momento estoy trabajando con ella en este ámbito, tiene permitido no separarse del peluche que usted le dio ya que suele calmarla cuando la ansiedad por separación se hace demasiado fuerte. Su hija es una niña muy inteligente, sé con certeza que conseguirá adaptarse si nos

coordinamos para calmar sus miedos. No debe sentirse culpable, señora Puig, pues si estamos en esta situación es precisamente porque usted es una madre excelente.

—Hablaré con Esteban —dijo al final, algo más tranquila—. Mi marido es un hombre muy ocupado, pero encontraremos un momento para reunirnos con usted y tratar el tema en profundidad. No deseo que mi hija sufra.

ꕥꕥꕥ

En el mismo instante en el que Eva volvió a la salita donde Dolores la estaba esperando, su pequeña salió disparada a sus brazos sin dejar de gritar feliz y exaltada.

Ella la alzó para que se enredase en su cuello justo antes de clavar su mirada en Inés, ya que era la única que quedaba en el lugar junto a su pequeña hija. No sabía cómo agradecerle a esa mujer a la que apenas conocía todo cuanto había hecho por ella, por lo que le regaló una sonrisa que correspondió en el acto.

—No sabes como siento haber tardado tanto, Inés —dijo para romper el silencio entre ambas—. No tenías por qué haberte quedado.

—No te preocupes por eso —respondió sincera—. Lo hemos pasado genial jugando las tres juntas y tampoco tenía mucho más que hacer. ¿Todo bien? ¿Qué quería la directora?

—Al parecer mi diablillo no se está adaptando —susurró despacio—. Su maestra quería hablar del tema conmigo.

—¿Te apetece que vayamos a tomar un café? —preguntó y consiguió descolocarla al no esperar dicha invitación—. Conozco un lugar donde tienen sala infantil, así Dolores y Raquel pueden jugar mientras tú y yo hablamos, creo que necesitas una amiga ahora mismo.

Eva la miró fijamente, como si analizase su propuesta con gran detenimiento, hasta que asintió sonriente y ella hizo un pequeño gesto de victoria con el puño que le sacó una leve risa.

Inés tomó la mano de su hija, que empezó a trotar alegre a su lado, juntos antes de que ambas se encaminaran en un cómodo silencio a la salida donde ella la guió hasta su coche. No tardaron demasiado en colocar a las niñas en el interior, ya que Inés sacó del maletero otra de las sillas adaptadas para Dolores y le confesó entre susurros que siempre llevaban dos, por si Raquel rompía la suya, ya que a veces era algo inquieta.

El camino hacia el centro de Madrid se hizo corto, con conversaciones marcadas de risa cuando Inés se metió con ella de forma cariñosa al no tener el carné de conducir y Eva se defendió alegando que siempre había tenido un chófer a su disposición por lo que no lo necesitaba.

Cuando llegaron a la cafetería, lo primero que pensó fue que era completamente diferente a los lugares que solía frecuentar carente de lujo y pompa, pero realmente agradable y acogedora. Ese hecho le provocó un río de preguntas, ya que Inés debía ser una mujer acaudalada si podía permitirse inscribir a Raquel en el María Lucía, pero no se comportaba como tal.

Ambas tomaron asiento en una mesa muy cerca de la zona infantil, donde Dolores y Raquel habían desaparecido como un cohete al vislumbrar los toboganes de colores que las estaban llamando a gritos. Pidieron su consumición y esperaron a ser servidas mientras se miraban en silencio unos instantes.

—Nunca había estado por esta zona de Madrid —dijo Eva de pronto, con las mejillas algo sonrojadas—. No conocía este lugar.

—Está cerca del barrio donde crecimos Arturo y yo —confesó ella sonriente—. Nos gusta recordar de dónde venimos.

—Él parece un gran hombre —respondió Eva con media sonrisa en el rostro—. No sé cómo agradecerle que calmara a mi niña como lo hizo. Por poco me la llevo del internado.

—Sí que lo es —dijo ella con inmenso cariño en sus palabras—. Llevo a su lado prácticamente toda mi vida y no cambiaría ni un solo momento. Aunque ahora viva metido en los aviones de reunión en reunión por toda Europa y parte de Estados Unidos, supongo que es el precio a pagar por haberme casado con un genio y que este hiciese fortuna con la empresa que absorbe cada minuto de su tiempo.

—Y yo que pensaba que Esteban era un hombre ocupado —respondió con una leve risa—. Te admiro, no sería capaz de soportar que mi marido se marchase de viaje cada dos por tres.

—Háblame de él —pidió curiosa—. ¿Cuál es vuestra historia?

—No es una gran historia en verdad —dijo algo más seria—. Mi padre me lo presentó cuando tenía diecisiete, él había pactado con mi suegro ese matrimonio porque el apellido Matamoros es de la nobleza y tiene prestigio.

—Creía que eso de los matrimonios concertados se quedó en la edad media —intervinó Inés con las cejas alzadas—. ¿Tú le quieres?

—Más que a nada —respondió sin dejar de mirarla—. Nuestros padres pactaron nuestro matrimonio, pero yo me casé porque me enamoré de él como una idiota. Removió todo mi mundo. Esteban es mi príncipe azul y hemos sido realmente felices juntos.

—Entonces es una buena historia —dijo ella ensanchando su sonrisa—. Arturo y yo nos conocimos de críos, en el barrio. Siempre fuimos cuatro, Víctor, María, Arturo y yo, éramos inseparables. Cuando llegamos a la adolescencia descubrí que estaba completamente loca por él y nuestra amistad derivó en algo más. A Víctor y María les pasó lo mismo. Por desgracia la vida nos ha llevado por caminos distintos, pero aún seguimos viéndonos de vez en cuando. La brecha entre nosotros fue la empresa Ortiz. Mi marido deseaba fundarla junto a Víctor, pero él estaba esperando a su primera hija y se negó. La empresa despegó, Arturo se hizo demasiado rico y al expandirse por Europa y Norteamérica se ha vuelto un hombre ocupado.

Eva guardaba silencio mientras Inés relataba con cariño esos retazos de su vida que empezaban a fascinarle. No era como ella en absoluto, había nacido libre para tomar sus propias

decisiones. Ella siguió con su relato, le contó como había estudiado bellas artes y su talento le abrió las puertas de varias galerías, por lo que su conversación derivó en ese terreno ya que Eva conocía ese mundo debido a que su madre era coleccionista.

Poco a poco, se fue sintiendo a gusto junto a aquella mujer tan diferente a cualquiera que hubiese conocido antes. Sus palabras no la aburrían al no ser estudiadas y precisas como las de sus amigas en el Club, tenía mil aventuras que contar entre risas.

—Supongo que tenías razón, Inés —dijo al final y se ganó una mirada interrogativa por su parte.

—¿En qué de todas las cosas que te he contado? —preguntó divertida.

—Antes, en el internado —respondió de forma tímida—. Dijiste que parecía que necesitaba una amiga, tenías razón.

—Me alegro que me consideres así —dijo sincera—. Porque pienso meterme contigo hasta que te saques el carné de conducir.

—Yo no tengo tiempo para eso —susurró avergonzada—. Digamos que estoy en una etapa de mi vida un poco complicada.

—¿Me lo quieres contar? —preguntó de forma tierna—. A veces hablar ayuda y para eso están las amigas.

—Mi suegro tuvo un accidente hace dos años, quedó invalido —respondió con un suspiro —. Esteban lo metió en casa porque según él es nuestro deber cuidarlo. Desde entonces se ha encerrado en sí mismo de forma hermética y soy incapaz de llegar a él. Nos hemos distanciado tanto que me duele porque no sé como arreglarlo, cómo volver a sonreír a su lado. Además él es un hombre ocupado, está trabajando prácticamente todo el día y yo tengo que cuidar de mi suegro, al que no soporto porque es un hombre horrible que siempre nos ha hecho la vida imposible. Cualquier día de estos siento que voy a explotar.

—Por eso metiste a tu niña en el internado —afirmó ella de forma tenue—. Nosotros inscribimos a Raquel porque, como ya te conté, Arturo no deja de viajar y yo tampoco estoy quieta con las galerías de arte, pensamos que era lo mejor para nuestra hija ya que ahí estaría atendida y recibirá la mejor educación. Aunque nos costó muchísimo separarnos de ella, igual que a ti.

—Necesitaba saber que mi hija estaría a salvo —susurró despacio—. La metí en el internado para poder recomponer mi hogar, este se cae a pedazos mientras yo pierdo la energía en cuidar de mi suegro y en tratar de arreglar mi matrimonio con Esteban. Él es el amor de mi vida y no puedo perderle, aunque no tenga ni idea de cómo traspasar la coraza que ha construido. Creo que se siente responsable porque estaba con Gabriel cuando tuvo el accidente y por eso se comporta así.

—Tampoco te sobreesfuerces, Eva —respondió de forma suave—. Él también debe poner

de su parte, no puede recaer sobre tus hombros el peso de vuestro matrimonio. Arturo y yo funcionamos porque ambos nos esforzamos, yo le impulso a seguir ese loco sueño de ver sus modelos en las grandes pasarelas y él me da el valor para conseguir todas mis metas mientras ninguno de los dos nos olvidamos de Raquel. El equilibrio es muy importante porque sino vas a explotar, como me has dicho antes.

—Sé que vamos a lograrlo —dijo sonriente—. Esteban me adora y sé que llegará el momento en el que tire su coraza, volveremos a estar en la misma sintonía.

—Eso espero —respondió al final—. Y mientras tanto me tienes aquí, si necesitas hablar solo tienes que llamarme.

—Es de agradecer —contestó con una leve risa—. Con mis amigas del Club jamás podría desahogarme si tengo problemas con Esteban, son capaces de convencerme de que lo deje para intentar echarle el guante, están todas coladitas por mi príncipe desde siempre.

Tras sus palabras, ambas soltaron una sonora carcajada divertida mientras el camarero depositaba sus cafés en la mesa frente a ellas. Eva llevó su taza a los labios donde dibujó una leve sonrisa, ya que cada día estaba más agradecida con la vida por haber puesto en su camino a Inés Aguilar, estaba convencida de que podría ser una de sus mejores amigas.

CAPÍTULO XVI

Eva llegó a casa con la sensación de que se había desprendido de un enorme peso sobre sus espaldas que no sabía que llevaba. Hablar con Inés y poder contarle sus preocupaciones le había servido para tomar energía renovada, por lo que sonreía abiertamente mientras observaba muerta de risa como la pequeña Dolores correteaba por cada habitación de la mansión para saludar a su casita como ella decía.

Tener a su hija con ella llenaba su pecho de calor. La había echado de menos hasta el delirio, pero cada vez estaba más convencida de que había hecho lo correcto al matricularla en ese colegio. Su pequeña empezaba a relacionarse con niñas de su edad y estaba convencida de que si se esforzaban un poquito Dolores se acabaría adaptando por lo que sería feliz en el María Lucía.

Su sonrisa se ensanchó al recordar lo feliz que estaba su niña mientras jugaba con Raquel Ortiz. Ambas eran dos pequeños terremotos adorables y Eva agradecía de corazón que, de un modo u otro, la familia Ortiz había entrado en su vida, ya que Inés era una persona increíble, llena de energía y sueños entre los labios.

Cuando Dolores dio por finalizada su misión de recorrer toda la mansión, se enganchó a sus piernas sin dejar de reír. Ella enredó sus dedos en los bucles oscuros de la pequeña donde dejó una pequeña caricia y se permitió disfrutar con creces el momento, ya que solo podía estar junto a ella hasta el domingo por la tarde cuando debería llevarla una vez más al internado.

Las horas pasaron en un suspiro. Sus tareas para con su suegro se le hicieron la mitad de pesadas ya que las carcajadas de su hijita resonaban por todo el lugar y conseguían que ni siquiera la mirada mezquina de Gabriel sobre ella desinflarse su ánimo.

En cuanto entró a la cocina para tener su momento de desahogo, ya que cocinar siempre era su burbuja donde dejaba atrás todos los miedos que la corroían, Dolores la siguió como un cohete, incapaz de estar un solo momento lejos de su adorada mamá. Con inmenso cariño, le colocó un delantal diminuto para convertirla en su ayudante durante la tarea de preparar la cena. Su hijita sonreía orgullosa mientras le otorgaba pequeñas tareas que pudiese hacer sin convertir la cocina en un auténtico desastre sin éxito alguno, ya que el ímpetu de su pequeña provocó que la encimera se llenase muy rápido de harina y restos de huevo.

Eva ensanchó su sonrisa, el plato ya se estaba cocinando en el horno y ella había compartido su momento favorito con su hija que la miraba fijamente. Sus ojazos negros removieron su interior, la quería tantísimo que se sentía capaz de todo por ella, incluso de aguantar su ausencia durante la semana porque de esa manera Dolores estaría a salvo, estaría protegida.

El resto de su tiempo se lo dedicó solo a ella. Jugaron incansables durante horas mientras Eva se asombraba cada vez más con el ingenio y la creatividad que desbordaba su hija. Cuando

llegó el momento, la metió en la bañera donde volvieron a fundirse en carcajadas alegres, ya que Dolores era incapaz de quedarse quieta y ella terminó con todo el traje empapado. Le puso su pijama, arregló con ternura sus cabellos, dejó un río de besos en su carita y en esos bucles oscuros que la enloquecían, se ganó su risa infantil que conseguía invadirla para, una vez lista, dejarla sobre la cama y arreglarse pues Esteban no tardaría y esa noche cenarían los tres juntos, por primera vez en demasiado tiempo.

Dolores no dejaba de hablar un solo instante. Desde el vestidor escuchaba como su hija le contaba con todo detalle su semana en el internado. Rió bajito cuando le confesó que la directora no le gustaba porque la llamaba *rebede*, pero su profesora era muy buena y siempre le hacía cosquillas en la tripa cuando tenía miedo. Por supuesto el nombre de Raquel aparecía cada pocas palabras en labios de su hija, ya que había generado un vínculo estrecho porque su amiga siempre estaba con ella y era, según Dolores, la más buena de todas las buenas porque no se había reído de ella cuando se hizo pipí.

Una vez lista, salió del vestidor para coger a su niña entre los brazos. Esta tardó muy poquito en enredarse en su cuello sin dejar de reír un solo instante mientras se encaminaba a la salita donde solo les quedaba esperar a que Esteban volviese a casa.

Tal y como había calculado, no tardaron demasiado en escuchar la puerta. Dolores se levantó del suelo casi de un salto, demasiado acelerada ya que su papá había llegado y miró a Eva con los ojos muy abiertos, como si estuviese debatiendo en su cabeza si debía esperarlo en el salón o salir escopeteada en su búsqueda como era su deseo.

—Ha llegado papá —dijo Eva de forma tierna—. ¿Por qué no vas a decirle hola? Seguro que se pone super contento.

Su niña dibujó una sonrisa enorme en el rostro al escucharla, justo antes de correr como un torbellino hacia la entrada ya que su mamá le había ayudado a decidirse. Eva no tardó en escuchar como gritaba feliz y reía al ver a Esteban por lo que suspiró despacio mientras esperaba impaciente a que él apareciese.

Su marido no se hizo de rogar, entró al salón donde le provocó una sonrisa tierna al verlo ya que llevaba a la pequeña sobre los hombros con sus manos diminutas escondidas en los cabellos de su padre. Esteban tenía en el rostro una de esas sonrisas que su mujer tanto extrañaba, ya que solían aparecer muy poquito desde hacía algún tiempo.

—Hola, mi ángel —saludó de forma suave al clavar su mirada en ella—. Mira que pitufa me he encontrado en la puerta. Es mucho más alta que la pitufina que dejaste en el cole el lunes, ya casi toca el techo.

—Hola, mi príncipe —respondió con una pequeña carcajada—. Ya veo que ha crecido muchísimo en un minuto.

Eva se acercó sin borrar la sonrisa, rodeó su cintura con los brazos y junto sus labios en un

casto beso muy suave como saludo.

—Te hemos esperado muy impacientes para cenar —informó al separarse de él—. Nuestra pequeña diablito ha sido intransigente, no se iba a ir a la cama sin su papá.

—Entonces vamos ya mismo, mi ángel —dijo él entre risas—. No vaya a ser que nuestra glotoncita se canse de esperar, ya es tarde.

Sin dilatar más el tiempo, se encaminaron al comedor para tener un fin de velada la mar de agradable y disfrutar, ya que tras una semana sin su pequeña en casa, volvían a estar los tres juntos como una pequeña familia.

ꕥꕥꕥ

Tras la cena, Eva no tardó demasiado en iniciar junto a Dolores todos los rituales de buenas noches, ya que para la pequeña se había hecho realmente tarde. La acompañó mientras se limpiaba sus dientecillos sin dejar de acariciar sus cabellos de forma tierna, llenó su carita de besos y la metió en medio de la cama donde la arropó para que estuviera calentita justo antes de encender una lucecita quitamiedos para que permaneciera tranquila hasta que Esteban y ella misma se acostaran.

Salió de la habitación de puntillas tras un último vistazo sobre su pequeña que estaba dando vueltas encima del colchón para acomodarse en el lugar que ocupaba su papá ya que adoraba esperarlo ahí y que Esteban la abrazase al meterse en la cama.

Sus pasos la guiaron por la mansión en busca de su marido, a pesar de que intuía dónde podría encontrarlo. No se extrañó cuando entró sigilosa al despacho de Esteban y lo vio en su escritorio, con los ojos fijos en su papeleo sobre la mesa. Hacía ya meses que él no dejaba de trabajar ni siquiera en casa, terminaba tardísimo sus jornadas, siempre demasiado cansado para compartir con ella sus palabras.

—Hola, mi amor —susurró a la par que cruzaba la estancia en su dirección—. ¿Podemos hablar un momento?

—Estoy ocupado, mi ángel —respondió sin mirarla—. Voy con retraso, el partido está en alza y tengo que enviar mis propuestas cuanto antes. ¿No puedes esperar a mañana?

—No, mi príncipe —negó despacio al tomar asiento frente a él—. Se trata de Dolores y si espero a mañana a lo mejor se me olvidan cosas importantes.

En cuanto escuchó el nombre de su hija, Esteban levantó la mirada de sus documentos para clavarla en el rostro serio de Eva.

—¿Qué ocurre con Dolores? —preguntó directo—. Yo la he visto como siempre.

—Al parecer no se está adaptando al internado —dijo ella con un pequeño suspiro—. Hoy hablé con la directora y su maestra. La señorita Blasco me ha pedido que tengamos una reunión con ella para ayudarla en su periodo de adaptación.

—Eva, yo no puedo dejar de lado mi trabajo por una reunión en el internado —respondió

con la voz endurecida—. ¿Por qué no se está adaptando? ¿Qué problema tiene?

—No es capaz de dormir —susurró mientras hacía memoría para usar las palabras adecuadas—. La maestra piensa que es debido a que aquí en casa duerme con nosotros, es un cambio muy brusco y le provoca estrés. Ha mojado la cama varias veces y la falta de sueño le está provocando alteración en su conducta. Dijo que debemos reunirnos con ella para tratar el asunto con más profundidad.

—No, Eva, no vamos a reunirnos con nadie —respondió alterado y elevando la voz—. No voy a consentir que una maestra de tres al cuarto me diga cómo criar a nuestra hija.

—Baja la voz, Esteban —dijo alarmada—. La pequeña está en la cama ya. Además, dudo mucho que sea eso lo que quiere la señorita Blasco, ella solo pretende ayudarnos a que nuestra niña se adapte sin generarle más ansiedad.

—Dolores es una Matamoros —respondió serio—. Por supuesto que se va a adaptar.

Sin permitir que su mujer hiciese una réplica a sus palabras, Esteban se levantó de forma brusca y a grandes zancadas dejó el despacho. Eva lo siguió muy inquieta al ver que se dirigía a la habitación donde su pequeña debía estar dormida o a punto de caer en el mundo de los sueños.

Él abrió la puerta con más ímpetu de lo que pretendía. Estaba cansado, llevaba días trabajando en sus propuestas sin avanzar por lo que se sentía agobiado y lo que menos necesitaba era que su pequeña diese problemas en el colegio para que le sacaran de la oficina.

En cuanto escuchó como Esteban entraba a la habitación, Dolores se incorporó con su sonrisa infantil pintada en toda la cara, demasiado feliz al verlo.

—Papá —gritó alegre—. ¿Vas a dormir con Dolores ya?

Él no respondió, se acercó a la cama para tomar a la pequeña en sus brazos a la par que Eva aparecía a sus espaldas, algo nerviosa ya que no entendía qué pretendía su marido.

—No, Dolores —dijo en cuanto la sacó de entre las sábanas—. Vamos a hablar tú y yo.

—Papá, tengo sueñito —replicó de forma lastimera al verse fuera de la cama—. Dolores y papá pueden hablar en la camita.

—Esteban, por favor —intervino Eva asustada—. Déjala en la cama, es muy tarde para ella.

—No, Eva —respondió sin poder evitar que su voz se elevase y asustando a la pequeña en el proceso—. No puedes darle todo lo que ella quiere, tiene que aprender o se volverá una pelele, no lo pienso consentir.

A grandes zancadas, tal como entró volvió a salir del lugar en dirección a la habitación de su hija. Eva intentó seguirlo, pero él la miró con tanta dureza que se quedó congelada sin saber cómo actuar mientras rogaba con toda su alma que fuese capaz de contener esa ira que se podía leer en sus orbes oscuro, Dolores no merecía que su padre pagase con ella sus propios fantasmas.

—Esteban —dijo en un nuevo intento por que él entrase en razón—. Déjalo hasta mañana,

cálmate un poco antes de hacer nada, la estás asustando.

—No te metas, Eva —respondió airado—. Voy a tener unas palabras con mi hija, ni tú ni su maestra vais a venir a decirme cómo educarla.

Tras su última palabra, cerró la puerta para dejar a Eva en el pasillo. Se dirigió a la pequeña cama que presidía la habitación de su hija y la dejó sobre el colchón. Dolores lo miró con sus ojillos encharcados en lágrimas, por lo que Esteban dulcificó un poco su rostro de manera inconsciente al agacharse para ponerse a su altura.

—Ya eres una niña muy grande, pitufina —dijo él sin dejar de mirarla—. Las niñas grandes duermen solas y no se hacen pis en la cama.

—Papá, ha sido sin querer —respondió con un pequeño sollozo—. Dolores se porta bien y no lo hace más, quiero ir a la camita con mamá y con papá.

—No, Dolores, ya es hora de que duermas solita —dijo algo autoritario—. Papá no quiere volver a pasar vergüenza porque su hija se ha hecho pis en la cama. ¿Tú quieres que papá tenga vergüenza?

—No, papá —respondió mientras negaba con la cabeza—. No lo haré más. Vamos a la camita con mamá y papá.

—Ya te he dicho que vas a dormir aquí —dijo una vez más sin dar su brazo a torcer—. Ya eres muy grande para dormir con mamá y papá. Tienes que aprender a dormir sola como en el colegio.

—No quiero —respondió con un nuevo sollozo—. Porfi, papá. Dolores se va a portar muy bien.

Él no le respondió. Apartó la ropa de cama para meter a su hija y la tapó mientras esta rompía a llorar y se aferraba con fuerza a su camisa.

—Ahora tienes que dormir, pitufina —dijo al tomar sus manos para separarlas de su ropa y alejarse—. Como una niña grande, tú sola en tu cuarto.

Tras sus palabras, Esteban se levantó y se marchó de la habitación sin detenerse a pesar de que la pequeña lloraba desesperada. La puerta se cerró, Dolores esperó algunos minutos a que él volviese a buscarla, que la perdonase por haberlo hecho mal en el cole y la llevase a su cama, pero eso no sucedió.

Asustada, fue a levantarse para correr con sus padres, cuando los gritos que llegaban del pasillo se colaron en su habitación, por lo que aferró las sábanas y empezó a temblar. No recordaba haber escuchado nunca a su papá chillar tan enfadado y a su mamá llorar de esa manera. Sintió auténtico terror al pensar que era culpa suya, que su papá había dejado de quererla por haber sido muy mala en su nuevo cole.

ꕥꕥꕥ

El lunes llegó tras un fin de semana que había mermado por completo su paciencia y su energía

al pelearse con Eva ambos días hasta bien entrada la madrugada. Su mujer no estaba de acuerdo con la decisión de sacar a Dolores de su cama para que se acostumbrara a dormir sola, por lo que se había abierta una nueva brecha entre ambos que les empujó a discutir entre gritos una vez más.

En cuanto Eva intentaba ir a buscar a Dolores, ya que la pequeña lloraba histérica, él perdía la paciencia. No podía permitir que minara su autoridad frente a la pequeña, había ordenado de forma contundente que esta debía dormir en su propia cama y no había discusión posible, por mucho que su mujer chillase y llorase desesperada entre súplicas.

El comportamiento de su hija tampoco ayudaba a calmar el ambiente, ya que esta se mostró rebelde y arisca todo el fin de semana. No permitía que ninguno de los dos se acercase a ella, tiraba la comida al suelo enfadada y desobedecía cada mandato que le daban con el gesto serio y la mirada desafiante.

Cada vez le costaba más mantener el control cuando Eva le increpaba cada una de sus acciones. Sentía que la confianza que ambos habían construido durante sus primeros años de matrimonio se había quebrado por completo. Su mujer lo miraba como a un extraño y aumentaba la culpa que asolaba su interior, le provocaba una ira incontenible que arrasaba con él y le empujaba a pagar cada una de sus miserias con ella que se iba rompiendo ante sus ojos sin que fuese capaz de frenar.

A pesar de que llegaba tarde al trabajo, conducía muy prudente pues Dolores iba firmemente amarrada en su sillita en el asiento de atrás. Toda la tensión que se había acumulado desde la noche del viernes, había estallado por completo el domingo cuando llegó el momento de llevar a la niña al internado.

Dolores había protagonizado la rabieta más grande que él era capaz de recordar. Había gritado durante horas histérica que no quería irse, había tirado al suelo cualquier cosa que estuviese al alcance de su mano sin dejar de llorar y se había escondido bajo la cama para desesperación de Eva, pues por mucho que lo intentó no fue capaz de calmar ese huracán de lágrimas y gritos en el que se había convertido su hija.

Esteban se había encerrado en su despacho para intentar avanzar en el trabajo sin éxito alguno, ya que los alaridos de Dolores lo sacaban de su concentración y terminaban con su paciencia a pasos agigantados. Finalmente, él mismo había terminado tumbado en el suelo de la habitación de su hija para intentar calmarla. Había prometido que si dejaba de llorar y salía de debajo de la cama esa noche podía dormir con ellos y él la llevaría al cole al día siguiente antes de ir a la oficina.

Gracias a esa promesa y el cumplimiento de la misma, habían tenido un final de jornada tranquilo con ausencia de discusiones entre ambos que le otorgaron un pequeño paréntesis en medio del caos. No pudo evitar increparle a su mujer que hubiese metido a la niña en el

internado, ya que al parecer Dolores no quería ir a ese colegio, sin darse cuenta de cómo la mirada de Eva se quebraba ante sus palabras, ya que esta sufría con creces separarse de su hija y Esteban no se lo ponía fácil.

En cuanto llegó al María Lucía, suspiró de forma pausada mientras su mirada oscura se cruzaba con los ojillos de su hija a través del retrovisor. Se rompió un poquito por dentro al verla tan triste y volvió a sentir la ponzoña del rencor hacia su esposa por su estúpida idea de meter a su niña en ese lugar y alejarla de él.

—Ya hemos llegado, pitufina —informó despacio, al apagar el motor—. Vas a portarte super bien ¿verdad que sí? Se lo has prometido a papá.

—Sí —respondió de forma lastimera—. Dolores se porta muy bien para que papá no tenga *güervensa.*

Él dibujó una sonrisa muy pequeña al escucharla justo antes de salir del coche y sacar a su hija. Con Dolores en sus brazos, se encaminó a la entrada del internado donde frenó unos minutos para darle a su pequeña un largo beso en la mejilla.

—Eres una Matamoros, pitufina —susurró de forma dulce—. Nada va a poder contigo, ni siquiera este colegio ¿de acuerdo?

Ella asintió sin terminar de entender qué quería decir su padre con esa afirmación. Esteban la estrechó en un abrazo pues la idea de pensar que no la vería hasta el viernes quemaba en su pecho.

Uno de los guardas de seguridad recibió a Dolores para acompañarla a su aula mientras su padre la miraba en silencio. Esa pequeña era su mayor tesoro y no iba a consentir que Eva la convirtiera en una cobarde como él. Ella sería mucho más valiente, sería la mejor del mundo entero.

ꕥꕥꕥ

En el mismo instante en el que Dolores entró al aula, la señorita Blasco supo que algo no marchaba bien.

No le había sorprendido mucho la llamada de Eva Puig el día anterior para avisar a la institución de que su marido acompañaría a su hija a clase el lunes ya que preferían que durmiese en casa el domingo. Solo dos minutos con esa mujer le habían bastado para comprender que era una gran madre y se desvivía por su hija.

Sin embargo ella esperaba que Dolores volviese al internado más descansada de lo que se marchó, al poder dormir las horas necesarias sin que la asolase ningún tipo de terror y, por su rostro, supo que no había sido así, por lo que frunció el ceño extrañada.

No tardó mucho en regalarle a la pequeña una sonrisa mientras tomaba su mano para guiarla a su asiento. Esta caminaba en silencio, con la mirada fija al frente y el gesto demasiado serio.

Decidió no quitarle ojo de encima en toda la jornada para averiguar qué atormentaba a su alumna, por lo que la vio sonreír de forma dulce a Raquel en cuanto se sentó a su lado, pudo observar como se distraía mucho más de la cuenta durante la jornada e incluso sacaba a su amiga de su concentración al parlotear con ella cuando no debía.

El timbre anunció uno de los recreos, las pequeñas empezaron a gritar alegres mientras salían al patio a jugar por lo que ella aprovechó el momento para tomar a Dolores de la mano, la separó del grupo y la sentó sobre sus rodillas con la firme intención de llegar al fondo de sus miedos para poder espantarlos.

—Vamos a hablar un poquito tú y yo, bichillo —dijo con la voz suave y se extrañó al ver como dibujaba el horror absoluto en sus rasgos.

—¿Dolores se ha portado mal? —preguntó asustada—. Papá se va a enfadar, ha prometido que no se porta mal nunca más.

—No, cariño —respondió muy deprisa—. No te has portado mal. Solo quiero que hablemos un poquito porque has llegado tarde a clase y te has perdido la asamblea. Tus compañeras me han contado qué han hecho en casita el fin de semana, pero tú no.

—Papá se ha enfadado mucho —susurró triste—. Ha gritado mucho con mamá, ya no quiere dormir conmigo porque dice que soy muy grande y me he hecho pipí en el cole. Mi papá ya no me quiere más y mi mamá tampoco porque me ha traído a este cole y así Dolores no la molesta en casita, papá lo ha dicho.

—Estoy segura de que tu mamá y tu papá te quieren muchísimo, bichito —respondió con delicadeza—. El viernes yo hablé con tu mamá y ella te quiere un montón, te ha traído a este cole porque es un sitio chulísimo, porque aquí aprendes muchas cosas conmigo y puedes jugar un montón con Raquel. Aunque a veces se pone triste porque no estás con ella en casita, también está muy contenta de que estés aquí porque te quiere muchísimo.

—Papá no —dijo con un leve sollozo—. Tiene *güervensa* porque se me ha escapado el pipí y ya no quiere dormir más con Dolores. Ha gritado mucho a mamá porque no he hecho bien en el cole.

La señorita Blasco suspiró despacio justo antes de estrechar a la pequeña entre sus brazos para secar sus lagrimones. Tenía que concertar cuanto antes una reunión con Eva y el señor Matamoros ya que, al parecer, habían entendido sus palabras del revés.

Eva Puig era una muchacha demasiado joven que se desvivía de preocupación por su pequeña hija, necesitaba calmar de algún modo esos miedos que la asolaban, porque por las palabras de Dolores, si seguían ese camino que habían emprendido, solo conseguirían romper el vínculo que tenían con ella y resultaba tan difícil de conseguir.

CAPÍTULO XVII

Eva entró a la cafetería y su gesto se dulcificó en el acto nada más reconocer el rostro de Inés frente a ella. Su amiga estaba sentada frente a la barra con una taza humeante entre los dedos, tenía los ojos fijos en ninguna parte, como si su mente estuviese muy lejos de ahí sin poder evitarlo, a pesar de que volvió de su ensoñación al sentirla, por lo que ambas se miraron unos segundos y ella le regaló una cálida sonrisa de bienvenida.

La joven Puig tardó muy poco en cruzar toda la sala en su busca, Inés se enderezó al dejar atrás su taburete y recibirla entre sus brazos donde dejó un cálido apretón.

—Qué largos se hacen los días sin ellas, ¿verdad? —susurró sin soltarla mientras Eva suspiraba en su abrazo—. A partir de la semana que viene será un poco menos difícil, Eva. Empiezan los días de visita y podrás disfrutar de ella unas horas, no solo el fin de semana.

—Creo que entiendes muy bien lo mucho que deseo poder pasar más tiempo con mi niña —respondió justo al separarse de ella—. Este fin de semana ha sido un caos absoluto, estoy demasiado saturada.

—Imagino que por eso me has llamado —dijo a la vez que volvía a su taburete y le indicaba con la cabeza que tomase asiento—. ¿Qué ha pasado?

—Esteban se puso furioso cuando le comenté que Dolores no se adapta al internado —contó despacio tras pedir de forma tímida un café—. Decidió él solito que debíamos cortar el colecho con nuestra niña, de buenas a primeras y sin explicárselo para que lo entienda. Como consecuencia ha tenido una rabieta tras otra todo el fin de semana y Esteban, que es un maldito cabezota, prefiere morirse antes de admitir que ha metido la pata hasta el fondo por lo que no da su brazo a torcer. Yo ya no sé qué más hacer para que entienda que sus actos solo le están alejando de Dolores.

—De Dolores y de ti —respondió despacio—. Este tipo de decisiones se tienen que tomar conjuntamente, te ha dejado fuera y te ha arrastrado con su error.

—A veces no soy capaz de reconocerlo, Inés —dijo con un nuevo suspiro—. No sé dónde está el hombre que era capaz de dejarlo todo por estar a mi lado cuando lo necesitaba. Ahora me rompo frente a él y ni se inmuta. Dudo mucho que sus actos ayuden a Dolores a avanzar y eso solo nos va a acarrear más discusiones, más gritos, estoy desesperada.

—No voy a preguntarte si lo has hablado con él porque sé que no dejas de intentarlo —contestó ella muy seria—. Solo puedo decirte, como amiga, que tienes que tomar la situación por los cuernos y plantarle cara o va a terminar demasiado mal.

—¿A qué te refieres? —preguntó algo asustada—. Yo no puedo hacer más, él no escucha.

—Me refiero a que tienes que ponerle las cartas sobre la mesa, Eva —respondió en un susurro—. Ya te lo dije en nuestra última conversación. No puedes cargar tú sola el peso de tu matrimonio. Díselo directamente, que debe poner de su parte o cortarás por lo sano y terminarás

con él. Será lo mejor para ti y para tu hija.

—Yo no puedo hacer algo así —dijo alarmada—. Esteban es todo lo que tengo, no puedo perderle, no sería absolutamente nada sin él.

—Serías Eva Puig —contestó Inés con tiento—. Una mujer con un futuro brillante, una madre maravillosa. Eva, no necesitas a Esteban para nada. Si sientes lo contrario no hablamos de amor, sino de dependencia y esta es muy peligrosa porque puede confundirlo todo.

—No es dependencia, es la realidad —dijo con la voz endurecida—. Hace años que corté toda relación con mis padres porque decidieron entregar mi herencia solo por miedo a que mi suegro rompiese mi matrimonio. Estoy sola, solo le tengo a él y con Esteban pasa lo mismo. Solo me tiene a mí porque su padre está postrado en una cama incapaz de moverse o decir una sola palabra. No puedo ni siquiera plantearme la idea de dejarle, es mi familia, es todo lo que tengo.

—Eso no es cierto, Eva —susurró de forma dulce—. Tienes a Dolores y te tienes a ti misma. Te lo digo por el cariño que te tengo como amiga, si amarle te atrapa en lugar de hacer que sientas como te libera, no es amor y solo va a traer sufrimiento. No digo que debes dejarlo y divorciarte sin más, solo que debes hacerle ver que tienes un límite y si no pone de su parte al final vas a cruzarlo.

—Voy a intentar hablar con él —respondió al final—. No puedo permitir que nos rompamos, no puedo perderle, Inés.

—Pase lo que pase —dijo ella de forma suave al posar su mano sobre la de Eva para apretarla con cuidado—. Aquí me tendrás, eso no lo olvides.

—Quizás encuentre el modo ahora que Dolores está en el internado —susurró con la taza de café en los labios—. Creo que en parte nos estamos alejando porque con la niña todo se ha enfriado demasiado.

—Ahí sí que puedo entenderte —respondió entre risas alegres—. Adoro a mi niña, Raquel es lo mejor que nos ha pasado a Arturo y a mí, pero tengo que reconocer que echaba de menos dejar libres las hormonas como una adolescente cuando Arturo no está de viaje, sin miedo a que aparezca de repente y tener que explicarle cosas que aún no le toca saber.

Al escuchar a su amiga, Eva se atragantó con el café ya que no pudo evitar una leve carcajada por sus palabras a la par que sus mejillas se coloreaban de rosado. Inés era una mujer demasiado especial pues en solo cinco minutos no solo había escuchado atenta sus problemas sino que se las había arreglado para hacerla reír con ganas en medio de los mismos.

—Yo también lo echo de menos —admitió algo avergonzada—. Pero me siento tan lejos de Esteban que no sé cómo volver a conectar.

—Paso a paso, Eva —respondió sonriente—. No te fuerces, deja que siga su curso y toma las decisiones que consideres más acertadas. Eres una mujer inteligente, sé que al final encontrarás el camino correcto.

ꕥꕥꕥ

Esteban llegó a casa tan tarde como acostumbraba. Últimamente y más desde que su hija estaba en el internado, alargaba sus jornadas incluso hasta la madrugada para escaparse de la mansión donde todo estaba en una constante tensión que le provocaba más de un estallido imposible de contener.

Entre esas paredes, sentía crecer su culpa junto al rencor que se estaba adueñando de sus entrañas hacia su mujer por ser siempre tan absolutamente perfecta y recordarle sin pretenderlo cuán ruín y mezquino era él. No la merecía ni a ella ni a ese amor profundo que seguía regalandole en su mirada castaña siempre rota en millones de pedazos por ser incapaz de abrirse ante sus súplicas y contarle porqué la oscuridad se estaba apoderando de él a pasos agigantados.

Junto a la culpa, el miedo también crecía. Sentía un pánico absoluto a que Eva pudiese leer su interior, descubriese sus mentiras y vislumbrarse al monstruo que asomaba cada vez con más facilidad. Estaba convencido de que su matrimonio pendía de un hilo, Eva podía dejarlo en cualquier momento y recomponerse porque era demasiado magnífica. Esteban no podía permitir que eso sucediese, porque sin ella estaba completamente perdido. Ese miedo que ella le provocaba, solo alimentaba a la bestia que crecía en su interior mientras le echaba a su mujer la culpa por volverle un maldito cobarde que sin ella no sería capaz de enfrentarse al mundo.

La parte más humana de Esteban, la misma que Eva había ayudado a aflorar en esos primeros años juntos cuando él creyó de corazón que podían ser felices, que unidos conseguirían superar cada prueba, se estaba consumiendo entre las tinieblas del odio, la ira y el rencor que crecían sin que pudiera detenerlas. Ni siquiera la tibia luz de su sonrisa conseguía espantar esos fantasmas que lo asolaban, se sentía cada vez más encerrado en sus propias miserias y lo pagaba con ella porque era mucho más fácil que admitir su propia caída al abismo.

Con un largo suspiro, dejó sus cosas en la entrada justo antes de encaminarse a la cocina. Sabía que le esperaba un plato sobre la encimera, ya frío debido a las horas intempestivas en las que se había presentado en casa. Últimamente esa se había vuelto su rutina, calentar la cena, comer en soledad mientras Eva dormía y acostarse justo después, sin hacer ruido para no despertarla mientras sentía esa brecha que con el paso de los días se iba haciendo mucho más grande entre ellos.

No tardó mucho en encontrar ese plato que su mujer había dejado para él. Una sonrisa muy triste adornó sus labios al ver que había preparado lasaña, la misma que con los años había perfeccionado tanto que juraría que jamás había probado otra más deliciosa que la de su esposa. Junto a su cena, Eva había dejado una pequeña nota donde le decía sin juicio alguno que esperaba que disfrutase de la envidia de todos los italianos. Negó despacio con la cabeza y los ojos cerrados mientras calentaba el plato. Su pecho se contrajo con ese río de dolor que le provocaba sentir que Eva nunca dejaría de ser perfecta y él jamás la merecería.

Cenó en silencio, disfrutó cada bocado con la soledad que se hacía eco de sus actos y pesaba cada vez más a sus espaldas.

En cuanto terminó, dejó todo dentro del fregadero para encaminarse a la habitación sin que un solo sonido quebrase la quietud de su morada. Entró despacio, dispuesto a meterse en el baño para cambiarse y asearse. No tardó demasiado en estar preparado para acostarse, por lo que se encaminó a la cama y se escurrió entre las sábanas sin hacer nada de ruido al suponer que Eva estaba completamente dormida.

En cuanto cerró los ojos para abandonarse al sueño, sintió como su mujer se movía sobre el colchón. Ella no tardó mucho en alcanzarlo, pasó el brazo por encima de su cintura y sus labios se posaron muy despacio sobre su mejilla para dejar un beso.

—Te estaba esperando, mi príncipe —susurró entre pequeños besos que iba desperdigando —. ¿Cómo te ha ido el día?

—Largo —respondió con un suspiro—. Bastante cansado la verdad ¿y el tuyo?

—Igual que siempre —dijo mientras se alzaba para mirarlo en medio de esa tenue oscuridad que los envolvía—. Pero fui a tomar un café con Inés Aguilar, así que me aburrí un poquito menos.

—¿Con quién? —preguntó curioso ya que no reconoció en ese nombre a ninguna de las amigas de Eva.

—Inés Aguilar —respondió sonriente—. Su hija Raquel también está en el María Lucía, es muy amiga de Dolores. Es una mujer un poco peculiar, su marido es Arturo Ortiz, el empresario.

—No sabía que te veías con la mujer de Ortiz —dijo él asombrado—. He escuchado muchas cosas de ese hombre, ahora mismo ostenta la fortuna más alta de todo el país y tiene muchísima influencia.

—Es que últimamente hablamos muy poquito, mi príncipe —susurró con la voz pequeñita —. La conocí en el internado y nos hicimos amigas. A Ortiz también le conocí, pero no hablamos mucho. Es un buen hombre y muy simpático.

Esteban no respondió por lo que el silencio bailó entre ellos mientras Eva acariciaba despacio su pecho por encima del pijama. Él suspiró, ella besó su mejilla una vez más justo antes de bajar su mano hacia el vientre de su esposo, por lo que Esteban se medio enderezó para que su mirada se clavase en los ojos de Eva que no dejaban de mirarlo.

Sin bajar sus orbes castaños, desabrochó despacio algunos botones de su pijama, coló la mano bajo la tela y la posó sobre su piel. Esteban cortó su aliento al comprender sus intenciones y no pudo contenerse, hacía demasiado tiempo que Eva no lo buscaba de esa manera y, por mucho que el rencor creciese en sus venas, no podía dejar de desearla con fuerza, ella siempre sería la mujer más increíble de su mundo.

—¿Tienes ganas, mi ángel? —preguntó para confirmar sus pequeñas sospechas y no cruzar

ninguna barrera que no debía.

—Muchas, mi amor —respondió muy deprisa—. Me mata sentirte tan lejos, necesito tenerte sobre mí, mirarte de muy cerca y que sientas cuánto te quiero a pesar de todos nuestros baches.

Al escucharla, un relámpago de culpabilidad volvió a arrasarle por entero. No fue capaz de pronunciar una sola palabra, por lo que buscó sus labios para fundirse con ella en un beso sediento que le sirvió como excusa para volver a tumbarla en el colchón. Eva suspiraba en medio de cada una de sus colisiones, mientras se deshacía despacio de cada botón para quitarle la camisa del pijama. Esteban coló sus manos bajo su camisón para quitarlo y navegar por esas curvas tan suaves que acrecentaban sus ganas. No tardó en sentir su pantalón abultado, por lo que lo arrancó justo antes de colocarse entre las piernas de su mujer jadeante.

Eva se abrazó a su cuello, él quitó con mucha prisa sus braguitas y empujó con un gemido sordo entre los labios. Sus frentes se unieron mientras Esteban sentía que había echado de menos hasta el delirio esos momentos juntos donde solo importaba que conectasen, que se mirasen de muy cerca ya que el mundo entero desaparecía.

Durante algunos minutos, movió la cintura sin abandonar su mirada. Ambos gemían al sentirse, por lo que cerró los ojos arrastrado por todo lo que ella conseguía despertar en él y tanto miedo le provocaba.

Aceleró cada embestida, Eva gritaba su nombre entre jadeos. Esteban abrió los ojos para regalarle su mirada cargada de ruinas y deseo enfermizo, ella gimió sin soltarlo.

—Eres mía —gimió fuera de sí con su movimiento de caderas cada vez más frenético para invadirla por entero—. Dilo, Eva, dime que eres mía.

—Soy tuya —respondió con la voz quebrada, cargada de gemidos cada vez más sonoros —. Solo tuya, siempre.

En cuanto la escuchó, no pudo evitar liberar sus deseos. Frenó de golpe con un gemido muy largo mientras estallaba y ella temblaba de forma violenta bajo cada una de sus sacudidas. Eva gritó sin contenerse al arquearse contra su pecho, un último alarido de placer que murió en sus labios y se transformó en aliento cortado junto a sus latidos cada vez más frenéticos.

Esteban jadeaba casi salvaje, tras correrse cayó sobre ella sin poder sujetar su propio peso y la sintió abrazarle, su cálida piel fue una caricia incapaz de encontrar sus propias espinas.

—Habla conmigo, te lo suplico —susurró ella sin soltarlo—. Te amo, mi príncipe, no puedo perderte.

—No vas a perderme —respondió, sincero por primera vez en demasiado tiempo—. Saldremos de este bache, conseguiremos superarlo como hemos superado todo, tú y yo juntos. Solo importamos tú y yo, Eva, siempre ha sido así y así será.

—¿Me lo prometes? —preguntó despacio con alguna que otra caricia distraída sobre su

espalda.

—Te lo prometo —respondió para añadir a la lista una más de todas las promesas que se encargaría de romper mientras destruía a su mujer sin freno alguno.

ꕥꕥꕥ

Los días iban pasando demasiado deprisa sin detenerse. Eva volvía a casa tras haber pasado toda la tarde en el María Lucía en esa jornada de visita familiar que, tras dos semanas de adaptación al internado, se instauraba con las alumnas más pequeñas para que estas pudiesen ver a sus padres más allá de los fines de semana.

Había sido un momento muy especial, pues había llenado a Dolores con todos los abrazos que se moría por darle y habían compartido su tiempo con la familia Ortiz, por lo que más de una carcajada divertida se le había escapado con las ocurrencias de Inés o las payasadas de Arturo que no dejó de jugar ni un solo segundo con las pequeñas.

Eva no dejaba de pensar que le habría encantado compartir ese momento con Esteban, poder presentarle a los Ortiz y, de paso, evitar ese dolor agudo que había nacido en los ojos de su hijita al ver que su papá no iba a verla. Arturo había conseguido animarla de forma magistral debido a ese don que parecía poseer para calmar a su pequeña y ella había excusado la falta de su marido con su exceso de trabajo.

Inés la había mirado en silencio algunos minutos, sin atreverse a verbalizar sus pensamientos ya que el propio Arturo había cancelado todas y cada una de sus reuniones para estar ahí porque era importante. Eva le rogó con la mirada que no hablasen más del asunto y se dedicaron a disfrutar de la risa divertida de sus niñas mientras jugaban felices por estar un ratito con ellas.

La jornada se alargó más de lo que tenía previsto, ya que, al terminar la visita al internado, Arturo las había acompañado a la cafetería de siempre justo antes de marcharse a su oficina para que tuviesen una charla amigable y ambas se apoyasen, pues se habían vuelto a despedir de sus hijas hacía muy poquito.

Inés respetó en todo momento que no tuviese ganas de hablar de Esteban, por lo que parloteó con bastante ímpetu sobre los nuevos artistas que iban a exponer en su galería y la invitó a visitarla un día con sus ojillos castaños cargados de ilusión desmedida.

En cuanto el taxi que había tomado para volver se detuvo frente a su puerta, bajó con el gesto sonriente, pues pasar sus horas junto a Inés siempre conseguía llenarla de energía. Entró a la mansión con un vistazo al reloj, ya que se le había hecho algo tarde y se había saltado sin planteárselo varias de sus obligaciones con Gabriel, aunque ese hecho no le importó demasiado. Su suegro estaba perfectamente atendido y, por un día, no importaba en exceso que se retrasara con sus tareas.

Con un suspiro para darse valor, ya que enfrentarse a la mirada mezquina de su suegro

nunca era plato de buen gusto, se dirigió a la habitación donde él estaba postrado en la cama. Entró con una mueca en los labios, dispuesta a terminar cuanto antes para alejarse de él más pronto que tarde.

Sus pasos la guiaron hacia la cama mientras fruncía el ceño, ya que Gabriel nunca bajaba la mirada para desafiarla, pero en esos momentos tenía los ojos cerrados y estaba demasiado quieto, no se intuía el leve movimiento que hacía su pecho mientras respiraba, por lo que saltaron todas sus alarmas.

Llegó hasta él acelerada para buscar su pulso con pánico en su mirada avellana. Su piel estaba fría y no pudo localizar el murmullo de sus latidos. Se quedó muy quieta unos segundos mientras intentaba asimilar que, tras más de dos años postrado en esa cama, por fin se había marchado para dejarles descansar.

En cuanto volvió a la realidad, sus manos empezaron a tiemblan mientras salía de esa habitación con demasiada prisa y se precipitaba hacia el teléfono donde marcó el número del médico para que se presentasen a certificar sus sospechas. Justo después, algo más asustada e insegura, marcó el de Esteban. Él respondió y, con tiento, le explicó su hallazgo por lo que su marido colgó en el acto. Supo que no tardaría mucho en presentarse en la mansión, por lo que dibujó la mejor de sus máscaras para esconder el alivio que sentía al pensar que Gabriel ya había muerto y se preparó para sostener a su marido en ese momento tan duro que iba a vivir.

En pocas horas, la mansión se volvió un caso absoluto. Esteban llegó con el rostro pálido, tan serio que ella se sintió una persona horrible por haberse alegrado de un hecho que estaba haciendo sufrir a su príncipe. Poco después llegaron los médicos junto al forense y certificaron que sus sospechas no eran infundadas, él se había ido para siempre.

Esteban coordinó con ellos el traslado de su padre al hospital para esperar a que la funeraria se hiciera cargo de todo lo necesario, Eva permaneció en silencio a su lado para mostrarle que no iba a dejarle solo en ese duro momento que tanto le dolía.

Cuando por fin se marcharon, el silencio invadió su hogar. Ella se acercó a su marido con pasos cortos para abrazarlo. Él ni se inmutó al sentir como lo rodeaba, sus ojos estaban cubiertos de hielo, fijos en un punto inexacto de la pared del salón mientras temblaba de forma imperceptible.

—Lo siento mucho, mi amor —susurró sin soltarlo—. Sé que tú le querías muchísimo. Estoy aquí contigo.

—¿Dónde estabas? —preguntó con la voz helada—. Han dicho que ha muerto hace horas, pero no has dado aviso, dónde te habías metido.

—Fui al internado a ver a Dolores, ya te dije que hoy era el día de visita —respondió avergonzada—. Luego Inés me invitó a un café, no me di cuenta de que era tan tarde.

—Le has dejado morir solo —dijo justo antes de que ella soltase su abrazo algo asustada

ante el tono de su voz.

—No lo sabía, mi amor —dijo de forma suave para tratar de calmarlo—. Lo siento mucho.

Al ver como Esteban empezaba a temblar una vez más, trató de envolverle en un nuevo abrazo, pero él completamente fuera de sí, la empujó con fuerza mientras dibujaba el odio en sus pupilas. Eva se quedó muy quieta, apoyada contra la pared con un gesto de dolor en los labios mientras volvía a enfrentarse a esa bestia que tanto la aterraba y Esteban le juraba que no volvería a aparecer.

—Mi padre ha muerto solo por tu culpa —escupió con rabia sin dejar de gritar—. Porque has decidido irte a saber dónde con esa amiga tuya, en lugar de estar aquí cumpliendo tus obligaciones. No voy a perdonarte nunca, Eva.

Fuera de sí, Esteban se fue acercando y ella empezó a hacerse pequeña ante él completamente asustada y dolida. Se repetía una y mil veces que ese monstruo no era su marido, era solo el dolor que sentía ante la pérdida de su padre.

—Él tenía razón —gritó furioso—. Eres una maldita inútil, lo has dejado morir solo. Me lo has quitado todo, Eva. Mi legado, mi futuro, a mi padre. Ahora solo te tengo a ti, espero que estés feliz porque al final él tenía razón, me has jodido la vida.

CAPÍTULO XVIII

La iglesia estaba tan abarrotada que Eva no pudo evitar agobiarse. Nunca le habían gustado las grandes multitudes en actos que para ella eran íntimos, se sentía abrumada y perdida, ya que en esta ocasión no podía contar con el apoyo de Esteban.

Su marido solo estaba a unos centímetros de distancia junto a ella en el primer banco, pero lo notaba tan lejos que le costaba mantener un ritmo constante en sus latidos acelerados en su pecho.

Él permanecía muy quieto, serio y con el rostro helado en una mueca que pretendía mostrar fortaleza cuando en realidad se había quebrado en mil pedacitos, aunque solo ella era conocedora de ese hecho ya que no podía sacar de su cabeza ese río de palabras hirientes que la habían traspasado como un puñal. En su fuero interno habría preferido una nueva bofetada, ya que dolían menos sus golpes que haber escuchado de sus labios como la despreciaba de esa manera, había dolido demasiado.

Con bastante disimulo para no contrariar a su marido, clavó su mirada avellana en el rostro de Dolores mientras luchaba por aplacar la ira que nacía en su interior, ya que le había rogado a Esteban con insistencia que no llevara a la niña a un acto tan serio y triste como un funeral, pero sus súplicas una vez más no fueron tomadas en cuenta y él le había gritado fuera de sí que su hija debía estar presente en el último adiós a su abuelo, ya que era la única nieta que había podido darle.

La pequeña permanecía entre los brazos de su padre y, como si fuese plenamente consciente de la seriedad que requería dicho acontecimiento, no movía un solo músculo ni pronunciaba palabra, algo asustada al no comprender qué ocurría a su alrededor.

La ceremonia siguió su curso, Eva intentaba permanecer firme y no perderse en sus propios demonios a la par que se aburría demasiado, ya que las palabras del sacerdote no dejaban de parecerle insulsas y sin sentido alguno. Dolores cabeceaba contra el hombro de Esteban donde, finalmente, terminó apoyada mientras rodeaba su cuello con los brazos. Su marido apenas se inmutó de esa muestra de cariño de su hija, ya que su mirada seguía fija en ninguna parte, cubierta de hielo.

Cuando la misa fúnebre terminó, dio paso al suplicio de aguantar estoica como más de mil personas hacían cola para compartir dos palabras de aliento con ellos, como si realmente comprendiesen el sufrimiento de Esteban y no estuviesen ahí por su apellido, ya que no conocían ni a la mitad de asistentes a ese funeral.

Ella sonreía educada mientras pensaba en las ganas que tenía de cerrar con esa pantomima y volver a casa, ya que los zapatos la estaban destrozando y se sentía cada vez más agobiada. Esteban recibía a cada persona con un leve estrechón de manos sin soltar a su hija que observaba

curiosa todo ese despliegue sin comprender por qué todos saludaban a su papá.

Cuando pudo reconocer a Inés entre la multitud, suspiró despacio pues por lo menos ella era alguien a quien sí conocía. Arturo la acompañaba y ambos se acercaban con el gesto serio sin perder la ternura que siempre llevaban en sus miradas.

En el mismo instante en el que llegaron a ellos, Inés rompió todo protocolo existente para enredarla en un fuerte abrazo que consiguió recargar sus pilas en el acto. Justo después, dio el pésame un poco más formal a su marido y acarició despacio la mejilla de Dolores sonriente. Su hija, al reconocerla, la saludó efusivamente con la mano, por lo que Esteban frunció el ceño de forma imperceptible y le regaló una mirada que no le gustó ni un poquito.

Tras ella, Arturo fue un poco más sutil ya que no buscó abrazarla sino que tomó su mano de forma muy suave y le obsequió con una de esas sonrisas tan dulces que siempre llevaba en los labios. Eva sintió un pequeño sonrojo en sus mejillas al notar la caricia que había dejado de forma sutil en sus dedos. Había sido mucho más real que todas las palabras estudiadas que habían recibido hasta el momento.

Cuando Ortiz la dejó atrás para saludar a Esteban, Dolores no tardó nada en reconocerle y ensanchar su sonrisa infantil a la vez que soltaba el cuello de su padre para alzar las manos en su dirección, con la firme intención de que Arturo la tomara en brazos.

—Arturo —dijo ella demasiado alegre—. ¿Has venido a dar un beso quita miedos a Dolores?

—No, princesa —respondió con delicadeza—. He venido porque es un día muy triste para tu papá y para tu mamá, pero tú lo estás haciendo muy bien porque consigues que estén un poquito menos tristes.

Ella bajó los brazos con un gesto serio y asintió despacio con su cabeza. Arturo le regaló una sonrisa justo antes de estrechar la mano de Esteban Matamoros. Cuando sus miradas se cruzaron, sintió una corriente muy desagradable en el vientre, no supo por qué, pero él no le transmitía confianza en absoluto.

Todo siguió su curso en cuanto Inés y Arturo desaparecieron. Su breve encuentro había conseguido que Eva mantuviese la calma durante lo que restaba de ceremonia, hasta que por fin terminó. Con la iglesia ya vacía, Esteban puso rumbo al coche sin mirarla y ella lo siguió en silencio. No tardaron demasiado en dejar a Dolores en el internado donde la señorita Blasco la recibió. Por su mirada, supo que ella no iba a tardar demasiado en llamarla por lo que tragó el nudo de su garganta como pudo de camino a su casa, sin que Esteban fuese de ayuda, ya que no pronunciaba palabra.

En cuanto entraron en la mansión, tardó menos de un minuto en descalzarse con un largo suspiro, los tacones habían torturado sus pies durante horas y por fin podía descansar un poco. Solo deseaba meterse en la bañera para relajar la tensión que sentía dentro de su cuerpo mientras

Esteban la observaba con un gesto indescifrable en el rostro.

—No sé en qué momento te pareció buena idea vestirte como una fulana para el funeral de mi padre —dijo de pronto con esas palabras envenenadas que apuñalaban su pecho con fuerza—. ¿No te has dado cuenta de cómo te miraba todo el mundo?

—Nunca te ha parecido que mi forma de vestir fuese inadecuada —respondió con un hilo de voz—. ¿Qué ha cambiado tanto para que ahora lo veas así?

—Tú has cambiado, Eva —susurró de forma mortífera—. Ya no eres la muchacha dulce con la que me casé, parece que te encanta llamar la atención. No he podido evitar sentir vergüenza durante toda la ceremonia, que sea la última vez.

—Eso no es verdad, Esteban —dijo dolida—. Sé que estás enfadado con el mundo y muy dolido por haber perdido a tu padre, pero eso no es motivo para que lo pagues así conmigo, yo no he cambiado, sigo estando a tu lado como siempre he hecho y no busco en absoluto llamar la atención de nadie, solo apoyarte porque estás viviendo una época muy difícil.

—Lo peor de todo es que ni siquiera te das cuenta, Eva —gritó furioso y ella se alejó como un acto reflejo al escucharlo mientras su mirada se cubría de terror—. Ya no puedo ni mirarte sin sentir vergüenza. En algún momento dejaste de ser un ángel para convertirte en una zorra. Mi padre lo sabía y yo no quise escucharle.

—Sé que no piensas de verdad toda esta basura que me dices, Esteban —dijo con la mirada cargada de lágrimas—. Es el dolor el que habla, no tú.

—No quiero que vuelvas a acercarte a Arturo Ortiz —ordenó de pronto con desprecio—. Ni a él ni a ningún otro hombre sin mi consentimiento. Quizás ni siquiera te des cuenta de como atraes sus miradas, pero yo sí y me hace quedar como un pelele estúpido. Tú eres mía, Eva, no lo olvides nunca.

—Él solo es el marido de mi amiga, Esteban —susurró a la vez que descendían las primeras lágrimas por sus mejillas—. Es bueno conmigo y adora a Dolores, no tienes que preocuparte por esos fantasmas que te rondan de repente.

—Tampoco le quiero cerca de mi hija —ladró furioso por lo que acrecentó su miedo—. Es una orden que espero acates sin contrariarme. Y se terminó que vayas por la vida exhibiéndote como si no fueses una mujer casada y respetable. No me ha gustado nada el numerito que has montado en una situación tan seria como el funeral de mi padre.

—Está bien —respondió asustada—. Como desees se hará, pero no te enfades, por favor.

—Ahora hazme el favor de cambiarte —dijo muy serio—. Y haz desaparecer ese vestido, no quiero volver a verlo. Debes elegir mejor tu atuendo y no provocarme la vergüenza de presenciar como todos te miran como a una fulana y no como la mujer respetable que debes ser.

ꕥꕥꕥ

Los meses pasaban sin variar un ápice su rutina, hasta que llegó la llamada que de forma

inconsciente llevaba esperando demasiado tiempo. La señorita Blasco solicitaba una reunión con ella y Esteban para hablar de Dolores.

En cuanto concertó la cita con ella, pensó durante unos segundos si lo más prudente sería callarse y no comentarle a su marido que la maestra de la pequeña les había citado, ya que no tenía ganas de uno de sus arranques de ira cada vez más frecuentes.

A pesar de su miedo, se armó de valor puesto que sus problemas con Esteban no podían afectar a la educación de su niña. En cuanto su marido volvió de la oficina, le comentó que la señorita Blasco había concertado con ella una tutoría y esperaba su asistencia también. Tal y como se temía, la noticia no le hizo demasiada gracia y, con palabras amargas, le dijo que no pensaba dejar la oficina para reunirse con una maestrilla de poca monta, estaba muy ocupado para perder el tiempo con tonterías de esa índole.

Eva guardó reverencial silencio, calló cada una de las palabras que golpeaban sus labios con fuerza, pues a medida que el tiempo pasaba había aprendido que contrariarlo solo provocaba sus estallidos en los que solía salir bastante herida. Asintió despacio, sirvió la cena y ambos comieron sin romper la tensión silenciosa que crecía entre ellos.

Cuando la jornada llegó a su fin, sintió como su vientre se contraía al quebrarse en pedacitos una vez más. Esteban siempre había sido su refugio en medio de las sábanas cuando se abrazaba a ella y todo lo demás dejaba de importar, pero él estaba tan lejos que cada centímetro dolía como una nueva puñalada. Ya no sabía qué más debía hacer para entenderle, para que volviesen a acercarse, para que no la hiriese con el hielo de su indiferencia absoluta.

Debía intentarlo, aunque ese deseo que él solía provocar no aparecía, no como antes. Quizás fuese torpe y metiese la pata demasiadas veces en otras circunstancias, pero no en la cama. Si se entregaba, él volvería a mirarla con deseo en sus ojos oscuros, ella volvería a sentir que la quería a pesar de sus fallos. Amparada por la oscuridad de la habitación, le buscó despacio ya que siempre había sabido cómo llegar a él entre las sábanas.

Con cada beso que dejó sobre su rostro y sus labios, acompañados de esas caricias que solían encender su piel, Esteban fue cediendo ante ella. Devolvió una nueva colisión contra sus labios y la tumbó sobre el colchón mientras ella temblaba sin poder evitarlo pues había logrado su meta, solo le quedaba la amarga tarea de complacerle para ganarse como recompensa una de esas sonrisas que solía regalarle antaño y tanto echaba de menos.

Lo intentó con todas sus fuerzas, provocó sus propios gemidos para incitarle mientras reprimía un río de lágrimas frustradas, ya que no era capaz de sentir ese huracán de cosquillas y electricidad que siempre arrasaba con todo su interior al sentirle.

Cada uno de sus movimientos fue fingido, ya que la ausencia de deseo no provocaba que se arquease contra él y le buscase casi desesperada. Su mente navegaba entre lo inútil que se sentía pues ni siquiera era capaz de disfrutar un acto que antaño la enloquecía de placer y ganas y

su deseo de que terminara.

Esteban movía sus caderas para embestirla, gemía contra sus labios y ella se consolaba al pensar que por lo menos él sí estaba disfrutando hasta que notó como se enderezaba despacio justo antes de detenerse. Sus miradas chocaron en medio de la tenue oscuridad de la habitación y Eva llenó su pecho de miedo, se había esforzado por fingir y al parecer no le había salido del todo bien pues estaba segura de que él la había descubierto.

Con un movimiento muy suave, Esteban se alejó de ella, por lo que su miedo se transformó en terror y se aferró a su cintura para atraerlo una vez más, no podía soportar la idea de haber decepcionado a su príncipe.

—No pares, por favor —suplicó con la mirada encharcada—. Estoy un poco distraída, pero lo haré mejor.

—No puedes hacerlo mejor —susurró él sin apartar los ojos de su rostro—. No puedes porque no lo deseas, Eva.

—Sí lo deseo —respondió asustada y se aferró a su cintura desesperada—. Siempre te deseo, mi amor. Puedo hacerlo mejor, puedo complacerte, lo prometo.

Al ver que no respondía a su súplica, no pudo controlar más las lágrimas que empezaron a caer como un río por sus mejillas. Una vez más había fracasado en todos sus intentos por romper ese abismo que crecía entre ellos. Esteban no tardó en acariciar su rostro para secar esas lágrimas, con tanto cuidado que por un instante pudo vislumbrar en él un pequeño vestigio del hombre al que amaba.

—Tranquila, Eva —susurró despacio—. Sabes que adoro que me busques de esta manera, siempre me haces disfrutar como nadie, pero si lo hago es porque sé que tú también estás disfrutando. Si no lo haces no tiene sentido.

—Puedo intentarlo —dijo ella con la voz quebrada—. Solo tengo que centrarme, puedo hacerlo.

—No es el momento —respondió con su índice sobre los labios de su mujer, ya que esta parecía dispuesta a soltar un río de disculpas en cualquier instante—. Cuando lo desees de verdad lo haremos, no ahora, no porque te sientes obligada, no quiero eso.

Tras sus palabras, Esteban se separó de ella por completo para dejarse caer en su lado del colchón. Eva no volvió a buscarle, temblaba de forma imperceptible mientras sentía una nueva grieta en su pecho, ya no era capaz de entregarse, había terminado de romperse ante la lejanía que su marido había impuesto entre ambos. Sabía que el Esteban que ella amaba estaba ahí, en alguna parte de su interior, necesitaba esforzarse al máximo para recuperarlo porque la idea de no volver a reír nunca a su lado le aterraba mucho más que cualquiera de sus palabras hirientes o sus puñetazos.

ꕥꕥꕥ

Cuando llegó el día de la reunión en el colegio, Eva se presentó muy puntual ya que no deseaba contrariar a la joven maestra que, según su criterio, se estaba tomando muchas molestias para hacer más amena la estancia de su hija en el internado.

Entró en el despacho que le habían indicado, donde se encontró con la señorita Blasco que sonreía de forma dulce en su dirección. Ella le pidió con un gesto que tomase asiento y obedeció con el bolso bien agarrado entre las manos, ya que así estas no temblaban. Durante algunos segundos, miró a la joven profesora con algo de tiento sin atreverse a romper el silencio. Fue ella quien inició de forma suave la conversación.

—Creí que vendría con su marido, señora Puig —dijo ella sin borrar su sonrisa—. Me habría gustado que esté presente en nuestra conversación.

—Esteban es un hombre muy ocupado —respondió demasiado arisca—. Me ha pedido que le traslade sus disculpas ya que le ha sido imposible acompañarnos.

—Está bien, entonces iré directa al grano, Eva —dijo de forma suave—. ¿Puedo llamarte así? O prefieres que mantengamos una relación más formal.

—Eva está bien —respondió un poco más calmada—. Incluso lo prefiero, que me traten de usted aún me pone nerviosa.

—Estos meses no le he quitado ojo de encima a Dolores —continuó ella con delicadeza—. Su adaptación al colegio ha mejorado sin duda, consigue dormir y ya no se muestra tan rebelde, pero me preocupan los motivos por lo que ha cambiado su actitud, pues me parece que no han sido los que yo esperaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó con un hilo de voz.

—Me refiero a que ha mejorado su actitud por miedo a cómo va a reaccionar su padre —respondió sin rodeos—. Por eso deseaba hablar con él. Dolores vive constantemente con miedo a que su padre se enfade con ella, asegura que ya no la quiere como antes debido a que ha cambiado por completo su forma de interactuar con ella. ¿Recuerdas el vínculo del que te hablé la última vez?

—Sí, lo recuerdo —dijo avergonzada—. Intenté explicárselo a Esteban, pero creo que lo entendió todo al revés.

—Eso me temo —intervino con un suspiro—. Su marido ha roto por completo ese vínculo y está afectando a Dolores de forma muy negativa. Sin ir más lejos, hace poco dejó de lado a Raquel por completo ya que aseguraba que su padre no desea que mantenga esa amistad. La pequeña Ortiz estuvo varios días inconsolable porque ha perdido a su amiga sin llegar a entender por qué.

—Pero Dolores adora a Raquel —respondió con los ojos muy abiertos debido a la sorpresa —. Sé que Esteban comentó que no era una buena influencia, pero jamás pensé que llegaría a romper su relación con ella.

—Dolores no desea contrariar a su padre —dijo la maestra de forma seria—. Siente que si no obedece ciegamente todos sus deseos él ya no va a quererla y eso la está metiendo en una espiral que personalmente me preocupa demasiado. Ningún niño debería temer a sus padres de esa manera, siente auténtico terror cada vez que la regañan por si Esteban se entera y siente vergüenza. Si no te molesta voy a ponerme en contacto con él, necesito que venga a hablar conmigo porque está tomando un camino muy peligroso para el desarrollo emocional de Dolores.

—No —respondió demasiado deprisa mientras la señorita Blasco no perdía detalle del terror que se había anclado en su mirada avellana—. No debes llamarlo. Esteban es un hombre ocupado, ya te lo he dicho. Si le citas directamente y le sacas de sus obligaciones será peor. Yo me encargaré de hablar con él.

—Está bien, Eva —susurró al analizar a conciencia su reacción por lo que su preocupación creció ya que no le gustó vislumbrar ese miedo que ella arrastraba—. Pero ten presente que puedes llamarme si lo necesitas. Yo solo deseo que Dolores esté lo mejor posible, igual que tú.

—Te lo agradezco mucho, de verdad —susurró algo más calmada—. Sé que hice lo correcto al meter a mi niña en este colegio.

La conversación llegó a su fin, la señorita Blasco estrechó su mano con confianza y le aseguró que encontrarían la manera de ayudar a Dolores, por lo que Eva dejó el despacho con la mirada más serena.

En cuanto ella se marchó, Blasco dedicó unos minutos para serenarse y analizar a conciencia cada una de sus palabras. Tenía demasiada experiencia a sus espaldas, su instinto jamás le fallaba por lo que estaba completamente convencida de que algo iba muy mal en esa casa y debía intervenir antes de que fuese tarde. Era el momento de poner el caso en manos de servicios sociales para que tanto Dolores como Eva recibiesen la ayuda necesaria y la situación no se les escapase de las manos de forma irreversible.

ꕥꕥꕥ

El curso llegaba a su fin, llevaba meses luchando con todas sus fuerzas contra la burocracia y el elitismo absurdo del internado, ya que estaban retrasando cada una de sus solicitudes para intervenir en los problemas de la familia Matamoros, ya que al no tener pruebas físicas de sus sospechas estas no se sustentaban y la institución se negaba a que su buen nombre quedase mancillado por un escándalo de esa índole.

Eva Puig tampoco era de gran ayuda, ya que en las reuniones que tuvo con ella, siempre con la excusa de hablar sobre su hija, no consiguió que confesara la realidad que estaba viviendo, llevaba una máscara demasiado incrustada y llegar a ella resultaba casi imposible.

Dolores se había vuelto una niña muy solitaria, apenas se relacionaba con sus compañeras y había quebrado por entero su amistad con Raquel Ortiz a la que solía despreciar con sus palabras, como si de pronto su pequeño corazón se hubiese llenado de un odio enfermizo hacia

aquella niña que solo deseaba acercarse y comprender por qué ya no deseaba ser su amiga.

Ya no sabía cómo aliviar los fantasmas de su pequeña alumna, siempre que lo intentaba se estampaba contra un muro de hormigón al igual que en sus tímidos acercamientos a Eva Puig con el único objetivo de ayudarla.

Ese día todo había ido de mal en peor. Era de los últimos del trimestre y en nada sus alumnas volverían a casa para pasar las vacaciones de verano. Ella sentía que todos sus esfuerzos habían sido en vano, ya que la señora Ríos la había citado en el despacho para decirle que no iban a renovar su contrato, eran sus últimas jornadas en el María Lucía pues se había involucrado demasiado y ese hecho le había costado su puesto de trabajo.

Solo le quedaba un as bajo la manga, un último clavo ardiendo para marcharse del lugar con la conciencia tranquila al saber que había hecho todo cuanto estaba en su mano. No dudó cuando se encerró en el despacho para llamar a Inés Aguilar, quizás ella podía hacer más ya que tenía en alta estima a la joven Puig.

La conversación fue escueta, sabía que se estaba extralimitando pero ya había perdido su trabajo, no le quedaba nada por lo que aferrarse a la falsa moral del internado y no compartir sus dudas con aquella mujer. Inés la escuchó y prometió hacer todo cuanto estuviese en su mano para romper la coraza de Eva, ella también estaba preocupada ya que su amiga se había alejado demasiado en los últimos meses y empezaba a entender el origen de esa brecha que había impuesto entre ambas.

ꕥꕥꕥ

Inés se había vuelto la mujer más insistente de todo el planeta. Eva escapaba de ella sin ganas de explicarle que su esposo no la consideraba una buena compañía, pero no podía evitar echarla de menos todos los días y se le hacía cada vez más difícil rechazar las invitaciones que esta le lanzaba cuando se veían en el internado.

Sus excusas eran cada vez menos creíbles, aunque ella no se daba por vencida, no dejaba de buscarla con su suave sonrisa, con los ojillos avellana cargados de vitalidad. No dejaba de recordarle lo bien que solían pasarlo cuando se perdían por Madrid para descubrir nuevas cafeterías, cuando hablaban durante horas de todo y nada, cuando ella escuchaba sin juzgar sus fantasmas y siempre sabía qué decir para aliviar sus miedos.

El curso terminaba y ella no se había rendido, seguía buscándola por lo que terminó claudicando, ya que no le apetecía seguir mintiendo y aceptó acompañarla durante la inauguración de su nueva galería ya que, según sus palabras, Arturo estaría en Estados Unidos y no le apetecía vivir un momento tan especial ella sola.

Al escuchar que aceptaba ir con ella, Inés había ensanchado su sonrisa hasta iluminar todo su rostro y le había prometido que sería inolvidable. Eva no pudo evitar reír con ganas ante el huracán que suponía para ella Inés, la echaba mucho de menos.

Cuando llegó el gran día, se vistió con sus mejores galas y escapó de su casa antes de que Esteban llegase, ya que no le apetecía nada escuchar sus comentarios hirientes sobre su ropa o que se pusiera cabezón y no le permitiese acudir a esa inauguración, ya que con el paso de los días se había cargado de ilusión al pensar en dicho acontecimiento.

Inés estaba maravillosa, brillaba con luz propia en ese mundo donde siempre había destacado por ser una de las artistas mejores valoradas del país. En cuanto llegó, su amiga no fue capaz de soltarla, le presentó a muchísima gente interesante siempre con una sonrisa en los labios. Le enseñó orgullosa todos sus cuadros y ella admitió que tenía un talento increíble para dar vida y color a los lienzos.

Mientras reían a carcajadas de cualquier cosa y disfrutaban con creces de un ratito juntas tras tantos meses de ese tira y afloja que habían protagonizado, ninguna de las dos era consciente del rumbo drástico que daría sus vidas en breves instantes.

De pronto, sin ningún tipo de alarma previa, Eva sintió como la mano de Inés en su brazo perdía agarre. Se giró deprisa en su dirección para comprender qué había sucedido y su mirada avellana se cubrió de horror al ver como esta se desvanecía ante sus ojos.

Tardó muy poquito en arrodillarse y no fue capaz de respirar hasta que encontró el murmullo de su pulso. Justo después pidió muy nerviosa que avisaran a emergencias pues ella no despertaba, no se movió de su lado hasta que la subieron a la ambulancia y decidió acompañarla tras asegurar a los paramédicos que su esposo no se encontraba en el país y no deseaba dejarla sola.

Durante el camino al hospital, analizó en su mente todas las posibilidades ya que su desvanecimiento podía ser originado por cualquier cosa, desde el estrés por abrir una nueva galería a estar esperando otro hijo con Arturo, no tenía por qué ser una mala noticia. No podía saber, ni siquiera podía intuir, que en realidad su amiga estaba sentenciada y que ese episodio no era más que el indicio de que no tardaría en perderla, pero esta vez para siempre.

CAPÍTULO XIX

Nunca le habían gustado las sillas del hospital. Las encontraba terriblemente incómodas y poco funcionales, sobre todo para las personas que debían pasar horas ahí sentadas a la espera de noticias de sus seres queridos.

Su pierna parecía tener vida propia y ni siquiera estaba nerviosa por la bronca que le esperaba en su casa, ya que tenía toda la intención de volver antes de que llegase Esteban, pero ese percance la había retrasado y él iba a enfadarse muchísimo en cuanto descubriese que se había escaqueado con Inés, que no había hecho la cena y, lo peor de todo, que no le había avisado de que se ausentaría tanto tiempo.

Suspiró para desterrar esas ideas de su mente, pues en ese instante lo único que debía preocuparle era el estado de Inés y qué iban a decirle los médicos, mientras se odiaba a sí misma por no haber sido precavida y no tener ni idea de cómo avisar a Arturo de lo sucedido, ya que este se encontraba fuera del país.

En cuanto vio a una de las enfermeras acercarse a ella, se levantó demasiado deprisa sin ocultar los nervios que la estaban consumiendo y la esperó paciente hasta que llegó a su altura con una suave sonrisa en el rostro.

—Señora Puig —dijo educada—. La señora Aguilar está despierta, van a dejarla esta noche en observación mientras le hacen algunas pruebas, pero está bien y ha solicitado verla con bastante urgencia.

—¿Dónde está? —preguntó aliviada—. ¿Puedo ir con ella?

—Está en la habitación 209 —respondió con un leve asentimiento—. No son horas de visita, pero puede pasar a verla. Creo que de lo contrario pondrá patas arriba todo el hospital. Esa mujer es un pequeño huracán.

Eva no pudo evitar una leve carcajada, ya que las palabras de la enfermera le resultaron demasiado acertadas, justo antes de seguirla por esos pasillos hacia la habitación donde su amiga la estaba esperando. Cuando entró, su mirada castaña se clavó sobre el rostro de Inés y se le contrajo un poco el estómago, pues no se había dado cuenta de lo cansada que parecía hasta verla sobre esa cama de hospital. Se acercó despacio y ella, al escucharla, la miró con una enorme sonrisa en los labios.

—Menudo susto me has dado, Inés —susurró al alcanzarla—. ¿Cómo te encuentras?

—Solo estoy un poco cansada —respondió con un encogimiento de hombros—. Supongo que el estrés de estos meses con la galería ha estallado esta noche, no te preocupes que en unos días estoy como un roble otra vez.

—Debes decirme a qué número llamar para avisar a Arturo —dijo al tomar asiento a su lado—. Quería hacerlo mientras esperaba, pero no sé dónde está ni cómo contactar con él.

—No hace falta que le digamos nada —contestó con un pequeño resoplido—. Seguro que si se entera de que me he desmayado cancela todas sus reuniones y no quiero eso. Está a punto de firmar una expansión de Ortiz muy importante, va a abrir una sede en California y no me da la gana molestarle por un ataque de estrés.

Eva la miró unos instantes con un movimiento negativo de la cabeza acompañado de su sonrisa. Inés volvió a suspirar ya que se notaba su cansancio en cada una de sus facciones.

—Ahora que te tengo solo para mí y no vas a escaparte como una liebre asustada —dijo de pronto y encendió todas sus alarmas—. ¿Vas a contarme qué sucede, Eva? Porque no lo entiendo. Tú y yo estábamos genial, confiaba en ti muchísimo y tú en mí, teníamos una amistad muy bonita y de la noche a la mañana desapareciste.

—No sé qué decirte, Inés —respondió algo insegura—. La muerte de mi suegro lo cambió todo en casa, el duelo está siendo difícil y tenía que centrarme en mi marido, eso es todo.

—Eso podría explicar en parte que decidieras alejarte del mundo —susurró despacio—. Pero no explica para nada por qué Dolores ha decidido que mi hija ya no es una buena amiga para ella. Raquel es una niña muy sensible, Eva. No sabes la de noches que se ha quedado dormida en mis brazos sin dejar de llorar porque no entiende que su mejor amiga ahora la odie.

—Dolores está pasando una etapa un poco difícil también —respondió avergonzada—. Seguro que después del verano se le pasa lo que sea que tiene en la cabeza para alejarse de Raquel.

—Ya sé que me vas a decir que no tiene nada que ver con Esteban —dijo algo más seria—. Pero yo no soy estúpida, Eva. Sé perfectamente que las cosas con tu marido van de todo menos bien. Sé que ha sido él quien le ha prohibido a Dolores acercarse a mi niña, a saber por qué y tengo que decírtelo o reviento, creo que ha perdido la cabeza por completo y como no salgas de ahí va a terminar estallando en tu cara. No deseo que te haga sufrir, Eva. No lo mereces.

—Esteban está pasando un duelo muy difícil —respondió mientras intentaba controlar el tembleque de su voz—. La muerte de su padre lo ha trastornado y hasta que no se deshaga del dolor que le consume no podrá avanzar.

—Puedo entender que sufra —contestó más calmada—. Imagino que debían estar unidos para que le haya trastornado tanto perderlo, pero no puedes dejar que te arrastre con él. Te está aislando y a tu hija también, es una actitud peligrosa, Eva.

—En verdad nunca estuvieron muy unidos —susurró sincera—. Esteban siempre le tuvo un miedo horrible, le dejaba hacer y deshacer a su antojo. Creo que por eso le cuesta tanto avanzar y superar el duelo, se siente culpable por no haber sido un hijo mejor.

—Está bien que desees ayudar a tu marido —dijo sin dar su brazo a torcer—. Pero te lo vuelvo a repetir, no debes olvidarte de ti en el proceso. Necesita avanzar, lo entiendo. Tú también lo necesitas y si no cambian las cosas te va arrastrar a un hoyo del que no podrás salir.

—No lo hará —respondió insegura—. El hombre al que amo sigue ahí, en algún lugar de su interior, solo debo encontrar el modo de ayudarle a sacarlo y que vuelva a ser él mismo.

—Espero que no te estés equivocando, Eva —dijo al final con un nuevo suspiro—. No soportaría ver como te hace daño y te consume. Prométeme que no volverás a huir de mí, quiero estar aquí contigo para que veas el camino y puedas avanzar.

—Te lo prometo —susurró con media sonrisa en el rostro—. La verdad es que estos meses te he echado mucho de menos. No sabes lo aburrido que es no poder hablar con alguien de algo más que temas insulsos de la alta sociedad.

ꕥꕥꕥ

Los meses seguían pasando sin dar tregua. Dolores había iniciado un nuevo curso en el María Lucía tras un verano largo que habían pasado casi en su totalidad en la casa familiar de Mallorca donde Esteban y ella habían tenido su luna de miel, para gran alegría de la pequeña que aún no conocía el lugar y había disfrutado como una loca del mar junto a su mamá.

Esteban apenas había salido del estudio, enfrascado en su trabajo por lo que su fantástica idea de alejarse de Madrid para intentar reconectar con su marido en un lugar que solo le traía buenos recuerdos cayó en saco roto.

Septiembre llegó, trajo con él la rutina una vez más. Un nuevo adiós ya que debía separarse de su niña, un nuevo ahogo al sentirse encerrada en la mansión mientras la mirada de Esteban se iba cubriendo de hielo y sombras.

Su única vía de escape seguía siendo la amistad que la unía a Inés Aguilar, aunque venía cargada de genuina preocupación ya que su amiga intentaba ocultar los estragos que un cansancio anómalo estaba provocando en sus rasgos.

Durante todo ese tiempo, los médicos no dejaban de hacerle pruebas para descubrir el motivo de su agotamiento que solía producir desvanecimientos, ya que el que sufrió en la galería solo fue el primero y muchos otros vinieron después.

No eran capaces de descubrir qué tipo de dolencia atacaba a su amiga, aunque esta solía bromear para quitarle hierro al asunto y trataba por todos los medios arrancar su careta para descubrir qué escondía bajo el maquillaje que solía usar para tapar todos los estallidos de Esteban cuando perdía por completo el control.

Cerca de las siete de la tarde, Eva estaba refugiada en la cocina donde solía esconderse del mundo y, sobre todo, de Esteban ya que él solía provocarle un terror genuino cada vez con más frecuencia. Mientras recolectaba los ingredientes para preparar la cena, escuchó como sonaba el teléfono, pero no prestó atención ya que seguramente sería algún asunto de trabajo de su marido y él se encargaría de cogerlo.

Sin darle más importancia empezó a trocear algunas verduras con una melodía suave en sus labios, hasta que al cabo de unos minutos apareció su marido en la estancia, demasiado serio.

Al verlo, Eva se sobresaltó ligeramente a la par que su mirada se cubría de pavor y pensaba muy deprisa qué podía haber hecho para enfadarlo.

—Ha llamado Arturo Ortiz —dijo él y ella perdió todo el color de su rostro en el acto—. Quería hablar contigo, le he dicho que estabas ocupada.

—¿Te ha dicho qué quería? —preguntó entre susurros.

—Sí —respondió él despacio, con un tono de voz un poco más suave—. Han ingresado a su mujer en el hospital, quería decírtelo porque eres su amiga.

—¿Ella está bien? —preguntó una vez más, con evidentes signos de preocupación en sus rasgos—. ¿No te ha dicho nada más?

—No, Eva —dijo sin apartar su mirada de ella—. Le he dicho que te avisaría de inmediato y eso he hecho. Ve a cambiarte si lo deseas, te acercaré al hospital para que te enteres de lo que ocurre tú misma.

Ella no respondió. Tras escucharlo se deshizo con prisa del delantal y salió disparada hacia la habitación. Volvió al cabo de unos minutos con un atuendo más acorde para salir de casa, ya que mientras cocinaba solía vestir muy informal. Esteban no pronunció palabra hasta que ambos estuvieron en el coche y arrancó para salir de la mansión.

—No estoy enfadado contigo, si es lo que te estás preguntando —dijo de pronto, para sacarla del mutismo en el que se había sumido—. Sé que tu único contacto con Ortiz se debe a tu amistad con su mujer.

—Te lo dije en su momento —respondió despacio—. Pero no quisiste hacerme caso.

—¿Ella está muy mal? —preguntó sin apartar la mirada de la carretera—. He escuchado algún rumor, en el Club comentan que cada vez se la ve más débil y que Ortiz está desesperado.

—No son capaces de encontrar qué le ocurre —respondió ella asustada—. Llevan meses con esas dichosas pruebas, pero no sale nada. Ojalá lo descubran pronto para que pueda mejorar.

Esteban respondió con un gesto de su cabeza y Eva guardó silencio mientras le temblaban las manos. En cuanto llegaron al hospital, él se despidió con la excusa de que tenía que volver a su trabajo, justo antes de decirle que le llamase en cuanto deseara volver a casa para ir a buscarla. Ella se atrevió a dejar un beso suave sobre sus labios como agradecimiento por haberla acompañado y salió disparada del vehículo para entrar al edificio como un huracán.

En el mismo instante en el que encontró a Arturo y vio su rostro, sintió como el aliento se cortaba en su garganta pues él estaba completamente devastado y eso solo podían significar malas noticias.

Se acercó despacio a la par que él se quebraba en lágrimas, por lo que nada más alcanzarlo le abrazó con fuerza y sintió como temblaba.

—Gracias por venir —susurró él al separarse despacio de ella—. La verdad es que por desgracia no hay buenas noticias que pueda darte.

Fue a preguntar alarmada, pero las palabras murieron en sus labios al ver como Arturo se enderezaba con la mirada fija en el fondo del pasillo. Se giró despacio para ver qué había captado su atención y vislumbró a una pareja que se acercaba con prisa. No tuvo que pensar demasiado para descubrir que debían ser Víctor y María, ya que Inés le había hablado durante horas de sus amigos de la infancia.

En cuanto los alcanzaron, quien creía que era Víctor se abrazó con fuerza a Arturo mientras María acariciaba su brazo con ternura y tiento.

—Hemos venido como un rayo en cuanto has llamado —dijo él al soltarlo—. ¿Qué te han dicho los médicos?

—No hacía falta, Víctor —respondió sobrepasado—. Es tarde. ¿Dónde está Carmen?

—No te preocupes por ella, Arturo —intervino la mujer con media sonrisa en los labios—. Se ha puesto contentísima en cuanto la hemos dejado en casa de su amiga Gloria y le hemos dicho que dormiría ahí esta noche.

—No pensábamos ni por un instante dejarte solo —dijo él demasiado serio—. Se trata de Inés.

—No estaba solo —respondió con un encogimiento de hombros—. La señora Puig también apareció como un pequeño huracán en cuanto la avisé. Es una de las mejores amigas de Inés.

Con cuidado, Arturo colocó la mano sobre su hombro y la incluyó en medio de la conversación al presentarle a sus amigos. Ella los saludó con un leve gesto educado correspondido por tímidas sonrisas mientras Ortiz suspiraba sobrepasado.

—¿Qué te han dicho los médicos, Arturo? —preguntó María con delicadeza—. ¿Ya han descubierto qué le ocurre?

Al escucharla, él sintió como sus piernas temblaban por lo que tomó asiento con las manos en el rostro. Víctor se dejó caer a su lado para atraerlo por los hombros ya que empezó a temblar una vez más.

—Ya hay un diagnóstico oficial —susurró mientras liberaba sus lágrimas—. El peor que podían darle. Inés tiene Amiloidosis, es una enfermedad muy extraña, por eso han tardado tanto en encontrarla, ataca sus órganos vitales y no tiene cura. Han conseguido identificarla porque su corazón está muy débil, por eso siempre está tan cansada.

Al escuchar sus palabras, los tres dibujaron un gesto de horror en sus rasgos mientras intentaban comprender la gravedad del asunto.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Eva con los ojos encharcados en lágrimas—. Quizás hay algún tratamiento que pueda seguir.

—No lo hay —respondió Arturo con la mirada fija en el suelo—. Los médicos me han dicho que solo pueden ofrecer paliativos y esperar a que su corazón deje de funcionar. Puede ser

mañana, dentro de un mes o en diez años, pero no hay cura ni tratamiento al ser una enfermedad que sufre tan poca gente en el mundo.

En cuanto él guardó silencio, ninguno de los tres se atrevió a romperlo. Esperaron en esa sala con su muda compañía hasta que uno de los médicos se presentó para avisarles que Inés estaba instalada en una habitación y podían pasar a verla.

Lo primero que Eva pudo pensar en el mismo instante en el que entró en ese lugar fue que su amiga era la mujer más increíble del mundo. Acababa de descubrir que estaba sentenciada, que esa enfermedad extraña iba a terminar con su vida, y aún así se las ingeniaba para hacer chistes y sonreír para regalarles esa luz que siempre desprendía.

Arturo permanecía a su lado sin dejar de mirarla como si ella fuese lo más preciado del mundo entero y Eva sintió un pinchazo en su pecho, era demasiado injusto que la vida les enviase ese golpe tan duro sin que pudiesen hacer nada para enfrentarlo o evitarlo.

Tras algunas horas, Víctor y María se despidieron al notar como Inés estaba perdiendo las fuerzas. Ella quiso marcharse también, por lo que se excusó con la idea de buscar un teléfono y llamar a Esteban, pero su amiga agarró su mano para detenerla.

—Quédate un poquito más —suplicó con su mirada fija en ella—. Necesito hablar contigo, Eva.

—Yo voy a buscar un café —intervino Arturo al comprender que su mujer deseaba quedarse a solas con la joven Puig—. Cuando vuelva puedo llevarte a casa, no es necesario que tu marido venga hasta aquí a buscarte.

En cuanto se quedaron solas, Inés borró la sonrisa para permitirse a sí misma derrumbarse. Había intentado por todos los medios permanecer fuerte por Arturo, ya que él estaba viviendo la peor de sus pesadillas y no deseaba echar más leña al fuego, pero estaba aterrorizada y solo ante Eva se sintió con la seguridad suficiente como para mostrarlo.

—Por lo que parece no era estrés —susurró entre lágrimas—. No es agradable saber que no hay nada más que hacer, que tienes los días contados. Yo me quedo sin tiempo, Eva. Necesito que me escuches y hagas algo por mí.

—Lo que sea —dijo ella con sus manos enredadas para darle fortaleza—. Dime lo que necesitas, yo te lo daré.

—Quiero que me prometas dos cosas —respondió con un pequeño sollozo que desgarró su pecho con fuerza—. La primera es que no vas a dejar que Esteban te rompa. Necesitas abrir los ojos y ver cómo te está consumiendo. Necesitas ser fuerte, enfrentarlo y alejarlo de tu vida para que deje de ahogarte. Prométeme que vas a luchar para que él no te anule y vas a ser feliz.

—Te lo prometo, Inés —respondió entre lágrimas, demasiado sobrepasada por la situación —. Voy a luchar por ser valiente como tú me ves.

—Lo segundo que necesito pedirte no sé si tengo derecho a hacerlo —susurró

completamente quebrada—. Es un ruego que creo que vas a entender, Eva, quizás mejor que nadie. Arturo es un gran padre, el mejor que existe, pero sin mí estará perdido y tengo mucho miedo por mi pequeña. Raquel es demasiado joven para entender. Cuando yo… cuando ya no esté necesitará que la cuiden y no conozco a nadie mejor para ello que tú. Prométeme que velarás por mi pequeña, por favor.

—Lo haré —dijo solemne—. Te lo prometo.

ꕥꕥꕥ

El pronóstico de los médicos no fue muy claro, podían ser días o años. El tiempo pasaba demasiado lento en ocasiones y en otras muy rápido. Mientras Eva vivía en un constante remolino de violencia y caos que no sabía enfrentar, Inés se consumía muy despacio y ella no podía hacer nada para evitarle ese sufrimiento agudo en el que estaba sumida al saber que cada uno de sus días podía ser el último.

Ya había perdido por completo la esperanza de encontrar en su marido al hombre que años atrás la había enamorado. Cuando por fin aceptó que él ya nunca sería el mismo, estaba tan atrapada y asustada que se veía incapaz de cumplir aquella promesa que había pronunciado en el hospital. No podía dejar a Esteban pues no era absolutamente nadie sin él, a pesar de que ya no había ni una sola pizca de humanidad en su mirada oscura y ya solo quedaba el monstruo que la mantenía presa en un infierno del que jamás lograría escapar.

Tapaba cada una de sus heridas con esa máscara que ya se había vuelto su único rostro. Ese maquillaje que cubría sus miserias mientras callaba su dolor y lo metía en un rincón de su mente, ya que necesitaba aparentar que seguía entera para que Inés contase con su apoyo en su propio camino de dolor y ruinas.

Los días se volvieron semanas, meses, incluso años en los que vivió el declive de su amiga, cada vez más débil y con visitas más largas a ese hospital donde intentaban calmar su dolor con esos cuidados paliativos que sólo eran el preludio de un final inevitable.

Ella era tan absolutamente cabezota y fuerte que los propios médicos se asombraban al ver que estaba aguantando tanto. Siempre tenía esa sonrisa dulce entre los labios mientras dedicaba cada minuto de sus días a intentar disfrutar de la gente a la que amaba. Arturo había dejado de lado sus negocios para volcarse en ella en todos los sentidos y la pequeña Raquel sin llegar a comprender qué estaba sucediendo, colmaba a su madre con ese cariño infinito que desprendía.

Hasta que, cinco años después de ese diagnóstico que la había sentenciado, su corazón no pudo seguir y se detuvo en esa cama de hospital donde ella se marchó, donde dejó atrás todo sufrimiento junto a una familia rota al haber perdido una parte fundamental de la misma.

Cuando Eva recibió la fatídica llamada en la que Arturo, entre lágrimas y completamente destruido, le comunicó que Inés había fallecido, sus manos temblaron tanto que el aparato se le escurrió hasta el suelo.

Inés Aguilar había sido la calma en medio de cada una de sus tormentas y la había dejado sola para enfrentarse a sus demonios.

Arturo decidió que el funeral de su mujer debía ser en la iglesia del barrio donde habían crecido. Esta estaba completamente abarrotada cuando se presentó junto a Esteban y Dolores para darle su adiós a la que había sido la mejor de sus amigas.

Estaba tan devastada que ni siquiera tuvo fuerzas para pelearse con su marido, ya que no encontraba adecuado que su hija se presentara en un acto tan triste como aquel, pero Esteban fue intransigente. Arturo Ortiz era un hombre importante y debían apoyarle en esos duros momentos, por lo tanto Dolores asistiría a la ceremonia sin discusión.

Esta permaneció en silencio sin soltar su mano en ningún momento, sin ser consciente de que ese gesto estaba llenando su pecho de la fuerza suficiente como para aguantar estoica y no estallar de ira por las palabras del sacerdote, ya que encontraba demasiado injusto que Inés hubiese muerto cuando era una de las mejores personas que había conocido.

Cuando pasaron a dar el pésame a Arturo, Eva sintió ganas de vomitar ante la falsedad de su marido, ya que él no soportaba a Ortiz, pero fingía un interés falso solo por ser uno de los hombres más influyentes del país.

Ella le regaló un tímido abrazo justo antes de acariciar con ternura el rostro encharcado en lágrimas de Raquel. Dolores no pronunció palabra en ningún momento, con los ojillos negros cubiertos de miedo y lágrimas que no dejaba caer al comprender que su compañera de clase había perdido a su madre, ya que encontraba ese hecho lo más horrible que le puede pasar a una persona. La sola idea de pensar que su mamá podía morir y dejarla sola con Esteban llenaba su mirada del pánico más absoluto.

En cuanto todo terminó y llegaron a la mansión, su niña desapareció demasiado deprisa para encerrarse en su habitación y dejar libres las lágrimas que había retenido durante todo el funeral.

Eva suspiró frustrada a la par que llevaba las manos a su rostro para restregarlo e intentar serenar sus ideas. Esteban había dejado fuera de casa su careta de marido ejemplar y volvía a mostrarse frío como el hielo ante ella.

—Espero que estés contento —dijo con bilis en las palabras—. Gracias a tu magnífica idea de montar una pantomima y obligar a tu hija a presenciar el funeral ella está aterrorizada.

—Ella está perfecta, Eva —respondió de forma mortífera—. Es una Matamoros, es fuerte y debía estar ahí, toda la familia junta debíamos mostrar nuestros respetos a Ortiz.

—Dolores no está bien por mucho que quieras que así sea —contestó enfadada—. Lleva dos días aterrorizada, preguntándome si yo también me voy a morir como la madre de Raquel y tú, en lugar de escuchar sus miedos la obligas a ir al maldito funeral. Solo tiene diez años y no le hemos hablado de un tema tan serio como la muerte, está confundida y asustada.

—Mi hija no tiene miedo a nada —respondió airado—. Y si lo tiene es porque no dejas de consentirla. No te preocupes que hablaré con ella.

Sin darle oportunidad a responder. Esteban desapareció como un huracán hacia la habitación de su hija. Eva lo siguió asustada, ya que él enfadado solía ser imprevisible, mientras se recriminaba a sí misma no haber guardado sus palabras.

No pudo entrar tras él, ya que cerró la puerta con un sonoro portazo, por lo que se quedó helada en medio del pasillo con algunas lágrimas en los ojos y rogó con todas sus fuerzas que Esteban mantuviese la compostura para no asustar más a su pequeña.

En la habitación, él se quedó quieto con la mirada fija en el rostro de su hija y en el río de lágrimas que tenía sobre sus mejillas.

—Ven aquí —ordenó despacio—. Vamos a hablar tú y yo.

Dolores se levantó de la cama al escucharlo, se acercó con pasos tímidos hasta él que no tardó en colocar las manos sobre sus hombros en cuanto la tuvo delante.

—Mírame, Dolores —dijo y ella alzó la mirada al obedecer. Esteban separó una de las manos de su hombro y la usó para secar las lágrimas de su hija—. Escúchame bien. Tú eres la última Matamoros, eres perfecta, valiente y fuerte. No puedes mostrarte débil, no puedes enseñarle al mundo tus miedos. Un Matamoros nunca llora, Dolores, nunca se muestra vulnerable.

—Pero, papá —susurró ella despacio—. Yo no quiero que os pase nada a ti o a mamá. Me asusté cuando supe que había muerto la madre de Raquel porque podrías haber sido tú, o podría haber muerto mamá y eso me da demasiado miedo.

—Lo sé —respondió firme—. Pero eres más fuerte que ese miedo. No más lágrimas. Eres una Matamoros, no una niña llorona que se deja pisotear.

—No volveré a llorar —dijo al final con un hilo de voz—. Estarás orgulloso de mi, papá. Te lo prometo.

Al escucharla, Esteban soltó sus hombros y se alejó de ella con una sonrisa satisfecha en el rostro. Estaba convencido de que tenía razón, su hija era mucho mejor que él en todos los sentidos y jamás se dejaría vencer por esos miedos absurdos, por mucho que Eva quisiera pensar que sí.

—Ve a limpiarte la cara antes de cenar —ordenó antes de marcharse—. Y no olvides quién eres, Dolores, porque el mundo no lo hará.

Tras sus palabras, Esteban abandonó la habitación sin ser consciente ni por un instante que acababa de destruir a su hija. Que había puesto la primera piedra para que esta construyese el muro que la aislaba del mundo al reprimir cada una de sus emociones solo por el deseo casi enfermizo de sentir que su padre estaba orgulloso de ella.

ꕥꕥꕥ

Cuando llegó el domingo y su chófer la llevó al internado, su mirada oscura estaba llena de determinación. Había tomado la decisión de ser tan fuerte como su padre siempre le repetía que era, ser digna del apellido que portaba, pero antes de encerrarse a sí misma tras una máscara de perfección, había algo que tenía que hacer.

Nada más llegar, dejó sus cosas en la habitación antes de saludar a sus compañeras y aliadas en esa guerra que había iniciado hacía ya años con Raquel Ortiz, debido a la envidia enfermiza que sentía por ella ya que Arturo jamás se perdía un solo acontecimiento de su vida mientras Dolores rogaba migajas de cariño por parte de Esteban,

Con un pequeño suspiro, abrió la mochila para sacar de ella el pequeño presente que había rescatado del trastero de la mansión, pues llevaba todo el fin de semana con la cabeza como un avispero y sentía que la situación de Raquel en esos instantes merecía una pequeña tregua en el odio mutuo que se profesaban.

Sin mostrar el pequeño tesoro que llevaba encima, salió en silencio de la habitación y sus pasos la llevaron por cada instalación del lugar en busca de su gran rival sin éxito alguno.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, se dirigió al patio de la zona infantil convencida de que no iba a encontrarla ahí, pero era de los pocos rincones que aún no había investigado.

Al llegar, se detuvo unos instantes pues pudo reconocer el perfil de Raquel cargado de lágrimas. La pequeña Ortiz estaba sobre uno de los columpios y se balanceaba despacio en completa soledad. Sus ojos avellana estaban clavados en el infinito y su rostro estaba tan triste que consiguió removerla a la par que avivaba sus miedos al pensar que podría haber sido su mamá y no la de Ortiz.

Se acercó a ella despacio hasta sentarse en el columpio libre que tenía a su derecha. Raquel la miró con los ojos endurecidos y una mueca de disgusto en los labios.

—Márchate, Matamoros —susurró entre lágrimas—. No tengo ganas de pelearme contigo ahora.

—No he venido a pelear, Raquel —respondió y captó su atención ya que había usado su nombre y no su apellido al referirse a ella—. Solo quería decirte que siento muchísimo lo que le ha pasado a tu mamá.

Ortiz no respondió, un pequeño sollozo se escapó de entre sus labios a la vez que las lágrimas volvían a encharcar sus mejillas. Dolores se mantuvo en silencio a su lado sin moverse mientras desahogaba ese dolor agudo que no abandonaba su pecho desde el mismo instante en el que su padre le había dicho que su madre había muerto.

De pronto, en medio de su llanto, sintió como su compañera dejaba algo suave entre sus manos. Al lograr enfocarlo, reconoció un peluche algo desgastado de un gato pardo y su mente viajó muy atrás en el tiempo cuando la joven Matamoros no era su rival sino su mejor amiga y

paseaba ese gatito por todas partes.

—He pensado que Bigotitos estará mejor contigo ahora —susurró sin dejar de mirarla—. Mi mamá me lo regaló para que no la echase tanto de menos cuando me trajo al internado, creo que lo necesitas más que yo.

—No he olvidado a Bigotitos —respondió con una sonrisa muy pequeña en el rostro mientras envolvía el peluche entre sus brazos—. Durmió con nosotras muchas noches.

—Puedes abrazarlo cuando eches demasiado de menos a tu mamá —dijo al final mientras ambas empezaban a balancearse despacio en sus respectivos columpios—. Sé que no es lo mismo, pero a mí me ayudó.

—Gracias, Dolores —susurró con las últimas lágrimas en sus orbes castaños—. Voy a cuidar bien de él, te lo prometo.

CAPÍTULO XX

Había leído en algún lugar que la adolescencia era una etapa maravillosa llena de cambios alucinantes mientras transitaba ese camino que la llevaría de ser niña a convertirse en mujer. Aún así, Dolores solo podía pensar que esas palabras eran patrañas sin sentido, ya que nada en su vida era maravilloso y alucinante, solo una constante de rutinas y de esfuerzos cada vez más titánicos por cumplir las expectativas que su padre cargaba sobre sus hombros sin pensar que ese peso la estaba hundiendo.

El único cambio que había sufrido a sus doce años había sido físico, su figura se había estilizado debido al deporte que practicaba en el Club para llenar la mansión con esos premios con los que buscaba una sonrisa de aprobación por parte de Esteban. Su interior no había dejado de ser ese hervidero de ira y dolor que se había acrecentado con el paso de los años, pues no era estúpida y sabía que algo no marchaba bien en su casa, que no era normal que se sintiese mil veces más segura en el internado que en la mansión familiar.

Nunca lo diría en voz alta, pero debía ser la única chica de todo el María Lucía que detestaba con fuerza los fines de semana. En cuanto subía al coche que la llevaría a casa, su rostro se volvía serio, su mirada se cubría de hielo y fortalecía la careta que siempre llevaba para que nadie osara pensar que ella no era perfecta en todos los sentidos y no provocar la vergüenza de su padre siendo una pelele como él solía llamarla entre gritos en cada discusión que mantenía con su madre.

Eva era la única persona que aún arrojaba algo de luz en esa vorágine de emociones que no sabía cómo exteriorizar, ya que se había acostumbrado a esconderlas para no mostrar debilidad. A sus ojos, su madre era la mujer más maravillosa del mundo entero, la más valiente pues se atrevía a enfrentarse a su padre y discutirle cuando sus decisiones no le parecían acertadas. Era tan fuerte que, aún tras cada uno de los gritos histéricos de Esteban, siempre le regalaba sus mejores sonrisas, acariciaba sus cabellos y se desvivía por hacerle saber que ella era su mayor regalo.

Mil veces al día luchaba contra sí misma por guardarse sus palabras, por no contrariar a su padre y así evitar una nueva discusión. Ese hecho había provocado que su voz apenas se escuchara en la mansión, ya que no solo callaba sus reproches, sino también todo cuanto llevaba en su interior, desde ese amor intenso que sentía por su madre teñido de admiración, hasta las dudas que corroían su mente al sentir que estaba creciendo, que estaba experimentando nuevas sensaciones que la asustaban.

Había escuchado por los pasillos del internado que Raquel Ortiz había comentado en más de una ocasión sentirse diferente, ya que se sentía atraída por las mujeres cuando lo que se consideraba normal era lo contrario y llegó a odiarla muchísimo más por ser tan estúpidamente valiente de admitir en voz alta un hecho que ella guardaba con celo debido a ese terror absoluto

que sentía a defraudar a su padre.

Ella también se sentía diferente, incluso un poquito más que su enemiga acérrima ya que no solo se le escapaba la mirada tras las chicas, los chicos también le resultaban interesantes. Debía estar demasiado rota, o al menos así lo sentía y callaba porque se odiaba, porque no podía consentir no ser la mujer perfecta que su padre esperaba de ella.

En cuanto llegó a casa, agradeció entre susurros a su chófer por haberla acompañado y entró al lugar mientras ese miedo que le provocaba su hogar crecía en su vientre a pasos agigantados.

Su mirada no tardó en quebrarse en un millón de pedacitos, ya que en cuanto pisó el vestíbulo los gritos de su padre resonaron en cada rincón. Él parecía realmente enfadado, mucho más que en otras ocasiones, completamente fuera de control. Dolores se quedó paralizada en su lugar, con el pulso disparado y toda su atención puesta en intentar escuchar la voz de su madre, apagada por esos alaridos cargados de rabia que retumbaban por todo el lugar. El miedo creció junto a la pequeña idea de que, si su padre veía que ella estaba en casa, quizás calmaba un poco esa ira que mostraba y detenía esa discusión, ya que en algunas ocasiones, él solía calmarse unos instantes en su presencia.

Con el aliento cortado, se acercó al origen de esa discusión hasta que llegó al despacho de su padre. Sus manos empezaron a temblar al coger el picaporte y abrir la puerta. Entró despacio, sin anunciarse. Sus padres no la escucharon y ella se quedó muy quieta al verlos. Esteban estaba completamente fuera de sí, tenía el rostro enrojecido y la mirada cubierta de odio, ella nunca le había visto así. Su madre estaba tan aterrada que Dolores apenas pudo reconocerla, no era la mujer fuerte y valiente que atesoraba en su mente, ni la mujer increíblemente elegante que siempre captaba la atención de todos en el Club. En esos instantes, descubrió una faceta de Eva que ella no conocía al verla rota y empequeñecida frente a la ira desatada de su marido.

De pronto, los acontecimientos se dieron tan deprisa que Dolores no pudo reaccionar. Su madre intentó hablar, seguramente para llamar a su padre a la calma y este calló sus palabras antes de que pudiese pronunciarlas con una sonora bofetada que giró toda su cara por la fuerza del impacto. Tras el golpe, vino el silencio teñido de dolor y miedo, ya que ambos miraban hacia la puerta donde ella permanecía congelada y trataba de entender que su padre acababa de golpear a su madre frente a ella.

Dolores esperó algunos segundos para sentir una vez más el suelo bajo sus pies, todos sus esquemas se acababan de tambalear con fuerza ya que sus sospechas resultaron ser acertadas y mucho más aterradoras de lo que ella pensaba. Sabía que su padre tenía a su madre aterrada, pero no llegaba a imaginar que había cruzado todas las líneas y la golpeaba. De pronto, todas esas famosas caídas tontas que su madre relataba entre risas tenían sentido, los golpes contra los muebles o puertas nunca habían sido más que una mentira para ocultar que su padre era un

monstruo.

En cuanto la reconoció, Eva dibujó en sus ojos un gesto de dolor intenso ya que su máxima preocupación a lo largo de los años había sido alejar a su niña de ese infierno y había fracasado de forma estrepitosa. Quiso acercarse a ella, pero Dolores se marchó del lugar sin haber pronunciado palabra, seguramente camino a encerrarse en su habitación de la que no solía salir en todo el fin de semana.

Al verla desaparecer, Esteban se quedó congelado en su lugar con un gesto indescifrable en el rostro, como si este fuese de mármol. Eva no se detuvo a pensar en las consecuencias de sus actos y salió disparada tras su pequeña. Necesitaba arreglar la situación y apagar el miedo que había leído en la mirada oscura de su hija.

Tal como pensaban, la encontró en su habitación. Entró despacio para no perturbarla más de lo que ya estaba y se acercó a ella. Dolores había escondido el rostro sobre la almohada, tumbada en el colchón boca abajo. Todo su cuerpo temblaba, ya que estaba luchando con todas sus fuerzas para no liberar sus lágrimas porque una Matamoros jamás llora jamás se muestra débil.

Eva tomó asiento despacio a su lado y llevó su mano a los bucles oscuros de su hija donde dejó una caricia que, poco a poco, fue calmando su tembleque ya que era una auténtica experta en relajarla mientras jugaba con sus cabellos.

En cuanto estuvo un poquito más tranquila, Dolores alzó la cabeza de su escondite para mirar a su madre. Sus ojos negros estaban cargados de esas lágrimas que no había dejado caer y sus labios se contrajeron en una mueca de rabia absoluta ante la suave sonrisa que su madre le estaba regalando, ella no merecía lo que su padre le había hecho y ese pensamiento provocó que estallara la ira desde su vientre hasta su pecho.

—Es un monstruo, mamá —dijo con la voz endurecida—. Ahora por fin lo entiendo, todos esos muebles siempre fueron él.

—Tu padre no es un monstruo, mi amor —respondió con un hilo de voz—. Está bajo mucha presión, ya lo sabes. A veces esa presión puede con él, pero nos adora a las dos, somos todo lo que tiene y nunca nos haría daño.

—Pues a ti te lo hace —contestó de forma dura—. Yo no soy idiota, mamá. Sé lo que he visto, me ha ayudado a entender todos esos golpes que tratas de ocultar tras un millón de excusas.

—Mi amor —susurró ella con la voz temblorosa—. Él no quiere hacerme daño, nunca ha querido. Solo nos tiene a nosotras desde que murió el abuelo y ya sabes que su cargo le tiene consumido, el trabajo le agota. Algunas veces no soporta la presión, pero jamás me dañaría a propósito, fue un impulso que no supo contener.

—No tienes porqué aguantar algo así —dijo ella furiosa—. Puedes pararlo, puedes dejarle

y nos vamos a otro sitio donde no te ponga la mano encima nunca más.

—No puedo hacer eso, cariño —respondió quebrada—. Él solo nos tiene a nosotras, pero yo también solo os tengo a ti y a tu padre, sin él no soy nadie, no puedo abandonarlo cuando más me necesita, no puedo rendirme con nuestra familia.

—Esto no es una familia —susurró de forma mortífera—. Una familia es donde te sientes a salvo, no donde te provocan pesadillas.

—No debes preocuparte, mi amor —dijo ella con un suave beso en su frente—. Tu padre nos quiere a las dos, más que a nada. Nunca nos haría daño, solo está perdido pero volverá a ser el mismo y juntos seremos felices, ya lo verás.

Dolores no fue capaz de responder. Por primera vez en toda su vida abría los ojos a la realidad y Eva se mostraba como una mujer rota ante ella, aunque trataba de aparentar una fortaleza inexistente. Con cada justificación que su madre repetía igual que una pequeña marioneta asustada, su hija iba rompiendo las caretas que llevaba para vislumbrar su realidad. Toda la ira y el odio que sentía se acrecentó hasta arrasar con ella mientras guardaba silencio y escondía tras su propia muralla el grito de rabia que nacía en sus entrañas, pues la mujer más importante de su vida, a la que adoraba con cada centímetro de su ser, estaba destruida por culpa de su héroe al que ahora veía como el peor de los monstruos.

Ver a Eva sin esa venda que separaba la realidad de su idealización supuso la última grieta que quebró su corazón por entero, la que terminó de convertirla en una mujer de hielo. Calló cada palabra, como estaba acostumbrada y guardó en su interior ese dolor lacerante que sentía para que se enquistase. Su madre era la mujer más maravillosa del mundo y nunca había merecido convertirse en una pelele, en poco más que el florero de un hombre horrible como su padre.

ꕥꕥꕥ

Tras varias semanas de arduo trabajo, todo estaba dispuesto por fin para una velada especial en el Club, ya que su hija cumplía los trece y Esteban había movido cielo y tierra para darle una fiesta de cumpleaños que eclipsara todos los acontecimientos que se celebraban en ese lugar.

Esa misma mañana, al despertar, no pudo evitar que un nudo muy pequeño se alojara en su garganta, pues el cumpleaños de su hija siempre llegaba teñido por esos amargos recuerdos de su nacimiento, ya que durante el mismo habían perdido la oportunidad de tener más hijos y su niña se había convertido en la última Matamoros.

Con un resoplido, desterró esas ideas de la cabeza justo antes de dejar la cama y mirar por el rabillo del ojo como su mujer también se levantaba con un tímido buenos días en los labios. Ella se había convertido en una sombra de la mujer que había sido antaño, nada quedaba en Eva de ese fuego arrasador que la empujaba a ser tan intrépida y valiente como para atreverse a abofetear a Gabriel para defender a su pequeño bebé. Con el tiempo la había convertido en una

marioneta dócil que acataba cada uno de sus deseos y su mirada había perdido esa luz que en tantas ocasiones había buscado incansable para que le diese fuerzas.

Hacía demasiado que era completamente incapaz de mirarla con la ternura de sus primeros años, en esos instantes solo mostraba la gélida indiferencia ante cada uno de sus miedos junto al odio que le consumía, porque era mucho más fácil despreciarla a ella que a sí mismo, odiarla por seguir siendo la mujer más increíble que había conocido nunca mientras se rompía bajo sus palabras envenenadas o sus puños cuando todo su mundo temblaba y era incapaz de frenarlos. La odiaba porque siempre conseguía perdonarle, porque seguía siendo una constante en las ruinas a las que les había empujado y culparla resultaba más sencillo que admitir cada uno de sus propios fracasos. Pero, por encima de todo, la odiaba porque no podía dejar de necesitarla ya que sin ella se sentía completamente perdido.

Esa mañana Eva estaba diferente, aunque él no le dio mucha importancia ya que no era un día más. El cumpleaños de su única hija siempre había sido un acontecimiento digno de reyes y un pequeño paréntesis en medio de la oscuridad donde su mujer y él estaban sumidos, pues como si de un acuerdo invisible y silencioso se tratase, dejaban de discutir para centrarse en Dolores y que esta tuviese un día de ensueño.

En cuanto bajaron al comedor para tomar el desayuno, no mutó el gesto de su rostro mientras tomaba entre las manos el periódico y fingía que no escuchaba como Eva canturreaba entre dientes el *cumpleaños feliz* justo antes de llenar la mejilla de Dolores con un río de besos y una sonrisa dulce en los labios.

Él se había contentado con felicitarla desde su asiento, pues bastante había hecho al dedicar cada minuto de su tiempo libre a organizar la fiesta. Su hija le había devuelto una sonrisa educada y Esteban sintió que, al menos con ella, todo marchaba bien. Seguía siendo su niña perfecta en todos los sentidos, obedecía sus demandas sin una sola queja y cumplía con creces cada una de sus expectativas.

Agradecía con creces que Dolores hubiese entrado en vereda, ya que el inicio de su adolescencia había sido totalmente horrible. Durante varios meses se había dedicado a desafiarle y desobedecer cada una de sus órdenes con la mirada endurecida, como si estuviese atravesando una de esas rabietas que solían darle de niña. En más de una ocasión había terminado con su paciencia y se había visto obligado a recordarle quién era él para guiar sus pasos por el camino correcto. Tal y como había empezado a rebelarse, en cuanto le puso las cartas sobre la mesa, volvió a mostrarse sumisa a sus deseos y él pudo vislumbrar, durante un breve instante la enorme brecha que había entre ambos. Descubrió, con horror y un río de ira contenida, que era completamente incapaz de llegar a su hija sin usar la baza de su autoridad y dibujar en su mirada oscura el miedo. En su mente, Eva era la única culpable de ese hecho, pues había sido su idea absurda meter a su hija en ese dichoso internado donde su relación se había quebrado de manera

irreversible.

Con la mirada fija en las noticias del día, se permitió dibujar una pequeña sonrisa puesto que las mejores familias del país habían aceptado su invitación para acompañarles en la celebración de dicho cumpleaños. Esteban esperaba matar dos pájaros de un tiro con esa fiesta, ya que podría encontrar un buen partido para su hija y así aliviar una preocupación que llevaba arrastrando algunos meses, desde que había descubierto casi por casualidad y con horror que Dolores perdía la mirada más de la cuenta con algunas de las muchachas que frecuentaban el Club.

Él no era estúpido, podía intuir qué pasaba por la mente de su pequeña adolescente, ya que esta parecía sentir atracción hacia las mujer al igual que hacia los hombres y ese hecho le provocaba terror. Conocía muy bien el mundo al que pertenecían, sabía que ser diferente era una sentencia, un foco de habladurías que terminarían dañando a su hija y no podía permitirlo. En su mano estaba frenar su inclinación hacia las mujeres antes de que ella misma la descubriera y por eso mismo no pensaba tardar mucho en presentarle algún muchacho de bien que pudiera colarse en su vida para encauzarla y llevarla por el camino correcto, uno que no le provocase dolor.

Todo estaba saliendo perfecto. Cuando llegaron al Club su pecho se hinchó de orgullo ante la admiración que despertaba su hija, ya que era realmente bonita y perfecta. Estaba tan centrado en pavonearse entre sus distinguidos invitados con su hija a su lado que ni se inmutó cuando Eva apareció tras ellos y despertó una vez más ese río de murmullos ya que, como siempre, estaba magnífica en todos los sentidos. Él no sentía celos cuando ella acaparaba todas las miradas, más bien un pánico absoluto a que Eva descubriese que no era un despojo inútil como le había hecho creer y lo abandonase.

La fiesta siguió su curso, Esteban se dedicó a charlar de forma animada con esos hombres tan influyentes sobre política, Eva permanecía algo apartada y solo intervenía en alguna conversación cuando era requerida por su esposo o alguna de las mujeres que deambulaban por el lugar, su rostro mostraba su máscara, ya que en el fondo se estaba aburriendo demasiado ya que los temas de conversación no la apasionaban en absoluto.

De pronto, la mirada de Esteban se posó en el rostro de Dolores, ya que esta parecía haber entablado conversación con uno de los muchachos que había invitado a la fiesta, el joven Borja Montalván. Su sonrisa se ensanchó en su rostro, pues había cumplido su objetivo. Se disculpó de sus interlocutores y no tardó mucho en acercarse a su niña con paso distinguido, hasta que colocó la mano sobre su hombro donde dejó un firme apretón.

—Dolores —dijo para captar su atención y esta lo miró con un gesto serio—. Veo que has conocido al joven Montalván.

—Sí, papá —respondió educada—. Se estaba presentando, me comentaba que su padre es muy afín a tu partido.

—Así es —contestó despacio—. Y un gran amigo mío. ¿Por qué no vas a dar un paseo por el Club con él? Aquí en el salón solo hay adultos hablando de cosas aburridas para los jóvenes.

Ella asintió como siempre que su padre verbalizar alguna petición. Borja la miraba con curiosidad, ya que en más de una ocasión había escuchado a su padre hablar muy bien de esa chica y a sus ojos era bastante bonita. Le tendió su brazo, ella lo aceptó y ambos desaparecieron perdidos en medio de una conversación mientras Esteban sonreía internamente, convencido de su victoria. Borja Montalván era el mejor partido que podía desear para su niña, su familia era junto a la Matamoros de las más antiguas y prestigiosas del país.

La fiesta terminó y volvieron a la mansión, pero él no podía borrar la sonrisa de su rostro ya que estaba demasiado feliz. Su plan perfecto había dado sus frutos y todo había salido demasiado bien. Eva lo observaba sin romper el silencio, algo curiosa al no ser habitual verle sonreír fuera de su círculo donde fingía su papel a la perfección. Su hija seguía con el mismo gesto serio que no abandonaba sus labios cuando se alejó de ellos para encerrarse en su habitación.

Su mujer le comentó alguna cosa sobre darse un baño, aunque no la estaba escuchando ya que sus pasos le guiaron en la misma dirección que había tomado su hija, camino a encontrarse con ella para hacerle saber que estaba orgulloso de su elección.

En cuanto entró en la estancia, la encontró sentada sobre el colchón. Se había descalzado y miraba hacia ninguna parte, como si estuviese perdida en medio de sus propios pensamientos.

—¿Cómo lo has pasado? —preguntó y ella lo miró sobresaltada al no esperarlo—. ¿Te ha gustado tu fiesta?

—Sí, papá —respondió bajito—. Ha sido una gran fiesta, gracias por prepararla, se que te ha tomado mucho tiempo.

—¿Qué tal con Borja? —continuó sonriente—. ¿Lo has pasado bien con él?

—Es simpático —respondió con un encogimiento de hombros—. ¿A ti te gusta él?

—Creo que es el mejor partido para ti —dijo sin apartar su mirada de ella—. Nuestras familias pertenecen a un grupo muy selecto, tenemos apellidos nobles y quedan muy pocos en el país, una unión así sería demasiado ventajosa.

—Puede que me guste si le conozco mejor —respondió con los ojos fijos en ninguna parte —. Con el tiempo, ahora me siento demasiado joven como para pensar en eso.

—Tú céntrate en conocerle y vemos que pasa —dijo mientras se acercaba a ella y tomaba su mentón entre los dedos—. Es tu futuro, Dolores. Te casarás con él y serás la mujer orgullosa de un gran hombre.

Ella lo miró, Esteban ensanchó su sonrisa al verla asentir despacio. De pronto, todas sus preocupaciones sobre las posibles dudas que podía tener su hija acerca de su sexualidad fueron borradas de un plumazo. Dolores había tomado la decisión acertada, por lo que suspiró despacio

y dejó una caricia sobre su mejilla justo antes de separarse de ella. En esos instantes, su pecho se hinchaba de orgullo porque su hija era y siempre sería perfecta en todos los sentidos.

CAPÍTULO XXI

Los años pasaban envueltos en una calma relativa. Dolores había iniciado su último curso en el internado donde esperaban que, al igual que los anteriores, superara con creces cada asignatura y se graduase en tan emblemática institución con orgullo. Su relación con el joven Montalván se había afianzado, era fuerte y sólida. Sus calificaciones siempre habían sido impecables a la par que seguía destacando en el deporte y la música. A sus diecisiete, se había vuelto una muchacha inteligente, brillante y realmente bonita por lo que Esteban solo podía pensar que ella era lo único con lo que no había fallado en la vida. Marcaba sus pasos con firmeza, la estaba conduciendo a ser la magnífica mujer a la que estaba predestinada desde el mismo momento en el que se había convertido en su única heredera.

Pero toda la paz que había atesorado durante ese tiempo empezó a truncarse con pequeños detalles que encendieron una vez más sus alarmas. Desde que Dolores había ingresado en el María Lucía, jamás se había metido en una pelea, nunca habían recibido una llamada de la directora de la institución para hablar de ella, siempre había sido una alumna ejemplar y perfecta. Hasta ese mismo instante en el que tuvo que colgar el teléfono con un ataque de ira desmedido porque habían osado atentar contra su hija. No tardó mucho en poner el grito en el cielo y exigir la expulsión inmediata de la alumna que había provocado que a Dolores se le cayese el pelo a mechones mientras resoplaba con rabia y pensaba en cómo demonios iba a presentarla en público tras ese desastre absoluto.

Eva no ayudaba a calmar su enfado desmedido, ya que no dejaba de quitarle hierro al asunto al decir que era una chiquillada sin importancia y que sus estilistas ya habían disimulado de forma magistral su falta de cabello, pero ella nunca entendería que la imagen de una Matamoros jamás debía verse alterada de esa manera. Había chillado durante horas completamente fuera de sí, mientras Dolores se mostraba imperturbable y le provocaba una pequeña oleada de orgullo, pues su niña era digna de su apellido y había aprendido a no mostrarse débil.

Su ira se acrecentó en el momento en el que recibió aviso por parte de la directora del internado de que la culpable de dicho atentado contra su hija no sería expulsada del mismo, ya que no era otra que Raquel Ortiz. El propio Arturo no tardó demasiado en ponerse en contacto con él para disculparse por los actos de su hija y se vio obligado a calmarse, ya que jamás se atrevería a contrariar a ese hombre que, con el paso de los años, se había vuelto uno de los más influyentes e importantes a nivel nacional. Enemistarse con Arturo Ortiz no entraba en sus planes, por lo que aceptó sus disculpas y terminó asimilando que no había sido más que una chiquillada entre dos niñas que no se llevaban bien.

Ni en mil años habría imaginado que ese solo sería el primero de una serie de acontecimientos que terminarían con su vida tal y como la había concebido. Desde su pequeño

percance con Raquel Ortiz, Dolores se había encerrado tanto en sí misma que escuchar su voz en casa se convirtió en misión imposible. Empezó a rebelarse despacio, rebatiendo sus decisiones cuando nunca antes lo había hecho. Cada vez que intentaba mantener una conversación con ella, mostraba su desacuerdo con ese futuro que había diseñado al milímetro para que fuese feliz y Esteban no era capaz de entender qué demonios pasaba por la mente de su hija.

Los meses pasaban, con cambios apenas perceptibles que le tenían preocupado. Eva y él llegaron a casa más temprano de lo previsto tras una reunión que se había cancelado y ese hecho lo tenía furioso, ya que no le gustaba perder su tiempo. Como siempre que se enfadaba, sus palabras cargadas de veneno salieron en forma de gritos para hacerle saber a Eva que siempre se las ingeniaba para hacerle quedar en ridículo, al igual que Dolores, ya que su hija llevaba un tiempo ausente y no cumplía con sus demandas como estaba acostumbrado.

Eva sollozaba demasiado sobrepasada y él ni se inmutó de como volvía a quebrarse en pedazos, se encerró en el despacho hasta calmarse y no vio a su mujer hasta que Eva apareció al cabo de unas horas para avisarle de que la cena estaba lista. Sin apenas mirarla, se dirigieron al comedor mientras ella desaparecía para ir a buscar a Dolores a la que hacían en su habitación, ya que ni siquiera había salido a saludar, seguramente alertada por sus gritos.

Al cabo de unos minutos, Eva volvió algo seria y le anunció que su hija no estaba en la habitación ni en la mansión, ya que la había buscado en cada estancia sin éxito alguno.

Esteban frunció el ceño extrañado a la vez que cogía su teléfono para mirar si tenía algún mensaje que le indicara dónde se había metido. Eva hizo lo mismo y descubrió un mensaje corto donde Dolores le decía que estaba con una amiga y pasaría todo el fin de semana fuera de casa.

Su mujer sirvió la cena sin darle más importancia al asunto, pero Esteban resopló al sentir como se llenaba de incertidumbre y miedo, ya que su hija se estaba escapando de sus manos y no podía permitirlo, tenía que actuar.

En cuanto se metió en la cama, clavó la mirada en el techo algo intranquilo. Ni se inmutó cuando Eva terminó por dormirse. Él no pudo conciliar el sueño hasta tomar una decisión. Si su hija empezaba a pasar sus días fuera de casa en compañía de otras muchachas como ese fin de semana quizás descubriría sus tendencias que él tanto intentaba ocultar. Debía actuar y mover sus fichas, adelantaría el compromiso de Dolores con Borja Montalván, ya que con su hija casada no tendría que volver a preocuparse nunca más.

Al día siguiente se reunió con Montalván senior para comentarle su intención de anunciar en sociedad el firme compromiso de sus hijos, este estuvo de acuerdo ya que con el paso de los años había desarrollado un cariño desmedido por Dolores y sabía que no había mejor partido para su hijo que la joven Matamoros. Juntos organizaron la velada que prometía ser magnífica y él avisó a su pequeña para que no decidiese volver a escaparse.

La semana pasó sin pena ni gloria. Esteban no le había comentado a Eva el motivo real de

esa fiesta, ya que no le apetecía ver su cara amarga y ponerse de mal humor. No fue hasta que llegó el momento y Dolores empezó a retrasarse que atenazó el miedo, mientras se iba poniendo más nervioso. Eva aguantaba en silencio su caminar frenético sin comprender por qué se había alterado tanto, seguramente Dolores querría quedarse en casa estudiando y no era para tanto.

—¿Por qué demonios tarda tanto? —preguntó al final bastante enfadado—. Vamos a llegar tarde.

—Pues vámonos sin ella —respondió Eva de forma distraída—. Seguramente tiene mucho que estudiar y no le apetece ir al Club.

—No podemos irnos sin ella, Eva —gritó airado—. Es su fiesta de compromiso, no puede faltar.

—¿Perdona? —preguntó ella con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo que su fiesta de compromiso? Solo tiene diecisiete, ¿en qué momento has pensado que es buena idea comprometer a tu hija solo con diecisiete años?

—No te metas —increpó furioso—. No vas a decirme cómo criar a mi hija. Borja Montalván es un buen partido.

—Tú también lo eras y mira cómo hemos terminado —gritó ella con furia en su mirada castaña—. No voy a permitir que arruines la vida de nuestra hija, vete a saber por qué ¿a caso quieres que termine atrapada en un matrimonio como el nuestro?

—Ella no es como tú —ladró con veneno en las palabras—. Va a funcionar, será la orgullosa esposa de un hombre respetable.

—Solo tiene diecisiete, Esteban —respondió sin dejarse pisar, pues a pesar de su eterna sumisión a los deseos de su marido, siempre que se trataba de su hija era una auténtica fiera imparable—. No vas a casarla, ni a comprometerla. Déjala que crezca.

—Te recuerdo que tú también tenías diecisiete cuando nos conocimos —dijo de forma mortífera—. Y tú misma dijiste que era tu príncipe azul

—Sí, exactamente. Hasta que te quitaste la careta y te convertiste en un monstruo —gritó ella fuera de sí—. Y si llego a saber a los diecisiete que destruirías mi vida te aseguro que me habría escapado bien lejos de ti, *mi príncipe.*

Ante la ironía de sus palabras, Esteban perdió la cabeza. Sintió una vez más ese odio que se hacía líquido en sus venas, la ira que arrasaba con su cordura. Sin responder, salió disparado hacia la habitación de su hija con Eva tras él. La mirada de su esposa ya no escupía fuego, pues al adivinar cuál era su destino se cubrió de miedo. En ese estado era imprevisible y podía estallar con su niña delante, no podía permitirlo.

En cuanto entró al lugar, la mirada oscura y desafiante de Dolores se clavó en él por lo que se acrecentó la rabia que le estaba consumiendo al comprobar que ni siquiera se había cambiado ya que no tenía intención de asistir a la fiesta.

Le gritó para imponer su autoridad, eso siempre le había funcionado. Dolores ni se inmutó ante su estallido, no dio su brazo a torcer y terminó por desesperarle. Ni siquiera escuchaba las palabras de Eva, solo sentía su mano sobre el brazo por lo que se deshizo de ella con un empujón sin darse cuenta de que ese hecho provocó el propio estallido de su hija.

Dolores arremetió contra él y se abalanzó sobre Eva tras llamarle monstruo. La escuchó llorar en brazos de su madre mientras la rabia que sentía se transformaba en odio por momentos. Eva había conseguido convertir a su niña perfecta en una llorona asustada. No pudo frenar, ni siquiera analizó sus actos hasta que ella lo miró aterrada desde el suelo con un hilo de sangre sobre su ceja y, una vez más, se le congeló el aliento en la garganta ya que acababa de perder el control con la única luz que había en su vida. Incapaz de enfrentarse a ello, escapó de la habitación con Eva atrapada entre su mano ya que la arrastró con él y cerró con un sonoro portazo.

El silencio tenso y congelado bailó entre ambos. Su mujer lo miraba con tanto odio en sus pupilas que su mente estalló en un millón de pedazos. Por primera vez en demasiados años, la amarga culpabilidad arrasó con toda la ira que sentía. Fue entonces cuando supo que había ido demasiado lejos, que esa espiral de oscuridad y dolor debía frenar.

Intentó serenarse, calmarse para poder actuar en consecuencia a sus actos. Tras varios minutos de cortante silencio, abandonó a Eva para ir a buscar a su niña, necesitaba disculparse, hacerse perdonar, pero ella no estaba y toda su culpa se transformó en miedo.

Tardó muy poco en movilizar a todo el servicio de la mansión para que, junto a su mujer, lo ayudarán a buscarla. Durante horas la llamaron a gritos, barrieron toda la urbanización sin éxito alguno mientras Eva lloraba desesperada y él sentía como el pánico crecía en sus venas.

En cuanto su esposa decidió llamar a la policía, volvió a perder la cabeza pues no podía permitir que su imagen se viera manchada por un escándalo de esa índole. Volvió a pagar todas sus miserias con ella al romper su teléfono con rabia y callar sus súplicas con furiosos golpes. Volvió a romperla mientras se quebraba por entero. Eva no pegó ojo en toda la noche y él fingió dormir para no enfrentarse a su dolor cargado de miedo. La escuchó llorar contra la almohada mientras llenaba su mente con una sola idea, debía arreglarlo, tenía que cambiar para no perder a su familia. Cuando amaneció y los rayos del sol acariciaron el rostro de Eva, dejó un beso de buenos días en su mejilla magullada con un juramento interno al que se aferró con fuerza, sería la última vez que perdería el control así, buscaría incansable la manera de frenar esa espiral de violencia que ya había explotado y salpicado a su hija.

Se marchó con prisa hacia su oficina donde se encerró buena parte de la mañana frente al ordenador para buscar la manera de repararse, ya que se sentía tan perdido que él solo no tenía las herramientas para cambiar. Anotó algunos números de teléfono de profesionales que quizás podrían ayudarle justo antes de suspirar para serenarse y marcharse al Club ya que Eva estaría

tomando su café matutino de domingo en ese lugar sin variar un ápice su rutina establecida a lo largo de los años.

En cuanto llegó, buscó a su mujer con la mirada y frunció el ceño al verla ya que se estaba marchando junto a Arturo Ortiz. Desde que Inés Aguilar había fallecido, Eva solo mantenía una relación cordial con Arturo y se saludaban al cruzarse en el Club, por lo que no era capaz de entender por qué ambos estaban juntos en ese instante. Se acercó a ellos y llamó a su esposa para conseguir respuestas. Arturo lo saludó educado justo antes de comunicarle con esa sonrisa que siempre llevaba en el rostro que deseaba convertir a su mujer en la cara visible de su nueva línea de lujo. Dicha información alivió un poco su preocupación y engrandeció su orgullo, ya que si Eva trabajaba para Ortiz él tendría un contacto directo con el hombre más rico del país. Estaba convencido de que los actos de Arturo se debían a que aún tenía presente la amistad que su esposa mantuvo durante años con Inés y no le dio más vueltas.

Los vio marcharse y pensó que, en cierto modo, el señor Ortiz había encontrado la manera de mantener a su mujer ocupada mientras él arreglaba sus miserias.

ꕥꕥꕥ

Desde que había conocido a Arturo Ortiz años atrás en el internado, él siempre aparecía en su vida como un ángel guardián cuando más lo necesitaba. Ver a Esteban golpear a Dolores había terminado de quebrar todas y cada una de las excusas a las que se aferraba para permanecer a su lado, pues siempre había sido capaz de soportar absolutamente todo sin terminar de romperse, menos que dañaran a su hija. No tenía ni idea de cómo se enfrentaría a ese monstruo que había convertido su vida en un infierno, pero Ortiz decidió sentarse en su mesa para apagar todos sus miedos. No solo se había encargado de cuidar a Dolores en su peor momento, sino que llegaba a su vida una vez más tras demasiados años de simple cordialidad con esa promesa de que todo terminaría, de que sería feliz junto a su pequeña y Esteban no volvería a hacerles daño.

Lo primero que pensó al escuchar su plan fue que Arturo estaba completamente loco. Ella no servía para la tarea que él le había otorgado, pero él no dejaba de mirarla sonriente, ni de prometerle que era perfecta. Lo repetía tantas veces que empezaba a creérselo a la par que un millón de cosquillas alucinantes nacían en su vientre y se extendían bajo su piel con fuerza.

Pasaban los días, Arturo se las ingeniaba para inventar cualquier evento en el que la necesitaba, la sacaba de casa y la llevaba de un lado a otro donde seguía jurándole que era la mujer más hermosa del mundo y que no podía esperar para llenar todas las grandes ciudades del planeta con su rostro. Era muy tonto, siempre conseguía arrancarle la risa y ese hecho le recordó que llevaba demasiados años sin reír de verdad. No podía dejar de mirarlo, ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo, ya que cada vez que se cruzaban en el Club y él le regalaba su sonrisa ella sentía durante unos segundos que su infierno dejaba de abrasar sus entrañas.

De pronto, casi todo su tiempo se llenó de Arturo. Él buscaba incansable la forma de

liberarla mientras llenaba su mente con esas palabras tiernas que luchaban contra el veneno que Esteban había depositado a lo largo de los años. Perdió la cuenta de los días en los que cocinaban juntos y él siempre se las arreglaba para alargar todo lo posible las jornadas y no despedirse de ella, se volvió su isla en medio del naufragio que era su vida, su lugar seguro. Se volvió su pensamiento más recurrente a lo largo del día, el motivo de sus sonrisas y una fortaleza que creía extinta, ya que solo visualizar su imagen en su mente llenaba su pecho de valor para romper cada uno de sus miedos.

Aún así, no se atrevía a aceptar que él llevaba bailando en su mente demasiado tiempo, escondía sus cosquillas y guardaba sus palabras, ya que estaba convencida de que para Arturo ella no dejaba de ser la amiga de Inés a la que debía ayudar tras descubrir su infierno.

Hasta que él decidió ser valiente por los dos y se lanzó a sus labios para romper cada uno de sus esquemas. En el mismo instante en el que Arturo la besó, sintió como se quebraba una brecha que ni siquiera sabía que existía y todo su cuerpo se llenaba de fuego porque por fin tenía sentido cada mirada que durante más de cuatro años se habían regalado desde la lejanía y habían removido todo su mundo sin que estuviese preparada para entender que llevaba mucho tiempo enamorándose sin freno de Arturo Ortiz.

Se entregó, le regaló absolutamente todo y él la elevó para alejarla de esas tinieblas que habían apagado cada uno de sus sueños.

Podía sentir la suavidad de sus sábanas bajo la piel de su espalda, se aferraba a ellas con fuerza con cada embestida que provocaba sus gritos mientras Arturo la miraba con tantísimo deseo teñido de ternura que removía todo su interior. Toda su experiencia siempre había sido Esteban y hacía demasiados años que no despertaba en ella ni un solo murmullo de deseo, mientras que Arturo había encendido ese volcán imparable que siempre había llevado dentro.

Cada beso hambriento que le regalaba traía el dulce sabor de la libertad.

Siempre había adorado ese placer tan alucinante que arrasaba bajo su piel, pero jamás pensó que podría ser muchísimo mejor del que ya conocía. Arturo había decidido enseñarle que su deseo por ella era lo más real que había sido capaz de recibir en toda su vida. Navegó con los labios por su piel, besó cada pequeña cicatriz, arrancó sus gemidos al sentir sus dientes arañar su cuello con cuidado. Jadeó al notar sus labios cuando atraparon sus pezones, sensibles y despiertos por cada una de sus caricias. Contuvo el aliento cuando bajó despacio y se detuvo en su vientre donde dejó un río de besos que acariciaron esa antigua cicatriz, ese recuerdo del momento más difícil de su vida, cuando perdió la oportunidad de concebir más hijos. Su mayor signo de debilidad y su mayor vergüenza se mostraban expuestos ante él que, en lugar de juzgarla, la estaba adorando.

Sus mejillas se cubrieron de carmín en cuanto abandonó su vientre para hundirse entre sus piernas donde su deseo se hizo casi insoportable bajo la calidez de su aliento. Un jadeo

sorprendido cargado de gemidos largos se escapó de sus labios entreabiertos cuando, sin aviso previo, pudo sentir como acariciaba su humedad y jugaba con la lengua en esa zona tan sensible. No pudo evitar aferrarse a sus cabellos y buscar su boca casi desesperada, él se sujetó a sus piernas para darse impulso al devorarla, ella perdió la capacidad de razonar ya que solo el placer absoluto que sentía se había adueñado de cada centímetro de su ser. Era tan diferente, tan perfecto y alucinante que apenas podía respirar, sintió que iba a estallar, que acabaría deshecha sobre esa cama y gritó sin poder contenerse una y otra vez porque Arturo estaba destruyendo cada fantasma con la boca entre sus piernas.

Volvió a notar ese nudo en su vientre que no tardaría en convertirse en una corriente que viajaría por toda su piel como el clímax de placer absoluto, pero él se detuvo justo en el mismo instante en el que se preparaba para liberarse. Gimió frustrada, su mirada estalló en llamas cuando él subió a sus labios, cuando sintió su cálida piel acariciarla y se aferró a sus hombros para no desvanecerse.

La besó sediento, Eva le recibió jadeante y apagó un nuevo grito entre sus labios cuando entró en ella, tan despacio que pudo sentir cada centímetro acariciar su interior. Cada una de sus embestidas era más increíble que la anterior. Jugaba con la velocidad de sus movimientos para desquiciarla ya que parecía retrasar su orgasmo a propósito al frenar cuando notaba que estaba cerquita de estallar. Intentó enfadarse con él por ser tan cruel, suplicó entre gemidos deshechos que no se detuviese, pero le fue imposible ya que Arturo susurraba en su oído que era magnífica, que la adoraba y ella se derretía al escuchar su voz cargada de deseo, al descubrir cuánto la quería en cada palabra mientras aceleraba sus embestidas y gemía de forma entrecortada.

De pronto, le arrancó un nuevo jadeo cuando la agarró por la cintura e invirtió sus posiciones. Arturo quedó bajo ella y, antes de que la inseguridad apareciese, llevó las manos a su cadera para ayudarla a moverse sobre él. Sus miradas chocaron y pudo leer en los ojos castaños de Ortiz que le estaba entregando el control para que se liberase por completo ante él. Cuando entendió qué tipo de regalo le estaba dando, su mirada se cubrió de emoción a la par que se enderezaba para acomodarse y él no dejaba de acariciarla e incitarla a buscar el placer que necesitaba para estallar.

Ambos gritaron sin poder callar un solo instante en cuanto empezó a cabalgar desesperada. Arturo la guiaba, le daba seguridad mientras experimentaba y cada uno de sus movimientos provocaba esas caricias tan intensas en su interior cuando se llenaba de él. Cuando notó el nacimiento del orgasmo más intenso que había sentido en toda su vida, empezó a temblar con fuerza y se detuvo, incapaz de continuar al sentirse arrollada por un huracán imparable. Arturo se enderezó para abrazarla, se sujetó con una mano a su cintura y embistió muy deprisa entre sus alaridos hasta estallar en su interior al correrse con cada contracción que ella le estaba regalando.

Eva gemía imparable, navegaba entre el placer que sentía y cuánto adoraba notar cómo la

invadía al terminar en su interior. Arturo no la soltó cuando la ayudó a tumbarse una vez más en ese colchón y se colocó sobre ella sin apartarse un solo centímetro.

Poco a poco, volvieron a mirarse a los ojos con sus jadeos acompasados mientras luchaban por recuperar un ritmo suave en sus respiraciones. Eva acarició su mejilla, como si necesitase sentir que él era real, Arturo unió sus frentes sin atreverse a salir de ella. Sus latidos frenéticos bailaban al mismo compás mientras ambos se adoraban con la mirada.

—Eres como un sueño hecho realidad —susurró él de pronto, mientras acariciaba su mejilla con la nariz y la besaba despacio—. Hace tanto tiempo que te quiero… ni siquiera lo creía posible y aquí estás.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con los latidos acelerados.

—No sé cuándo empezó —respondió sincero—. Solo sé que llegó un día en el que descubrí que si iba al Club era solo porque ahí podía mirarte, aunque fuese muy lejos. Siempre tan magnífica, tan inalcanzable. Sabía que existía un abismo entre nosotros y me sentía un idiota porque me estaba enamorando de una mujer casada. No podía dejar de mirarte mientras me preguntaba qué demonios tenía el palurdo de Esteban para que tú le amases y cuando descubrí quién es de verdad, el infierno en el que había convertido tu vida, no pude soportarlo.

—Y viniste a por mí —susurró despacio—. Cruzaste ese abismo para sentarte en mi mesa y jurarme que ibas a salvarme. Esta tarde me has besado para enseñarme a entender porqué yo tampoco podía dejar de mirarte. Ahora ya se que hace mucho tiempo que te dejé entrar en mi pecho pues solo verte unos segundos me ayudaba a respirar cuando me estaba ahogando, pero estaba Esteban y…

—Y no deseabas fallarle —dijo despacio—. No podías ver como te consumía.

—No, hace mucho tiempo que dejé de amarle, Arturo, solo seguía a su lado por miedo —respondió avergonzada—. Me refiero a que también estaba mi lealtad a Inés. Una parte de mí me recriminaba que me enamorase del marido de mi mejor amiga, aunque ella ya no estuviese con nosotros.

Al escucharla, Ortiz dibujó una sonrisa muy suave en el rostro. Su mirada se cubrió de añoranza y dejó un beso en sus labios para apagar de algún modo sus miedos.

—Nunca voy a ser capaz de olvidar a Inés —admitió entre susurros—. Ella fue la primera mujer a la que amé, la madre de mi hija que es el mayor tesoro de mi vida. Pero sé que no deseaba que la llorase toda mi vida. Ella me hizo jurarle que sería feliz y que no me convertiría en un fantasma en su ausencia. Creo que esté donde esté ahora mismo está muerta de risa al ver que mi felicidad eres tú. Siempre fuiste muy importante para ella, seguro que se alegra.

—Creo que en cierto modo intuía que esto podía pasar —respondió con una sonrisa pequeña entre los labios—. A mí también me hizo prometerle algunas cosas.

—¿Qué te hizo prometer? —preguntó curioso—. Como fuese que me hicieras lasaña me

voy a enfadar muchísimo porque has tardado siete años en cumplir esa promesa y ahora soy adicto, tengo un serio problema.

—No fue eso, tonto —respondió con un nuevo ataque de risa—. Me hizo prometerle que dejaría a Esteban y que velaría por Raquel. Por desgracia cuando se fue tuve tanto miedo que no cumplí ninguna de las dos, cosa que estoy más que dispuesta a enmendar.

Arturo volvió a sonreírle, Eva sintió como su pecho se llenaba de valor. Sus labios se buscaron y su beso se volvió un choque furioso cargado de ganas, ambos sabían que tenían por delante algunas horas para seguir disfrutando entre las sábanas, para dibujar su burbuja antes de enfrentar la realidad que Eva pensaba destruir en mil pedazos. Esteban sería muy pronto su pasado, pues su futuro, su felicidad y el dueño de todas sus sonrisas era y siempre sería Arturo.

ꕥꕥꕥ

Tras varios meses desesperado sin buscar la ayuda que necesitaba porque estaba demasiado enfrascado en intentar llegar hasta su hija sin éxito alguno, ella por fin había claudicado y había vuelto a casa.

No se sentía especialmente orgulloso de sus métodos para persuadirla, pero se consolaba al pensar que no habría cumplido su amenaza, no deseaba hacerlo. Ni Eva ni Dolores parecían entender que solo deseaba reunirlas a las dos para empezar de cero, para reparar su familia quebrada en mil pedacitos por su culpa.

Necesitaba con urgencia hablar con su pequeña perfecta y conseguir entenderla. Comprender por qué había dejado a Borja, qué estaba pasando con ella y como ayudarla. Lo que menos se esperaba era que, al pedirle a Eva que la llamase para que pudiesen hablar, quizás con un tono demasiado endurecido ya que aún no sabía cómo hablar con su mujer sin usarlo,esta rompiese cada uno de sus esquemas al pedirle que se divorciasen.

En solo un segundo, el mayor de sus temores se hizo realidad. Su deseo de redención llegaba tarde pues ella se había cansado y había decidido abandonarlo, dejarle solo.

Empezó a reírse nervioso, incapaz de asimilar su petición ya que no podía ser cierta. Al ver que no daba su brazo a torcer, su miedo se mostró en forma de ira al recurrir a las amenazas para persuadirla. Ella no tenía acceso al patrimonio familiar y no podía pagar un abogado. Los abogados de oficio serían un caramelito para su bufete privado y ella lo perdería absolutamente todo.

Eva lo miró con burla en su mirada castaña, su enfado creció en cuanto mencionó a Ortiz, ya que su mujer había pasado una cantidad ingente de horas junto al empresario y aún así no entendía por qué demonios se involucraría Arturo en los problemas privados de su familia. La acusó con furia de haberle sido infiel, aunque no lo pensaba en serio ya que no creía que Eva fuese capaz de algo así, por lo que en cuanto se lo confirmó casi gritando y le juró que lo amaba, perdió la cabeza por completo.

Se había jurado a sí mismo no volver a golpearla, pero no pudo contenerse y lo hizo. Ella ni siquiera reaccionó, solo le repitió que ya no le quería y terminó de destruirlo, pues lo único que había sido una constante en el caos de su vida era el amor de su mujer y ya lo había perdido.

Sin saber qué estaba haciendo, con la única idea de asustarla lo suficiente como para que se quedara a su lado, que no lo abandonase, cogió el revólver sin intención de usarlo. La discusión se volvió un cúmulo de gritos histéricos. Eva no daba su brazo a torcer y él sentía como la desesperación más absoluta crecía en sus entrañas pues no era nadie si Eva no lo amaba, no era nada sin ella.

Cuando notó cómo, en medio de su forcejeo, cedía el gatillo bajo su dedo y el sonido del disparo invadió todo el lugar, se quedó paralizado y miró a su mujer, muy asustado por si la había herido de algún modo. Eva había perdido de golpe todo el color de su rostro, sus ojos estaban cargados de pánico, fijos en la puerta. Él siguió su mirada y en solo un segundo todo su mundo entero se rompió en millones de pedazos, pues no había sido su esposa quien recibió el balazo. Dolores estaba en la puerta, aterrada, con la mano sobre el vientre y un charco de sangre.

La vio caer y tardó solo un segundo en alcanzarla mientras su mente se llenaba de horror y la miraba como si pudiese verla por primera vez. Ella siempre había sido su mundo entero, su pequeña pitufina que había llegado a su vida para llenarla en todos los sentidos. Ella era perfecta, lo mejor que había hecho, lo único bueno que había salido de él y por su culpa estaba en peligro.

En ese instante, todo cuanto podía haberle importado lo más mínimo había desaparecido, ya que lo único que realmente importaba era su niña, tenía que curarse, tenía que ponerse bien y él debía aceptar que si seguía atándolas a su lado terminaría por destruirlas.

La abrazó con todas sus fuerzas mientras estallaba en un río de lágrimas que no pudo detener. Cuando la ambulancia llegó y se la llevó, él se quedó muy quieto sin dejar de llorar. Las palabras de Gabriel ya no tenían sentido, le daba exactamente igual ser un Matamoros ya que lo único que era en realidad es un monstruo despreciable que había disparado a su pequeña.

La policía se presentó en el lugar y Esteban tardó solo un segundo en tomar su decisión. Ni Eva ni Dolores merecían seguir sufriendo, ni él merecía su perdón.

—He sido yo —admitió despacio, con la mirada fija en la sangre de su hija para abrazar el dolor que sentía como una puñalada—. Yo he disparado, ha sido culpa mía

CAPÍTULO XXII.

La comisaría no estaba especialmente abarrotada cuando llegaron. Nada más entrar al lugar se hizo el silencio y todos los presentes clavaron sus miradas en él. Los murmullos no tardaron mucho en aparecer, ya que Esteban Matamoros, uno de los hombres más influyentes en el país, había llegado completamente desaliñado, con la camisa manchada de sangre, esposado y con el rostro tan abatido que era imposible reconocer en él al político implacable que había sido.

Lo metieron en una sala, tomó asiento en silencio y los agentes que le habían detenido le explicaron que le tomarían declaración en cuanto tuviese oportunidad de hablar con sus abogados. Le dejaron solo con sus pensamientos mientras terminaba de romper cada una de las piedras que llevaba en su interior. Su decisión estaba tomada y no pensaba dar marcha atrás ya que había una probabilidad demasiado alta de que hubiese matado a su niña y ese hecho le estaba consumiendo por completo.

Sus abogados no tardaron mucho en presentarse en comisaría tras su llamada. Entraron a la sala donde él se encontraba más que dispuestos a tomar la situación por los cuernos y encontrar la manera de que su cliente saliera indemne a pesar de las circunstancias tan graves a las que debían enfrentarse.

—Señor Matamoros —intervino uno de ellos al tomar asiento frente a él—. No debe preocuparse, en breves lo sacaremos de aquí.

—Aquí es exactamente donde debo estar —respondió serio—. No les he hecho venir para tratar esta situación, sino por algo muy diferente. Quiero que redacten los papeles de mi divorcio con Eva Puig.

—Señor, con el debido respeto —dijo él—. Podemos encargarnos de un divorcio en cuanto le saquemos de aquí y limpiemos su buen nombre, ahora mismo no es prioritario.

—¿Es que usted no me escucha cuando le hablo? —preguntó furioso—. No hay buen nombre que limpiar, estoy donde debo estar y no van a ocuparse de nada más que de liberar a mi mujer de nuestro matrimonio. Pienso confesar en cuanto se largen a cumplir mi demanda que por algo les pago una suma tan cuantiosa.

—No tiene antecedentes, señor Matamoros —respondió el abogado sin dar su brazo a torcer—. Ese hecho junto a su posición son suficientes para que enterremos este asunto. Puede salir de aquí y continuar con su vida si nos deja hacer nuestro trabajo.

—Se lo vuelvo a repetir —dijo de forma mortífera—. He entregado el arma y pienso redactar mi confesión para asumir las consecuencias de mis actos. Lo único que deseo de ustedes es el divoricio, nada más.

—Está bien —respondió al final con un gesto muy serio—. Nos pondremos de inmediato con este asunto entonces. ¿Qué cláusulas desea incluir en la demanda de divorcio?

—Eva recibirá lo que siempre le ha pertenecido por derecho —dijo entre susurros—. Quiero que rompan el contrato que firmó mi padre con el señor Puig y se le devuelva su herencia. En cuanto a nuestras posesiones, tanto la mansión como la casa de Mallorca se dividirán al cincuenta por ciento y la mitad es suya.

—¿Es consciente de que de esta manera va a entregarle a su esposa todo su patrimonio casi en su totalidad? —preguntó él con las cejas alzadas—. La herencia que el señor Puig le cedió a su padre es prácticamente todo el patrimonio que tiene a su nombre.

—De lo que soy consciente es de que usted no me está escuchando y acabará con mi paciencia —respondió agitado—. Todo es de Eva, siempre lo ha sido. Mi padre fue un cabrón que le robó su herencia y ni en mil años permitiría que no la recupere. Esas son mis condiciones, Eva recibirá lo que siempre le ha pertenecido y la mitad de mis posesiones en compensación por todos estos años en los que la he arrastrado a un auténtico infierno. Y si siguen presionandome, cambiaré de parecer y le daré la totalidad porque la merece mucho más que yo.

Al ver que no podían convencerlo y que cambiara de parecer, simplemente asintieron despacio justo antes de marcharse para cumplir con sus órdenes, a pesar de encontrarlas surrealistas ya que ese hombre estaba a punto de ceder casi todo lo que tenía sin pestañear. Esteban se quedó solo muy poco tiempo, ya que en cuanto se fueron sus abogados, la policía entró a la sala para tomarle declaración.

Él no tardó en decirles que deseaba confesar, por lo que les dejó bastante confundidos. Le entregaron un papel oficial para que escribiese su confesión y Esteban lo hizo con la mano algo temblorosa. Aún podía sentir ese gatillo bajo su dedo y quemaba con fuerza.

Cuando acabó, entregó dicho papel muy serio y el agente que llevaba el interrogatorio lo miró unos segundos fijamente.

—¿Está usted seguro de que esta es la confesión que desea entregar? —preguntó al cabo de unos instantes ya que un caso como el que tenía entre manos nunca se había resuelto de manera tan sencilla y eso le tenía algo inquieto—. Sin ella este incidente puede resolverse con una multa por tener un arma sin licencia y haber provocado un accidente horrible. Con la confesión es tentativa de homicidio agravada por el maltrato perpetrado a su esposa durante años y pasará a disposición judicial.

—Exacto —respondió imperturbable—. Ahí tiene mi confesión, haga su trabajo y yo asumiré las consecuencias de mis actos.

En cuanto el agente fue a responder que iba a llevar a cabo una detención oficial, su teléfono empezó a sonar insistente y al ver el nombre de Ortiz en la pantalla perdió por completo todo el color de su rostro. Tras saber que Eva mantenía una relación con él que iba más allá del ámbito profesional, el hecho de que le llamara solo podía ser un preludio de malas noticias.

Se disculpó con los agentes y respondió el teléfono mientras todo su cuerpo temblaba con

fuerzas. Sus palabras lograron traspasarlo por entero, ya que Arturo le dijo que Dolores había sobrevivido al disparo, pero necesitaba una donación urgente y ninguno de los que estaban con ella era compatible, ni siquiera Eva. Solo quedaba una opción para salvar a su pequeña y recaía sobre sus hombros ya que si su mujer no podía donar parte de su hígado sólo podría hacerlo él. Ni siquiera se molestó en responder. Colgó la llamada con los ojos cargados de lágrimas y el pecho enloquecido pues no podía perder un solo segundo, tenía que correr al hospital y hacer todo lo posible por salvar a su niña.

—Necesito ir al hospital —dijo tembloroso ante los agentes que le miraban con el gesto endurecido—. Mi hija ha salido de quirófano, pero necesitan hacerme una prueba de compatibilidad. Necesita un trasplante de urgencia.

—Tras su confesión debe pasar a disposición judicial, señor Matamoros —intervino uno de los agentes—. Pero dada la gravedad de las circunstancias uno de nuestros agentes le acompañará y cuando se resuelva la situación de su hija seguiremos con el procedimiento.

—Gracias por entender —susurró sincero—. No pienso escapar, soy consciente de lo que he hecho y que debo pagar, pero tengo que salvarla.

ꕥꕥꕥ

El camino al hospital se le hizo demasiado largo. En cuanto llegaron salió disparado en la dirección que le indicaron en recepción y tardó muy poquito en llegar a esa sala de espera donde sus ojos se cruzaron con los de Eva. Su mujer estaba completamente devastada, él jamás la había visto así. Con la mirada enrojecida, el gesto congelado en una mueca de horror y preocupación mientras se escondía entre los brazos de Arturo Ortiz. Su estómago se contrajo con fuerza pues se sabía el único culpable del dolor y la angustia que se respiraba en el lugar. Ni siquiera supo cómo fue capaz de pronunciar una sola palabra coherente ante la mirada de odio que Eva le estaba regalando. Suspiró al seguir a la enfermera para hacerse las pruebas y rogó internamente porque se dieran prisa en sacar los resultados para evitarle a su mujer la angustia de permanecer en su presencia.

Esperó lo más apartado que pudo, fingió que su mirada no se escapaba de vez en cuando hacia el rostro de Eva a la que no podía dejar de admirar, pues una vez más ella se mostraba magnífica ante sus ojos como siempre había sido y se había empeñado en no verlo. Una parte de él agradecía que Arturo si la viera y mantuviese ese abrazo que parecía recolocar cada uno de los pedazos de su mujer, los mismos que con los años él había destruido. En esos instantes por fin podía ver que para ellos era demasiado tarde, que no se podía arreglar lo que había destruido desde el principio, siempre supo que él no se merecía a Eva, pero no lograba asumirlo hasta que pudo verla brillar en medio de su dolor solo porque estaba en brazos de Arturo. Su ángel había vuelto aunque no fuese por él.

Estaba tan sumido en sus propios pensamientos y tan eclipsado por el dolor que Eva

desprende que no se había fijado en que no estaban ellos solos en la salita, hasta que una muchacha en la que no había reparado cruzó el lugar con prisa en su dirección para estrellar el puño contra su cara con fuerza.

Sus palabras, cargadas de odio y rabia, enviaron una nueva oleada de culpa por todo su cuerpo mientras acariciaba la zona donde ella le había golpeado y no mutaba sus gestos al ver como otra muchacha la sujetaba para que no perdiese el control y Eva aparecía muy deprisa, la envolvió en un abrazo y la llevó a la calma con tiernas palabras. Pudo escuchar que se llamaba Gloria en labios de su mujer y al parecer no era una desconocida para ella, pues la muchacha rompió a llorar completamente devastada mientras Eva la abrazaba y besaba sus cabellos de forma tierna.

No tuvo que pensar demasiado para entender quién podía ser esa joven. Su rabia y dolor solo podían ser producto de un afecto profundo hacia su pequeña y ese hecho arrojó algo de luz en sus pensamientos, ya que en cierto modo se había desvelado una de sus incógnitas y la rebeldía de Dolores empezaba a tener sentido, al final su niña se había descubierto a sí misma y se había enamorado de una mujer.

Poco después de ese hecho al que decidió no dar más importancia ya que se merecía cada palabra de desprecio y cada golpe por sus actos que habían empujado a su hija al borde de la muerte, las enfermeras salieron con un resultado positivo y una oleada de alivio barrió todo el lugar, Dolores iba a ponerse bien y era lo único que importaba.

Usó la poca autoridad que le quedaba para asegurarse de que su hija recibía todo cuanto necesitaba de forma inmediata, firmó todos los papeles ansioso y no se olvidó de anunciarle a Eva que estaba tramitando el divorcio. Quizás llegaba casi veinte años tarde, pero por fin estaba haciendo lo correcto. Ella respondió mordaz y llena de odio, él no pudo evitar sonreír internamente al volver a reconocer en ella a esa muchacha capaz de remover el mundo entero con el valor y la fuerza que siempre la habían caracterizado. Merecía ser feliz y conseguiría serlo con el tiempo, lejos de él.

ꕥꕥꕥ

Dolores estaba fuera de peligro y sanaba a pasos agigantados. Muy pronto dejaría el hospital y las dos podrían empezar de cero lejos del infierno. Eva caminaba despacio por esos pasillos que pisaba por primera vez y esperaba que por última para reunirse con Esteban que había ingresado en prisión a la espera del juicio.

Solo quedaba un cabo por atar y podría ser libre junto a Arturo como era su deseo. Pensar en él consiguió dibujar una vez más su sonrisa, ya que cada día que pasaba más se enamoraba sin poder evitarlo. Desde que Esteban se había entregado, Ortiz había movido cielo y tierra para cumplir los deseos de Dolores, había convocado a su legios de abogados para tramitar su adopción, le había entregado su apellido para no hacer ninguna distinción entre su pequeña y

Raquel, había usado todas sus influencias en California para conseguirle una plaza en stanford y así su hija cumpliría el sueño de convertirse en abogada lejos de España donde todo le recordaba al dolor que su padre le había provocado.

Una pequeña parte de ella se rompía en mil pedacitos al pensar que su hija iba a marcharse al otro lado del mundo, pero fue incapaz de pedirle que se quedara a su lado. Su instinto le decía que en Estados Unidos Dolores encontraría su camino y debía dejarla marchar.

Un largo suspiro se escapó de sus labios en cuanto llegó al final de su destino y pudo ver a Esteban sentado en esa mesa en la sala de visitas ya que la estaba esperando. Tenía frente a él esa carpeta con los papeles del divorcio que ya había firmado y, aunque le había hecho llegar por sus abogados el mensaje de que ya estaban listos, ella misma solicitó recogerlos de sus manos pues necesitaba cerrar esa historia para que su vida con Arturo no se viese truncada por heridas sin cerrar. Tenía que enfrentarse a él una vez más, la última.

Sin ganas de dilatar más el momento, cruzó el lugar con paso regio y se sentó en silencio frente a quien fue su mayor tormento que ahora se presentaba deshecho ante sus ojos.

Sus miradas se cruzaron y ninguno habló durante algunos minutos, como si intentasen calmar sus tormentas y buscar las palabras adecuadas.

—¿Cómo está Dolores? —dijo Esteban al final para romper la tensión que crecía entre ellos—. ¿Sigue en el hospital?

—Pronto saldrá, se está recuperando bien —respondió algo seria—. En cuanto se gradúe ingresará en Standford, quiere estudiar derecho y Arturo le ha conseguido una plaza.

—Será una gran abogada —susurró despacio—. Los abogados me dijeron que Arturo había pedido la patria potestad, ahora es una Ortiz.

—Tú la perdiste y con razón —dijo ella con el rostro serio—. Ahora él es su padre, ella lo ha querido así y espero que no montes una rabieta porque tienes las de perder.

—No voy a montar una rabieta, Eva —respondió tras suspirar—. Solo tienes que firmar los papeles y esta historia sin sentido llegará a su fin. Pronto será el juicio y mis abogados ya me han advertido de que si no cambio de estrategia me voy a quedar aquí dentro mucho tiempo, no tendrás que preocuparte por mí porque no voy a meterme en esta vida nueva que habéis decidido emprender con Ortiz.

—Yo solo quería divorciarme, Esteban —susurró ella con la carpeta ya en sus manos—. No quería que acabara así y no quería que te metieran preso, eso lo has provocado tú solito.

—Así es como debe ser —respondió despacio—. Espero que esta vez esté a tu gusto la demanda de divorcio, ya me han dicho que pusiste el grito en el cielo y te negaste a firmar hasta que no cambiase las cláusulas en las que especifiqué que la mitad de mi patrimonio te pertenecía.

—No quiero absolutamente nada —dijo enfurecida—. Toda esa mierda era de Gabriel y no quiero nada que provenga de un hombre como él, te lo puedes meter por donde te quepa,

Esteban. Por mí como si te quedabas también la herencia que tu padre me robó, solo quiero dejar de estar atada a ti y ser libre para construir mi historia con Arturo.

—Te prometí que te la devolvería y no lo cumplí —respondió él sin perder la compostura —. Solo intentó dejarlo todo en su sitio para que empieces de cero con lo que te pertenece, nada más.

—Nunca quise que terminara así —susurró un poco más calmada con un suspiro entre los labios—. Lo intenté todo, Esteban. Año tras año intenté llegar a ti, pero no fui suficiente y no me dejaste arreglarlo. No puedes dejar nada en su sitio porque el daño ya es irreparable.

—No te castigues por algo que nunca ha sido culpa tuya, Eva —respondió serio—. No podías arreglar lo que estaba roto desde el principio. Intenté que funcionara, intenté hacerte feliz pero yo ya estaba envenenado y solo conseguí envenenarte a ti. Desde que te conocí solo cometí un error tras otro y el primero de todos fue no escuchar a mi conciencia y no alejarme de ti cuando aún había tiempo.

—Yo tampoco supe verlo —dijo con la mirada baja—. Estaba tan enamorada de ti que confundí costumbre con amor, confundí el amor con dependencia y me até a ti hasta que nos rompimos.

—Nunca fui el hombre que tú necesitabas, Eva —respondió con sinceridad—. Y mucho menos el hombre que merecías, porque por mucho que lo intenté nunca pude enamorarme de ti. Ahora estás junto a quien sí te merece porque él te ama de verdad y no usa una máscara. Firma los papeles y no dejes de luchar por ser feliz con Arturo, al final no necesitabas un príncipe azul de cartón sino un hombre bueno que sepa quererte de verdad.

—Los firmaré si has quitado esas cláusulas tontas en las que me das la mitad de la mansión y la casa en Mallorca porque no las quiero —dijo ella con las palabras cargadas de orgullo y cabezonería—. Sino ya puedes ir llamando a esos abogados tuyos tan impertinentes porque no pienso ceder.

—Puedes estar tranquila que ya les hice quitarlas —respondió con media sonrisa en el rostro—. Espero que con el tiempo entiendas que jamás has tenido la culpa de que yo me convirtiera en un monstruo, Eva. Mereces vivir feliz sin el peso de mis fantasmas.

—Supongo que nos veremos en el juicio —dijo ella con esa carpeta apretada entre las manos—. Ya me han dicho que van a llamarme a declarar.

—No tienes por qué ir si no quieres —respondió despacio—. Yo no voy a cambiar mi confesión, es solo un trámite para verificar la condena y saber cuánto tiempo me van a meter aquí. Si vas, será la última vez que me veas, Eva. Ya te he dicho que no pienso meterme en medio de tu nueva familia. Solo deseo que seas feliz y Dolores también, sé que no va a ser posible si sigo en vuestras vidas.

—Supongo que entonces esto es un adiós —dijo con la voz endurecida—. Porque dudo

que en cuanto salga por esa puerta quiera volver a verte, no puedo perdonarte, Esteban, no esta vez.

—Es el final del cuento de hadas que te impusieron —respondió al despedirse de ella para no volver a verla—. Y el principio de tu propio cuento en el que conseguirás ser feliz.

Eva no respondió. Guardó silencio algunos segundos antes de levantarse sin soltar la carpeta. Ya no quedaban palabras que compartir, se despidió con un leve gesto de la cabeza que él correspondió y la vio marcharse mientras memorizaba su imagen en su mente pues ella siempre sería la mujer más maravillosa del mundo entero y él un maldito miserable que había osado destruirla. Eva merecía volar libre, él debía dejarla marchar. Había roto todas sus promesas y esa última sería la única que no quebraría, no volvería a su vida jamás y se conformaría con saber que Arturo Ortiz iba a reparar todo el daño que él le había provocado y formaría junto a Eva una nueva familia que no estuviese rota, una en la que él jamás tendría cabida.

CAPÍTULO XXIII

Actualidad:

El pasillo hasta el altar improvisado en el jardín estaba iluminado por un millón de faroles y tornado por esas flores que tanto amaba y le recordaban que su vida y su futuro estaban a punto de dar uno de esos vuelcos tan increíbles que solo Arturo era capaz de provocar.

Sentía la mano de Dolores al apretar la suya propia, como si su adorada hija supiese leer su mente y comprendiese su tormento, ya que había sido incapaz de escaparse de sus recuerdos y toda su vida junto a Esteban había llenado su cabeza de imágenes de ese infierno que quedaba tan lejos en esos instantes.

No sonaba la marcha nupcial, ya que Arturo había elegido que la canción que debía acompañarla hacia él no sería otra que *Heaven* de Bryan Adams solo porque sabía que era su favorita. no pudo evitar sentir que era demasiado acertada, pues si se había sumido durante años en el infierno, estar junto a Arturo significaba todo lo contrario.

Caminaba algo insegura hacia ese hombre que había conseguido cambiar su vida en todos los sentidos y, en cuanto le vio sonreírle, en cuanto se perdió en esa mirada cristalina que siempre le gritaba sin palabras que la amaba, cada uno de sus miedos se deshizo como el hielo bajo un sol ardiente mientras se llenaba de una emoción desconocida para ella que la empujaba a alzar el vuelo una vez más, ya que como le había dicho en una ocasión Inés Aguilar, es amor si te hace sentir libre.

Su mano ya no tembló en cuanto Dolores se la entregó, con una sonrisa enorme en el rostro, a Arturo que la recibió emocionado. Él tardó muy poquito en besarla ante las risas de los presentes, ya que se notaba demasiado que Ortiz estaba completamente loco por ella en todos los sentidos y ni siquiera había esperado a que terminase la ceremonia para chocar despacio contra sus labios y recordarle cómo respirar.

Todo era tan distinto que se sentía demasiado real. La felicidad estallaba en su pecho a cada segundo que pasaba mientras escuchaba las palabras del juez y Arturo no dejaba de mirarla como si ella fuese la mujer más maravillosa del mundo entero. Él pronunció sus votos, ella le siguió con el pecho enloquecido. En cuanto deslizó la alianza en su dedo, esta no se sintió como una atadura sino como una promesa de que él iba a quererla hasta el último de sus días.

La alegría más absoluta que había sentido en toda su vida estalló por todo su cuerpo en cuanto Arturo besó ansioso sus labios para sellar esa unión ante los vítores de todos los presentes. Eva sintió que sus pies ya no tocaban el suelo y empezó a reír con una carcajada sonora pues él había vuelto a elevarla para que se sintiera libre. Giraron sin parar de reír, el mundo entero se había detenido en medio de su sonrisa y ella descubrió una vez más que su felicidad era tan sencilla como verse reflejada en los ojos de Arturo Ortiz todos los días de su

vida.

En cuanto él la soltó, Raquel se enredó en su cuello para regalarle un afectuoso abrazo que ella devolvió con fuerza. Había tardado mucho, pero por fin estaba en paz con Inés y había cumplido su promesa, había decidido ser la madre que la joven Ortiz necesitaba y no pensaba fallarle ya que esta había decidido dejarla entrar en su vida y la había acogido con esa ternura desmedida que desprendía.

Por el rabillo del ojo pudo ver como Arturo encerraba a Dolores entre sus brazos y ella lloraba emocionada contra su hombro, por lo que su sonrisa se ensanchó al sentir como todas las piezas encajaban y habían formado su familia.

Tras un millón de fotos en las que brillaba como nunca debido a la felicidad que la desbordaba, empezó el convite cargado de risas divertidas, en gran parte por la energía arrolladora de la joven Ruiz y sus tonterías compartidas con Carmen Montero. Al contrario que en su primer matrimonio, se sentía rodeada de gente a la que amaba y no de extraños, por lo que su felicidad inundaba su rostro con la mano de Arturo enredada en la suya.

Cuando terminaron de cenar, Gloria Ruiz desapareció muy deprisa y ella empezó a reír nerviosa ya que intuía donde se había marchado la muchacha. No estaba errada en sus conjeturas, ya que al cabo de varios minutos volvió a aparecer con esa guitarra que paseaba a todas partes y se apoderó de forma descarada del escenario desde donde empezó a arrancar algunos acordes sin dejar de mirarla.

Arturo tomó su mano despacio y la incitó a seguirle, ya que era el momento de abrir el baile aunque esta vez no sería un vals lo que sonaría sino una de esas canciones de la joven Ruiz les regalaría con su melodiosa voz contra el micrófono.

Ya en el centro de la pista, su marido le hizo un gesto que ella entendió de inmediato por lo que se deshizo con mucha prisa de los zapatos y dejó que él tomara su mano, sujetara su cintura y la ayudara a subirse sobre sus pies.

Al verlo, Raquel y Dolores estallaron en sonoras carcajadas, ya que estaban recreando frente a todo el mundo uno de sus momentos en los que ambos bailaban en la cocina. Eva ensanchó su sonrisa cuando Gloria empezó a cantar y Arturo siguió su ritmo con un leve balanceo sin dejar de mirarla. Él le había enseñado que, a veces, la máxima expresión del amor se basaba en momentos muy pequeños, el suyo siempre sería bailar juntos y que el resto del mundo dejase de importar.

La canción terminó, ellos detuvieron su balanceo con un suave beso que provocó una nueva sonrisa. Eva no recuperó sus zapatos ya que la música no se detuvo y la loca de Gloria Ruiz apareció de la nada para arrastrarla a bailar mientras Arturo tomaba a Dolores de la cintura y todos los invitados se unían a ellos para disfrutar de la fiesta que no hacía más que empezar.

Las horas iban pasando teñidas de risa. Bailó incansable con parejas distintas sin dejar que

la felicidad desapareciera de su mirada avellana. Secó las pequeñas lágrimas que Dolores tenía en las mejillas cuando se abrazó a ella. Su hija brillaba de felicidad y alegría pues su adorada madre acababa de casarse con el hombre más maravilloso del mundo al que adoraba.

Al final tras haberle dedicado su tiempo a cada una de sus niñas, Pues tanto Gloria como Raquel, Carmen y la pequeña Aitana se habían ganado un hueco en su pecho con fuerza, terminó en brazos de Arturo de donde ya no quiso separarse el resto de la noche. Ambos rieron entre susurros al ver como Dolores y la joven Ruiz desaparecían de forma sigilosa ya que intuían perfectamente a dónde se estaban dirigiendo con una negación divertida de sus cabezas. Eva suspiró entre risas pues con total seguridad su niña había heredado ese volcán que arrasaba con ella cuando Arturo la acariciaba.

—Menos mal que tuvimos la magnífica idea de cambiar de dormitorio y nos fuimos al otro lado de la mansión —susurró Arturo en su oído, por lo que volvió a estallar en carcajadas—. Creo que con haberlas pillado una vez ya tuve suficiente, vaya dos.

—No me lo recuerdes —respondió ahogada debido a su risa—. Dolores estuvo una semana entera sin hablarme por la vergüenza.

—Eso le pasa por no poner el pestillo —dijo él sonriente—. O una corbata en el picaporte, señales infalibles de que no debemos entrar para no ver lo que no deseamos ver.

—¿Vas a poner la corbata en la puerta esta noche? —preguntó pícara con sus brazos alrededor de su cuello—. Porque espero que seas consciente de que en cuanto entremos a nuestra habitación no pienso soltarte.

—No creo que sea necesario —respondió con una leve risa—. Nuestras niñas van a estar ocupadas y al ser nuestra noche de bodas, dudo mucho que se acerquen un solo metro a nuestro rincón de la mansión. Pero si te hace ilusión la colgamos.

—A veces eres tontisimo —dijo ella sin dejar de mirarle—. Pero mentiría si dijese que no adoro que lo seas.

—Entonces, ¿cuándo dices que nos escaqueamos como Dolores y la joven Ruiz? —preguntó con un alzamiento de cejas que le provocó una nueva risa—. Porque me encantaría tener ya nuestra noche de bodas y nuestra hija nos ha adelantado por la izquierda de forma descarada.

—No sé a qué estás esperando —respondió con un leve ronroneo que le enloquecía—. Yo estoy más que dispuesta, amor mío.

Arturo la miró unos segundos con esa sonrisa que traspasaba su pecho con fuerza. Miró a ambos lados de forma exagerada con esa tontería que le caracterizaba y le provocaba carcajadas sonoras justo antes de girarse y hacerle un pequeño gesto que ella entendió en el acto. Eva tardó muy poquito en subirse a su espalda con un pequeño salto, él la agarró y entre risas puso rumbo a la mansión con su esposa a caballito. Ni siquiera se despidieron de sus invitados, ya que no lo

encontraban necesario, las ganas de sentirse trepaban como la hiedra y ya había llegado la hora de encerrarse en su propio mundo para sellar la promesa que habían pronunciado y entregarse entre las sábanas donde, entre gritos, se mostraban ese amor que arrasaba en sus entrañas.

ꕥꕥꕥ

Arturo se las había ingeniado de forma magistral para llevarla hasta la habitación sin soltarla, ni siquiera para cerrar la puerta y dejar fuera de esas paredes todos y cada uno de sus miedos. En cuanto sus pies volvieron a tocar el suelo, sus miradas se cruzaron y Eva buscó ansiosa sus labios. Él la recibió sin borrar la sonrisa con las manos en su cintura para atraerla y que ni un solo centímetro osara interponerse entre ambos.

Sintió como ella acariciaba su cuello y bajaba hacia su corbata, por lo que soltó su cintura para bajar la cremallera de ese vestido sin dejar de besarla.

Ella deshizo el nudo con algo de prisa y arrancó esa prenda justo antes de cortar su contacto sonriente y dejarla entre sus manos. Arturo empezó a reír al comprender sus intenciones y por el simple placer de ver como ella sonreía, abrió la puerta para colgar esa corbata en el picaporte.

—Listo, mi amor —susurró con sus manos sobre las mejillas de Eva que reía sin poder contenerse—. Ahora queda muy claro que nadie debe entrar a molestarnos.

—¿Ya puedo dejar de ser una señora de bien y convertirme en tu fierecilla? —preguntó de forma sensual con sus manos sobre el pecho de su marido—. Porque me tienes hambrienta por tu magnífica idea de escaparte anoche a saber dónde para cumplir esta tradición tan estúpida de no vernos hasta el momento de ir hacia ti en el altar.

Al escucharla, Arturo sintió como se cortaba su aliento y las palabras no llegaban a su garganta. Adoraba demasiado cuando Eva sacaba a la luz esa sed necesidad insaciable de fundirse con él entre las sábanas. Asintió despacio con las manos sobre sus hombros para hacer caer ese vestido tan magnífico que ella llevaba que no tardó mucho en deslizarse con gracia hacia el suelo.

Ella no tardó en deshacerse de su chaqueta con prisa y atraerlo para chocar contra su boca en un beso hambriento. Las manos de Arturo terminaron en su cintura una vez más donde notó su piel cálida bajo las yemas de sus dedos. Eva desabrochó diligentemente cada botón de su camisa que hizo el mismo recorrido de la chaqueta y terminó en un rincón de la habitación.

Él conocía bien los deseos de su mujer y luchaba por conceder cada uno de ellos, por lo que estaba haciendo un esfuerzo enorme por retrasar su erección sin separarse de sus labios. Ella llevó sus manos al broche del sujetador para que terminase de desnudarla, Arturo obedeció su demanda y liberó sus pechos para envolverlos entre los dedos. Sus pezones se endurecieron a la par que ella empezaba a gemir despacio contra sus labios.

Cuando Eva rompió su beso con un jadeo que se debía a su excitación, sus miradas

chocaron y pudo leer ese fuego que se despertaba cuando su mujer lo deseaba, un volcán imparable que él amaba con toda su alma. Ella se dejó arrastrar por sus ganas y lo empujó contra la cama donde terminó medio tumbado, mirándola embelesado ya que estaba peleándose muy deprisa con su cinturón hasta arrancarlo y desabrochar el botón junto a la cremallera de sus pantalones que no tardaron mucho en volar hasta el montón de ropa arrugada que ella ya le había quitado.

Eva lo miró con los labios entreabiertos, las mejillas sonrosadas y los ojos encendidos, él suspiró despacio con una suave caricia sobre su mejilla que terminó con el pulgar sobre su labio inferior.

—Te amo, Eva —susurró al verla dudar—. Amo cuando te liberas, cuando desatas el deseo que te consume y puedo complacerte. No te frenes, toma el control.

—Yo también te amo —respondió emocionada—. Tanto que me pareces un sueño.

—No soy un sueño, mi amor —dijo de forma suave—. Soy el hombre que ha jurado amarte y cuidar de ti. No dudes, no temas. Sé lo que deseas y voy a dártelo.

Ella cerró los labios sobre su pulgar, dejó un beso pequeño en él y coló los dedos en el elástico de su bóxer para bajarlo despacio y liberar su miembro, el mismo que la volvía loca de deseo desenfrenado. Arturo no apartó su mirada para incitarla a dejar atrás cualquier duda que pudiese asolarle cuando la rodeó con su mano y gimió de forma suave. Él enredó los dedos en su cabello, ella se dejó llevar por las ganas y le provocó un gemido largo al sentir como la envolvía con los labios. Dejó de pisar el freno y su erección empezó a crecer con cada roce de su lengua mientras guiaba despacio sus movimientos sin poder apartar su mirada de ella.

Con el tiempo había aprendido que Eva disfrutaba demasiado si él se terminaba de endurecer en su boca, por lo que la incitaba con palabras cargadas de gemidos y ella aceleraba cada caricia de sus labios al escucharlo.

Cuando se sintió satisfecha, se apartó despacio para deshacerse de sus braguitas, Arturo la atrapó por la cintura justo antes de besarla y acariciar su entrada ya que ella se había colocado sobre sus piernas. Podía notar su humedad, las ganas que la arrastraban, por lo que se tumbó sobre el colchón y la incitó a subir hasta sus labios para devorarla y calmar el fuego que la estaba consumiendo.

Ella gimió mientras obedecía su petición sin dejar de temblar, se sujetó al cabecero de la cama para no perder el equilibrio cuando Arturo envolvió su sexo con los labios y empezó a acariciarlo. No pudo contenerse, él entró en ella con la lengua y le provocó un grito tras otro en cuanto empezó a devorarla.

No supo cuánto tiempo se entretuvo con su movimiento de caderas contra la boca de Arturo que siempre sabía cómo enloquecerla. Él la frenó cuando estaba cerquita de explotar, ella se tumbó sobre su cuerpo para besarlo pues le encantaba sentir su propio sabor en sus labios.

—Tú tienes el control, mi amor —susurró entre pequeños besos contra su boca—. Se libre, Eva.

Ella gimió una vez más al escucharlo, dejó que él enredase sus manos para sujetarla sin cortar sus alas. No tardó en colocarse y guiar su miembro para que acariciase una vez más su entrada. Miró sus ojos como si necesitase leer en ellos que tenía vía libre para liberar su deseo, Arturo le regaló una sonrisa junto a un leve asentimiento, por lo que se delizó muy despacio para provocar que él la invadiera.

Sus movimientos eran suaves y pausados, siempre disfrutaba con cada caricia que provocaba esa penetración en su interior y adoraba recrearse en ella al empezar despacito. Arturo gemía al sentirla, la guiaba con las manos en su cintura hasta que ella necesitó más y dio comienzo a un cabalgar frenético que llenó la habitación con sus gritos.

Él no podía dejar de mirarla, movía su cadera para buscarla y hacer aún más profundas las embestidas que estaba provocando. Era tan absolutamente preciosa y magnífica que cortó su aliento cuando, en medio de su placer desmedido, llevó las manos a su cabello y deshizo ese trenzado lleno de flores para liberarlos. Un centenar de pétalos salvajes cayeron sobre él y empezó a sonreír al pensar que ella era una diosa a la que deseaba venerar el resto de sus días.

La dejó liberarse, la dejó cabalgar de forma salvaje mientras gemía y gritaba, hasta que notó como empezaba a temblar y entendió que estaba muy cerca de terminar.

Con un rápido movimiento, la atrapó para tumbarla en el colchón. Ella jadeó, sus miradas chocaron y se aferró a su cuerpo para impulsar sus movimientos que se volvieron frenéticos. Empezó a embestir cada vez más deprisa mientras la incitaba con sus palabras y le suplicaba que se corriese para poder invadirla. Eva se arqueó de forma violenta contra él con un grito muy largo, notó cómo estallaba y empapaba su miembro, como su interior se contraía por las olas de ese orgasmo. No se contuvo, embistió con fuerza hasta correrse con ella. Sus gemidos se mezclaron al igual que sus latidos desenfrenados. Eva temblaba mientras ese placer que tanto adoraba estallaba bajo su piel, Arturo se dejó caer sobre ella jadeante.

Tras algunos segundos en los que ambos recuperaron el aliento, sus miradas se encontraron y ambos estallaron en carcajadas felices al sentir bajo su piel las sábanas mojadas y cubiertas de flores.

—Creo que hemos montado un pequeño desastre —susurró Eva sin dejar de reír—. Seguro que ahora te arrepientes un poquito de haber decidido tener aquí en casa nuestra primera noche.

—Ni un poquito —respondió con la mirada fija en ella—. Irnos a un hotel habría sido perder el tiempo. Además me encanta que disfrutes así y el detalle de las flores ha sido muy sensual.

—No me acordé de ellas —dijo algo avergonzada—. Cuando me quité la trenza no pensé que tenía el pelo lleno de flores, aunque para ser justos es culpa tuya pues fue tu idea que me las

pusieran.

—Ha sido perfecto, mi amor —susurró con un beso suave sobre sus labios—. Tú eres perfecta, mi pequeña fierecilla salvaje.

Eva empezó a reír una vez más al escucharle, Arturo se perdió por completo en el sonido de su risa y se juró que haría hasta lo imposible por seguir escuchándola cada día del resto de su vida.

Se había enamorado de Eva Puig cuando esta vivía atrapada en el peor de los infiernos y en esos instantes, al verla cargada de vida y sueños, al ver su mirada castaña llenarse de placer, de amor y deseo, supo que lucharía incansable por ser el hombre que ella merecía, porque nunca dejaría de ser la mujer más maravillosa del mundo, magnífica en todos los sentidos y él tenía la inmensa suerte de que ella lo hubiese elegido para reconstruir sus ruinas y recordarle que el amor siempre te hace libre.

Tras toda una noche de pasión y gemidos, de gritos desesperados entre las sábanas, el sol se coló insolente por la ventana y los encontró enredados en un abrazo cargado de sueños y futuro.

Eva lo miraba en silencio y Arturo acariciaba la piel de su espalda casi con veneración sin que ninguno de los dos perdiese la sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mi amor? —preguntó de pronto sin apartar su mirada castaña de él.

—Ahora tú y yo vamos a tener una aventura maravillosa —respondió sonriente—. Para empezar, te voy a llevar a conocer el mundo entero para que veas tu carita en todos los carteles publicitarios y me creas de una vez cuando te digo que eres la mujer más hermosa que he conocido.

—¿Y después? —dijo ella entre susurros emocionados.

—Después vas a cumplir todos tus sueños, Eva —susurró sincero—. Vas a ir a la universidad y a convertirte en una arquitecta maravillosa, vas a ver crecer nuestra familia y a vivir cada día sin miedo porque pienso luchar para matar cada uno de tus fantasmas.

Ella sonrió de forma dulce al escucharlo. No pudo evitar llevar su mente tantos años atrás cuando él había aparecido en su camino, había salido a su rescate sin dudar un solo instante en ese internado sin que ella supiese lo importante que llegaría a ser en su vida. Analizó despacio como había terminado enamorada de él, como había arrasado con cada uno de sus demonios.

La mitad de su vida había sido el peor de los infiernos, pero al final su cuento de hadas no había terminado con un príncipe encantador con una careta de fingida perfección, sino con un rey de leyenda que le había demostrado que el amor significaba sentirse libre y bailar todos los días descalzos en la cocina.

EPÍLOGO

Mi muy querida hija.

Te escribo ahora que estás al otro lado del mundo porque sé que estás sufriendo. Sé que el final de tu historia con la joven Ruíz ha dejado una huella profunda en ti. Ahora mismo sientes como si el mundo entero se quebrase en un millón de pedacitos, se esparciera por el universo que para ti ha dejado de girar.

Conozco de primera mano el sufrimiento. Tú también lo conoces, pues lo has vivido en carne propia en demasiados momentos. Ahora, tan lejos de mí y de mi abrazo protector espero que puedes encontrar consuelo en mis palabras y entiendas que, aunque ahora mismo no seas capaz de verlo, esto no es más que uno de los pasos que debías dar en pos de tu felicidad.

Hace tres años, en la víspera de mi boda con Arturo, escribiste para mí una carta que, a pesar de no haber respondido, guardo como uno de mis tesoros más preciados. En ella reconocías a la mujer que fui y la que puedo llegar a ser tras una larga vida llena de miedo y miserias. Conoces mi historia, no hay secretos entre nosotras, por eso créeme si te digo que todo pasa por algo y nada es en vano.

Quizás ahora está gris y necesitas de corazón abrazar tu dolor para empezar a sanar, a curar cada una de las heridas que ni siquiera tú misma sabes que sangran en ti.

Siempre has sido la mujer más valiente que conozco y conseguirás superar cada uno de los obstáculos que la vida ponga frente a ti. No me cabe duda de que, en algún lugar, encontrarás esa paz que tanto necesitas y te ha llevado hasta California, a tantísimos kilómetros de mí.

Siente en la distancia que estoy a tu lado como siempre estuve, incluso cuando no podías verme.

Sé que conseguirás ser feliz. Yo al final lo he conseguido. La vida no es un cuento de hadas y te toca llorar para entender que, al final, todo se encauza. Quizás no hoy ni mañana, pero el dolor se pasará, te lo prometo.

De tu madre que te ama más que a nadie en el mundo:

Eva Puig.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero darte las gracias a ti que está leyendo esto por tu fidelidad, por leerme y por haber disfrutado, o al menos eso espero, de una nueva historia del Cariberso.

Quiero dedicar un especial agradecimiento sincero a mi Hermanita May, también diseñadora de la cubierta del libro. Gracias a ella siguen naciendo historias, gracias a su apoyo constante y a ser la persona más luminosa de mi mundo consigo llegar a puerto seguro. De corazón te lo digo, gracias.

A mi hermana mayor, mi sister y compañera de cada aventura, Anna G Morgana, por tus consejos y por ser el mejor regalo de mi vida.

A mi familia por apoyarme en este camino, a mis hermanos que aunque están lejos de mí siempre están presentes.

A la familia Renacer ya que sin ellas yo no estaría escribiendo estas palabras y agradeciendo mi octavo libro, pues ellas fueron las primeras en creer en mí como escritora y si he volado alto ha sido gracias a sus alas, gracias de corazón: Tessa, Cometa, Zahara, Gloria, Carmen, Ana, Sandra, Rocío, Ainhoa, Marta, Alba.

A mi peque, Esti por ser la mejor del mundo y aguantarme incluso cuando yo misma no me aguanto.

A Claudia por ser la mejor amiga que podía desear.

A todos mis compis de litetwitter que me hacen los días más amenos. Edu, Mari, Xandra, Liz, Dario, Fran, Mentita, Sergio, Paula, DVM, Alba e infinitos más, si no te ves aquí siéntete libre de incluirte porque seguro que también te estoy agradecida.

Por último pero no menos importante, a Emma por desbaratarse entera, por enamorarme como una adolescente, por hacerme reír y creer que yo también puedo ser feliz en algún momento de mi vida. Te quiero, Metralleta, hoy y siempre.

Un nuevo libro llega a su fin, pero no es el último pues el Cariberso aún tiene mucho que contar. Para saber más podéis encontrarme en mis redes sociales donde voy publicando todas las novedades que están por venir.

Los leemos pronto. Os quiero de corazón.

Twitter: LGreenWriter

Instagram: lgreenescritora

Blue Sky: LGreenWriter